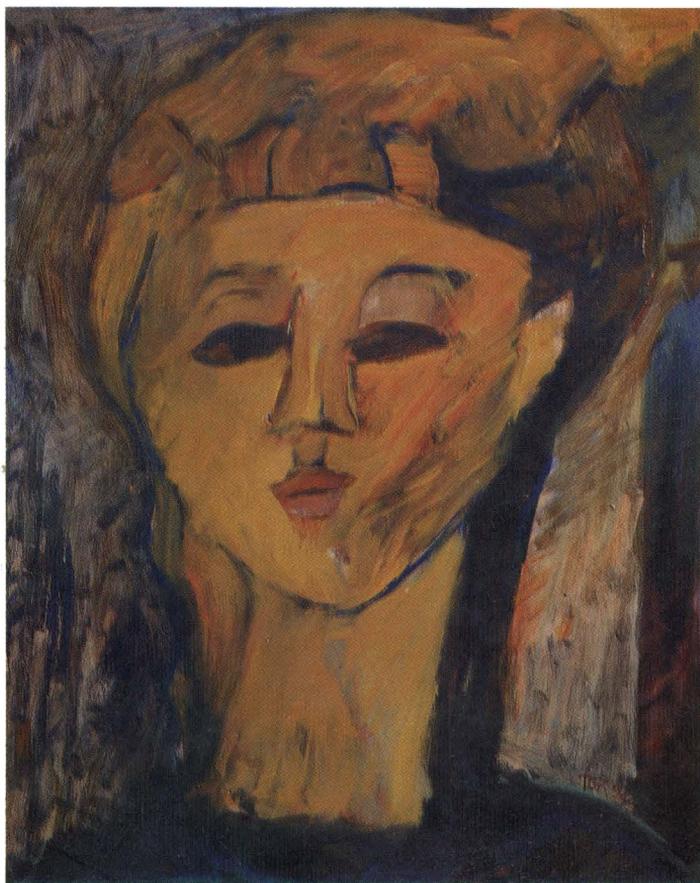


Alejandra Massolo
compiladora

LOS MEDIOS Y LOS MODOS

Participación política
y acción colectiva
de las mujeres



EL COLEGIO DE MÉXICO

LOS MEDIOS Y LOS MODOS
Participación política y acción colectiva de las mujeres

**PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE
ESTUDIOS DE LA MUJER**

LOS MEDIOS
Y LOS MODOS
Participación política y
acción colectiva de las
mujeres

Alejandra Massolo
Compiladora



EL COLEGIO DE MÉXICO

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Portada de Mónica Diez-Martínez
Ilustración de Tomás Gómez Robledo,
Cariátide, óleo sobre tela, 1992

Primera edición, 1994

D.R.© El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0593-6

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

Siglas	9
Presentación	11
Introducción. Política y mujeres: una peculiar relación, <i>Alejandra Massolo</i>	13
La visión crítica feminista	13
Participación y comportamiento político de las mujeres	20
Acción colectiva, crisis y democracia	35
Bibliografía	40
Mujeres en la militancia blanquiazul, <i>Lilia Venegas Aguilera</i>	45
Introducción	45
Antecedentes de interpretación	48
Contexto urbano y proceso político reciente	52
Perfil de mujeres	58
Los motivos de la militancia	59
Principios y programas	64
Espacios y prácticas	67
De líderes y liderazgo	69
Ser mujer y militante	71
La experiencia militante	74
A manera de conclusión	76
Bibliografía	78
Ser panista: mujeres de las colonias populares de Ciudad Juárez, Chihuahua, <i>Dalia Barrera Bassols</i>	81
Introducción	81
El papel de las mujeres	84
La experiencia neopanista en Ciudad Juárez (1983-1986)	86
La participación de las mujeres del sector popular (1983-1986)	90
La experiencia panista de las simpatizantes activas en 1992	93
Motivaciones del acercamiento al PAN	96
Aproximación al programa y a la doctrina panista	98
El liderazgo de Francisco Barrio y las mujeres	101
Prácticas políticas y espacios de participación	105
Mujer y política	109

Significaciones de la experiencia panista	111
Conclusiones	113
Bibliografía	118
Mujeres y participación social en Sonora. La experiencia del Frente de Solidaridad Femenil Cananense, <i>Miguel Ángel Ramírez Sánchez</i>	123
Introducción	123
La participación de las mujeres en acciones colectivas. Breve resumen de un debate	126
El escenario: una sociedad de enclave en vías de disolución	132
Lo doméstico en el mundo público. Identidad y cohesión colectiva	136
El discreto encanto del carisma. Liderazgos y militancia	140
A manera de conclusión	146
Anexo	
Cronología del frente de solidaridad femenil cananense y sus antecedentes	149
Bibliografía	153
Redes de mujeres de los sectores populares: entre la crisis y la posibilidad democrática, <i>Esperanza Tuñón Pablos</i>	155
Introducción	155
Acerca de la conformación como sujeto social: redes e instancias de mujeres de los sectores populares	160
Acerca de las posibilidades de devenir sujeto político: alcances y retos de los grupos de mujeres	177
Bibliografía	185
Mujeres del Movimiento Urbano Popular: actuaciones y discurso de género, <i>María Eugenia Guadarrama Olivera</i>	187
Introducción	187
Movimientos urbanos y mujeres	189
Escenario	192
La comisión de abasto	197
Mujeres: redefiniciones, aprendizajes y cambios	201
Consideraciones finales	205
Bibliografía	211

SIGLAS

CDP	Comité de Defensa Popular
CTM	Confederación de Trabajadores de México
Conasupo	Comisión Nacional de Subsistencias Populares
Conamup	Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular
CNOP	Confederación Nacional de Organizaciones Populares
DIF	Desarrollo Integral de la Familia
IMSS	Instituto Mexicano del Seguro Social
Infonavit	Instituto del Fondo de la Vivienda para los Trabajadores
Inmecafé	Instituto Mexicano del Café
MUP	Movimiento Urbano Popular
PAN	Partido Acción Nacional
PRD	Partido de la Revolución Democrática
PRI	Partido Revolucionario Institucional
Pronasol	Programa Nacional de Solidaridad
Sedue	Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología
UNESCO	United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas)

PRESENTACIÓN

Con la tajante distinción del espacio público y el privado, dominio del hombre el primero y de la mujer el segundo, se estableció una distancia en apariencia insalvable entre la esfera privada, doméstica, del hogar y la familia, y la esfera pública del ejercicio pleno de la ciudadanía, del quehacer político. Ciudadanos de primera unos, y ciudadanas de segunda otras. Si bien es cierto que a las mujeres les han sido otorgados formalmente los derechos políticos, la realidad es que el ejercicio de los mismos se encuentra obstaculizado y limitado en virtud de su género.

¿Las mujeres son, entonces, “naturalmente” apolíticas o indiferentes a la política? se pregunta Alejandra Massolo, autora de la compilación *Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres*. Los textos aquí reunidos tratan de responder a esta pregunta, de desmontar la creencia generalizada de que la política no es asunto de las mujeres, de salvar la distancia que había entre el espacio privado con sus tareas domésticas y el quehacer político de la esfera pública en la que se ejerce en plenitud la ciudadanía.

Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres es el primer libro de la Colección “Investigaciones del PIEM”, coordinada por Soledad González. Esta colección, al igual que sus antecedentes —los libros misceláneos coordinados por Vania Salles y Elsie Mc Phail *Textos y pre-textos. Once estudios sobre la mujer* y *Nuevos textos y renovados pre-textos*— reúne la selección de trabajos emanados del Programa de financiamiento y apoyo académico a investigaciones del PIEM, subvencionado por la Fundación Ford; pero a diferencia de ellos, la colección publicará textos igualmente seleccionados, reunidos en libros temáticos.

En el momento de empezar a circular este volumen, el Programa de financiamiento y apoyo académico mencionado estará desarrollando su novena promoción 1994-1995.

ELENA URRUTIA

PIEM

INTRODUCCIÓN POLÍTICA Y MUJERES: UNA PECULIAR RELACIÓN

ALEJANDRA MASSOLO*

La posición política de las mujeres descansa sobre una gran paradoja; ellas han sido excluidas e incluidas sobre la base de las mismas capacidades y atributos.

Carole Pateman

LA VISIÓN CRÍTICA FEMINISTA

Las mujeres en el hogar y los hombres en la plaza. “A cada quien su lugar”, es una idea, pensada y dicha de una u otra manera, que a lo largo del tiempo ha concebido la naturaleza de la política y la distinta vinculación de los sexos con las actividades y fines de la esfera pública política. Resultado del impacto del movimiento social feminista, desde los años setenta los estudios de la mujer lograron abrir y legitimar espacios académicos, que también abarcaron a las ciencias políticas, sometiénolas a revisiones críticas, nuevos puntos de vista y términos del debate.

Filósofas y politólogas feministas tuvieron que remontarse a los orígenes de los postulados, conceptos y teorías para desentrañar las causas y razones de la sospechosa ausencia y el lejano sitio adjudicado a las mujeres. ¿Por qué y de dónde se difundió esa generalizada creencia de que la política “no es un asunto de mujeres”?

* Maestra en sociología. Profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la UAM-Iztapalapa.

En la antigua Grecia, espléndida cuna de la civilización occidental, el *oikos* ‘hogar’ era considerado una jurisdicción privada a la que le correspondía la reproducción, la necesidad y la subordinación. La pertenencia de la mujer era dentro de la esfera de existencia en el hogar, donde los quehaceres domésticos de reproducción satisfacían los requerimientos vitales del hombre; éste, libre de la necesidad, se podía dedicar al más alto y digno fin que era la vida pública política. El trabajo de las mujeres era ciertamente valorado porque tenía una especial importancia para sostener las actividades de la *polis*, donde se realizaban las prácticas de libertad y existían relaciones de igualdad (de las que estaban excluidas las mujeres, y los esclavos). Reconocidos así el trabajo y el lugar de las mujeres quedaron marcados por características totalmente opuestas al quehacer político y a las virtudes de la esfera pública ciudadana (Jones, 1992; Cavarero, 1992).

En la *polis* se desarrollaba la “vida buena”, de acuerdo al pensamiento de Aristóteles, que ejerció una larga influencia en las teorías políticas, y al que se le debe una distinción que hasta el presente es motivo de polémicas y luchas del feminismo:

La distinción aristotélica entre la esfera de la *polis*, *politika*, y la esfera del hogar, *oikonomika* [...], presupone un concepto de la política como la máxima realización de la esencia del hombre y un correspondiente concepto de la *oikonomika* como siendo funcional para y dependiente de la política [Cavarero, 1992: 34].

Aristóteles percibió la diferencia sexual femenina al pensar la política, y, como su paradigma de la naturaleza humana era el hombre libre adulto, en comparación, otros seres que difieren del paradigma fueron considerados inferiores o deficientes por su falta de racionalidad. A la mujer, por lo tanto, la excluyó de la esfera pública política, por su “naturaleza” confinada al hogar y su menor grado de racionalidad. Si Aristóteles resucitara, encontraría que al final del siglo xx todavía hay quienes estarían de acuerdo con él y lo aplaudirían por eso.

Aunque el modelo de pensamiento aristotélico se haya transformado y superado, en las teorías políticas modernas el sujeto político siguió siendo un sujeto masculino, convertido en paradig-

ma de validez universal. Es el “síndrome de la universalización de la masculinidad”, como lo denomina Cavarero, en el que por homologación desaparece la diferencia sexual femenina.

En la doctrina política esto significa que el hombre, primero como individuos naturales y luego como ciudadanos, precisamente por su validez neutral/universal, virtualmente incluye a las mujeres. Así, cuando las mujeres deciden reclamar derechos y ciudadanía, la doctrina política dominante procede a aplicar este poder inclusivo/homologador que ya posee el sujeto masculino (Cavarero, 1992: 37).

El paradigma universal/neutral basado en el sujeto masculino ha sido desafiado y rebatido por el pensamiento feminista, al señalar que formó y deformó la teoría y práctica política bajo la apariencia de una “inocente neutralidad genérica”, definida en realidad según términos masculinos (Phillips, 1991). Esto se nota, entre otros efectos, en la común y frecuente masculinización que se hace de las palabras, conceptos y enfoques que se utilizan, tanto en los análisis como en los discursos políticos, y que no es una exclusividad de los hombres, sino también de mujeres políticas o académicas. En México, esta tendencia es evidente, y creo que la única manera factible de ir modificando esos “usos y costumbres”, es por medio de la doble vía de desarrollar estudios y reflexiones con una perspectiva de género, o sensibles a la presencia, condición y participación femeninas, y de fortalecer el movimiento amplio y plural de las mujeres en el escenario político nacional y regional.

La teoría feminista comenzó enfatizando la necesidad de reconocer que existe la diferencia sexual y que los individuos son femeninos y masculinos, por lo que la *individualidad* no puede ser considerada una abstracción unitaria. Tanto la “amnesia de la diferencia sexual” (Cavarero, *op. cit.*), como “poderosas convenciones” de las teorías clásicas y contemporáneas que distinguen tajantemente lo público y lo privado (Phillips, 1991), han permitido la omisión y exclusión de la mujer de la esfera pública política, o simplemente su ubicación en tanto apéndices como madres y esposas.

La mayoría de los teóricos clásicos afirmaron que los imperativos biológicos y culturales no sólo impedían la participación de las muje-

res en estructuras de autoridad, sino que tenían un efecto negativo en el desarrollo de las cualidades y aptitudes asociadas con la eficacia política y las actividades de ciudadanía (Jones, 1992: 277).

La teoría política liberal tiene mucho que ver con la distinción/separación entre lo que es de carácter y competencia pública, y lo que es de interés y resguardo privado, para garantizar la libertad individual frente al Estado. Sin embargo, esta separación ha funcionado como un “poderoso principio de exclusión” y, mediante la identificación entre lo privado y lo doméstico, “sin duda, ha desempeñado un importante papel en la subordinación de la mujer” (Mouffe, 1992: 377). El liberalismo, dice Susan James (1992: 48), se construyó sobre un “andamiaje de dicotomías complementarias”: por una parte, la oposición entre lo público y lo privado, es decir, entre las instituciones políticas de la sociedad y la esfera doméstica del hogar y la familia; por la otra, una serie de polarizaciones entre igualdad-diferencia, razón-emoción, hombre-mujer, desinterés-interés, imparcialidad-parcialidad, independencia-dependencia. Las mujeres normalmente se han encontrado inmersas en el remolino de estas dicotomías y polarizaciones, alimentado por teorías, ideologías y prácticas.

Si bien el análisis feminista del liberalismo le concede el logro de haber reconocido la importancia política de las diferencias que obstaculizan la igualdad y libertad individual, las críticas apuntan a dos cuestiones básicas: 1) relega a un orden privado e irrelevante la diferencia de género (y de raza, etnia, clase, etcétera) y asimila la noción de “lo privado” a la esfera de la mujer como “propiedad” del hombre; 2) excluye a las mujeres de la ciudadanía plena, define la vida pública como pertenencia masculina y margina a las mujeres.

El tema de la *ciudadanía* es uno de los aspectos más candentes y polémicos de la teoría y discusión feminista, que en la actualidad ha tomado nuevos bríos e interés. Hay que mencionar que en la tradición del feminismo marxista, no fue tratado con especial preocupación, por lo cual, como lo destaca correctamente Mary Dietz (1990: 123), “no tiene mucho que decir con respecto al tema de la ciudadanía”, y éste es “un término que raras veces aparece en su vocabulario”. En realidad, el problema de la ciudadanía y de los

derechos políticos democráticos eran descalificados como asuntos “pequeñoburgueses” y “reformistas” (no únicamente por las feministas, sino por partidos políticos y movimientos populares de orientación marxista). La clase social y los antagonismos de clase, el sujeto revolucionario y la revolución socialista, el derrocamiento del estado capitalista, etc., eran los términos y categorías privilegiados.

Sin embargo, las diversas corrientes del feminismo académico y militante han aportado valiosos y originales análisis críticos de la noción y práctica de la ciudadanía universal creada por el liberalismo, fundamentada en el principio de que todos los individuos nacen libres e iguales. Para empezar, esto dista mucho de ser cierto, porque a las mujeres se les discriminó de los derechos políticos, se les otorgó el voto más tarde que a los hombres, y sólo gracias a las tenaces luchas de las sufragistas. La doctrina liberal aceptaba que el concepto de “sufragio universal” significaba que los hombres podían votar (Cavarero, 1992). Después, porque los derechos formales y el estatus legal adquiridos contrastan con la realidad cotidiana de desigualdad, limitación y subordinación que experimentan la mayoría de las mujeres, realidad menos reconocida y denunciada que la desigualdad económica de clase.

Es la “retórica de la ciudadanía libre e igualitaria” y el “sin sentido” de la igualdad de derechos políticos (Phillips, *op. cit.*) lo que critican las feministas, cuando se ignora la distinción/separación entre privado y público que implica mantener desigualdades en el hogar y el matrimonio, en la distribución del poder y el acceso a la vida pública social y política. Con justa razón se señala que, de hecho, la categoría liberal del “ciudadano” está compuesta por los atributos, privilegios y experiencias del hombre libre, disimulada bajo el supuesto convencional de una ciudadanía abstracta, genéricamente neutral. Las mujeres, al no poder disponer de iguales privilegios y experiencias, se han quedado, a pesar de los cambios, en la condición de ciudadanas incompletas y de segunda. Éste es uno de los más difíciles frentes de batalla del movimiento y la organización de las mujeres hoy en día.

Susan James (1992) hace una certera observación crítica de la concepción liberal de la ciudadanía independiente; es decir, de aquella que requiere ciudadanos libres y capaces de ejercer sus derechos

civiles, sin amenazas de coerción y violencia física, que puedan hablar por sus propias voces, y cuya independencia (que incluye aspectos físicos, económicos y emocionales) es protegida por un conjunto de derechos y libertades civiles, de tal manera que se dé mínima seguridad contra la coerción, la dependencia y la explotación. Pero resulta que en la práctica a las mujeres les ocurre que: 1) aunque se les haya otorgado formalmente los derechos políticos, por su género, se les impide u obstaculiza participar plenamente en la esfera política; 2) carecen de la independencia física que poseen los hombres, están expuestas a la violencia sexual (por ejemplo, violación y hostigamiento) o al miedo de ser golpeadas en el hogar, lo que obstaculiza el involucramiento femenino en las actividades públicas, incluyendo el ejercicio de los derechos civiles; 3) si no disponen de un ingreso monetario propio y dependen del marido para su sostenimiento económico, pueden estar sujetas a su voluntad y amenazas; y en esto, las mujeres se encuentran totalmente desprotegidas porque, como lo cuestiona muy bien Susan James, si es ilegal que un patrón o empleador prive a una mujer de su salario por su preferencia política, el marido está en su propio derecho de hacerlo, y así ejerce un considerable poder de control sobre ella; 4) la independencia emocional es especialmente problemática para las mujeres, porque la percepción social y la misma autopercepción de las mujeres como proveedoras de cuidados y afectos para los otros, de cuyo bienestar ellas tienen particular responsabilidad, les impone una concepción tradicional de la feminidad que deben mantener al mismo tiempo que demostrar capacidad de juicios imparciales, desapego emocional y de intereses personales para tomar decisiones políticas; 5) y por mi parte, agregó lo que todas advertimos y reiteramos: debido a los quehaceres domésticos y cuidado de los hijos(as), además de a la jornada de trabajo remunerado, las mujeres disponen de menos tiempo libre para dedicarse a las actividades y fines de la vida política ciudadana.

De la antigua concepción sobre la esfera doméstica se derivó el paradigma de cuidado y dedicación correspondientes a las mujeres, así como el supuesto de que las mujeres tienen “un infinito tiempo a disposición de los otros” (Cavarero, 1992: 43). Para Carole Pateman (1992), es la maternidad, diferencia por

excelencia, lo que ha situado a las mujeres aparte de la política y la ciudadanía, a la vez que ha sido el “mecanismo central” por medio del cual las mujeres han sido incorporadas al orden político moderno. A la maternidad se le adjudicó un estatus político (“política de la maternidad”), integrando así a las mujeres por los servicios y deberes femeninos que prestan al Estado, definidos siempre en términos de la maternidad. Esto significa que las mujeres nunca han estado excluidas por completo de las instituciones públicas de las sociedades modernas, y han tenido que desempeñar un deber político, como bien lo señala esta brillante politóloga feminista: “Su deber político (como su exclusión de la ciudadanía) deriva de su diferencia de los hombres; notoriamente, su capacidad para la maternidad” (Pateman, 1992: 19).

Todo aquello considerado “tradicionalmente femenino” —quehaceres de esposa y madre, relaciones de cuidado y afecto, modos de pensar y actuar—, ha sido juzgado “extraño”, ajeno al mundo público de la ciudadanía. Y los servicios que prestan de acuerdo con esas funciones, no son apreciados como trabajos de ciudadanos, ni reciben los beneficios del Estado por su propio derecho; por el contrario, se ve a las mujeres como dependientes y subordinadas. El “fondo del problema”, entonces, no es tanto la diferencia sexual, sino la subordinación de las mujeres, incompatible con una “genuina ciudadanía democrática”, que quiere decir que “ambos sexos son ciudadanos plenos y que su ciudadanía es de igual valor como mujeres y hombres” (Pateman, *op. cit.*: 28).

¿Son las mujeres “naturalmente” apolíticas o indiferentes a la política? ¿Son *un* “problema” que tiene la política y los partidos? Ante creencias y prejuicios, las investigadoras feministas tuvieron que dar una vuelta de ciento ochenta grados al tema, introduciendo nuevas fórmulas de preguntas sobre el significado y contenido de la política y el hacer política, y buscando ese “algo” que obstaculiza o desalienta el involucramiento e interés de las mujeres.

¿Qué se logró descubrir? Judith Astelarra lo concreta en el punto medular de partida:

Innumerables autoras han demostrado en sus estudios la existencia de sesgos en el análisis teórico y empírico predominante en las ciencias sociales, que reflejan prejuicios androcéntricos. El principal

de ellos es la consideración de la conducta masculina como parámetro de la “normalidad” política [1990: 7].

Efectivamente, coinciden las autoras consultadas (véase la bibliografía) en que el paradigma del hombre libre y ciudadano político ha sesgado las teorías y normas de la política en favor de la conducta y los valores e intereses masculinos. ¿Podría haber sido de otra manera, si desde los inicios del pensamiento político “el reino” de las mujeres es el *oikos* de la reproducción, la necesidad y la subordinación, y si los trabajos, comportamientos y valores femeninos quedan fuera de la esfera pública de la ciudadanía y el quehacer político?

Convencionalmente, la política y el hacer política se refieren a una serie de actividades y decisiones que se llevan a cabo en espacios y entidades públicos: gobierno, parlamento, partidos políticos, consejos y, eventualmente, grupos de presión organizados. Y como dice Astelarra, el pensamiento político ortodoxo “daba por hecho que no pasa nada con la política, sino que el problema son las mujeres; en caso de dificultades, *cherchez la femme*” (*op. cit.*: 9).

La propuesta teórica y metodológica de los estudios feministas, dentro de su diversidad, sostiene que la diferencia sexual femenina, la división sexual del trabajo y las relaciones sociales de género deben ser introducidas en los enfoques teóricos, las metodologías de investigación, las interpretaciones y los debates de las ciencias políticas, a riesgo de seguir fomentando prejuicios y sesgos androcéntricos. Y, además, porque esa diferencia, división y relaciones de género constituyen parte de la política y tienen consecuencias políticas. Para el feminismo, la política no se reduce a las instancias y procedimientos convencionales, sino que abarca un complejo de relaciones de poder y formas de ejercicio del poder, desde las interrelaciones personales y la vida cotidiana.

PARTICIPACIÓN Y COMPORTAMIENTO POLÍTICO DE LAS MUJERES

Kathleen Jones (*op. cit.*) distingue tres etapas de los estudios de la mujer en el campo de la ciencia política: la de invisibilidad, la de visibilidad limitada y la de visibilidad. La primera se debe, como

en todas las otras disciplinas de las ciencias sociales y humanidades, a la tristemente “famosa” *omisión* de las mujeres en los marcos teóricos, escuelas de pensamiento predominantes y proyectos de investigación. En consecuencia, la tarea que había que emprender era correr el manto que las ocultaba y cuestionar el supuesto de que la presencia y participación política de las mujeres era inexistente o irrelevante (a excepción de las reinas y destacadas heroínas que ameritaban atención).

Para ser justas, varias autoras rescatan la “honorable excepción” que representó el politólogo Maurice Duverger, con su artículo “The political role of women”, publicado en 1955 por la UNESCO, en el que concluye que la pequeña parte que desempeñan las mujeres en la política se debe al lugar secundario que las costumbres y actitudes de la sociedad les han asignado; y que lo más importante es luchar contra la creencia, profundamente arraigada, en la inferioridad natural de las mujeres (citado en MacWilliams, 1974; Jones, 1992; Jaquette, 1974; Astelarra, 1990; Randall, 1987).

Superar la etapa de la invisibilidad requirió muchos esfuerzos y años, y ya ha sido rebasada en los centros de estudios de la mujer en Estados Unidos y algunos países de Europa, con la maduración de teorías feministas y la proliferación de investigaciones empíricas.

En México aún nos encontramos transitando la etapa de hacernos visibles; es decir, de combatir la invisibilidad de las mujeres mexicanas en las diversas temáticas de la política. Respecto a los medios y procedimientos formales como partidos políticos, elecciones y democracia representativa, el interés se ha incrementado notablemente desde la segunda mitad de los años ochenta, debido, en mi opinión, a las consecuencias de la eferescencia de la oposición política (inicialmente protagonizada por el PAN); al impacto que produjo en la sociedad civil el inusitado proceso electoral y la controvertida elección presidencial de 1988, de la que resultó un nuevo partido de oposición (PRD), y a ciertos cambios de perspectiva y estrategia en sectores de militantes feministas y organizaciones del movimiento amplio de mujeres, que comenzaron a revalorar la democracia representativa y la participación en la competencia electoral.

El interés por el estudio de las mujeres involucradas en movimientos urbanos populares comenzó a principios de los ochenta;

sin duda, aumentó mucho más en la ciudad de México con la irrupción del movimiento de damnificados y asociaciones vecinales, a raíz del terremoto de 1985. Se puede afirmar que estos espacios públicos de participación y modos no formales (según la convención) de hacer política por parte de las mujeres se han convertido en uno de los más atractivos y discutidos temas de la agenda de investigación y lucha feminista. No obstante la importante contribución de trabajos y los avances analíticos que se han hecho, me temo que aún no salimos de la etapa de la invisibilidad en el campo académico, sobre todo pensando en los escasos estudios y la gran carencia de conocimientos acerca de la diversidad local y regional del país, donde las mujeres realizan experiencias de participación en luchas y organizaciones sociales urbanas.

Los artículos que integran este libro muestran las inquietudes y los objetivos de investigación, para destacar la innegable visibilidad pública y el protagonismo de las mujeres en diversos escenarios de la vida social y política de México. La información, el análisis y las reflexiones que aportan constituyen un paso más adelante en el propósito de vincular los estudios de la mujer mexicana con los temas y objetos de estudio de las ciencias políticas y sociales.

Lilia Venegas y Dalia Barrera se interesaron por mujeres de sectores populares en Ciudad Juárez, Chihuahua, simpatizantes, militantes y votantes del PAN, que se comprometieron activamente en la defensa del voto a causa del fraude electoral que se padece en México. Señalan que la participación de las mujeres fue relegada de los análisis y debates sobre las preferencias del voto ciudadano por el PAN, y que falta mucho trabajo de investigación para conocer el peso específico del género en las acciones por la democracia y en los movimientos de defensa del voto.

Miguel Ángel Ramírez rescata del olvido y la omisión a una singular creación femenina de organización y resistencia comunitaria —el Frente de Solidaridad Femenil Cananense— en una localidad minera afectada por la crisis y las políticas de modernización industrial. Mujeres “de los mineros” que se lanzaron, como en tantas otras experiencias históricas, a la movilización y acción directa en defensa de la fuente de empleo del hombre y de la

subsistencia de la familia. Esperanza Tuñón se dedica a profundizar el análisis y la reflexión, con una perspectiva feminista, sobre las redes, líneas de acción e identidad genérica de mujeres organizadas en la ciudad de México, para enfrentar las necesidades de abasto y consumo, salud, guarderías y el problema de la violencia contra las mujeres, en el contexto de la crisis económica y el desafío democrático. María Eugenia Guadarrama presenta un avance de su proyecto de investigación sobre mujeres participantes en una organización del MUP que se encuentra en la ciudad de Xalapa, Veracruz: la Unión de Colonos, Inquilinos y Solicitantes de Vivienda de Veracruz (UCISV-VER). Contribuye así a diversificar territorialmente los estudios —concentrados la mayoría en la ciudad de México— sobre las mujeres que se involucran en luchas y en la autogestión popular urbana, y a enriquecer la discusión (inagotable y polémica) alrededor de las posibilidades de cambios genéricos que puedan realizar, según niveles y condiciones de participación.

Volviendo a las etapas de investigación que distingue Jones, la de visibilidad limitada consistió en demostrar la exclusión sexista de las mujeres, y en explicar los patrones diferentes de participación y comportamiento político femenino. Pero lo hicieron, según la crítica de esta autora, manejando definiciones y registros tradicionales de las actividades políticas, de acuerdo con los estándares masculinos. La etapa de visibilidad es la que corresponde al desarrollo de una ciencia política feminista, basada en una epistemología crítica feminista y en un nuevo vocabulario de la política, “que pueda expresar las formas específicas y diferentes en las cuales las mujeres han ejercido el poder, ocupando puestos de autoridad, practicando la ciudadanía y comprendiendo la libertad” (Jones, *op. cit.*: 293). Entendemos que esta etapa avanzada es resultado de la extensión y la fuerza de movimientos feministas, y de la consolidación de numerosos espacios académicos para la producción de teorías y estudios feministas en sociedades del llamado capitalismo tardío.

¿En qué consiste la participación política de las mujeres? Si comenzamos por la “definición convencional”, consiste en el principio liberal de la democracia política, que es el sufragio universal para elegir a los gobernantes; es decir, ejercer el derecho político al voto en el procedimiento de las elecciones. Para las sufragistas,

conseguir este derecho tenía un especial significado, porque creían que era un medio de efectiva participación política, además de representar un símbolo de la emancipación femenina (Randall, 1987). Luchar por el sufragio era luchar por la ciudadanía y la igualdad de derechos civiles y políticos; una cuestión de justicia y de hacer realidad el gobierno por consenso (Pateman, 1992).

Pero después de esta fundamental conquista, cundió la decepción, al menos para la evaluación crítica feminista, porque no se dieron los esperados cambios radicales, ni en la posición e inclusión de las mujeres en la esfera pública política, ni en la naturaleza misma de la política como pertenencia y prerrogativa masculina. La marginalidad política de las mujeres no se ha modificado sustancialmente, y desde ese punto de vista se deben interpretar los datos de múltiples investigaciones que comprueban un similar patrón femenino de participación y comportamiento político formal, aunque con significativas tendencias de cambios. Veamos a grandes rasgos:

La práctica del voto. Tanto batallar por el derecho al sufragio y resultó que las mujeres votan menos que los hombres en las elecciones; es decir, que son más abstencionistas a la vez que tienen menor inscripción de membresía en partidos (Randall, 1987; Jaquette, 1974; Neuse, 1978; Astelarra, 1990; Phillips, 1991). Rechazada rotundamente la ideología que supone una "natural" indiferencia y apatía de las mujeres respecto de las actividades y responsabilidades cívicas, se encuentran las razones en factores que tienen fuerte incidencia, como el paradigma masculino que ha hegemonizado el espacio y quehacer político; la identificación de la mujer con el ámbito privado doméstico y la influencia de las normas religiosas; la no correspondencia entre las necesidades e intereses femeninos y las ofertas partidistas; la carencia de sentido de eficacia política que ellas perciben de sí mismas, y la dependencia de las mujeres de la autoridad masculina con la que conviven en sus vidas cotidianas.

Pero bien sabemos que las mujeres no conforman una categoría social homogénea ni estática, desligada de los cambios sociohistóricos. La tendencia femenina al abstencionismo electoral presenta diferencias internas y no se ha mantenido invariable (a tal grado que en algunos países es insignificante la diferencia con la de los

hombres). Por ejemplo, se ha verificado que las amas de casa expresan mayor predisposición a no votar; en cambio, las mujeres que tienen empleo remunerado o una actividad fuera del hogar, prácticamente igualan el abstencionismo masculino. Si los hombres fueran “amos de casa”, tendrían la misma predisposición, porque algunos estudios que han comparado a las amas de casa con colectivos masculinos con idénticos rasgos de marginalidad política comprueban, no sólo que las diferencias desaparecen sino, que las amas de casa muestran mayores niveles de participación (Astelarra, 1990).

Otros dos rasgos del patrón femenino: el desinterés manifiesto por los asuntos de la política convencional y la influencia del marido o del padre en la preferencia electoral y opinión política de las mujeres tampoco se han mantenido invariables. Pongamos el caso de España, donde el Instituto de la Mujer realizó un detallado estudio sociológico sobre la mujer ante la política y el feminismo (véase Pérez-Fuentes, 1990). Efectivamente, son muchas las que declararon tener poco o ningún interés en la política: 74% son mujeres de más de 45 años, amas de casa y jubiladas, residentes en municipios rurales, católicas practicantes y que no manifiestan simpatía por la izquierda política. En cambio, las que mostraron mucho o bastante interés (24.8%) son mujeres de entre 25 y 34 años, solteras, divorciadas o separadas, viven en ciudades, dedican menos tiempo a las tareas del hogar, han realizado estudios de secundaria o superiores y se consideran simpatizantes de la izquierda.

En cuanto a la influencia del marido o del padre en las decisiones del voto, las diferencias son también muy sugerentes. Es alta la proporción de mujeres (63.9%) que coinciden en su preferencia partidista con sus maridos (25.8% con el padre), pero se advierte que también hay que tener en cuenta la trayectoria familiar del voto por un determinado partido, como Dalia Barrera lo hace notar en su artículo sobre las panistas de Ciudad Juárez. Son mujeres de baja escolaridad, católicas practicantes, amas de casa y muestran actitudes más negativas ante el feminismo.

En cambio, las mujeres que tienen un comportamiento electoral más diferenciado del marido o del padre, son menores de 34 años, han tenido experiencia laboral, no son católicas practicantes y tienen una percepción positiva del feminismo. Un resultado

“gratamente sorprendente” fueron las opiniones de las mujeres encuestadas respecto a las feministas (recordemos los cuatro decenios de oscurantismo que significaron para las mujeres la dictadura franquista): más de 60% estuvieron en desacuerdo con que las feministas son mujeres poco femeninas, no tienen novio ni marido, y son personas con inclinaciones homosexuales; más de 70% consideraron que las feministas son mujeres de acción que quieren triunfar en la vida (Pérez-Fuentes, *op. cit.*).

En México, lamentablemente carecemos todavía de un estudio completo y sistemático como el del España; más bien contamos con datos y evidencias dispersas. Parece que también se confirma la predisposición femenina al abstencionismo electoral. Manuel J. Clouthier (1989), excandidato a presidente por el PAN en las elecciones de 1988, da la cifra de 42% de mujeres que votaron (8 millones de votos) y 58% de hombres (11 millones) del total de sufragios emitidos. Los artículos de Lilia Venegas y Dalia Barrera dan pistas para entender la subjetividad política de mujeres trabajadoras y pobladoras de asentamientos populares que prefieren no ser abstencionistas y votar por el PAN, por medio del cual pueden hacer política “como si estuvieran en su casa” (Clouthier *ibid.*). Quizá el símil no resulta muy afortunado para las mujeres panistas de Ciudad Juárez —con tanta experiencia y tiempo empleado en las campañas electorales y en acciones de resistencia civil y defensa del voto— porque, finalmente, el presidente municipal del PAN que ganó en las elecciones de 1992 no incorporó a una sola mujer al gobierno local con el argumento de que “ninguna podía de tiempo completo” (Campos Madrigal, 1992). También en el artículo de Miguel Ángel Ramírez encontramos otra modalidad de participación femenina simpatizante del PAN.

En México las mujeres constituyen 51% del padrón electoral, y el abstencionismo del electorado en general es de larga data, explicado ya sea por el rechazo o conformidad con el sistema político y los partidos —particularmente con el PRI, denominado oficial, o hegemónico, o del Estado, o “casi único”. En las elecciones federales de 1988 el abstencionismo fue de 47.6%, y en las de 1985, de 50.5% (Aziz y Molinar, 1990). Considero que la específica abstención de las mujeres debería ser incluida junto con las variables e hipótesis que se manejan en torno al problemático fenómeno

de las elecciones federales y locales, porque excluir la diferencia sexual femenina implica desconocer una proporción importante del electorado que altera, de una u otra manera, la práctica del voto ciudadano ante los comicios. Aziz y Molinar afirman que: “Históricamente, al menos desde los años sesenta, se ha comprobado que no existe una asociación estadística significativa entre los niveles de participación (o abstención) y variables socioeconómicas típicas como urbanización, escolaridad, ingreso” (*ibid.*: 148). Y las mujeres, o la variable sexo femenino, ¿qué comprueban? Así visto, únicamente la omisión.

Es evidente que el distanciamiento y el desinterés que sienten las mujeres por la política convencional en México no es un rasgo “anormal” del género, como la crítica feminista ha señalado. Hay que buscar las causas en otra parte, conforme lo indican algunos datos de encuestas a la población mexicana: 59% de las personas entrevistadas contestaron que no participan en actividades partidistas; 56% tienen poco o ningún interés por la política; 47% creen que los partidos representan en poca o ninguna medida los intereses de la gente. Sólo se menciona que a las mujeres les interesa menos la política que a los hombres (*Este País*, 27 de junio de 1993). Sobre la credibilidad en los resultados de las elecciones, apenas 11% le otorgan credibilidad total; 41%, parcial, y 48%, nula credibilidad; 71% admitieron que “desde siempre” han oído hablar de irregularidades en los procesos electorales (*Voz y Voto*, 1 de marzo de 1993).

Parece una ironía macabra, pero estos problemas de credibilidad e irregularidades han dado lugar y propiciado la emergencia cívica de nuevas sufragistas mexicanas al fin del milenio, que ahora reivindican el derecho de las mujeres a la participación pública ciudadana para defender el cumplimiento de una regla básica de la democracia política moderna: respeto al voto, libre y secreto, y a la voluntad popular (de la cual, la mitad son mujeres) que elige a sus representantes y autoridades. Los estudios de Lilia Venegas y Dalia Barrera en el caso de Ciudad Juárez, las mujeres del Frente Cívico Potosino, las activistas del PRD en Michoacán —para sólo dar los ejemplos más sobresalientes— demuestran que, según sean las convocatorias, opciones y fines, se está despertando el interés consciente de las mujeres por el ejercicio del derecho

político a votar (y ser votadas), y por los asuntos públicos que conciernen al quehacer político de las elecciones.¹

¿Conservadoras y moralistas? La generalización de que las mujeres son políticamente conservadoras ya se ha convertido en un cliché, como dice Vicky Randall. Es cierto que, hasta los años setenta, el conservadurismo de la preferencia electoral femenina comprobó otro de los rasgos del patrón femenino en cuanto a orientación del voto y adhesión partidista. Los estudios políticos feministas plantearon que había que analizar y discutir con más cuidado y sin prejuicios la tendencia de las mujeres a votar por partidos conservadores. El mismo concepto de conservadurismo es muy amplio; tiene distintas connotaciones y sistemas de valores y creencias. Se suele adjudicar a partidos y actitudes de centroderecha que se diferencian de la ultraderecha. No fueron mujeres sino hombres quienes más apoyaron al fascismo italiano y al Partido Nacionalsocialista de la Alemania nazi, por ejemplo.

De acuerdo con estudios realizados en diversos países (véase Randall, 1987; Jaquette, 1974; Neuse, 1978), se observa que el conservadurismo político femenino significa más bien una expresión consciente de los intereses femeninos y disposición a preservar el orden político establecido, que una convicción doctrinaria y compromiso incondicional con la defensa de valores conservadores. Y no se lo puede desligar de la historia social de marginación del poder político y de sujeción a las obligaciones en la esfera privada doméstica. El conservadurismo de las amas de casa —advierte lúcidamente Judith Astelarra— refleja coherencia ideológica, puesto que “Si las propuestas sobre la familia que le hacen todos los grupos políticos son conservadoras, es más fácil que acepten a los grupos conservadores, coherentes en sus otras ofertas, que a los que proponen mantener igual su ámbito de vida y cambiar todo lo demás.” (1990: 20).

De la esfera privada doméstica deriva una “ética de la responsabilidad y del cuidado”, centro de la preocupación moral de las mujeres, basada en la compasión y la no violencia (Gilligan, 1982).

¹ La participación política formal de las mujeres incluye, por supuesto, candidaturas, cargos y representaciones de partido, así como puestos en el gobierno. Véase Martínez (1993) y Cantú (1991), para información y reflexiones al respecto.

Entonces, proteger las necesidades y el bienestar de los seres queridos, la familia, es una actitud que responde al orden tradicional en el que las mujeres se han socializado, y desde el cual perciben, evalúan y aceptan las ofertas políticas de los partidos.

Conviene recordar que el conservadurismo femenino fue mañosamente utilizado por el poder político masculino como argumento “razonable” para excluir a las mujeres de la ciudadanía política y la igualdad del derecho al sufragio. En México, ése fue un argumento de peso para denegar el sufragio femenino en la Constitución de 1917, bajo el supuesto de que “lo emplearían para apoyar a fuerzas conservadoras y a los intereses de la iglesia y ello representaría un elemento que debilitaría el liberalismo” (Cano, 1991: 278). Implícitamente se mantuvo la misma suposición en el gobierno de Lázaro Cárdenas, hasta que, por fin, más como concesión del presidente Ruiz Cortinez, quien intentaba “construirse una imagen internacional de modernidad” (*ibid.*: 291), que como fruto de los empeños de las sufragistas, se le otorgó a la mujer mexicana el derecho al sufragio universal en 1953.

¿Siguen siendo las mujeres más conservadoras que los hombres en términos de preferencias electorales? Varias evidencias indican que la brecha entre los sexos disminuye y que las mujeres muestran un perfil liberal reformista, perfil que, en realidad, muchas han tenido siempre, ya sea reprimido, disimulado o claramente visible. Cuando se reeligió Reagan (Partido Republicano), sólo obtuvo 10% del voto femenino, mientras que 25% de los hombres votaron por él. En Canadá, el Partido Conservador recibió más apoyo de hombres (22%) que de mujeres (13%) en las elecciones de 1984 (Randall, 1987). Bill Clinton (Partido Demócrata) recibió la mayor parte del voto femenino en la elección presidencial de 1992. La hipótesis del conservadurismo de la mujer española se ha tenido que revisar, porque, si bien votó por partidos de la derecha durante la primera etapa de la transición democrática, en las elecciones de 1982, 35% de las mujeres votaron por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), ocho puntos menos que los hombres (Ortiz Corulla, 1990). En Chile, donde el antecedente del conservadurismo femenino adquirió un agresivo papel político contra el gobierno socialista de Salvador Allende, 51.2% de las mujeres rechazaron el continuismo de la dictadura del general Pinochet en el plebiscito

de octubre de 1988 (58.9% de los hombres); el NO femenino superó en 5% al SÍ (Molina, 1990).

Las motivaciones y preferencias electorales de las mujeres son mucho más complejas y cambiantes de lo que la visión convencional tiende *a priori* a catalogarlas: como conservadoras reaccionarias o como “locas” radicales en el otro extremo. Dalia Barrera menciona en su artículo la contradicción entre el supuesto conservadurismo de las panistas y su interés por involucrarse en el mundo público de la política para cambiar el *statu quo* del orden político dominante. Son electoras de un partido de centro-derecha católico, pero en términos políticos se niegan a conservar las costumbres del fraude electoral, del acarreo de la gente y del condicionamiento del voto, la corrupción e ineptitud de autoridades y políticos y la inferioridad y pasividad ciudadanas. ¿En qué son conservadoras estas mujeres? Según los datos de una encuesta, la sociedad del norte de México es menos anticlerical que la del centro y sur, pero al mismo tiempo es liberal y tolerante, es decir, que “la ideología liberal convive con una forma conservadora de vida en muchos aspectos” (Blancarte, 1991: 7).

El moralismo es otro rasgo atribuido al comportamiento político de las mujeres (Randall, 1987; Jaquette, 1974). Se lo ha calificado de ingenuo o idealista y puritano porque, desde la lógica política y los intereses masculinos, las mujeres tienden a favorecer la paz y la no violencia, la limpieza de la gestión gubernamental, los motivos altruistas y los desempeños administrativos honestos y responsables. Asimismo, las mujeres se han opuesto al alcoholismo, la drogadicción, la prostitución, el juego de apuestas, no por moralistas conservadoras, sino como seres racionales que actúan en defensa propia y del bienestar de sus familias. Opera en ellas más una “ética de responsabilidad y cuidado” que un hipócrita puritanismo decimonónico y un despistado idealismo.

Lo anterior no significa que las mujeres tienen una esencia humana superior, intachable y abnegada. Hay mujeres que en las instancias y relaciones del poder político son despóticas, corruptas, negligentes y manipuladoras. Además, aquellas que ambicionan llegar y permanecer en las alturas del poder suelen masculinizarse (cuerpo de mujer/cabeza de hombre), conservando ciertos toques femeninos. También se encuentran aspectos de un moralis-

mo conservador, basado en concepciones tradicionales sobre la mujer, la sexualidad y la familia, que se traducen políticamente en determinadas posturas y medidas que no favorecen la comprensión y tolerancia de las diferencias, cambios y pluralidad de la vida social moderna. Así, por ejemplo, la expresidenta municipal del PAN en Mérida (Yucatán) lanzó una campaña de “moralización social” para velar por el “bien común” dirigida a eliminar, o por lo menos reprimir, la prostitución, la homosexualidad, el travestismo y el “fichaje” en bares, cantinas y centros de diversión. Por su parte, la exsecretaria general del Comité Ejecutivo Nacional del PAN opinó que:

El feminismo es una degeneración; es la parte femenina del machismo; feminismo y machismo son exageraciones polarizantes de lo que puede ser una complementación adecuada de los dos sexos, que es la actitud que debemos tener hombres y mujeres respecto de nuestra naturaleza y de nuestra posición ante la vida pública en el caso concreto (*La Jornada*, 19 de abril de 1992: 6).

Pero el moralismo prejuiciado y excluyente no es una mala “virtud” propia de algunas mujeres en los poderes públicos, ni de un solo partido. Los presidentes municipales del PRI en Guadalajara, Zapopan y Tonalá (Jalisco) impidieron la celebración de la Conferencia Anual de la Asociación Internacional de Lesbianas y Gays, utilizando de manera discrecional y arbitraria la facultad de emitir el bando de policía y buen gobierno contra las garantías constitucionales de los derechos individuales y civiles. También el presidente municipal del PAN en León (Guanajuato) impidió, obediendo las indicaciones del obispo, una conferencia sobre derechos reproductivos que iban a dar unas feministas en un local público de esa ciudad.

Cultura política. Expuesta a diversos puntos de vista, la cultura política es generalmente definida como un conjunto, o síntesis, de creencias, valores, actitudes, símbolos, normas y prácticas que hacen inteligible determinado sistema político para la ciudadanía, en relación con y frente al Estado, las instituciones políticas y las autoridades que ejercen el poder en todos los niveles de gobierno y representación. La cultura política hegemónica en México se ha distinguido por una serie de componentes sustanciales, tales

como: el mito cosmogónico del sistema político mexicano producto de una revolución social triunfante; un nacionalismo revolucionario; el exacerbado presidencialismo; el providencialismo del ejecutivo federal, poderoso dispensador de bienes y favores; el consenso pasivo; el desconocimiento de los derechos civiles; la carencia de una cultura cívica democrática; la permanencia de un mismo partido (PRI) en el poder y una inexistente alternancia política en la conducción del gobierno de la nación; la desconfianza de las instituciones políticas y de gobierno; un Estado omnipresente y absorbente de la sociedad civil; el autoritarismo, y las lealtades patrimoniales (De la Peña, 1992; Gutiérrez, 1988; Massolo, 1992a; Durand Ponte, 1992; Reyes del Campillo y Vázquez Mantecón, 1993; *Este País*, 5 de agosto de 1991; Loeza, 1989).

Si bien estos componentes caracterizan globalmente a la cultura política mexicana, el análisis debe reconocer y dar cuenta de la heterogeneidad, de las variaciones y modificaciones que presenta, según contextos sociales y regionales. Asimismo, es sesgado abordarla como si fuera neutralmente genérica, ignorando la diferencia sexual femenina y su específica posición dentro de las estructuras y relaciones sociales y políticas. La cultura política de las mujeres integra la heterogeneidad y la diversidad, aunque contenga elementos de la hegemónica interiorizados en la subjetividad política femenina.

El enfoque con una perspectiva de género incorpora al análisis y discusión sobre la cultura política los cuestionamientos, teorías, categorías e interpretaciones que han producido los estudios de la mujer vinculados a las temáticas de la política, de los que se han destacado algunos de los principales aportes en las líneas anteriores. La posición de las mujeres en la esfera pública política, así como sus modalidades de comportamiento y participación, condicionan y expresan una cultura política que podría considerarse una especie de subcultura, en el sentido que observa Pizzorno (1975: 65):

En efecto, una subcultura agrupa a individuos que según los valores prevalecientes se sienten en condiciones de inferioridad y que por lo tanto consideran más conveniente restringir sus relaciones a un área homogénea —un área de igualdad— delimitada justamente sobre

la base del atributo común que determina la real o presunta inferioridad.

Esta subcultura política femenina ha sido forjada por la desigualdad, a pesar de los derechos formales adquiridos, y por la inferiorización (que equivale a desvalorización), pero reconociendo su propia diversidad interna; así que:

La cultura política de la mujer, hoy por hoy, habría que considerarla como una forma de subcultura de la dominante en el sistema, en tanto que específica de un sector de la sociedad. Dado que el conjunto de las mujeres no forman un todo homogéneo, la cultura dominante de la mujer contiene varias subculturas. La edad, ocupación, hábitat, nivel de estudios, la dicotomía rural-urbano, el estatus socioeconómico, clase social, religiosidad, etc., son características que condicionan la cultura cívica de los individuos, en general, y de las mujeres, en particular, determinando tipos específicos y diferenciados [Ortiz Corulla, 1990: 150].

De acuerdo con ciertas inclinaciones, a las mujeres se les atribuye una manifestación de cultura política de tipo localista o “parroquial”, con intereses, valoraciones y prácticas centrados en los microespacios del hábitat cotidiano y ligados a la política comunitaria o de los gobiernos locales. Se supone que los problemas y temas que más les preocupan pertenecen al orden de lo particular, parcial y doméstico; es decir, a lo que atañe a las condiciones de vida de la familia, el vecindario y la localidad. Las evidencias confirman que es alrededor del ámbito municipal donde la mayoría de las mujeres se socializan e interactúan políticamente, establecen constantes relaciones con las autoridades locales en tanto gestoras de los requerimientos de servicios, equipamientos, subsidios, etc., y realizan múltiples actividades que vinculan la problemática de la vida cotidiana con demandas colectivas y asociaciones comunitarias (Massolo, 1992b).

Aunque poco reconocidas en los análisis políticos que se hacen en México, las mujeres son protagonistas de los procesos y conflictos sociales y políticos locales; a su modo de género, reproducen creencias, normas y prácticas de la cultura política hegemónica, así como también logran concebir disensos activos, rupturas y cam-

bios al involucrarse en acciones directas contestatarias, en alternativas de participación ciudadana libre y consciente, en movimientos y organizaciones independientes del tutelaje oficial. Los artículos de Lilia Venegas, Dalia Barrera, Miguel Ángel Ramírez, Esperanza Tuñón y María Eugenia Guadarrama, que componen este libro, indican las potencialidades de los espacios locales para que las mujeres puedan formarse como actores sujetos sociales y políticos, que se proyectan a la esfera pública revelando distintas opiniones y actuaciones femeninas divergentes de la “típica” cultura política mexicana.

La expresividad emocional, afectiva, y el altruismo para “ser útil”, “servir a los otros”, son otro síntoma de la subcultura política de las mujeres que traduce los sentimientos y labores de los papeles de esposa y madre. Pero, como lo hace notar Judith Astelarra:

No es que por naturaleza las mujeres sean más “familiares”, esposas y madres, lo que las convierte en más emotivas e irracionales. Simplemente es la función que deben realizar en términos de la división sexual del trabajo actual y de las formas de participación política que permite o excluye [1990: 19].

Sin embargo, trasladado a la esfera del quehacer político formal, lo emocional y altruista es exaltado por mujeres militantes de partidos de centro-derecha como el PAN, que invocan “las capacidades propias de su naturaleza” y recomiendan “aprovechar las dotes naturales de su ser femenino”, a fin de “suavizar el concepto masculino que ha imperado por siglos, orientando y corrigiendo la vertiente hacia un mundo más servicial y generoso” (Aranda, 1992: 3; véase también PAN, *Foro Nacional...*, 1989).

Se dice que las mujeres tienden a personalizar la política; es decir, que se motivan y orientan más por las características personales de los candidatos electorales por su aspecto físico y su vida familiar, que por las doctrinas y programas de las ofertas políticas. Pero varias investigaciones demuestran que la diferencia con los hombres es mínima en cuanto a sus preferencias electorales, y que lo que influye en las mujeres es la competencia, la confiabilidad y la capacidad de liderazgo de los candidatos (Randall, 1987). El papel que desempeñan ciertos liderazgos masculinos al estimu-

lar la participación política de las mujeres ha sido escasamente tratado en los análisis y debates sobre los fenómenos políticos de México, incluidos los feministas. Éste es un complejo factor que, a mi juicio, requiere atención específica, ya que afecta a la propia subjetividad política femenina y puede ejercer una fuerza de atracción que reorienta el curso de las trayectorias ciudadanas y despierta nuevas motivaciones, intereses y ánimos de las mujeres en el escenario público político, local y nacional. Por ejemplo, los notables liderazgos de oposición representados por Manuel, “Maquío”, Clouthier (PAN), Francisco Barrio (PAN, al que se refieren Lilia Venegas y Dalia Barrera), Salvador Nava (Frente Cívico Potosino) y Cuauhtémoc Cárdenas (PRD) forman parte de la socialización, experiencias, lealtades y memorias políticas de muchas mujeres mexicanas, con todas sus ambivalencias y tensiones.

ACCIÓN COLECTIVA, CRISIS Y DEMOCRACIA

En las sociedades industriales —dice Alain Touraine—, “las acciones colectivas se definen más a menudo por un esfuerzo para dominar el cambio y orientar el porvenir, que por una voluntad de conservación o de vuelta al pasado” (1987: 94). La modernización tiene mucho que ver con los cambios que han sucedido y el futuro que se pretendió alcanzar. En nuestras sociedades latinoamericanas significa, aún hoy, una complicada meta que provoca serios trastornos, dentro de los cuales se gesta y construye la acción colectiva a la que es inherente el conflicto. Los modos de la acción colectiva de las mujeres —que a menudo presentan el carácter beligerante de la acción directa—, desde el pasado hasta la actualidad, son una sensible caja de resonancia de las decisiones que determinan poderes fuera de su control, pero que las afectan. El género diferencia y marca la acción colectiva, de acuerdo con los tiempos y circunstancias.

La estrecha y convencional definición de la política y el hacer política impidió admitir y valorar lo medios y los modos informales de la acción femenina en conflicto que han ensanchado y diversificado la esfera pública de la injerencia política. A partir del entorno local cotidiano —donde han tenido más posibilidades de

construir acción participativa—, las mujeres establecen relaciones de fuerza y presión con los poderes públicos, demandan y gestionan recursos, impugnan políticas y decisiones, resisten, negocian y ejercen influencias. Hacen política *ad hoc* (Randall), a la vez que adquieren autoestima personal, habilidades de ciudadanas competentes, prestigio social y poder de liderazgo.

Si los papeles de madre y ama de casa descalificaron a la mujer para ingresar con plenos derechos e iguales oportunidades en las instituciones del poder político formal, los mismos papeles la han calificado para incorporarse y actuar en la vida pública social y política, por medio de sus iniciativas y prácticas de acción colectiva, ya sea en movimientos populares, asociaciones vecinales, luchas electorales, sindicales, o por los derechos humanos. Este eficaz patrón femenino muestra primero el perfil, la identidad y la conciencia de la madre y esposa, desde el pasado y hasta la actualidad, pero en su versión pública politizada, como lo constatan los artículos de este libro y otros estudios (véase Kaplan, 1982; Jaquette, 1989; Martin, 1990; Necochea, 1990; Massolo, 1992c y 1992d; Vargas, 1992).

Dentro de la heterogeneidad de contextos y situaciones, las mujeres conforman sistemas de acción con vistas a la solidaridad entre actores que comparten valoraciones y pertenencias comunes, se reconocen sujetos de la acción y sus resultados y se sienten entre iguales al participar (Pizzorno, 1975). Si, como afirma este autor, la participación política es una acción que se cumple en solidaridad con otros, ésta se acrecienta cuando los efectos de la crisis golpean particularmente a las mujeres y familias de las clases populares y sectores de la clase media. Sobre todo, si la solidaridad es un valor y una actitud arraigada en la tradición cultural de una sociedad, como es el caso de México.

Las simpatizantes y militantes panistas de Ciudad Juárez (Lilia Venegas y Dalia Barrera); las mujeres de los mineros en Cananea (Miguel Ángel Ramírez); las mujeres organizadas en la ciudad de México para el abasto y consumo, salud, guarderías y contra la violencia hacia las mujeres (Esperanza Tuñón); y las colonas del movimiento urbano popular en Xalapa (María Eugenia Guadarrama) apuntan a la crisis y políticas gubernamentales de los años ochenta; reflejan y responden a sus consecuencias. La política

económica fue la “de ajuste convenida con el FMI, cuyos objetivos centrales fueron controlar la inflación y disminuir el déficit de la balanza de pagos” (Cortés y Rubalcava, 1991: 12). El ajuste implicó la reforma del Estado para reducir el déficit, disminuir drásticamente el gasto social, eliminar y focalizar subsidios al consumo básico, la disciplina fiscal y privatizaciones, rígidos topes al aumento de los salarios, reconversión industrial; en fin, la conocida receta que aún sigue vigente.

De 1981 a 1984, la cantidad de habitantes en condiciones de pobreza absoluta aumentó entre 10 y 13 millones, llegando a un total de entre 48 y 50 millones en 1988. El crecimiento de la pobreza fue mucho más elevado que el crecimiento natural de la población: “Se trata, sin lugar a dudas, de una regresión histórica sin precedentes en las últimas tres décadas” (Hernández Laos, 1992: 111). Como en otros países de América Latina, las repercusiones de la crisis y el aumento de la pobreza en México han sido mayores en las zonas urbanas que en las rurales. El salario mínimo real disminuyó más de 50% entre 1982 y 1989; en 1986 la canasta básica representaba 50% del salario mínimo, mientras que en 1982 era 30% (Cortés y Rubalcava).

Las políticas de ajuste neoliberal profundizaron la desigualdad social estructural, ya que durante los últimos treinta años 5.5 millones de hogares mexicanos permanecieron de manera sistemática en condiciones de pobreza extrema (Hernández Laos, *op. cit.*). Coinciden los análisis en la grave tendencia hacia la polarización y exclusión social, en cuanto a la distribución del ingreso y las condiciones de bienestar: en 1984, los hogares del primer decil, con 1.4% del ingreso total, obtenían un ingreso familiar que no llegaba a 40% del salario mínimo, y los del último decil, con 34.6% del ingreso, percibían en promedio poco más de nueve salarios mínimos por hogar (Cortés y Rubalcava). En 1988, 62.5% de los hogares mexicanos se encontraban en la pobreza; los ricos constituían 11.2% (Hernández Laos).

En la actualidad, las condiciones de bienestar de la población se concentran en los hogares medios y altos, especialmente en estos últimos, configurando una sociedad polarizada, en donde gran parte de la población no cubre sus necesidades básicas, en tanto el

consumo conspicuo de los hogares con mayores ingresos excede en mucho lo considerado básico para satisfacer sus necesidades esenciales [*ibid.*: 131].

En las ciudades, los hogares pobres gastan más de 60% del presupuesto familiar en alimentación, cada vez menos nutritiva y de peor calidad. Un estudio realizado en la ciudad de México revela que han sustituido el consumo de carne, pescado, pollo, queso, huevo y frutas por productos más baratos, como frijol, verduras, tortilla y pan; se le atribuye a la carestía y al bajo poder adquisitivo el empobrecimiento de la dieta y hasta el hambre que sufren las familias (Oswald, 1991). No es de sorprender, entonces, que las mujeres encabecen las demandas y acciones colectivas para resolver los problemas de abastecimiento y consumo de alimentos (reclamación de subsidios, cocinas populares, autogestión del abasto). Ésta es una de las estrategias de sobrevivencia para enfrentar la crisis y las políticas económicas oficiales. Otras —en las que las mujeres también han asumido una parte considerable de los esfuerzos— son el empleo en el sector informal, el incremento de las horas de trabajo, la ayuda mutua familiar y comunitaria, la autoprovisión doméstica, el envío de niños a obtener ingresos en las calles, la autogestión popular para tener acceso a la vivienda, los servicios básicos y el cuidado de la salud.

El Pronasol institucionaliza la sobrevivencia y la tradicional solidaridad, en el plano de la política social del Estado destinada a aliviar la pobreza, originariamente diseñada y propuesta por el Banco Mundial y el FMI (1989). Y el mismo Pronasol sirve eficazmente al sistema político mexicano —como acertadamente lo ha señalado Denise Dresser (1991)—, tanto para reactivar la vasta y poderosa maquinaria de un renovado presidencialismo que refuerza los rasgos de caudillismo y liderazgo autoritario característicos de la cultura política, como para renovar las estrategias de cooptación y clientelismo en favor del PRI, en perjuicio de la incipiente competitividad democrática de los partidos de oposición en México.

¿En qué consiste la democracia para las mujeres? El enfoque de género sobre la concepción y los alcances de la democracia resalta en primer lugar la importancia de transformar la esfera doméstica “privada”, de manera de sentar las bases de una demo-

cracia que democratice las relaciones sociales de género dentro del hogar y la vida cotidiana. Porque, como se señaló anteriormente, estas relaciones y la división sexual del trabajo son parte de la política y tienen consecuencias políticas. Anne Phillips (1991) hace notar que la gente rara vez establece una analogía entre la igualdad en el derecho a votar en las elecciones y la igualdad en el derecho a decir y decidir sobre los asuntos de la vida en el hogar; sostiene que la igualdad doméstica debe ser considerada parte de lo que equilibra el peso político de cada persona. El feminismo contemporáneo concibe la democracia como un régimen político que debería estar presente en “la fábrica de todas las relaciones sociales”, y en todos los contextos y procedimientos requiere que se cumpla la norma de igual respeto y el principio de que cada persona tiene igual peso y derecho (*ibid.*).

El movimiento social feminista, emergente a partir de la segunda mitad de los años sesenta, se ha declarado más simpatizante y militante de la democracia directa participativa que de la democracia representativa de corte liberal. Las diversas críticas feministas a la democracia liberal (véase la bibliografía) apuntan correctamente a la limitación del sufragio para elegir a los gobernantes, mientras múltiples ámbitos y decisiones que conciernen a intereses vitales de las personas y grupos sociales quedan fuera del control democrático, manteniendo la desigual distribución del poder. Entre las feministas, predominó la indiferencia o el escepticismo acerca del voto y la política electoral, y se manejaron tres paradigmas al respecto: 1) las elecciones como un instrumento de control, cooptación y legitimación; 2) como un medio de representación de grupos de interés y una función “protectora” que da a la ciudadanía cierta posibilidad de ejercer algo de control sobre sus representantes; 3) como un agente de movilización y un medio de educación y politización de grupos disidentes opositores, o revolucionarios, contra el Estado (Katzenstein, 1984).

Además, hay que reconocer que el feminismo vinculado a la izquierda, así como no valoró el tema de la ciudadanía en la acción política, despreció por burgués y reformista la participación en los mecanismos e instancias de la democracia representativa. En México, también encontramos esta postura ideológica que se refleja en el hecho de que “el movimiento feminista no tiene propuestas

respecto a la lucha por la democratización del país, pues en su visión del feminismo como opción 'revolucionaria' ve como reformista la lucha por la democracia" (Lamas, 1992:561).

Los tiempos, los paradigmas y la sociedad han cambiado, acelerada y sorprendentemente. Nuevas corrientes de revaloración de la importancia de intervenir en la democracia representativa están influyendo en la orientación y las estrategias del movimiento amplio de mujeres y de sectores feministas, tanto en México como en otros países de América Latina y del resto del mundo. Al mismo tiempo, la democracia directa participativa sigue siendo una voluntad de la acción colectiva, una reivindicación y un ideal que sostienen y defienden. De una y otra forma, la democracia para los fines de la emancipación y superación de las mujeres se tiene que promover y consolidar conjuntamente en lo macro y lo micro, lo formal e informal, lo público y lo privado cotidiano.

Así, la democracia se convierte en algo específico, en una ambición personal y colectiva; pasa a ser parte de los ideales políticos sólo cuando está enraizada en las demandas personales. Una posición de género democrática, considerada en estos términos, tiene el potencial de llevar a descubrimientos personales y colectivos, sobre cómo las subordinaciones, injusticias y explotaciones en las vidas de las mujeres y en la sociedad están vinculadas entre sí (Vargas, 1992: 58).

Las autoras y el autor de los artículos que conforman este libro, así como las mujeres que aparecen en sus estudios, expresan las inquietudes y aspiraciones por la transformación democrática de la sociedad civil y el sistema político de México, cuyos beneficios y logros no serán únicamente para las mujeres sino para todos los habitantes e instituciones del país.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, María Teresa, *et al.*, "Participación electoral femenina: de la representación social de la política al voto", *Iztapalapa*, núm. 23, México, julio-diciembre, 1991.
- Aranda, Ana Teresa, "La participación política de la mujer", *Quórum*, núm. 7, México, octubre, 1992.

- Astelarra, Judith, "Las mujeres y la política", en Judith Astelarra (comp.), *Participación política de las mujeres*, Madrid, Siglo XXI-CIS, 1990.
- Aziz, Alberto, y Juan Molinar Horcasitas, "Los resultados electorales", en Pablo González Casanova (coord.), *Segundo informe sobre la democracia: México, el 6 de julio de 1988*, México, Siglo XXI-CIH-UNAM, 1990.
- Banco Mundial y FMI, *Strengthening Efforts to Reduce Poverty*, Washington, abril, 1989.
- Barbieri M., Teresita de, "Los ámbitos de acción de las mujeres", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, México, enero-marzo, 1991.
- Blancarte, Roberto, "Fortalecimiento del México secular", *Este País*, núm. 3, México, junio, 1991.
- Campos Madrigal, Irma, "Chihuahua 1992: elecciones y mujeres", *Cuadernos del Norte*, núm. 9, México, diciembre, 1992.
- Cano, Gabriela, "Las feministas en campaña", *Debate feminista*, vol. 4, México, septiembre, 1991.
- Cantú, María Luisa, "¿Qué tanto inciden las mujeres en los puestos políticos?", *Doble Jornada, La Jornada*, México, agosto de 1991.
- Cavarero, Adriana, "Equality and Sexual Difference: Amnesia in Political Thought", en Gisela Bock y Susan James (comps.), *Beyond Equality and Difference*, Nueva York, Routledge, 1992.
- Clouthier, Manuel J., "La mujer en la campaña presidencial", en Partido Acción Nacional, *Foro Nacional La Mujer. Origen y Destino*, México, 1989.
- Conde, Elsa, y Leticia Murúa B., *Para abordar la democracia*, México, APIS, 1990.
- Cortés, Fernando, y Rosa M. Rubalcava, *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento*, México, El Colegio de México, 1991 (Jornadas 120).
- Crespo, José A., y C. Cansino, "Votar en México", *Etcétera*, núm. 18, México, junio 1993.
- Chaney, Elsa M., "The Mobilization of Women in Allende's Chile", en Jane S. Jaquette (comp.), *Women in Politics*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1974.
- Chant, Sylvia, *Women and survival in Mexican cities*, Manchester, Manchester University Press, 1991.
- Dietz, Mary G., "El contexto es lo que cuenta: Feminismo y teorías de la ciudadanía", *Debate Feminista*, vol.1, marzo de 1990.
- Dresser, Denise, *Neopopulist Solutions to Neoliberal Problems. Mexico's National Solidarity Program*, San Diego, Center for U.S-Mexican Studies, University of California, 1991.
- Durand Ponte, Víctor M., "La cultura política en nueve ciudades mexicanas", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, México, enero-marzo de 1992.
- Gilligan, Carol, *In a Different Voice*, Massachusetts, Harvard University Press, 1982.

- Gutiérrez, Roberto, "A manera de introducción: elementos para un análisis de la cultura política contemporánea en México", *Revista A*, México, enero-agosto, 1988.
- Hernández Laos, Enrique, *Crecimiento económico y pobreza en México*, México, CIIH-UNAM, 1992.
- Jaquette, Jane S., "Introduction: Women in American Politics", en Jane S. Jaquette (comp.), *Women in Politics*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1974.
- , "Conclusion: Women and the New Democratic Politics", en Jane S. Jaquette (comp.), *The women's movement in Latin America. Feminism and the Transition to Democracy*, Boston, Unwin Hyman, 1989.
- James, Susan, "The Good-Enough Citizen: Female Citizenship and the Independence", en Gisela Bock y Susan James (comps.), *Beyond Equality and Difference*, Nueva York, Routledge, 1992.
- Jones, Kathleen B., "Hacia una revisión de la política", en *Política y Cultura*, núm. 1, México, otoño de 1992.
- Kaplan, Temma, "Female Consciousness and Collective Action: The Case of Barcelona, 1910-1918", *Signs*, núm. 3, primavera de 1982.
- Katzenstein, Mary F., "Feminism and the Meaning of the Vote", *Signs*, núm. 1, otoño de 1984.
- Lamas, Marta, "El movimiento feminista en la década de los ochenta", en Enrique de la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, vol. II, México, Porrúa/CIIH-UNAM, 1992.
- Loaeza, Soledad, "Cambios en la cultura política mexicana: el surgimiento de una derecha moderna (1970-1988)", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, México, julio-septiembre, 1989.
- , "Maquío: El otro populismo", *Nexos*, núm. 127, México, julio de 1988.
- MacWilliams, Nancy, "Contemporary Feminism, Consciousness-Raising, and Changing Views of the Political", en Jane S. Jaquette (comp.), *Women in Politics*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1974.
- Martin, Joann, "Motherhood and Power: The Production of Women's Culture of Politics in a Mexican Community", *American Ethnologist*, núm. 3, agosto de 1990.
- Martínez, Alicia F., "De poder, podemos: diferencias genéricas en la dinámica sociopolítica", *El Cotidiano*, núm. 53, México, marzo-abril, 1993.
- Massolo, Alejandra, "Las políticas del barrio", *Política y Cultura*, núm. 1, México, otoño, 1992a.
- , "El gobierno municipal y las mujeres", *Memoria*, núm. 42, México, junio de 1992b.
- , *Por amor y coraje. Mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*, México, PIEM-El Colegio de México, 1992c.
- (comp.), *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, México, PIEM-El Colegio de México, 1992d.

- Melucci, Alberto, "La acción colectiva como construcción social", *Estudios Sociológicos*, núm. 26, México, mayo-agosto de 1991.
- Molina G., Natacha, "La mujer ¿un voto conservador?", *Quehaceres*, Rep. Dominicana, CIPAF, enero, 1990.
- Mouffe, Chantal, "Feminism, Citizenship and Radical Democratic Politics", en Judith Butler y Joan W. Scott (comp.), *Feminists Theorize the Political*, Nueva York, Routledge, 1992.
- Necochea G., Gerardo, "Nosotras somos oprimidas, esposas de obreros...: mujeres y política en Río Blanco", en Sergio Zermeño y Aurelio Cuevas (coords.), *Movimientos sociales en México*, México, CIIH-UNAM, 1990.
- Neuse, Steven M., "Voting in Chile: The Feminine Response", en John A. Booth y Mitchel A. Seligson (comps.), *Political Participation in Latin America*, Nueva York, Holmes and Meir Publs., 1978.
- Ortiz Corulla, Carmen, "Cultura política de la mujer", en Judith Astelarra (comp.), *Participación política de las mujeres*, Madrid, Siglo XXI-CIS, 1990.
- Oswald S., Úrsula, *Estrategias de supervivencia en la ciudad de México*, México, CRIM-UNAM, 1991.
- Pacheco M., Guadalupe, "Preferencias electorales y cultura política en el Distrito Federal en mayo de 1988", en Héctor Rosales A. (coord.), *Cultura política e investigación urbana*, México, CRIM-UNAM, 1990.
- PAN (Partido Acción Nacional), *Foro Nacional La Mujer. Origen y Destino*, México, 1989.
- Pateman, Carole, "Equality, Difference, Subordination: The Politics of Motherhood and Women's Citizenship", en Gisela Bock y Susan James (comps.), *Beyond Equality and Difference*, Nueva York, Routledge, 1992.
- , *The Disorder of Women. Democracy, Feminism, and Political Theory*, Palo Alto, Stanford University Press, 1989.
- Peña, Guillermo de la, "¿Una nueva cultura política?", en Jorge Alonso *et al.* (coords.), *El nuevo estado mexicano*, vol. IV, México, Nueva Imagen, 1992.
- , "La cultura política entre sectores populares de Guadalajara", *Nueva Antropología*, núm. 38, México, octubre de 1990.
- Pérez-Fuentes, Pilar, "Condicionamientos de la participación política de las mujeres", en Judith Astelarra (comp.), *Participación política de las mujeres*, Madrid, Siglo XXI-CIS, 1990.
- Phillips, Anne, *Engendering Democracy*, Oxford, Polity Press, 1991.
- Pizzorno, Alessandro, "Introducción al estudio de la participación política", en *Participación y cambio social en la problemática contemporánea*, Buenos Aires, SIAP-Planteos, 1975.
- Randall, Vicky, *Women and Politics. An International Perspective*, Londres, MacMillan, 1987.
- Reyes del Campillo, Juan, y Verónica Vázquez Mantecón., "¿Ciudadanos en ciernes? La cultura política en el distrito xxvii del D.F.", *El Cotidiano*, núm. 54, México, mayo de 1993.

- Reyes Heróles, Federico (comp.), *Los partidos políticos mexicanos en 1991*, México, FCE, 1991.
- Tarrés, María Luisa (comp.), *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*, México, PIEM-El Colegio de México, 1992.
- Touraine, Alain, *El regreso del actor*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987.
- Vargas V., Virginia, *Cómo cambiar el mundo sin perdernos. El movimiento de mujeres en el Perú y América Latina*, Lima, Flora Tristán, 1992.

MUJERES EN LA MILITANCIA BLANQUIAZUL*

LILIA VENEGAS AGUILERA**

INTRODUCCIÓN

Este artículo presenta algunos resultados de un proyecto de investigación dedicado a explorar el carácter de la vinculación política de mujeres de sectores populares con el Partido Acción Nacional en la frontera Ciudad Juárez, Chihuahua. El interés por abordar este tema es doble; por un lado apunta hacia las causas de la efectividad de Acción Nacional para atraer mujeres a sus filas, lo que en buena medida le ha permitido ganar importantes posiciones en la escena política nacional;¹ por otro lado, es una puerta de acceso para empezar a entender los resortes que desencadenan el ingreso y la permanencia de las mujeres en la vida política al lado del conservador Partido Acción Nacional (PAN).

El punto de partida de este proyecto surgió cuando en 1987 realizamos 33 entrevistas a mujeres del sector popular que habían participado en el movimiento por la defensa del voto en el verano de 1986 en Ciudad Juárez. En esa fase de la investigación, interesaba conocer su punto de vista acerca de la experiencia de un gobierno de oposición, de su imagen del líder, de las razones que las llevaron a participar al lado del PAN y de sus impresiones de la

* Este proyecto de investigación ha contado con el apoyo del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México, de la Dirección de Estudios Históricos (DEH), del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y la asesoría de Alejandra Massolo. Se agradece también la colaboración de las señoras Ramona Ornelas de Veliz y Dolores Leony.

** Profesora-investigadora de la Dirección de Estudios Históricos (DEH), del INAH.

¹ En 1992, Acción Nacional contaba con la gubernatura de tres estados, una senaduría y el gobierno directo de 15 millones de mexicanos.

derrota. Entre los problemas explorados destacó el distinto grado de participación y compromiso de las mujeres frente al partido; encontramos entre simpatizantes y militantes diferencias y similitudes que hacían interesante abordar con mayor profundidad a ambos grupos de mujeres.² Casi seis años más tarde, cuando se aproximaba una nueva coyuntura electoral en la que se elegiría gobernador, presidentes municipales y diputados, emprendimos esta segunda fase de investigación en la que se ha optado por analizar a simpatizantes y militantes por separado. Aquí se tratará el caso de las mujeres, una vez más del sector popular, que militan activamente en el PAN de Ciudad Juárez: han cubierto los requisitos de admisión, cuentan con credencial que acredita su membresía y realizan tareas políticas independientemente del calendario electoral desde hace, cuando menos, seis años.

El eje que orienta el estudio responde a intereses parcialmente compartidos por el artículo de Dalia Barrera que aparece en este volumen: indagar sobre los elementos que dan razón del carácter eventual o permanente de la participación política de las mujeres. Nos preocupa lo que está atrás de la elección partidista, los factores que contribuyen a la lealtad a un partido determinado, las consecuencias personales, familiares y sociales de la experiencia política, la visión o perspectiva de género frente a lo político y sus instituciones. No obstante, el grupo de mujeres militantes al que aquí haremos referencia nos lleva a considerar algunas especificidades en el siguiente orden de problemas.

1) Si se parte del principio de que tanto militantes como simpatizantes panistas comparten género, estrato social y afinidad en cuanto al partido de su elección, ¿qué elementos ayudan a explicar el diferente grado de aproximación hacia la vida política y el PAN en particular?, ¿qué tipo de consecuencias personales y sociales derivan de una militancia de “tiempo completo” y a prueba de desencantos?

2) Si las militantes son la punta de lanza del partido para mantener su presencia e influencia entre un amplio espectro de hombres y mujeres de sectores populares, parece relevante analizar

² Cfr. Dalia Barrera y Lilia Venegas, INAH, 1992.

los espacios sociales en los que desarrolla el trabajo político, atender al tipo de actividades que realizan y los diversos organismos intermedios en los que participan. Lo cual, por lo demás, nos remite a una dimensión temporal en la que el interés se centra más en la continuidad de la política de proselitismo del partido y menos en las coyunturas electorales. Si en el punto anterior se trata de buscar algunos de los eslabones que engarzan a las mujeres militantes con la vida política partidista, en el segundo, las militantes se presentan, ellas mismas, como uno de los eslabones tácticos que, en continuidad y a largo plazo, conectan al partido con determinados segmentos de la población.

3) Aunque la caracterización del partido no es objetivo de este trabajo, la cercanía de las militantes al PAN nos aproxima a algunas de las modalidades de su funcionamiento, sobre todo en lo que se refiere al manejo de las diferencias de género.

Por lo que toca a la metodología y condiciones en que se realizó la investigación de campo, debemos decir que la información proviene, básicamente, de historias de vida y entrevistas abiertas con once mujeres militantes que colaboraron sin reticencia alguna. Ciudad Juárez se encontraba en plena campaña electoral, sus muros tapizados de propaganda de los dos principales partidos contendientes, PRI y PAN, salpicados de uno que otro cartel que llamaban a votar por otros partidos de menor presencia local, el PRD y el CDP. Las mujeres militantes entrevistadas pasaban el día entero involucradas en las tareas de campaña: examinaban el padrón, revisaban el proceso de entrega de credenciales electorales, acompañaban a los candidatos de su partido a mítines en colonias, fábricas, mercados, hospitales y a la salida de misa, o participaban en los distintos foros organizados por el partido, dirigidos a los dos sectores más movilizados y activos: las mujeres y los jóvenes. La mayor parte de las entrevistas e historias de vida fueron grabadas en el local del partido; otras más tuvieron como marco manifestaciones de protesta en las que se pretendía denunciar algunas irregularidades del proceso electoral.

La organización temática de la exposición de los resultados de la investigación y los límites de espacio impiden abundar sobre la rica información que proporcionaron en amplias entrevistas e historias de vida. No obstante, esperamos reflejar mínimamente la

complejidad de los eslabones y procesos que intervienen en el binomio PAN-mujeres del sector popular.

El avance electoral panista y la magnitud de la protesta organizada en el verano de 1986 en Chihuahua y Ciudad Juárez llamó la atención tanto en el ámbito nacional como en el internacional: se hizo evidente que Acción Nacional aglutinaba a simpatizantes de muy variados estratos sociales, entre los cuales destacaba la participación masiva de sectores populares y, particularmente, la acción colectiva de mujeres de este sector.

Analistas políticos e investigadores se dieron a la tarea de explicar, desde muy diversos puntos de vista, el carácter y las consecuencias del fenómeno. Sin embargo, entre las interpretaciones existentes, la participación de las mujeres, tema central de nuestro trabajo, no parece haber cobrado suficiente relevancia.³

ANTECEDENTES DE INTERPRETACIÓN

A grandes rasgos, la participación en las urnas y el apoyo al PAN se consideraron desde puntos de vista que, en resumen, hablaban de votos de castigo al partido en el poder por la crisis de 1982, de la capitalización del PAN del anticentralismo y descontento generalizado en la frontera, de las alianzas y fricciones entre las cúpulas empresariales y financieras a raíz de la nacionalización de la banca y el control de cambios llevados a cabo en el último año de gobierno de López Portillo. El éxito panista entre los sectores populares se explicaba de acuerdo con la lógica siguiente: si el PAN es un partido de clases medias, la derechización de los trabajadores debe obedecer a que, en realidad, son o piensan como clases medias, deducción elaborada desde la generalizada opinión del "privilegiado nivel de vida fronterizo". Otra interpretación en torno al apoyo popular al PAN enfatizaba la gestación del neopanismo, vertiente que entra en escena tratando de modificar la imagen de un partido de clases medias y altas, abriendo filas y estrategias para

³ A excepción de los trabajos de Kathleen Staudt y Carlota Aguilar de 1986 y 1992.

incorporar a los sectores populares, tradicionalmente vinculados al PRI o a los grupos de izquierda.⁴

La vinculación de sectores populares al PAN y el avance de este partido en Ciudad Juárez y posteriormente en Tijuana alentaron estudios posteriores enfocados a explicar con más detalle un fenómeno que hacía pensar, no sólo en razón de episodios coyunturales, sino en cambios más profundos en relación con los comportamientos y actitudes de la sociedad fronteriza frente al estado y las instituciones políticas. Béjar Navarro y Capello (1988) realizaron un estudio sobre la conciencia nacional en la frontera norte en el que concluyeron que los fronterizos tienen, especialmente en las grandes ciudades, un escaso sentido de pertenencia y participación hacia las instituciones sociales, políticas y económicas. Lectura en la que por instituciones debe entenderse, seguramente, las gubernamentales y, por ende, priistas. Más que de un bajo índice de identidad se trata, probablemente, de un alto índice de disidencia del partido y discurso oficial.

Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros Ramírez (1988) señalan que, en el espacio de confrontación y creación de políticas de la cultura (“acción que promueven los sujetos de la cultura para la producción de diferentes apreciaciones de la realidad al margen de las políticas culturales institucionales”), la derecha social ha entrado en la disputa de una manera efectiva y hasta hace pocos años inédita, permeando a amplias capas de la población entre las que destaca la población de la frontera norte. Identifican a esta “derecha” como la portadora del discurso neoliberal, antiestatal, promotora gradual de “transformaciones democráticas hacia la modernidad capitalista”. Para los autores, el avance panista en Chihuahua respondió a este aliento modernizador en el marco de la nacionalización de la banca, a la agudización de la crisis y a la intención gubernamental, en 1983, de renovar la vida política del país. Esperanza Palma (1988) aborda el tema del neopanismo y se pregunta por qué el PAN logró ascender electoralmente en el norte del país, lo cual, dice, nos remite al significado del voto panista. No está de acuerdo con las opiniones que vinculan mecá-

⁴ Acerca de los acontecimientos electorales en Chihuahua en 1983-1986, cfr. Alberto Aziz Nassif (1987) y Tonatiuh Guillén López (1987).

nicamente crisis con voto panista, ni con aquellas que sugieren que tales votos sólo son contra el PRI. “Pensamos que aunque el electorado panista desconozca los principios de doctrina y estatutos de Acción Nacional y su programa de gobierno, lo cierto es que se ha sentido identificado con algunas consignas de este partido y con las críticas que ha hecho al gobierno” (Palma, 1988: 99). Su propuesta parte del supuesto de que “el norte del país presenta ciertas peculiaridades culturales que han favorecido el desarrollo de un antipriismo específico que ha permitido al PAN ser eficaz en términos políticos” (Palma, 1988: 99). Los elementos señalados son: 1) cierta tradición anticentralista y liberal; 2) una modernización incongruente con prácticas políticas tradicionales (corporativismo, clientelismo, unipartidismo y fraude), e 3) influencia de la cultura norteamericana.

Arturo Alvarado Mendoza (1992) destaca que las interpretaciones sobre las peculiaridades políticas de la frontera norte han girado en torno a las siguientes ideas: 1) es la región de la modernidad política, y 2) alberga una cultura política corporativa que, combinada con liderazgos apegados al sistema tradicional de ejercicio del poder, generan corrientes de simpatía en favor de caudillos electorales como Francisco Barrio en Chihuahua. En su opinión:

La modernización de la estructura social y económica que se observa en las zonas fronterizas del norte del país no corresponde a plenitud con los comportamientos, conductas y actitudes políticas dominantes en el área. En el plano de las manifestaciones políticas coexisten expresiones de carácter “moderno”, como la alta competitividad electoral del sistema regional de partidos, la estructuración de organizaciones de la sociedad civil de carácter permanente, autónomo y crítico combinadas con elementos activos de carácter tradicional, como el caudillismo y el regionalismo político [1992: 13].

Señala también que en los análisis actuales no se ha incluido creciente número de organizaciones civiles cuya presencia en la vida pública es continua y no siempre vinculada a partidos políticos, y no se ha analizado su influencia en los procesos electorales. Afirma que tal estructura organizativa de la sociedad local (adecuadamente coordinada por el PAN) fue determinante en el triunfo de Ernesto Ruffo Appel en Baja California Norte.

El caudillismo (rasgo tradicional) se presenta asociado con cualidades como el mesianismo religioso mezclado con rasgos empresariales (Francisco Barrio). La tendencia a la inestabilidad del electorado fronterizo sería resultado de este rasgo cultural caudillista en el que lo determinante es el carisma personal, sin olvidar otro conjunto de factores que articulan la votación.

Este panorama de ideas y aproximaciones no es, por supuesto, exhaustivo. Sólo señala algunas de las pautas a partir de las cuales se ha enfrentado la explicación del proceso en un marco regional. La problemática específica del papel que las mujeres del sector popular han desempeñado en él ha sido tratada más esporádicamente y, en consecuencia, contamos con escasos documentos previos que orienten el orden de problemas derivados de la participación política de las mujeres que militan en Acción Nacional en Ciudad Juárez. En un plano más general, no obstante, el tema mujer y poder, desarrollado sobre todo a lo largo de la década de los ochenta, marca vertientes y explora experiencias que se entrelazan con algunos de los problemas que hemos enfrentado en este estudio.

El telón de fondo de la problemática se refiere a las diferencias de género frente a la política, de las cuales se abordan tres aspectos básicos: 1) los obstáculos que impiden o limitan la inserción de las mujeres en lo público-privado; 2) el acceso diferencial a los cargos de representación, y 3) la plataforma cultural desde la cual las mujeres se vinculan a lo público-político, donde se señala el anclaje en el miniuiverso de lo privado (Kirkwood, 1985), la especialización en demandas vistas como prolongación de la esfera doméstica y la interlocución con el estado como vía de acceso a la política (Massolo, 1989).

Se señalan así ejes analíticos importantes de cara a cuestiones tales como las condiciones en las cuales las mujeres ingresan en la vida política, su percepción acerca de la diferente distribución de cargas y responsabilidades entre hombres y mujeres militantes, el papel de la familia y su entorno urbano habitacional.

A pesar de compartir terrenos comunes con los estudios previos de la relación mujer y poder, encontramos problemas específicos en el caso que nos ocupa, por tratarse de mujeres que desempeñan, a menudo, el papel de líderes en el partido o fuera de él, a la

vez que conforman un grupo económico social ubicado en un estrato inferior al de una buena parte de sus correligionarios, sin contar con otro orden de peculiaridades que nos remiten al marco en que ha tenido lugar la vinculación política de estas mujeres.

CONTEXTO URBANO Y PROCESO POLÍTICO RECIENTE

Ciudad Juárez es la más antigua de las ciudades de la frontera norte mexicana, la más importante concentración urbana del estado de Chihuahua y la sexta en el país, con algo más de un millón de habitantes. Al crecimiento natural de su población se suma el originado por una fluctuante pero permanente ola de migrantes que provienen del interior de la República, sobre todo de los estados de Jalisco, Zacatecas, Durango y zonas rurales del estado de Chihuahua.

La posibilidad de empleo en Estados Unidos y en el lado mexicano de la frontera es la principal causa de atracción de población migrante. Aunque su economía descansa principalmente en el sector terciario (comercio, turismo y transacciones fronterizas), desde mediados de los sesenta la industria maquiladora de exportación ha ido cobrando un papel relevante hasta llegar a emplear a algo más de una tercera parte de su población económicamente activa. Los obreros de esta rama industrial, tan dinámica como vulnerable, son mujeres en 65 por ciento.

La fisonomía de la ciudad se ha alterado de manera espectacular en los últimos veinte años: los barrios del centro se han deteriorado convirtiéndose en reductos de pobladores pobres; en ellos abundan comercios de importaciones que vivieron mejores años, centros nocturnos que atienden a clientelas de este y del otro lado de la frontera y viejos edificios que albergan a asociaciones civiles y sindicatos. En contraste, hacia el oriente de la ciudad han proliferado amplias avenidas, modernos edificios, fraccionamientos más o menos exclusivos y parques industriales. Sin embargo, 60% de la ciudad, aproximadamente, está constituido por colonias llamadas periféricas, donde residen pobladores de migración reciente. Aunque gradualmente han resuelto problemas de abasto de servicios públicos, algunas de las colonias más alejadas o recientes

aún muestran graves rezagos. Los trabajadores de esta ciudad viven en ellas, en los barrios del centro o en las unidades habitacionales construidas por el Infonavit.

Hasta 1982, los principales conflictos de orden social y político giraban en torno a demandas laborales en las maquiladoras, problemas relacionados con la tenencia de la tierra o servicios públicos en las colonias periféricas. En todos estos casos, las mujeres tomaban parte activa en su desarrollo y resolución. Las disputas por los liderazgos en las colonias se distribuían entre organizaciones populares del PRI (como la CNOP o la CTM) y el Comité de Defensa Popular (CDP). Este último surgió en los años setenta vinculado a los movimientos foquistas de izquierda radical, y basa su apoyo en asentamientos humanos irregulares que ahorran total o parcialmente pagos de impuestos y servicios públicos, ya que sus dirigentes promueven la autogestión de servicios comunitarios, así como demandas directas a dependencias de gobierno por medio de movilizaciones y presión permanentes. Hacia 1982, sus líderes calculaban contar con catorce colonias con acceso territorial limitado a sus miembros. Sostenían en ese entonces el abstencionismo electoral.

El clima social entre los sectores populares era de tensión y descontento, así como de desconfianza a la vía electoral. Durante las campañas, la Asociación Cívica Juarense⁵ promovía con cierto éxito el recorrido de un burro (el burro Chon) como supuesto candidato, con lo que se manifestaba la poca credibilidad que desperdaban las instituciones políticas y las contiendas electorales.

El trabajo de los diversos partidos políticos de oposición, incluido el Partido Acción Nacional, no parecía recoger buenas cosechas, aunque la brecha entre este último y el PRI no era muy amplia: en las elecciones de 1982 el PRI obtuvo 107 000 votos, y el PAN, 77 000.

Ese año, las condiciones económicas y sociales de Ciudad Juárez alcanzaron una tensión sin precedentes: la inflación pasó de 80%, se estableció una doble paridad cambiaria con control de

⁵ Esta asociación civil desempeñó un importante papel de apoyo en conflictos laborales en la industria maquiladora de exportación, básicamente.

cambios, la moneda se devaluó (hacia agosto) 185% en relación con el dólar, y en septiembre el presidente López Portillo anunció la nacionalización de la banca. La Cámara Nacional de Comercio pidió declarar a Ciudad Juárez zona de desastre.

Al descontento social mencionado se sumó el de los empresarios, banqueros, las clases medias y altas. La iglesia católica tomó también una actitud de crítica abierta hacia la política del régimen, y el Partido Acción Nacional, con cierta tradición en la ciudad y en el estado de Chihuahua, se volvió más activo y beligerante: se pronunció contra la nacionalización de la banca, acusó a políticos y funcionarios de la fuga de capitales hacia Estados Unidos y propuso el apoyo a las medidas del Fondo Monetario Internacional como única salida a la crisis.

La campaña electoral de 1983, cuando fueron elegidos alcaldes en el estado de Chihuahua, fue, a diferencia de otros años, sumamente reñida. El PAN contó con apoyos financieros sustanciales que utilizó incorporando tácticas publicitarias novedosas, como engomados, breves consignas que invitaban al cambio, mítines numerosos en los que no se descuidó ningún sector social y se ensayó un nuevo estilo de discurso radicalmente distinto de la retórica tradicional: directo, sencillo y sin las promesas acostumbradas por los líderes del partido oficial. El candidato elegido por el PAN para la alcaldía de Ciudad Juárez fue Francisco Barrio, quien era entonces prácticamente desconocido en la vida política de la localidad (lo cual, en un medio en el que la política tenía cierto desprestigio, influyó, seguramente en su favor). Resultó, además, carismático y buen orador. El índice de abstención fue de 50%, pero Acción Nacional ganó nueve alcaldías, entre ellas la de Ciudad Juárez y la de la capital del estado: 75% de la población quedó bajo administraciones panistas entre 1983 y 1986.

La experiencia de un gobierno de oposición en Ciudad Juárez arrojó saldos contradictorios. En el plano económico la situación continuó con dificultades en el manejo de los índices inflacionarios, pero fue atenuada por un repunte de la industria maquiladora local, que inició incluso la incorporación de personal masculino a los puestos de operación. En relación con los problemas urbanos, se avanzó de manera notable en renglones como pavimentación y servicio de limpieza y drenaje, por ejemplo. La aten-

ción en las oficinas públicas del municipio se hizo más eficiente y amable. Del mismo modo, se comenzó a publicar periódicamente los estados financieros del municipio y se suspendió el pago tradicional a los periodistas (el famoso “embute”), con lo que se creó la imagen de una administración honesta. De acuerdo con un reglamento municipal, Francisco Barrio promovió la organización de aproximadamente doscientos comités de vecinos para la canalización de las demandas sobre mejoras en las colonias populares y de la periferia; en ellos, la participación de las mujeres alcanzó 75 por ciento.

Por otra parte, durante la administración de Barrio tuvo lugar una serie de conflictos sociales que fueron manejados con mano dura. En su primer año de gobierno, la policía judicial entró en las vedadas colonias del CDP con ametralladoras por delante; se conformó un grupo paralelo de policías, los COMAS, a los que se atribuyeron desalojos en colonias del PRI y el CDP; se registraron también actos de represión contra estudiantes de la Escuela Superior de Agricultura (ESAHE), trabajadores del rastro municipal afiliados a la CTM y de una maquiladora apoyados por la CRT y el CDP.

El trienio panista fue, pues, social y políticamente candente. Ciudad Juárez fue escenario de varias manifestaciones, tanto de repudio como de apoyo a su alcalde, quien, por lo demás, gobernó en condiciones más bien hostiles debido a recortes presupuestarios, quema de archivos municipales a su llegada al municipio, campañas de desprestigio y boicot. Asimismo, en 1985, las elecciones para diputados, calificadas por el PAN como fraudulentas, ocasionaron manifestaciones y huelgas de hambre. La imagen de Barrio también fue conflictiva por la organización de los jóvenes banda conocidos como cholos, a quienes trató de integrar en el proyecto “Barrios unidos con Barrio”. Por un lado, esto se interpretó como una buena acción para incorporarlos a la industria maquiladora y alentar el deporte (karate y artes marciales); por el otro, se criticó la medida como manipulación de la juventud y otorgamiento de impunidad para sus fechorías. Otro rasgo conflictivo consistió en el discurso religioso del alcalde, lo que para algunos fue una transgresión de la legalidad y, para otros, el aval de su moralidad y buenas intenciones.

En los primeros meses de 1986, Barrio fue elegido por su partido candidato a la gubernatura del estado. El Partido Acción Nacional anunció entonces que se preparaba un fraude a partir de reformas electorales consideradas antidemocráticas. Se intensificó así la movilización ciudadana y las protestas, acciones en las que las mujeres de todos los estratos sociales desempeñaron un importante papel; con espíritu francamente bélico, surgió dentro del PAN el Cuartel de Mujeres, que más tarde se transformaría en la actual Promoción Política de la Mujer. Encabezado por Francisco Barrio, se formó también el Comité de Lucha por la Democracia, que aglutinó a amplios sectores y a algunos grupos políticos de oposición. Las medidas propuestas por el PAN incluían ayunos, firmas de protesta, marchas y mítines, “Caravana de la Democracia” por varios estados de la República, huelgas de hambre, sellado de billetes con la leyenda “En Chihuahua exigimos respeto al voto”. Se recurrió también a un plan de desobediencia civil, que consistió básicamente en el ocultamiento de placas de automóviles y suspensión de pagos por servicios públicos. Las elecciones en el verano de 1986 transcurrieron en medio de numerosas irregularidades: violencia, relleno de urnas, expulsión de representantes de casilla, suplantación de personas, alteraciones en el padrón electoral y desaparición de miembros del Comité de Lucha por la Democracia. Los resultados electorales no coincidieron: los del PAN daban ligera ventaja a su partido; los del PRI otorgaban amplia ventaja al suyo. A la jornada electoral siguió una serie de nuevas protestas dirigidas por el PAN; pedían la anulación de las elecciones mediante mítines, mítines con antorchas, mítines de trabajadoras de maquiladoras, minimítines relámpago en cruceros, claxonazos típicos, boicot a supermercados de propietarios priistas, bloqueo de puentes internacionales, cadenas humanas, ayunos de dirigentes panistas, mujeres y párrocos y toma de puentes y carreteras. En uno de los puentes internacionales se instaló un plantón indefinido hasta que, a petición del propio Barrio, se inició la retirada y el consecuente declive del llamado movimiento por la defensa del voto. Los resultados electorales posteriores a 1986 marcaron un fuerte descenso entre los simpatizantes panistas de Ciudad Juárez: en las elecciones para la presidencia de la República votaron mayoritariamente por el candidato de su partido (Clouthier), pero

con un margen menor al esperado de acuerdo con la magnitud de la movilización de dos años antes. En 1989, la contienda por la elección de la alcaldía de la ciudad fue francamente desairada: la abstención alcanzó 75% del padrón electoral. El diagnóstico de los políticos analistas de Acción Nacional fue breve: son las votaciones del desencanto; operó la pedagogía del fraude; se alimentó la abstención con el anuncio reiterado de un fraude esperado. En este clima de derrota que aquí apenas se esboza, las mujeres que en 1986 bloqueaban puentes y carreteras, sellaban billetes y boicoteaban supermercados, parecieron retirarse de la práctica política. La ciudad volvió, aparentemente, a la tranquila normalidad en que la política se vive más como lejana administración que como envolvente juego de poder. Durante las contiendas electorales posteriores a 1986 y antes de las de 1992, el comportamiento electoral de los juarenses continuó mostrando un perfil bipartidista, a pesar de la incorporación a la contienda electoral del CDP. En las elecciones para senadores y diputados federales de 1991, por ejemplo, 75% de los votos de los partidos de oposición fueron capturados por Acción Nacional.

Las elecciones de 1992 en Chihuahua despertaron especial interés, entre otras razones, por el regreso de Francisco Barrio como candidato a la gubernatura del estado. No obstante, desde los primeros días de campaña se hizo evidente el cambio de estilo del líder, quien adoptó un tono más bien conciliador y alejado de la imagen de político bronco que se había ganado seis años antes. Dirigió su campaña transmitiendo la seguridad de que esta vez sí se contarían los votos; trasladó sus críticas hacia el PRI y los funcionarios locales y regionales y nunca hacia el ejecutivo federal; disminuyó el tono beligerante de sus discursos, y casi eliminó las referencias religiosas. Las militantes panistas mantenían, sin embargo, cierto escepticismo ante la limpieza del proceso, destacando el gasto excesivo de recursos del partido oficial, la política de votos comprometidos y los atentados de que fue objeto *El Norte*, periódico de Ciudad Juárez.

Por otro lado, la atmósfera de las elecciones de 1992 tenía implícitos cambios importantes en relación con los de 1982: el régimen salinista profundizó las tendencias privatizadoras del sexenio anterior, inició una política de conciliación con la iglesia

católica y dio muestras de estar dispuesto a aplicar al PAN los favores de una democracia selectiva.

Ciudad Juárez votó mayoritariamente por Francisco Barrio para la gubernatura del estado y por Francisco Villarreal, también panista, para la alcaldía de la ciudad, que ganaron además la mayoría en el Congreso. Esta vez los panistas y las panistas también salieron a la calle con banderines y claxonazos, pero no para protestar.

PERFIL DE MUJERES

Los resultados electorales en favor de un partido u otro, así como el grado de participación en las urnas, pueden ser, sin duda, erráticos, pero cuando nos referimos estrictamente a mujeres que militan en el PAN (y probablemente ocurra algo similar con el otro género y los otros partidos), encontramos mayores dosis de constancia y permanencia: filiación en un sentido preciso. Es este aspecto el primero que llama la atención en tiempos en los que se habla de crisis, también, de los partidos. Y doblemente, puesto que se trata de mujeres; es decir, de quienes no están acostumbradas al poder político. Las militantes que hemos entrevistado comparten con las simpatizantes panistas realidades sociales, dificultades económicas, carencias de servicios en los barrios que habitan e, incluso, similitudes en cuanto a ciertas nociones de moralidad pública. Las militantes, sin embargo, no dan un voto condicionado; no esperan los momentos de ebullición electoral para intervenir en los asuntos “que son de todos”; no temen ni desprecian el poder. Ser militante panista es cuestión de identidad, pertenencia y proyecto de vida cotidiana. Significa cubrir requisitos (entre otros, demostrar “un modo honesto de vivir”), pasar por ritos de iniciación, obtener la credencial, aprender códigos no escritos de convivencia partidista, adquirir derechos, obligaciones y compromisos. La militancia exige, pues, un proceso de cálculo y elección que no tiene lugar entre las simpatizantes. Probablemente sea posible encontrar, en cierto nivel de análisis, mayores similitudes entre militantes panistas y de otros partidos que entre simpatizantes y militantes. Trazar en pocas

líneas el perfil de las mujeres militantes entrevistadas no es tarea fácil; supone dejar de lado mucho de la riqueza de sus historias personales, familiares y sociales, en las que seguramente se encuentran las claves que explican esa peculiar forma de inserción en la vida política: la militancia.

En un primer acercamiento al grupo de las once militantes entrevistadas, encontramos lo siguiente: su filiación al PAN data de hace, cuando menos, seis años; el rango de ingresos económicos de sus familias es inferior a cinco salarios mínimos, y sus hogares se localizan en colonias del Infonavit, en barrios del viejo centro de la ciudad o en colonias de la periferia; todas tienen más de 40 años de edad. Siete de ellas nacieron en Ciudad Juárez; las demás provienen de poblaciones rurales de Jalisco y Durango. Seis trabajan fuera de casa como obreras de maquila, trabajadoras domésticas, vendedoras o técnicas. Cinco dependen económicamente de sus maridos o hijos. De su posición en la familia, definida en relación con el jefe, cinco son esposas, dos son madres, dos son jefas y dos más (de 57 y 89 años) viven solas. Todas, con excepción de estas últimas, tienen de uno a once hijos. Sólo dos cuentan con estudios de nivel medio; el resto cursó la primaria (completa o incompleta).

Por el tipo y grado de vinculación con el partido se puede reconocer, al menos, dos subgrupos: el primero está formado por mujeres que tienen o han tenido cargos de dirección. El segundo, por mujeres que, aun siendo militantes activas, dentro del partido forman parte de la base.

LOS MOTIVOS DE LA MILITANCIA

La pregunta acerca de lo que lleva a las mujeres a participar al lado del PAN, o mejor aún, lo que las lleva a incorporarse al partido como militantes activas, desencadena una serie de respuestas en las que es posible detectar un complejo juego de variables que se combinan: tradición, biografía, atmósfera social y política, coyuntura y hechos fortuitos son sólo algunos de los elementos más evidentes. Aislados, ninguno podría dar cuenta de lo que parece una elección personal, o una reacción social a hechos y condiciones determinantes.

Hemos dicho antes que una de las características de la militancia remite a un proceso de elección y de una toma de decisiones, lo cual, sin duda, está presente en cierto grado. No obstante, cuando las militantes relatan la historia de su conexión con el partido, aparece un amplio catálogo de elementos y condicionantes que sugieren que, en todo caso, la elección por la militancia panista no responde a una evaluación puramente racional, de frío cálculo de alternativas. Más bien parecen entrar en juego resortes ocultos formados en la acumulación de sus experiencias de vida, en la interiorización de imágenes, usos, costumbres y valores que predisponen a responder de una forma, y no de otra, ante los estímulos de lo social. En un plano general, las militantes comparten actitudes básicas: no sólo les preocupa lo que ocurra en su comunidad (o en el estado, el país o el mundo), sino que, de alguna manera, sienten, o llegan a sentir en situaciones determinadas, que su inserción en lo público tiene sentido, es necesaria y vital. Las formas y los momentos en los que se da esa inserción son, ciertamente, diversos, pero siempre acompañados por estas actitudes básicas que parecen descansar en estructuras de personalidad.

En este sentido, encontramos convergencias interesantes en trayectorias disímiles en principio. Independientemente de la vinculación partidista, las militantes entrevistadas tienen antecedentes de participación social activa como líderes de colonos o en puestos de dirigencia sindical, como fundadoras de uniones de vendedores ambulantes, “activistas” parroquiales e, incluso, al lado de la guerrilla urbana en los años setenta.

Acerca del momento en que estas mujeres se aproximaron al partido, encontramos dos grupos. El primero es el de quienes afirman haber sido siempre panistas; el segundo, de militantes que se incorporaron al partido después de 1983.

El primer grupo llama especialmente la atención en tanto que nos habla de la presencia de cierta tradición panista entre mujeres del sector popular, más allá de novedades electorales de la última década. Tradición que encontramos en el relato de dos juarenses: una, que participó en la campaña presidencial de Luis H. Álvarez en 1956 (tomó la versión estenográfica de sus discursos), y otra, cuyos padres la llevaron al partido cuando era muy joven. También son panistas “de toda la vida” las cuatro militantes que migraron

desde Durango y Jalisco. Una de ellas cuenta que su padre era dirigente campesino panista desde 1956 y que ella es panista “porque su padre lo era”; otra refiere lo siguiente:

Ahí en mi tierra, Santa María Los Ángeles, Jalisco, un tío mío llamado Juan Trujillo fue presidente del PAN [...] Cuando yo comencé a votar, él era presidente y desde entonces yo simpatiqué por el PAN. Una vez estuvo preso mi tío, pero pronto iban y lo sacaban los miembros de Acción Nacional. Él me enseñó corridos; hay uno que dice: “grande, firme, violento, nuestra fe nos alienta mil pasos adelante y ni uno atrás, el cielo lo ha votado y ya lo hemos jurado, la patria victoriosa surgirá, surgirá...” Éste era el corrido que cantaban al empezar la asamblea. Sus dirigentes eran de León Guanajuato...

Entre quienes son panistas por tradición familiar, parece más natural la ausencia de reflexión y/o justificación en torno al porqué de la militancia. Sólo una militante (candidata a diputada en el momento de la entrevista) ofreció un panorama diferente:

...a mí nunca me ha gustado ir a ciegas a un lugar, y dije: “voy a ver si realmente me conviene”. Fui y participé en seminarios, cursos [...] me convencí de la ideología del partido. Yo nunca he dado mi voto nada más porque me gusta el PAN, la palabra PAN, o porque me guste el color. Siempre lo he hecho por convicción.

El peso de la tradición y, probablemente, el convencimiento, aunados a personalidades específicas, dan cuenta de la permanencia de estas mujeres que desde muy jóvenes se han mantenido al lado del partido. En ocasiones, las condiciones para seguir en la militancia han sido favorables; en otras, como en la historia de una militante que salió de Jalisco, vivió en León, Guanajuato, y radicó algunos años en Estados Unidos antes de instalarse definitivamente en Ciudad Juárez, la cercanía con el PAN no ha sido fácil:

... adonde yo llegaba, hacía por buscar a Acción Nacional. Fui hasta Oakland, California, y hasta allá anduve buscando a gente de Acción Nacional. Allá hay gente del partido, se reúnen y tienen sus sesiones también. Y no me ha dado por otro partido, aunque ya ve que aquí cómo desean... Que para aquí, que para acá, no. Yo siempre he seguido a Acción Nacional.

El avance del PAN a raíz de 1983 reactivó y revitalizó la militancia de mayor antigüedad. Así, encontramos que una de las militantes fundó la Coalición de Comités de Vecinos: “tuvimos que estudiar casi tres meses estatutos, reglamentos, liderazgo [...] Tuvo un éxito tremendo”; otras más trabajaron con la administración panista tramitando la construcción de una parroquia, que “es un recuerdo de Francisco Barrio”, y todas participaron activamente, sobre todo en calendarios electorales.

Del grupo de militantes que se incorporaron al partido más recientemente, dos lo hicieron a partir de la invitación explícita de dirigentes panistas. Estas invitaciones sólo cobran significado si recordamos la atmósfera social y política que describimos en un apartado anterior, acompañada de las trayectorias personales de las nuevas militantes. Una de ellas, con antecedentes guerrilleros, asistió a un mitin en el que Gustavo Elizondo, destacado dirigente panista, llamaba a incorporarse al partido “sin prometer nada”, “nos invitaba a trabajar por un cambio”, recuerda la entrevistada. Sus palabras, “sencillas y claras”, la motivaron a acercarse a la vida política. Al triunfo de Barrio en 1983, ella encabezó el comité de vecinos de su colonia, participó activamente en las movilizaciones de 1986 y, posteriormente, obtuvo un cargo de dirección en un comité seccional del PAN. Otra militante reciente cuenta lo siguiente:

Antes yo nunca había participado con ningún partido, sólo votaba en las elecciones, y era de las gentes que veía en la televisión al presidente y le aplaudía... Y cuando votaba, no lo hacía por un partido determinado; ponía mi crucecita donde más me gustaba, pero siempre votaba desde que tuve edad para votar.

Cuenta también que inició su carrera de líder en la colonia Lomas de Moreno (periférica) al lado de un líder del PRI, quien la invitó a que tomaran posesión de unos terrenos baldíos “allá por 1983”. Más tarde, en un accidente de tránsito, se enlazó en una disputa con un policía de la judicial, defendiendo a un joven inocente, desde su punto de vista. El episodio fue presenciado por un militante panista:

El señor Torres me dijo entonces: “Señora, usted me gusta para que sea líder; se le ve que tiene manera para defender a la gente”, y me

invitó aquí al Partido Acción Nacional. Aquí vine, me recibieron con los brazos abiertos: lo que a mí más me gustó fue que yo era una persona humilde y que aquí la gente [...], a pesar de que hay gente de dinero [...], y que en ese momento que llegué estaba un Francisco Barrio, estaba un señor Elizondo, estaba un diputado Galindo, me recibieron como si ya me conocieran de mucho tiempo [...] Y por eso estoy aquí [...] Yo le doy gracias a Dios de que caí en estas manos del Partido Acción Nacional; si no, a lo mejor ahorita fuera una líder de las más mañosas, porque a lo mejor mi destino es ser líder, pero a lo mejor me hubiera equivocado de partido.

Dos más de las militantes recientes se aproximaron al partido en el curso de la administración panista de Francisco Barrio: una, al recibir apoyo del PAN para fundar la Unión Independiente de Vendedores Públicos; otra relata que su experiencia con los líderes del PRI fue decisiva:

Los del PRI nos querían comprar con un plato de lentejas, venían cuando andaban con lo de las candidaturas: “Y que vengan porque les van a dar una despena.” Y así nos traían muchas semanas, y el día que vinieron [...], traían medio costalito así de lentejas: ésa fue la despena. Y entonces yo me enojé, no porque lo necesitara [...] Gracias a Dios, tengo hijos que me busquen la tortillita, pero hay gente que sí necesita. Luego oía hablar a los del PAN en la televisión y me gustaba [...] Hasta que me empecé a arrimar.

Por último, un caso en el que la militancia surgió de una cadena humana en la que se eslabonó una mujer que hoy tiene 89 años, nunca se casó, ni tuvo hijos:

Vi desde mi casa [cerca del partido] que había mucho entusiasmo, salí con la niña que cuido, me acerqué a la gente, y un señor me gritó desde el balcón “¡Agárrese: es una cadena humana!” Y sí, me agarré de ellos con todo y la niña. Así empecé a ir al partido.

Para fines de la exposición, se ha recurrido a una suerte de clasificación de las militantes. Sin embargo, no se pretende inducir una visión de compartimientos estancos, sino destacar algunos rasgos relevantes, pero de ninguna manera excluyentes entre sí.

Desde este punto de vista, se encuentran tres subgrupos más o menos definidos. El primero aglutina a mujeres que durante la

gestión municipal panista formaron parte, en diversos puestos de dirección, de los comités de vecinos y/o de la Coalición de Comités de Vecinos. Su trabajo político se orienta, a grandes rasgos, a la organización de colonos de la periferia y a la resolución o gestión de demandas de servicios públicos. El segundo está formado por mujeres para quienes la actividad pastoral acompaña a la militancia partidista; aunque ciertamente la asociación PAN-iglesia tiene una historia larga, parece claro que el ascenso del PAN y cierto tipo de discurso y práctica social de la iglesia (bastante secularizado) lograron la articulación o rearticulación de numerosas mujeres con la política. Se ubica en el tercer grupo a las militantes que enfatizan una visión del partido como espacio de socialización; el caso extremo es el de las dos mujeres entrevistadas que viven solas, aunque por su edad, edades de los hijos (adolescentes los más jóvenes) y/o ausencia de la pareja, el partido es, en este sentido, muy importante.

PRINCIPIOS Y PROGRAMAS

El PAN cuenta en Ciudad Juárez con alrededor de tres mil afiliados; en una ciudad de más de un millón de habitantes y en un momento de éxitos electorales, tal número parece más bien modesto. Una de las causas se encuentra en la concepción misma de un partido que no pretende ser de masas. A decir de Adrián Vázquez (Desarrollo Humano Integral, Asociación Civil; DHIAC-PAN), al PAN “no le interesa que la gente esté en el partido, ni siquiera que estén afiliados, lo único que interesa es que voten, porque si votan lo más probable es que voten por nosotros” (Tuñón, 1991). De cualquier forma, el conocimiento de principios doctrinarios y estatutos del PAN es un requisito para el ingreso formal en el partido:

Para ingresar en el partido nos dan un librito con los estatutos, también dan cursos de capacitación. Yo tengo mi diploma de mi curso... Antes de que hagamos nuestro juramento, tenemos primeramente que leer los estatutos, saber si estamos de acuerdo y si vamos a cumplir con ellos y con la doctrina del partido.

Los cursos de capacitación se organizan tanto para simpatizantes como para quienes estén interesados en afiliarse o profundizar en temas específicos. Es claro, sin embargo, que la doctrina forma parte de la vinculación partidista en un momento posterior al juego de motivaciones referido anteriormente. Recuérdese que sólo una de las militantes entrevistadas la mencionó al referirse al porqué de su ingreso en el PAN.

Entre las militantes activas, quienes ocupan o han ocupado cargos de dirección se encuentran más familiarizadas con la doctrina panista. No obstante, todas las militantes dicen conocerla, aunque algunas evadan hablar de su contenido o de preferencia por uno u otro principio doctrinario. Aparentemente, reconocer que se sabe poco o nada de este asunto supone, para ellas, algo así como aceptar que no saben por qué están donde están o por qué hacen lo que hacen. Si bien esto implica cierto reconocimiento de la importancia de los principios doctrinarios, tal parece que lo que realmente valoran es la práctica, los hechos, e incluso la carga sentimental o emotiva que acompaña a los compromisos o actividades políticas: “los ideales no se escriben; se sienten, se llevan en el corazón, y yo los llevo en el corazón como llevo a mi padre”.

Por otro lado, con mayor o menor conocimiento de los estatutos o principios, las militantes panistas han incorporado valores, actitudes y opiniones que las identifican en el partido y frente a los demás. Un cuerpo más o menos estructurado de ideas que acompaña, refuerza o justifica sus propias expectativas e intereses.

Las panistas que combinan su militancia en el PAN con el liderazgo en colonias de la periferia y el trabajo social consideran, por ejemplo, que el desempeño de esas actividades es la puesta en práctica del principio panista del bien común: uno de los principios más referidos y preferidos por las mujeres del PAN. El principio de la subsidiaridad permea el estilo y la intención de estas líderes que consideran su labor en términos no paternalistas: ayudar para que la gente se ayude a sí misma y, por supuesto, no condicionar la ayuda a asistencia a mítines, votos panistas o cosas por el estilo, con lo que aluden a los principios morales del respeto de la dignidad humana y la libertad individual. Tales principios, por lo tanto, fungen como normas de acción que, del mismo modo, prohíben el liderazgo como vía de enriquecimiento

personal, aunque no obstaculizan el acceso a cuotas de poder, autovaloración personal o prestigio al que se hacen acreedoras por la influencia que ejercen entre la gente de la periferia: "Si algo me han enseñado aquí [en el partido] es que nosotros no debemos contestar a las agresiones, menos cuando hay gente; no debemos hacer caso de las provocaciones."

Para las militantes pastorales, aquellas panistas que colaboran con el Movimiento Familiar Cristiano, que forman grupos promotores de integración y terapia familiar, dan catecismo o ven en el partido político la única forma viable de transformar las condiciones materiales de vida que permitirían una "transformación integral del ser humano", los principios del PAN se adecúan notablemente. Bien común y caridad cristiana pueden no ser lo mismo, pero evidentemente no están reñidos. El énfasis en la familia desde una perspectiva conservadora es otro terreno común entre panistas y pastorales.

Entre las militantes activas se encuentran también mujeres para las que el partido es, sobre todo, posibilidad de convivencia y afecto: un verdadero sustituto de la familia de la que algunas carecen. Para ellas, los principios doctrinarios pesan menos que la aceptación efectiva y afectuosa que encuentran entre sus correligionarios. No obstante, la afiliación a un partido y, por lo tanto, a una ideología determinada, otorga, además del sentido de pertenencia e identidad, la doble retribución de coincidir con otros en el hallazgo de un culpable (el PRI, el sistema político) y la justificación de un hacer trascendental (por México, el mañana, la democracia).

En el orden de los principios doctrinarios panistas, la democracia no aparece hasta la revisión de sus estatutos efectuada en 1965. En la historia reciente del país y en particular en el contexto electoral juarense, la democracia ha cobrado especial relevancia en el panorama político. Es interesante subrayar, sin embargo, que las militantes panistas rara vez hablaron, espontáneamente, de la democracia como un principio de doctrina. Sus referencias sobre esta cuestión giraron más bien en torno a las condiciones de garantía de que el voto fuera respetado en la coyuntura electoral en la cual tuvieron lugar las entrevistas. A pesar de que los candidatos y los principales dirigentes aseguraban que el fraude de 1986 no volvería a ocurrir, algunas de las militantes guardaron hasta el

día de las elecciones el derecho a dudar de la limpieza electoral. De hecho, durante la campaña no faltaron acciones de protesta por algunas cartas sucias, como el alto gasto de la campaña priista y la elección de candidatos de este partido que no cubrían requisitos legales. En ese clima, la democracia para algunas militantes del PAN no parecía garantizada en lo absoluto. Algunas, las más escépticas, incluso comentaron que el PRI jamás aceptaría dejar el poder, y que esta vez estaban dispuestas a actuar por encima de Francisco Barrio si, al igual que en 1986, el líder trataba de calmar los ánimos ante un fraude. El desenlace, como se ha dicho antes, fue favorable a los candidatos del PAN.

Por lo demás, la democracia para las militantes panistas abarca una amplia gama de ideas, desde las que la conciben como el respeto al voto, hasta las que piensan que significa que la gente participe en todo orden de decisiones sin excluir la libre elección de gobernantes, incluido el derecho a equivocarse en la elección y poder “sacar a aquel al que se metió”; una de ellas comentó: “Para mí la democracia significa que la gente desde la base participe en las decisiones, que tenga la oportunidad de externar su opinión y que los de arriba sepan oírla, escucharla, respetarla, tomarla en cuenta.”

ESPACIOS Y PRÁCTICAS

El PAN en Ciudad Juárez cuenta, como se dijo antes, con una instancia llamada Promoción Política de la Mujer, heredera de lo que en 1986 se llamó El Cuartel de Mujeres. Sus fundadoras, Clara Torres y Hortensia de Barrio, lo organizaron para coordinar la resistencia civil de un grupo numeroso de mujeres que apoyaron activamente la primera campaña por la gubernatura de Francisco Barrio. Más tarde se transformó en una veintena de mujeres (aproximadamente) que se reúnen todos los lunes con el objeto de “hacer ver que la mujer tiene cualidades y aptitudes para todas las funciones que tradicionalmente habían sido del varón”. Sus militantes realizan labor de proselitismo y formación de grupos promotores en colonias de diversos estratos sociales, aunque admiten que la respuesta en las colonias populares no ha sido muy afortu-

nada. Entre sus prácticas “en tiempos de paz” se cuenta la venta de comida en una colonia de la periferia, de lo cual obtienen recursos mientras hacen contacto con vecinos, reparten volantes y realizan “trabajo de concientización”. Algunas de las participantes en esta instancia partidista combinan este trabajo con la labor pastoral.

Otras mujeres del partido prefieren, sin embargo, mantenerse independientes para dedicarse al trabajo social voluntario en las colonias de la periferia mediante organizaciones intermedias, no partidistas, como la Unión de Usuarios de Servicios Públicos (a la que no hemos referido anteriormente), el Comité de Resistencia Ciudadana o la Unión Independiente de Vendedores Ambulantes. En los dos primeros casos, “se trabaja con gente de todos los partidos e ideologías”, pero por medio de gestiones administrativas con funcionarios, trámites para regularización de tenencia de la tierra y apoyo a casos menores en el CERESO (prisión), por ejemplo, se logra la simpatía y adhesión de sus miembros hacia el partido.

En las colonias mi trabajo no es partidista; es apartidista, trabajo con gente del PRI, gente del PAN, gente del CDP, gente de ideología diferente. Mi trabajo social no es ver a quién ayudo, sino ver quiénes son los que necesitan; pero hay una cosa: Toñita Reta [se refiere a sí misma] es muy conocida en las colonias; si yo llego a una asamblea, ya saben que va Toñita Reta y la relacionan muchísimo con el PAN, una relación tremenda con el PAN, y de ahí surgen panistas, sin que yo les diga: “Yo vengo aquí a ayudarlos, pero ustedes tienen un compromiso de ayudar al PAN.” Estaría yo cayendo en un error tremendo, y sería inmoral.

Entre las mujeres que trabajan en exclusiva en el partido, fuera de Promoción Política de la Mujer y de organizaciones civiles o religiosas, las labores y prácticas son muy diversas, dependiendo del grado de vinculación partidista y de los calendarios electorales. Algunas dan cursos de capacitación, ideología y liderazgo. Otras reparten entre vecinas y compañeras de trabajo (en la maquila, por ejemplo) revistas como *La Razón* o *La Palabra*. En campaña electoral, revisan padrones, promueven y vigilan la entrega de credenciales de elector, acuden a acciones de protesta, acompañan a sus candidatos en los recorridos y mítines y cuidan casillas electorales.

Como se puede ver, se trata de un partido poco numeroso, pero que desborda sus límites de influencia al crear o apoyar canales de conexión con diversos sectores y ámbitos sociales. Las mujeres militantes, por otro lado, son transmisoras constantes de información y formación política entre vecinos, familiares e hijos. Estos últimos, cuando alcanzan la mayoría de edad, se involucran a menudo en la Federación de Estudiantes Democráticos, otro organismo civil que, sin formar parte de la estructura del partido, se encuentra íntimamente ligado a éste.

DE LÍDERES Y LIDERAZGO

Una de las ideas que comparten algunos analistas de la cultura política fronteriza y de las elecciones en Chihuahua consiste en atribuir al candidato para la gubernatura (Francisco Barrio) un peso decisivo: sea porque se considere el caudillismo como uno de los rasgos de la cultura política, o porque se parta de la idea de que frente a programas políticos similares las características personales de los candidatos pasan a ocupar un primer lugar (Guillén, 1987).

Se trata, sin duda, de afirmaciones que, pese a matices y advertencias, pueden llevar a ideas reduccionistas en torno a la explicación de los comportamientos políticos y electorales. Esto es especialmente cierto cuando se habla de militantes y no sólo de simpatizantes o votantes. Sin embargo, es cierto que la vinculación con el líder es prácticamente acrítica: para las mujeres entrevistadas, tanto hoy como hace seis años, Barrio es intachable. El conocerlo y tratarlo personalmente, como lo hacen algunas de las militantes activas, otorga orgullo y prestigio. Se refieren a él como una persona amable, sencilla, consciente, que no persigue el poder, al que “todos quieren y estiman”.

La evaluación de su trienio como alcalde es de lo más favorable: alentó la organización ciudadana (comités de vecinos), resolvió problemas de regularización de terrenos, “puso un pavimento chulo, bonito, allá por el templo del Señor San José”. También se valora positivamente su política frente a los jóvenes “cholos”, “lo que hizo por arrimar familias desunidas”. Les gusta su discurso político, “que no promete nada, que va a hacer junto con el pueblo”,

y su religiosidad: “Creo que él va gobernando dirigiéndose por la palabra de Dios.”

Como se mencionó en un apartado anterior, durante la campaña electoral de 1992, Francisco Barrio dio un giro a algunos rasgos de la imagen que había proyectado seis años antes. Su discurso permaneció directo, claro e informal. Mantuvo el tono de crítica y denuncia, pero no, como en 1986, contra el gobierno central y las políticas del régimen, sino contra funcionarios y priistas de la localidad. Para las militantes panistas, Barrio seguía siendo el mismo de siempre, pero más maduro, mesurado, con más experiencia. En 1986, “tenía que ser hasta bravucón; ahora, ha tratado de llevar una campaña más civilizada”.

El principal contrincante de Barrio, Jesús Macías (alcalde de Ciudad Juárez entre 1990 y 1992) fue criticado sin mayores apasionamientos por asuntos como la mala calidad del pavimento que colocó en las colonias de la periferia, el aumento del problema de la basura y la inseguridad pública.

Por otro lado, las militantes panistas del sector popular tienen un trato directo y cotidiano con otros líderes, aquellos vinculados con la organización de colonos de asentamientos irregulares y demandas de servicios públicos. Evidentemente, los hay de todos los partidos, pero predominan los del PRI y el CDP, aunque recientemente el PAN ha empezado a ganar influencia. Al parecer, la relación entre colonos y líderes es uno de los fenómenos sociales en los que es posible percibir, tanto el funcionamiento de patrones de cultura política tradicional, como su desgaste y su paulatino desplazamiento. En resumen, las militantes panistas consideran que los liderazgos priistas son, en general, paternalistas y asistenciales, y van acompañados de anomalías, abusos y corruptelas para con los pobladores. Identifican a esos líderes como “mapaches”, autores de fraudes electorales. Les molesta también el condicionamiento de su apoyo y protección a cambio de votos y de la asistencia a actos políticos.

Por último, las militantes entrevistadas que fundaron y aún colaboran en la mencionada Unión de Usuarios de Servicios Públicos son, ellas mismas, lideresas de colonias populares. Aunque participan en actividades del partido e incluso han sido postuladas a puestos de elección como diputadas o regidoras, pasan la mayor parte de su tiempo involucradas en las tareas de la Unión. Afirman, como la

lideresa del PRI Amelia Mata (Rangel, 1992), que su labor no persigue beneficios económicos, que su intención consiste en “ayudar a la gente” y que las recompensas de su trabajo se encuentran en el orden de las gratificaciones personales, como cuando se sienten queridas y respetadas en las colonias.

SER MUJER Y MILITANTE

Ciudad Juárez, como otras ciudades de la frontera norte, es escenario de cambios económicos, sociales y demográficos vertiginosos y profundos. La industria maquiladora ha incorporado en un lapso de algo más de veinte años a miles de mujeres al trabajo asalariado, transformando de manera radical no sólo la vida de las obreras, sino la percepción de la sociedad entera sobre el papel de la mujer. Los límites y márgenes de acción que les eran tradicionalmente atribuidos se desbordan y adquieren una nueva dimensión. Se trata, sin duda, de un espacio en el que se ensayan nuevas pautas sin dejar herencias viejas, arraigadas en la mentalidad colectiva. Transición sería una palabra adecuada si no fuera porque aún no se dibuja claramente su destino. Es claro, sin embargo, que en el campo de la política la tendencia nos habla de modernización, aunque ésta no sea lineal, gradual, uniforme y libre de contradicciones y paradojas. Es posible reconocer, por ejemplo, que el espacio de lo público es, cada vez más, reclamado como propio por la sociedad entera; el ejercicio político se ha universalizado en los hechos y no sólo como derecho jurídico. En el laboratorio social fronterizo, las mujeres panistas han dado muestras irrefutables de una convicción no negociable: se saben ciudadanas y formulan, de formas diversas, la intención de establecer una nueva relación con el estado, aunque para eso hayan tenido que entrar en conflicto con el marido. Una militante de más de 70 años recuerda los viejos tiempos:

No se usaba que las mujeres votáramos; no les gustaba que tuviéramos amistades. Y menos en eso que pues es... como público, ¿verdad? No me dejaba ir al partido, pero yo iba de todas maneras, porque yo sentía que era muy importante, porque uno es mexicano y en todas las ciudades tiene uno que cumplir con la ley de ir a votar.

A la mayoría, hoy, le parece impensable que el marido prohíba ir a un mitin o a una manifestación, aun si las tareas domésticas se dejan para más tarde. Los problemas de este orden son más graves cuando se trata de las militantes activas. Las mujeres líderes de las colonias periféricas o que ocupan puestos de dirección en el partido se dedican a esta actividad de tiempo completo, y no faltan las protestas del padre, el marido o los hijos. A una de ellas el marido “le retiró el chivo”, lo que significa que no le da dinero para sus gastos personales. A otra, el padre (ahora fallecido) le pedía que dejara de exponerse al peligro que implica la disputa con las lideresas del PRI; una más recuerda que sus hijos, cuando eran chicos, se enojaban:

“Mamá, usted no sale de allá...” “No m’hijo, mire, lo que yo ando haciendo quizá yo no lo voy a ver [...]; quizá yo no vaya a ver cuando vaya a haber un cambio, pero ustedes sí lo van a ver, y cuando yo ya esté muy pasoteada, ustedes van a decir: ‘Mi madre anduvo allí’”.

Quizá no es casual que las mujeres militantes entrevistadas sean mayores de 40 años y que otro de los grupos de mujeres de militancia constante esté constituido por las más jóvenes. Cuando los hijos son pequeños, el tiempo disponible para el trabajo político sin duda, es muy reducido.

Por otro lado, prevalece la idea de que las mujeres no sólo tienen derecho de participar (y lo ejercen), sino de que su intervención es diferente, necesaria y aun mejor que la de los hombres. En los organismos enfocados al mejoramiento de las condiciones de vida en las colonias de la periferia, son las mujeres las que participan de manera más constante y activa. Una líder comentaba: “Yo prefiero traer veinte mujeres y no cien hombres.” Como se ha documentado en estudios sobre movimientos urbanos populares (Massolo, 1989), aquí también son las mujeres las más directamente afectadas por la deficiencia de los servicios públicos. En las acciones de presión para obtenerlos, se muestran decididas y no vacilan en pasar horas esperando que los funcionarios las reciban; “a los hombres —dijo una— les da pena, les indigna”.

En situaciones extremas, como en el verano de 1986, se les vio actuar drásticamente sin dejar por ello de imprimir su sello de

género: flores para los soldados, boicot en los supermercados. Sobran anécdotas y testimonios en los que se destaca su arrojo:

Yo recuerdo mucho, en 1986, cuando fuimos al galgódromo; iban unas viejitas y salieron los antimotines y le decían a Pancho [Barrio] que nos retirara, si no iban a empezar a echarnos las bombas [...] y las viejitas bien valientes... Las viejitas y las mujeres adelante, adelante; haga de cuenta que eran soldaditos, adelante, adelante. Los hombres no se retiraban, no le voy a decir que se retiraban..., pero los hombres, atrás. Y lo raro era que eran las mujeres más grandes de edad las más valientes.

En campaña política, como en tiempos “de paz”, una buena parte de las tareas del partido recae en las mujeres.

Pero no sólo se trata de valentía, ánimo y constancia. En política, las mujeres son necesarias, se dice, porque “es una opinión diferente... El hombre piensa como hombre.”

En opinión de una militante, “los ideales del PAN nos mueven a las mujeres a participar y entregarnos, la lucha por la democracia, la educación... Los planteamientos que el PAN hace en cuanto a educación es lo ideal.”

Aun cuando a una militante panista le pareció que en el PAN, a diferencia de en otros partidos, “hay más oportunidad para mejores puestos”, se acepta que la participación de las mujeres en el partido es mucho más notable en los actos cívicos que en los puestos de elección pública. Sólo seis mujeres forman parte del Comité Municipal, donde hay, en contraste, más de veinte hombres. El tema, incluso, causaba alguna molestia a las entrevistadas:

El hombre todo el tiempo quiere salir reluciendo en la foto. Pero aquí [en Ciudad Juárez] tenemos a una mujer en vialidad... ¡imagnífica! Yo la he visto, aunque sea funcionaria del PRI, con carácter fuerte; yo misma la he felicitado. A lo mejor no hay muchas porque no estamos preparadas para una cosa de ésas ¿verdad? Pero ahí tiene usted a una Clara Torres, una Carmen Moreno, regidoras mujeres [del PAN]. Una Clara Torres cacheteó a Baeza [gobernador de Chihuahua entre 1986 y 1992]. Lo que un hombre jamás vio hacer. Y ella tuvo la valentía de acercarse a Baeza y cachetearlo... ¿Por qué? Por el fraude que nos hizo.

En resumen, el acceso a puestos de dirección o de elección pública se hace radicar en las diferencias de preparación y estu-

dios; se ha eliminado el prejuicio de que ser mujer influya en esto, aunque está presente cierta idea de que los hombres buscan destacar. Del mismo modo, se afirma que “en el partido hay democracia plena”, con lo que se descarta cierta política partidista de selección preferente para que los hombres figuren más que las mujeres. No obstante, las mujeres militantes que participan en Promoción Política de la Mujer consideran que la instancia de la que forman parte trabaja por el reconocimiento, tanto en el partido como en la sociedad, de que la mujer puede y debe participar en todos los niveles de la política.

Paradójicamente, algunas ideas arraigadas, como la de un sentido ciudadano, la de la democracia y la valoración de actitudes participativas en lo político, suelen descansar, entre algunas de las militantes panistas, en supuestos que provienen de convicciones religiosas, como lo documenta este testimonio de una entrevistada de religión evangelista: “Todo ciudadano debe cumplir con ese voto. Es un respeto que debe tener uno con su ciudad. La propia Biblia nos dice que las leyes son instituidas por Dios, ¿verdad? Y aun nos pide que oremos por los gobernantes.”

LA EXPERIENCIA MILITANTE

En un balance sobre lo que la participación política ha representado para ellas, encontramos que la gran desilusión que comparten ocurrió en 1986, cuando se concretó el fraude.

En el orden de las pequeñas decepciones experimentadas individualmente, encontramos el caso de una panista que fue jefe de área del partido hasta que decidió retirarse para dedicar más tiempo a la vida pastoral. El giro se debió a un incidente en el que un compañero del partido que cometió una infracción de tránsito negó el hecho. La entrevistada pensó, entonces, que el cambio, para que sea total, radical, tiene que surgir de una convicción profunda y de una transformación íntima (“tiene que venir de adentro”), por lo que se entregó al trabajo pastoral. Aunque sigue siendo panista militante, ahora se dedica a hacer visitas domiciliarias predicando un cambio de este tipo. No descarta, de cualquier manera, la necesidad del trabajo partidista, pero más vinculado

con las convicciones religiosas, por lo que dice que le pide a Dios que le dé los medios para fundar un nuevo partido.

Del lado de las gratificaciones, que evidentemente prevalecen entre las entrevistadas, encontramos la satisfacción de participar activamente en la búsqueda de alternativas reales para solucionar la pobreza, la corrupción y la ineficiencia del gobierno priista; de haber encontrado que estas preocupaciones y búsquedas eran compartidas por mucha gente: “Se siente a gusto poder sentir al gentío con uno.” Valoran el partido como un espacio de convivencia y “ambiente” donde no sienten las diferencias sociales: “Ahí somos todos iguales; todos buscamos lo mismo; no hay de que yo soy más rico que tú.” Encuentran cordialidad, confianza y afecto: “A mí en el PAN me quieren muchísimo: la gente, los hombres, las mujeres, las muchachas, los jóvenes... Todos me quieren.” El trabajo político al lado del PAN también es valorado, porque por medio de él dicen haber aprendido a defender lo que creían justo, incluso en el trabajo. El partido, dijo una, “para mí ha sido como una escuela; ellos me han enseñado cómo ayudar a la gente, a no tenerle miedo a ningún líder”. Una militante, activista pastoral, refirió como una de las gratificaciones de su participación en el PAN el contraste con una experiencia al lado del PRI:

Una vez fui a un mitin del PRI porque yo andaba también en negocios de conseguir un terreno, y me dijeron que tenía que ir, ya ve que la obligan a uno... ¡Una pura vez fui!... ¡Y no! Se siente uno, no sé, apretado, como forzado, no relajado, nada, y la gente como muy gestosa. Y en el PAN, no; luego luego, con la sonrisa; se siente mucho amor, ise siente bonito!

Este ambiente de autonomía, de libre elección y asociación voluntaria, se relacionó con un sentido de fiesta, “de días de júbilo”, que favorece la comunicación familiar, entre vecinos y entre generaciones. Para las militantes activas que viven solas (tres de las entrevistadas), el partido ha significado una familia sustituta:

Para mí, participar en el PAN ha sido un aliciente, porque yo no soy muy compartible con las personas. Si me hablan, hablo; si no, no; y aquí, como le digo, desde que entré a Promoción [Política de la Mujer], ellas me han anhelado y me han hablado y me han traído. A veces me retiro una vez... Un lunes o dos que no pueda venir, y van y

me buscan: “Candi, te estuvimos esperando; ¿por qué no has ido? Dijimos... estarías enferma o algo...” Yo he venido aquí porque he sentido apoyo, he tenido convivencia, me he sentido en familia. Siento que mi felicidad está aquí.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La presencia de mujeres del sector popular en el PAN se inserta en una problemática doble: por un lado, las mujeres frente a la política y frente a un partido en particular —lo que las atrae, lo que las mantiene en él, los resultados de la militancia desde una perspectiva subjetiva—; por el otro, su presencia como factor de influencia y efectividad del partido en la comunidad.

Desde el primer enfoque, encontramos que la militancia panista es heredera de viejas memorias colectivas, de impulsos por un hacer trascendente, de resistencia y disidencia frente a un orden establecido. Es también aceptación de cánones, pautas, reglas y proyectos específicos ofrecidos desde una institución política particular. Es, pues, en un nivel general, convergencia de oposición activa y admisión de reglas del juego. La condición de género le imprime un sello particular: las mujeres son receptoras de una actualidad que las atrapa entre nuevas y seculares visiones del mundo: la maquila frente a su origen campesino; un partido (espacio masculino por excelencia) que alienta una “promoción política de la mujer”; un lenguaje ciudadano frente a obvias asimetrías entre hombres y mujeres, pobres y ricos, educados e iletrados. ¿Por qué están ahí y no en su casa, en el partido oficial o en el beligerante CDP? ¿Qué les da el PAN, como preguntaba una periodista a Francisco Barrio? No les da, eso es seguro, cobertura a demandas de género, tal como se documenta en el estudio de Staudt y Aguilar. Lo que les da, probablemente, es la posibilidad de conciliar la rebeldía con los buenos modales; la posibilidad de trasladar a lo público (moralmente desprestigiado) una ética forjada en la responsabilidad por los hijos, la cocina y la iglesia, como decían algunas feministas alemanas de los setenta.

Por otra parte, el papel que desempeñan las mujeres militantes en el partido es, en cierta forma, el de una correa de transmisión

importante para la atracción de simpatizantes panistas, en calendarios electorales y al margen de éstos. Destaca al respecto la cuestión de la doble militancia: en el partido y en organismos intermedios que inciden tanto en el nivel de las organizaciones vecinales o de servicios, como en ámbitos pastorales o de integración familiar. Por último, un breve recuento:

1) Llama la atención una posible especificidad en la manera en que estas mujeres se insertan militantemente en la política. Se trata de mujeres de más de 40 años, cuyo ciclo vital ya no las ata a la crianza de los hijos. Además, con los rasgos propios de cada estrato económico, son mujeres que cuentan con apoyos económicos, sea mediante la ayuda del esposo o de los hijos.

2) La motivación para ingresar en la política alude, más que a un factor determinante, único y exclusivo, a un haz de convergencias. Historia personal, presencia local del partido, coyuntura, azar, accidente, tejen una red de motivaciones en la que, obviamente, destacará alguna de ellas. Lejos de la tradición "iluminista" que aún se asoma en la valoración de la vida política, el posible peso de la convicción programática o de los "principios" se desdibuja frente a la acción de la experiencia y de la vivencia cotidiana.

3) Existe, sin embargo, un aspecto en el que el conocimiento programático del PAN adquiere el carácter de una norma. Para las militantes entregadas y cercanas al partido, es difícil aceptar que se desconocen sus planteamientos centrales. Deben conocerlos, aunque eso ocurra de manera deficiente o superficial.

4) En la convergencia entre las mujeres y el PAN se advierten, además, dos singularidades: por parte del partido, destaca la voluntad de dirigirse a todos; se busca el lenguaje del ciudadano, no del sector ni de la clase. Por parte de las mujeres, aparentemente, no hay demandas específicas de género; sin embargo, el lenguaje universal del ciudadano adquiere una especial mixtura, una sonoridad singular: las mujeres lo utilizan en interpelaciones familiares, privadas y éticas alimentadas por los valores tradicionales de la familia mexicana. El PAN, dicen, es un partido al que se puede llegar con toda la familia. Es más, el PAN estimula una inserción familiar, más que individual.

5) Esta convergencia de singularidades resalta cuando encontramos mujeres con doble militancia. En esos casos, es frecuente

que la mujer panista sea también una activista parroquial. No es difícil que estas mujeres convencidas de la integración familiar, de una ética que norma su reproducción, desdoblen sus convicciones en un espacio político que reconoce la centralidad de la familia.

6) Algunas de estas mujeres encuentran en el partido un sustituto de la familia, de sus redes de confianza, de ayuda mutua y de visión del mundo. Las reuniones semanales de mujeres del PAN persiguen recrear este sentido de pertenencia.

7) Esta peculiar recuperación de los valores de la vida privada se facilita y alimenta por la acción de organismos intermedios como el Movimiento Familiar Cristiano, la Asociación Nacional Cívico Femenina (Ancifem), la Unión de Usuarios de Servicios Públicos o la Unión de Vendedores Ambulantes. La acción social de estos organismos amplía la red de influencias partidistas; en ese sentido, es posible crear identidad sin afiliación al partido.

8) Las mujeres militantes admiten la importancia de su líder, Francisco Barrio, y resalta la manera acrítica en que advierten su papel dirigente. Hacia ellas mismas promueven una imagen con dos caras expresadas sin mayor contrariedad: por un lado, reconocen como motivación central la ayuda a los demás, el desinterés y la solidaridad local; por el otro, no es raro que acepten su propio interés por hacer una carrera política, su ambición por llegar a ser regidoras o incluso diputadas locales.

9) A diferencia de otras regiones del país, en Ciudad Juárez las mujeres militantes parecen moverse en un espacio cultural en el que su activismo es aceptado. Hay, en ese sentido, un microespacio cultural en el cual es posible observar la influencia cultural de la maquila, que registra un proceso femenino de conquista de lo público. No es ajeno a este proceso, entre otros factores, el impacto cultural y en la vida cotidiana de la maquila y de los nuevos horizontes de convivencia y presencia social que abrió para las mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

- Almond, Gabriel A., y Sidney Verba, *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963.
- Alvarado Mendoza, Arturo, "Unidad y diversidad en la frontera norte", *Boletín Editorial*, núm. 42, México, El Colegio de México, 1992, p. 6.

- Astelarra, Judith, "La cultura política de las mujeres", en Norbert Lechner (comp.), *Cultura política y democratización*, Santiago de Chile, CLACSO-ISI, 1987.
- Aziz Nassif, Alberto, "Chihuahua: las elecciones de un nuevo paradigma", *El Cotidiano*, núm. 13, septiembre-octubre, 1986.
- , "Electoral Practices and Democracy in Chihuahua, 1985", en *Electoral Patterns and Perspectives in Mexico*, Center of US-Mexican Studies, UCSD, 1987 (Monograph Series, 22).
- , "Chihuahua 1983-1986: un municipio asediado", ponencia presentada en *Experiencias de los gobiernos de oposición en México*, Austin, Texas, 1992.
- Baca Olamendi, Laura, e Isidro Cisneros Ramírez, "La cultura política de la derecha social mexicana", *Revista A*, vol. IX, núms. 23-24, UAMA, enero-agosto, 1988.
- Barrera Bassols, Dalia, y Lilia Venegas Aguilera, *Testimonios de Participación Popular Femenina en la Defensa del Voto, Ciudad Juárez, Chihuahua, México*, INAH, 1992.
- Béjar Navarro, y Héctor Capello, *La conciencia nacional en la frontera norte mexicana*, México, UNAM-CRIM, 1988.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, México, GEDISA, 1991.
- Guillén López, Tonatiuh, "Political Parties and Political Attitudes in Chihuahua", en *Electoral Patterns and Perspectives in Mexico*, Center of US Mexican Studies, UCSD, 1987 (Monograph Series, 22).
- Jaquette, Jane S., "Female Political Participation in Latin America: Raising Feminist Issues", ponencia para Annual Meeting of American Science Association, Washington, D.C., 29 de agosto-2 de septiembre de 1984.
- Kirkwood, Julieta, "Feministas y políticas", *Nueva Sociedad*, núm. 78, Venezuela, julio-agosto, 1985.
- Loeza, Soledad, *El llamado de las urnas*, México, Cal y Arena, 1989.
- Massolo, Alejandra, "Las mujeres en los movimientos sociales urbanos de la ciudad de México", UAM-Iztapalapa, núm. 9, junio-diciembre, 1983.
- , "La corriente hacia abajo: descentralización y municipio", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 128, UNAM, México, abril-junio, 1987.
- , "Participación e identidad de la mujer en la tercera jornada", en Jennifer Cooper et al. (comps.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, vol. 11, México, UNAM-Editorial Porrúa, 1989.
- Nolasco Armas, Margarita, *Cambios políticos en las fronteras nacionales*, San Diego Center of US Mexican Studies, UCSD, 1990 (mimeografiado).
- Palma Cabrera, Esperanza, "Para entender a Chihuahua. Un perfil de los participantes", *El Cotidiano*, núm. 13, septiembre-octubre, 1986.
- , "Notas sobre el neopanismo y la cultura política norteña", *Revista A*, vol. IX, núm. 23-24, México, UAMA, enero-agosto, 1988.
- Rangel, Alejandra, "Amelia Mata: liderazgo femenino y demandas populares", en Alejandra Massolo (comp.), *Mujeres y ciudades. Participación*

- social, vivienda y vida cotidiana*, México, PIEM-El Colegio de México, 1992.
- Staudt, Kathleen, y Carlota Aguilar, "The Rise of PAN: Women in Elections on Mexico's Northern Frontier", El Paso, Center for Interamerican and Border Studies, UTEP, 1986.
- , "Political Parties, Women Activists' Agendas and Households Relations: Elections on Mexico's Northern Frontier", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, University of California, vol. 8, núm.1, invierno, 1992.
- Tarrés, María Luisa, "Del abstencionismo electoral a la oposición política. Las clases medias en Ciudad Satélite", *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 10, México, El Colegio de México, enero-abril, 1986.
- , "Más allá de lo público y lo privado. Reflexiones sobre la participación social y política de las mujeres de clase media en Ciudad Satélite", en *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, 1989.
- Tuñón, Esperanza, "Informe de la visita electoral a Ciudad Juárez y Chihuahua", México, ILET, agosto, 1991 (mimeografiado).

SER PANISTA: MUJERES DE LAS COLONIAS POPULARES DE CIUDAD JUÁREZ, CHIHUAHUA*

DALIA BARRERA BASSOLS **

INTRODUCCIÓN

Los cambios políticos ocurridos en nuestro país en la década de los ochenta representan un duro reto para los analistas políticos y los estudiosos interesados en elucidar el sentido y raíces de las transformaciones cuyo acelerado ritmo resulta difícil de seguir. Desde entonces, una buena parte de los análisis escritos está dirigida a la problemática electoral, así como al desarrollo de los partidos políticos, de sus programas, gestiones parlamentarias, etcétera. Sin embargo, existe un virtual “olvido” en relación con el análisis de las transformaciones ocurridas “desde abajo”, apoyadas en las capas populares y medias que, con su voto, crean la “sorpresa” del proceso electoral de 1988.

Sin negar en ningún momento la trascendencia y pertinencia de estudios sobre el régimen político actual y sus transformaciones, sobre las instituciones partidistas y sus definiciones programáticas y respecto a los cambios de la “geografía electoral”, inmersos todos ellos en el análisis del proceso de transformación democrática, consideramos que la profundización de los aspectos “detrás de lo electoral” y que se manifiestan mediante la adhesión masiva a movimientos de defensa del voto, implica un intento de reflexión

* Este trabajo fue realizado con el apoyo del Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer, de El Colegio de México, como parte del proyecto “Prácticas políticas de las mujeres panistas del sector popular de Ciudad Juárez”, desarrollado con Lilia Venegas Aguilera. Mis agradecimientos a Alejandra Massolo, con quien discutí los resultados de este trabajo, y a Leticia Ramos, quien cooperó en la realización del trabajo de campo.

** Maestra en economía, profesora-investigadora de la División de Estudios Superiores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

indispensable para la comprensión adecuada de los elementos que inciden en dicho proceso de transición.¹

Desde este ángulo, encontramos que, en diversas regiones del país, las capas populares se han venido inscribiendo en movimientos de defensa del voto. En conjunto, representan movimientos heterogéneos, liderados por organizaciones políticas y partidos de encontradas ideologías y tradiciones. A pesar de sus divergencias ideológicas, dichos movimientos pueden caracterizarse por la presencia de tres elementos compartidos:

a) una cultura civilista, en la que la palabra *democracia* es nuclear, asumida en primera instancia como *respeto al voto*;

b) la presencia de fuertes *liderazgos*, de muy diversas índoles y sentidos (los ejemplos más claros serían los de Manuel J. Clouthier, Salvador Nava, Cuauhtémoc Cárdenas y Francisco Barrio), y

c) una presencia masiva de mujeres de sectores populares y de las capas medias, en particular, que emprenden diversas acciones en defensa del voto (presencia en las casillas, en las marchas y mítines, etcétera).

Estos elementos comunes podrían llevarnos a la hipótesis de que estamos ante fenómenos semejantes, en cuanto a la conformación de una cultura política de tipo civilista, en la que los espacios para la participación femenina se abren cada vez más bajo la presencia de liderazgos diversos, capaces de nuclear y matizar a los movimientos prodemocráticos.

Sin embargo, poco conocemos aún acerca de las formas, sentidos y funcionamiento de la adscripción de las capas populares a estos diferentes movimientos, así como de sus formas de acercarse, apropiarse e identificarse con las diversas propuestas ideológico-

¹ El fenómeno estudiado por nosotros se inscribe dentro del contexto nacional, en relación con ciertas tendencias descritas por algunos autores: gestación de una "nueva mayoría" nacional; democratización "desde abajo" de la vida social, en el contexto de una acendrada desconfianza de la política; confrontación de la cultura política surgida del modelo corporativista, con la cultura civilista —democrática—, que plantea nuevos espacios de participación ciudadana, como una relación de "mayoría de edad" frente al estado. Cfr. Héctor Aguilar Camín (1988), Carlos Monsiváis (1987) y Rafael Farfán (1989), respectivamente.

programáticas de los partidos u organismos políticos, además de las variantes de las relaciones de liderazgo y sus formas particulares de operar en cada uno de los movimientos.

Consideramos, pues, que, antes de avanzar hacia la interpretación general de las tendencias del movimiento democratizador “desde abajo” y sus diferentes expresiones en los movimientos de defensa del voto, resulta imprescindible desarrollar estudios específicos sobre cada uno de dichos movimientos. En este tipo de enfoque, es además importante reconocer los diversos matices que presenta el trabajo ideológico-político de las organizaciones partidistas, de acuerdo con la región del país, las corrientes intrapartidistas en juego, etcétera, puesto que estos movimientos surgen en regiones de muy diversas tradiciones históricas y sociales.

No obstante, hacer un seguimiento pormenorizado de las divergencias suscitadas entre las distintas “corrientes” panistas de los últimos diez años rebasa las dimensiones de este trabajo. Partimos de la convicción de que los partidos políticos son organismos en los que confluyen diversas corrientes ideológicas, cuyas contradicciones se ven expresadas en sus programas políticos, plataformas electorales, etcétera. Así, el azul y el blanco que representan a Acción Nacional están teñidos de diversos tonos, de acuerdo con la corriente dentro de ese partido y según los diversos contextos histórico-culturales en los que se inserte la experiencia de su trabajo político o de gobierno.

La confluencia del movimiento ciudadano hacia la vigencia de un régimen democrático y el trabajo político de Acción Nacional presenta entonces una variada gama de matices, según las diferentes regiones y los niveles de participación política. Una vez hecho gobierno, este partido actúa bajo la forma de administraciones que exhiben un abigarrado panorama, en el cual se entremezclan elementos ideológicos de tipo conservador con otros de tipo liberal-democrático, buscando la eficiencia y la ruptura con algunas arraigadas prácticas de corrupción en el trabajo de la administración pública. El resultado son administraciones como la de Francisco Barrio, en Ciudad Juárez (1983-1986), Ernesto Ruffo, en Baja California, y Carlos Medina Plascencia, en Guanajuato. Sin embargo, aún faltaría analizar y valorar sus trayectorias, diferencias y elementos en común.

En el análisis en profundidad de la confluencia del movimiento democratizador “desde abajo”, por una parte, y del trabajo de los diversos partidos políticos, por la otra, es imprescindible considerar los matices peculiares que implica la incorporación masiva de las mujeres en la defensa del voto, quienes, desde su condición femenina, se movilizan e inciden en la lucha por la democratización de nuestro país.

EL PAPEL DE LAS MUJERES

Desde el movimiento para la defensa del voto en Chihuahua, en 1986, hasta la defensa del sufragio en Michoacán, pasando por el movimiento navista por la democracia en San Luis Potosí, la presencia de las mujeres de clases media y popular resalta por su combatividad y consistencia. La incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo y a la vida política es también un fenómeno poco tomado en cuenta por los autores que han abordado los cambios recientes en la vida política nacional. Una excepción la constituyen los análisis de Carlos Monsiváis, quien, en un estudio acerca del nacionalismo popular posrevolucionario, plantea la tendencia a la “erosión del nacionalismo como esfera de dominio masculino”, ligándola precisamente con los cambios recientes en la participación de las mujeres en el mundo del trabajo asalariado y en la política. Este autor encuentra, así, una relación estrecha entre el proceso de “democratización desde abajo”, en la vida social en nuestro país, y el acceso de las mujeres a los espacios económico y político.²

² Cfr. Héctor Aguilar Camín (1988), quien señala la importancia de la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral en el periodo 1960-1970, dentro de los cambios socioculturales ocurridos en la sociedad mexicana. Carlos Monsiváis (1987), por su parte, enlaza ese fenómeno con el proceso de “democratización desde abajo”, que se desarrolla a partir de la ruptura que significa la crisis económica de los años ochenta. Las mujeres entrarían a formar una parte importante de esa “nueva mayoría” descrita por Aguilar Camín; mayoría urbanizada, en proceso de depauperización a partir de la crisis de los años ochenta, así como del proceso democratizador “desde abajo” señalado por Monsiváis.

Las evidencias de la creciente inserción de las mujeres en los movimientos prodemocráticos, a lo largo de todo el territorio nacional, se encuentran, sin embargo, más documentadas en la prensa que en trabajos de investigación sociopolítica. Por otra parte, carecemos de estadísticas confiables acerca de las tendencias electorales, y resulta imposible conocer las cifras que nos permitirían hacer un análisis comparativo de las preferencias electorales de hombres y mujeres. No obstante, las fotografías y relatos periodísticos, así como la tradición oral de los diversos movimientos en defensa del voto, hablan claramente de la importancia que reviste la participación femenina en dichos movimientos, en especial, la presencia de fuertes contingentes de mujeres de las capas populares.³

En el caso de nuestro estudio sobre la participación popular femenina en el movimiento panista de Ciudad Juárez, encontramos que las motivaciones para insertarse en la lucha por la defensa del voto, la proyección de la lucha por la democracia, los métodos de lucha, etcétera, estaban claramente marcados por las determinaciones de género. Veremos más adelante que este fenómeno está muy ligado con la peculiar ideología y prácticas políticas de Acción Nacional. Sin embargo, se necesitaría aún mucho trabajo de investigación para llegar a determinar el sentido y el peso específico de los determinantes de género en la acción prodemocrática de los diversos movimientos.

El análisis de la inserción de las mujeres de las capas populares de Ciudad Juárez en el movimiento panista, a lo largo del periodo 1983-1992, así como su experiencia en torno al Partido Acción Nacional, constituye el eje de nuestra investigación. Una primera etapa de este análisis finalizó en 1988, con un primer acercamiento a las interrogantes centradas en la caracterización del movimiento panista de defensa del voto de 1986, el seguimiento de la experien-

³ La "invisibilidad" de las mujeres en los movimientos políticos prodemocráticos coincide con otra "invisibilidad": la acción de las mujeres en los procesos de lucha generados por el fenómeno de la urbanización. Para una discusión de la centralidad del papel de las mujeres en el Movimiento Urbano Popular, cfr. Alejandra Massolo (1992c).

cia del gobierno panista de Ciudad Juárez (con Francisco Barrio a la cabeza) y, finalmente, el esclarecimiento del tipo de motivaciones y expectativas de las mujeres de las capas populares que se unieron a la experiencia panista de gobierno municipal y al movimiento de defensa del voto, junto con una valoración de dicha experiencia.⁴

Nuestro tema de investigación conllevaba la necesidad de esclarecer las determinaciones de género que estaban presentes en esta experiencia política del sector femenino popular, así como de intentar ubicar las mediaciones y los elementos que permitieran comprender la aproximación de sectores populares a un partido cuyas propuestas radicales de tipo neoliberal lo diferenciaban entonces del Partido Revolucionario Institucional y de los partidos de izquierda; propuestas que implicaban la adopción de medidas de política económica lesivas a los diversos sectores que componen la población trabajadora de nuestro país.

Los resultados de esta fase de investigación constituyen un primer punto de partida para el desarrollo de nuestra reflexión actual. A continuación plantearemos, de manera sintética, algunas conclusiones obtenidas en torno a la experiencia neopanista en Ciudad Juárez entre 1982-1986 y respecto a la participación de las mujeres del sector popular en ella.⁵

LA EXPERIENCIA NEOPANISTA EN CIUDAD JUÁREZ (1983-1986)

La confluencia de importantes sectores sociales en el auge panista en Ciudad Juárez, en especial la de mujeres de las capas populares, puede ser enfocada desde dos ángulos: el primero se remite al desarrollo de la actividad del Partido Acción Nacional, a partir de 1983 en adelante, en cuanto a atraer a su seno a amplios sectores de la sociedad juarenses; y el segundo se refiere a las motivaciones y experiencias de ese sector femenino popular panista, el cual no sólo vota por Acción Nacional en 1983, sino que vive además el periodo de la administración panista en la presidencia municipal, la

⁴ Cfr. Dalia Barrera Bassols y Lilia Venegas Aguilera (1992).

⁵ Cfr. Dalia Barrera Bassols (1992).

campaña de Francisco Barrio para la gubernatura y las elecciones de 1986, así como su participación activa en el movimiento de defensa del voto de ese mismo año.⁶

Por lo que toca al primer punto, diríamos que estamos frente a un “neopanismo” cuya vocación de poder es radical, y se atiende a la búsqueda de una base social que pueda garantizarle su victoria frente al PRI. Tratándose de un país con una mayoría formada por las capas populares, el PAN no desprecia en ningún momento el apoyo ni el voto de estas capas.⁷

De este modo y con el telón de fondo de una situación de crisis económica, el PAN emprende una campaña moderna, agresiva y diferente, que enfatiza la opción viable del cambio (“Sí se puede”, dirán sus *slogans*, así como “Únete al cambio. Vota por el PAN”). Sin embargo, no hace mención alguna del neoliberalismo ni de sus medidas antipopulares, pero sí pone en un mismo plano estatismo y corrupción, y pregona un nuevo nacionalismo, acorde con las formas de convivencia que predica y con una sociedad más moder-

⁶ Acerca de los acontecimientos electorales de Chihuahua, en 1983-1986, cfr. Alberto Aziz Nassif (1987), Marco A. Bernal (1987), Marco A. Rascón y Patricia Ruiz (1986) y Tonatiuh Guillén López (1987). Para un análisis de los pormenores estadístico-electorales y de las bases de presunción de fraude electoral durante los procesos electorales de Chihuahua en 1983-1986, véase los trabajos de Juan Molinar Horcasitas (1987) y de Silvia Gómez Tagle (1987), donde la autora analiza las tendencias electorales en Chihuahua, que ya desde tiempo atrás mostraban un notorio avance de Acción Nacional como opción electoral opositora al PRI. Finalmente, los trabajos de Soledad Loeza (1987) presentan un análisis que vincula el auge panista de los años ochenta con los efectos de la crisis en las clases medias, cuya ideología y aspiraciones las acercarían al PAN y canalizarían su descontento en el voto en favor de dicho partido.

⁷ El término “neopanismo” resulta poco preciso para dar seguimiento a los cambios político-ideológicos ocurridos en el Partido Acción Nacional desde 1983 hasta la fecha. Resulta útil, sin embargo, para marcar la aparición de una corriente nueva dentro del PAN que surge en 1983, a partir de la actitud decidida de ciertos sectores empresariales con la consigna de luchar por el acceso al poder político, y de la cual Francisco Barrio formó parte. En la actualidad, los analistas políticos plantean la necesidad de dar seguimiento a esta corriente, así como a los diversos grupos derivados de ella, con sustanciales diferencias ideológicas y de prácticas políticas, además de hacerlo con las diversas alianzas que se producen entre políticos panistas tradicionales y “neopanistas”, etcétera.

na y más civilizada, que sin duda florecerá —desde su perspectiva— si este partido llega al poder.⁸

En la mayoría de las principales ciudades chihuahuenses, el proceso electoral de 1983 dio el triunfo a Acción Nacional. En Ciudad Juárez, la experiencia del neopanismo hecho gobierno cuenta con la figura de Francisco Barrio, quien organiza, desde la presidencia municipal y de manera sistemática, los comités de vecinos y alienta también la organización de los *cholos* (jóvenes banda); ambas organizaciones mantienen estrechos vínculos con el PAN. Se trataba, entonces, de tender redes orgánicas para disputar al PRI, cara a cara, la hegemonía entre las organizaciones en los barrios.

Tanto este propósito como los tintes religiosos del discurso de Barrio daban especial fuerza a su imagen política⁹ y caracterizaban su particular forma de diseñar sus prácticas, en este ámbito. Por otra parte, puso un especial empeño, durante sus campañas y en su gestión en el gobierno de Ciudad Juárez, en mostrar una estrecha y armónica relación con su esposa, quien se constituyó rápidamente en lideresa de las mujeres panistas. Finalmente, el trato directo y abierto que tuvo con la ciudadanía, durante su gestión, le ganó el aprecio de muchos habitantes de las colonias populares, lo que no impidió que se planteara, de manera extendida, la apreciación de que dio un trato “preferente” a las colonias de filiación panista.

Frente al inminente fraude electoral en 1986, el llamado a la resistencia civil —reavivado tras las controvertidas elecciones— hecho por Acción Nacional propuso una serie de medidas de protesta,

⁸ Un seguimiento pormenorizado del proceso político-social en Ciudad Juárez, a partir de 1992, se presenta en el artículo de Lilia Venegas: “Mujeres en la militancia blanquiazul”, que forma parte de esta compilación.

⁹ Las peculiaridades del discurso político neopanista de 1983-1986 y, en particular, del discurso de Francisco Barrio merecen un análisis extenso y profundo. Un primer abordaje de este complicado problema se encuentra en el texto de Dalia Barrera Bassols (1991). La experiencia panista reciente en Mérida, Yucatán, presenta puntos de contacto en cuanto a las características del discurso político panista, en la medida en que el PAN “desarrolló un programa encabezado por una mujer, que ponía énfasis en la importancia que tiene la familia en nuestra sociedad, y, dentro de la misma, el papel que juegan las mujeres y los jóvenes. Destacó la lucha y su compromiso contra la corrupción”, cfr. Miguel Romero M. (1991).

como tapan las placas de los autos con engomados de propaganda panista; dejar de pagar los servicios públicos; realizar mítines relámpago en las esquinas; tomar los puentes internacionales; bloquear carreteras; etcétera. En estas acciones, las mujeres fueron participantes “de calidad”, que incluso se enfrentaban a los soldados —por ejemplo— mediante acciones simbólicas, como ofrecerles ramos de flores. Otras prácticas, como la formación de “cadenas humanas”, sellaban el sentimiento de hermandad y unidad en su lucha por la democracia, en tanto que el boicot a supermercados cuyos dueños eran priistas también contó con una decidida actuación de las mujeres, quienes llenaban los carros de autoservicio hasta el tope, para después pagar con billetes que registraban consignas alusivas al fraude. Naturalmente, este dinero era rechazado y ellas se iban, abandonando los carros. Así, pues, los espacios para la participación y para la inventiva de las mujeres eran muy amplios.

En todo momento, el proyecto panista que concibe lo político como cercano a la vida privada y al ámbito de lo personal, con un modelo de ciudadano cuya moralidad y religiosidad garantizarían su buen desempeño como funcionario público, como votante o como ama de casa, etcétera, representa un modelo distinto al del partido oficial, que desplaza la vida personal de los asuntos de la vida pública. Desde el PAN se refuerza así, constantemente, la participación familiar en la política —la presencia de las familias en los actos políticos—, lo que en el movimiento de 1986 condujo a verdaderas verbenas populares, en franco contraste con los actos políticos priistas, cuyo público habitualmente está conformado por contingentes de “acarreados”.

En tiempos del movimiento de defensa del voto de 1986, desde Acción Nacional se hablaba de las peculiaridades de la situación de las mujeres, quienes eran consideradas las más idóneas para luchar contra la corrupción y por la democracia, debido a que su papel como madres de familia las convertía en pilares de la moralidad y de la defensa de los derechos ciudadanos. Las diversas prácticas políticas y las numerosas convocatorias para la lucha por la democracia implicaban, así, un poderoso factor de atracción de las mujeres hacia Acción Nacional.

El movimiento de defensa del voto de 1986 culminó con la toma del puente internacional más importante de Ciudad Juárez y

con la petición que hace Barrio a sus seguidores de retirarse, por estar en peligro la seguridad y, quizás, la vida misma de los participantes del movimiento. Sobreviene, entonces, la decepción de algunos, mientras que en otros se da un periodo de latencia en su aspiración democrática, a la vez que otros regresan incluso a las filas del partido oficial. Mientras tanto, Barrio se retira de la vida pública, aunque entre los simpatizantes panistas se espera siempre su posible retorno. Las elecciones siguientes se verán marcadas por el abstencionismo, hasta que, seis años más tarde, el regreso de Francisco Barrio como candidato a la gubernatura crea las condiciones del “desagravio”.

En una coyuntura completamente distinta —marcada sin duda por la experiencia electoral de 1988, en la cual surge una oposición todavía más irritante para el partido oficial—, que se ubica dentro de un marco de coincidencia programática neoliberal entre el PAN y el gobierno priista y de una relación de aproximación gubernamental frente al PAN, Francisco Barrio gana las elecciones de junio de 1992, resultando gobernador electo del estado de Chihuahua.

A partir de la derrota de 1986, el PAN se retrajo y disminuyó considerablemente su trabajo en las colonias populares. Al mismo tiempo, las experiencias de defensa del voto siguieron repitiéndose en los procesos electorales subsecuentes, y persiste aún, en dichas colonias, el trabajo de una serie de organismos cercanos a ese partido. Desde la nominación de Barrio como candidato a gobernador en 1992, comenzó un nuevo repunte en el trabajo partidista, pero ahora con una actitud más cautelosa y autocontenida de dicho líder, quien señaló públicamente que el programa neoliberal del gobierno federal había sido planteado precisamente por Acción Nacional años atrás, lo que confirmaba el acierto de este partido.

LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES DEL SECTOR POPULAR (1983-1986)

Nuestra reflexión en torno a las peculiaridades del acercamiento de las mujeres de las capas populares juarenses al PAN, a su carismático líder Francisco Barrio, a las motivaciones de ellas para apoyar

a este partido y a las prácticas políticas asumidas, nos llevó a interesantes conclusiones.

La situación de la mujer, en tanto que madre-esposa, la hace particularmente sensible a la problemática de la supervivencia cotidiana, la cual se torna especialmente difícil en tiempos de crisis. Así, la motivación central de las mujeres entrevistadas para justificar su participación en la política fue la de buscar una salida a la crisis, ya que se hacía cada vez más problemático adquirir los bienes necesarios para sobrevivir. Puntualizaron algunas, incluso, que éste es un problema específicamente femenino, puesto que los hombres se concretan a dar el gasto, y son ellas las que tienen que hacerlo rendir.

La preocupación por el bienestar de la familia no se reducía sólo al aspecto económico; para estas mujeres incluía, también, un cambio en el sistema político, al impedir el existente una administración estatal honrada y eficiente. Así, la proyección de la lucha por la democracia era vista por ellas como un camino hacia “una vida mejor para los que vienen”, para las siguientes generaciones, ante las que asumían la obligación moral de luchar por mejorar la situación actual. Sus hijos, o quizás sus nietos —decían—, habrían de vivir la vigencia de la democracia y el respeto a los derechos ciudadanos.

La condición de madre-esposa incidía también en una tendencia a “extender” su filiación política en el PAN a sus hijos e incluso al marido, resultando de ello un abigarrado panorama de variantes de negociación-convencimiento-conflicto, en tanto que su participación en la política ponía en entredicho la serie de valores asignados tradicionalmente a una madre-esposa o a una hija de familia. De cualquier forma, a la vez que aceptaban sus obligaciones domésticas tradicionales, enfatizaron el papel central de la mujer para contribuir al desarrollo familiar, entendiendo éste como parte del mejoramiento de aspectos externos al ámbito familiar, tales como lograr la vigencia de la democracia y mejorar los servicios públicos, entre otros.

Las preocupaciones de estas mujeres coincidían entonces con los planteamientos de Acción Nacional, en los cuales se les asignaba un papel fundamental en la lucha por la democracia, precisamente por su condición de madres de familia. Además, se les

facilitaba una participación de tipo familiar en actos públicos que fortalecían esa opción.

Hemos de tomar con reserva las afirmaciones de ciertos autores acerca de la “derechización” de este sector social, en la medida en que es patente el desconocimiento que tiene dicho sector de los aspectos doctrinarios y programáticos de Acción Nacional. Su adhesión al PAN se da como adhesión a un movimiento civilista, más que a una determinada ideología o programa partidistas. A la vez, su participación política se orienta hacia una ruptura con los tradicionales esquemas que confinan a la mujer en el espacio doméstico, junto con la aspiración de que termine el sistema corporativo de control político. En este sentido, el discurso de Acción Nacional —tanto en las campañas electorales como en el movimiento de defensa del voto—, que se centraba en cuestiones civilistas, dejando de lado las propuestas neoliberales, contribuía a hacer aparecer a dicho partido más como un movimiento anticorrupción gubernamental y defensor de los derechos civiles, que como un partido con una determinada ideología y con un programa y propuestas de política económica peculiares.

El liderazgo carismático de Francisco Barrio resultó especialmente atractivo para las mujeres entrevistadas, quienes lo consideraban un hombre bien parecido, honesto, directo y, sobre todo, un hombre de principios, muy preocupado por la moral, la familia y la religión. Como hemos mencionado, éste es un tipo de vínculo compartido por las mujeres de diversos movimientos democratizadores, y merecería un estudio aparte, profundo y detallado.¹⁰

En el movimiento panista que se generó en 1983, las mujeres del sector popular participaron en tres modalidades de inserción: como simpatizantes-votantes; como simpatizantes activas (que acudían a los llamados “a la ciudadanía” para colaborar en acciones diversas, además de votar por el PAN), y, en menor grado, como militantes con credencial del partido y membresía oficial. En las tres formas de acercamiento al PAN encontramos la confluencia e

¹⁰ La peculiar importancia del liderazgo en el fenómeno panista juarense está planteada en los trabajos de Aziz Nassif y de Marco A. Bernal, antes citados. Un análisis profundo de este tipo de liderazgo, con sus distintos matices a lo largo de 1983-1986 y a partir de 1992, queda aún por hacer.

inclusión de las redes sociales “femeninas” y de sus espacios sociales correspondientes, con actividades proselitistas en favor de Acción Nacional.¹¹ De esta manera, se rebasaron con mucho los espacios ofrecidos por los comités de vecinos (Coves), así como las instancias organizativas panistas y la serie de organismos intermedios allegados al PAN, como la Asociación Nacional Cívico-Femenina.¹²

LA EXPERIENCIA PANISTA DE LAS SIMPATIZANTES ACTIVAS EN 1992

A casi dos lustros del primer triunfo masivo de Acción Nacional en Chihuahua, abordamos una segunda fase de nuestra investigación, el cual pretendía, ante todo, avanzar en el estudio de los factores de permanencia de ciertos sectores femeninos populares al lado del PAN, en calidad de simpatizantes activas durante el periodo de la “desilusión” de 1986-1991, así como en el repunte que significó el regreso de Francisco Barrio en 1992.

A pesar del repliegue de Acción Nacional ocurrido a partir del 20 de noviembre de 1986 —fecha en la que se convoca a una manifestación antifraude electoral que es reprimida con golpes y gases lacrimógenos—, las experiencias de defensa del voto perma-

¹¹ Cfr. María Luisa Tarrés (1986b). En este trabajo, la autora polemiza con quienes han calificado la actividad política de las mujeres como esporádica y coyuntural: “En su lugar, hipotetizamos que las mujeres que se movilizan a nivel del sistema político frecuentemente tienen una experiencia previa de participación en organizaciones sociales y culturales (comunidad, escuela de los hijos, grupos informales, organizaciones voluntarias, grupos de estudio, etcétera.), de manera que estos grupos y redes, en esas coyunturas, sirven de base a las movilizaciones.” En el caso de las mujeres panistas de extracción popular estudiadas por nosotros, la experiencia previa en la lucha por la obtención de servicios, así como por el terreno urbano mismo, constituye una base sobre la cual se construye una serie de experiencias de participación y de valoración de los liderazgos de colonos allegados al PRI, como primera vivencia de lucha para lograr “una vida mejor” para sus familias y una primera confrontación con las políticas estatales y con los políticos del gobierno.

¹² Un esbozo de la diversidad de organismos intermedios allegados al PAN (clericales, civiles, etcétera) y que aglutinan a panistas de “doble militancia” en actividades muy próximas a las preocupaciones que movilizan a las mujeres de las colonias populares, se encuentra en el ensayo de Lilia Venegas que aparece en este libro.

necen en la memoria de miles de mujeres de las colonias populares, junto con el orgullo por haber intentado un cambio democrático. Estas emociones siguen vivas hasta 1992, cuando reiniciamos la tarea de entrevistar a algunas de las mujeres que habían mantenido su identidad panista a lo largo del periodo 1986-1992, como simpatizantes activas; es decir, las que rebasaban el simple nivel de apoyo al PAN, que consistía en votar por sus candidatos, y que habían participado de manera activa en las campañas y en la defensa del voto en los procesos electorales posteriores a la derrota de 1986, entre otros apoyos, pero que no se propusieron ser militantes con credencial, con los derechos y deberes que esta militancia implica.

Nuestra investigación se planteó, así, hacer un seguimiento de la que entrevistáramos, desde 1988, como una tradición de lucha democrática en gestación, a partir del movimiento de defensa del voto en 1986. Para ello, realizamos el seguimiento de la experiencia panista por medio de un conjunto de mujeres simpatizantes activas en 1992, además de considerar no sólo el grado y las formas de apropiación de la doctrina y el programa de Acción Nacional, sino también su vinculación con el liderazgo de Barrio, así como sus percepciones sobre la relación de las mujeres con la política.

Un aspecto muy importante de nuestra entrevista se centró en la significación que, para estas mujeres, tuvo su experiencia al lado del PAN, así como su valoración acerca del tipo de prácticas políticas fomentadas por ese partido, aspectos que nos parecían clave para comprender su permanencia y entusiasmo, en tanto que simpatizantes activas.

Las trece mujeres entrevistadas pertenecían a las capas populares de Ciudad Juárez, y su perfil socioeconómico estaba definido por los siguientes elementos:

a) habitan en colonias populares o periféricas, con algunos servicios públicos como drenaje, luz, etcétera; o bien, con todos los servicios, en el caso de las que viven en las colonias del centro de la ciudad, en áreas en proceso de decadencia urbana;

b) sus edades son variables (de 18 a 57 años), y tienen ocupaciones de obreras de maquiladora, vendedoras, secretarias, enfermeras o empleadas; solamente una de ellas es ama de casa; otra, estudiante, y otra más, prostituta;

c) viven en familias nucleares, extensas o incompletas (únicamente en un caso se trataba de una persona que vivía sola); cinco familias percibían un ingreso familiar entre 600 y 1 000 nuevos pesos; seis familias, entre 1 000 y 2 000 nuevos pesos; y sólo dos familias alcanzaban un ingreso mensual de 3 000 nuevos pesos, al trabajar varios de sus miembros;

d) exceptuando dos casos, se trataba de mujeres inmigrantes, aunque las dos excepciones eran también hijas de inmigrantes. Sus lugares de origen eran Durango, Jalisco y Coahuila;

e) la mitad de las mujeres entrevistadas tenían una escolaridad menor a la primaria completa; dos habían terminado la primaria; cuatro eran enfermeras o secretarías; y una última estudiaba ingeniería.

El perfil dibujado no parece apartarse del que muestran las habitantes de las colonias juarenses, a quienes ubicaríamos por debajo del nivel socioeconómico de las capas medias, que coincide con el de las mujeres entrevistadas en la primera fase de nuestra investigación, desarrollada en 1987-1988.¹³

Los primeros resultados de la segunda fase de la investigación serán desarrollados a continuación, como una mirada hacia el vínculo establecido por las mujeres de las colonias populares con el Partido Acción Nacional y su líder Francisco Barrio. En 1992, estas mujeres seguían siendo simpatizantes activas de este partido y su adhesión fue detectada a partir de la localización de propaganda o banderines panistas enfrente de su domicilio, o bien, por su presencia en el local mismo de Acción Nacional; esto último, en tres casos.

Las entrevistadas fueron cuestionadas en torno a los siguientes ítem: 1) motivaciones y contexto de su acercamiento a Acción Nacional; 2) aproximación al programa y a la doctrina panista; 3) vinculación con el liderazgo de Francisco Barrio; 4) prácticas políticas y espacios de participación; 5) mujer y política, y 6) significación de la experiencia panista en el periodo 1983-1992. A lo largo de las entrevistas, estos temas fueron vinculados por las entrevistadas con el aspecto de la adhesión familiar al PAN. La signi-

¹³ Cfr. Dalia Barrera Bassols y Lilia Venegas Aguilera (1992).

ficación de este énfasis en la relación política-familia y en el papel que desempeñaron las mujeres en esta vinculación, podrá ser comprendida en los resultados de nuestra investigación.

MOTIVACIONES DEL ACERCAMIENTO AL PAN

La preocupación por el destino del país, el rechazo de la corrupción y de las prácticas políticas de “acarreo” y de “compadrazgo”, así como de fraude electoral y sus derivaciones, aparecen como las motivaciones generales para que las mujeres entrevistadas hayan decidido su ruptura con el Partido Revolucionario Institucional y definido su acercamiento al Partido Acción Nacional:

El PRI ya ha hecho muchos fraudes. Nomás en las votaciones prometen y, cuando están sentados, ya no hacen nada por uno. Por eso hay que cambiarle al PAN, porque es una desesperación y una tristeza ver cómo estamos aquí en México: hambre, corrupción, miseria.

Además de estas preocupaciones —todas ellas compartidas—, encontramos en todos los casos una fuerte tradición familiar de adherencia al PAN, con tres “cortes” temporales:

1) Las panistas de tercera o de segunda generación provenientes de Jalisco y Durango, especialmente, son quienes al migrar buscan de nuevo a Acción Nacional. Esta simpatía por el PAN se vio reforzada no sólo durante los procesos electorales de 1983, sino además durante la gestión de Barrio como alcalde de Ciudad Juárez y con el movimiento de resistencia civil en las elecciones de 1986, y, en algunos casos, por su participación dentro de los comités de vecinos, organizados por la administración de Barrio: “Yo era muy joven cuando empecé a votar, allá en Jalisco. Mi abuelita me dijo: ‘Vota por el PAN. Tú vas a ver un presidente panista.’”

2) Las mujeres que se acercan al PAN precisamente a raíz de las campañas electorales de 1983 y 1986, y que hacen referencia a su pasado en el PRI e, incluso, en algún caso, en el Comité de Defensa Popular (básicamente, en organizaciones de colonos), en el que formaban parte de los “acarreados” o “borregos”, manipulados y a veces explotados por sus líderes. Para ellas, la gestión de Barrio

decidió su reciente filiación panista, debido a las mejoras logradas en las colonias a partir de los comités de vecinos, mejoras que abarcaron a la ciudad en su conjunto:

Yo estaba en el PRI porque la lideresa de aquí, la que nos permitió invadir, era del PRI, y además, en ese entonces, yo no tenía partido. Y me gustaba asistir a las asambleas y todo eso, pero hay muchas irregularidades, empezando con que los líderes se pelean mucho entre ellos. A la última junta que fui se iban a agarrar dos lideresas, porque las dos querían controlar el poder en la colonia. Y dije: “¿Qué hago yo aquí? Pues ni me ayudan, ni las ayudo. Ellos lo único que buscan es su beneficio.” La lideresa de aquí, pues, nos invitaba: “Vamos a tal parte porque nos van a meter el drenaje...” Y eran puras mentiras. Y yo se lo digo personalmente, en una asamblea de la colonia. Le dije: “Cuando usted me invite a algún acto del PRI, dígame: ‘Va a haber un mitin del PRI. Vamos’. Pero no me ande diciendo que van a meter el agua, que van a meter el drenaje, porque son puras mentiras.” Y desde entonces me invitaba, pero ya no me decía que íbamos a tener un beneficio. Porque beneficio, beneficio, sólo lo tuvimos cuando estuvo Manuel Pedro Reyes, que fue el que logró que compráramos aquí.

3) Un tercer grupo sería el de las jóvenes que son hijas de las mujeres de los grupos 1) y 2) y que acompañaron, siendo niñas aún, a sus madres en las acciones de 1986, aproximándose más tarde a las organizaciones juveniles del partido, en las que colaboraban en actividades de propaganda en tiempos de campaña o en la vigilancia de casillas en tiempos de elecciones, entre otras múltiples tareas. Son jóvenes que tienen una mayor escolaridad que sus madres y cuya participación política es considerada por la familia entera como una experiencia importante para su formación. A diferencia de sus madres, estas jóvenes mantienen una relación estrecha con el partido y asisten a su local de manera periódica. Retoman la preocupación de sus madres por el destino de las siguientes generaciones y comparten con ellas la necesidad de un cambio:

Yo iba con mi mamá, para acompañarla. Pero después me gustó el ambiente, cómo se ganan el voto honradamente [...] En las elecciones pasadas, yo estuve yendo al Partido a ayudar a hacer las mantas y a pintar bardas.

En todos los casos, para las mujeres de los tres grupos resulta fundamental su autopercepción de ser “familia panista”, a pesar de la variedad de posibles actitudes de los otros miembros de la familia hacia el PAN; que van desde la simpatía activa, hasta una cierta despreocupación por los asuntos de la política. Por otra parte, se da cierta división territorial en las filiaciones, por lo que puede hablarse de colonias panistas, de familias panistas en colonias que fueron panistas en tiempos de Barrio, o, incluso, en colonias que pertenecen al CDP. Es posible identificar las familias panistas, en una colonia determinada, por la propaganda del PAN en sus ventanas, en los postes que tienen frente a su casa o por las calcomanías que exhiben en sus autos, sobre todo en tiempos de campaña electoral. En las colonias del CDP existe, sin embargo, cierta presión contra las familias panistas, por lo que aparecen consignas en favor del PAN pintadas anónimamente en las bardas por las noches; la afinidad con Acción Nacional o con Francisco Barrio es algo que no “se confiesa” sino “en confianza”.

La participación que tuvieron en los comités de vecinos las mujeres entrevistadas representó un lazo de continuidad de su afinidad con Acción Nacional, de manera que, aunque en muchos casos los comités habían dejado de operar mucho tiempo atrás, los vecinos seguían reuniéndose y declarándose panistas. En las colonias expanistas, fueron precisamente exmiembros de los Covés quienes compartían experiencias y vivencias, las cuales cimentaban y reafirmaban sus lazos amistosos y su lealtad, tanto entre ellos como respecto al PAN.

APROXIMACIÓN AL PROGRAMA Y A LA DOCTRINA PANISTA

La palabra *cambio*, central en el discurso de Barrio desde su campaña electoral de 1983, persiste como término clave en la identificación de lo que representa la alternativa política al lado del PAN. Diez años después, la mayoría de nuestras entrevistadas se refirieron precisamente al cambio como algo necesario, como una meta por alcanzar: “El cambio; por eso entré en el Partido.”

Sin embargo, al ser cuestionadas puntualmente acerca de los planteamientos programáticos de Acción Nacional, o de los conte-

nidos de las plataformas electorales de los candidatos de dicho partido, las opiniones coincidieron en otorgar escasa relevancia a “las palabras”. Lo que importa son los *hechos*, porque el PRI también promete muchas cosas buenas, pero nunca cumple: “Los hechos del PRI son inaceptables ya; las palabras no cuentan.”

Encontramos, pues, una generalizada actitud de escepticismo frente a los programas políticos, que son considerados como “promesas” que hacen los políticos cuando quieren que se vote por ellos. En el caso del partido oficial, a estas promesas las calificaron —coincidieron todas— como “palabras vanas”: “Todas las propuestas del PRI suenan huecas; es lo mismo de siempre: de antemano sabemos que no lo van a hacer.”

Esta actitud reticente frente a los discursos de los políticos no implicaba en nuestras entrevistadas la desatención de lo que los políticos “prometen”. Todas ellas estaban atentas a los discursos de ambos partidos, y coincidían en la opinión de que el PRI buscaba cada vez más tener un discurso y una imagen semejantes a los del PAN; pero que, aun así, había que darle una oportunidad al PAN de gobernar. En dicha situación hipotética, manifestaron tanto la idea de que, al menos al principio, los gobernantes panistas tendrían que demostrar, con hechos, que eran de un tipo muy distinto a los políticos del PRI, como la convicción de que muy probablemente esto nunca ocurriría, al ser la política indisoluble de la corrupción; lo que se busca, entonces, es que “al menos no sean los mismos de siempre”: “Si llegara a gobernar otro partido que no fuera el PRI, pues al menos al principio tratarían de quedar bien con la gente, veríamos logros; porque si no, la gente no les iba a creer y los iba a dejar.”

De cualquier manera, frente al fenómeno del mimetismo político, las mujeres entrevistadas seguían identificando al PAN con el “cambio” anhelado, dudando que hubiera una real transformación en el PRI: “El cambio está en el PAN, y aunque el PRI se ‘empanice’, el pueblo no se va a dejar confundir.” Por otra parte, varias mujeres remarcaron el escenario incierto de la política, en el sentido de una respuesta ante una “empriización” eventual del PAN: en el momento en que el PAN no cumpliera sus promesas, el pueblo le retiraría su apoyo, dirigiéndose hacia otro partido; o inclusive regresando al PRI, “por ser el que ya conocemos”.

De esta forma, tanto la existencia de otros partidos políticos, además del PRI, como la libertad para votar por los candidatos de los diversos partidos y el respeto al voto, representaban para nuestras mujeres elementos fundamentales para lograr la democracia en nuestro país, la cual se planteaba como requisito ineludible para contar con gobiernos honrados y eficientes: “Que no haya ‘chanchullos’ en las elecciones, y así habría menos corrupción y más justicia social.”

En cierto modo, las referencias a algunos elementos de la doctrina panista, como la libertad o la dignidad del ser humano, aparecieron ligadas con la noción de democracia como libre participación política de los ciudadanos, respetada por el gobierno y en un clima en el que resulta esencial el respeto a la dignidad del ciudadano votante, demandante de servicios y capaz de pedir cuentas a los gobernantes sobre el uso de los impuestos, etcétera: “Democracia es el ejercicio de la libertad y de la dignidad del ser humano en la convivencia con los demás. Donde no haya democracia no puede haber igualdad, pues son dos cosas paralelas.”

Nos encontramos, así, ante una cultura política de tipo civilista que reivindica los derechos ciudadanos, en particular los derechos políticos, aunque hasta cierto punto escéptica en cuanto a la posibilidad de lograr el ascenso de gobernantes no corrompibles. Una constante de todas las entrevistadas fue la serie de expresiones de hartazgo de las prácticas políticas del partido en el poder, de las cuales enumeraban ejemplos vividos en carne propia que alimentaban su indignación y deseo de cambio. Pero la salida de la corrupción y la ineficiencia, aunque era vista en el camino hacia la democracia, pasaba necesariamente también por la presencia de personajes políticos capaces de resistirse a las “tentaciones del poder”. De ahí el papel tan importante que la figura de Francisco Barrio adquiere en el proceso político panista del periodo revisado, que analizaremos más adelante.

El consenso civilista en que se movían nuestras mujeres está, sin embargo, claramente definido: somos *ciudadanos*, pagamos impuestos, tenemos derechos y debemos y podemos exigir el respeto del gobierno a estos derechos, así como un buen uso de nuestros impuestos. Un ejemplo de este enfoque es la opinión que manifestaron sobre el Programa Nacional de Solidaridad (Prona-

sol), ante el cual, quienes no dudaron sobre la realidad misma de su existencia, más allá de la propaganda, plantearon que es precisamente obligación del gobierno pavimentar calles, construir escuelas, etcétera, además de que lo hace con los impuestos pagados por la ciudadanía.

EL LIDERAZGO DE FRANCISCO BARRIO Y LAS MUJERES

Es innegable la importancia del liderazgo de Francisco Barrio en el auge panista de 1983-1986 en Ciudad Juárez, y en todo Chihuahua, liderazgo que resurge vivamente en el repunte de 1992. Esta figura política, producida en un lapso muy corto, surgida de la iniciativa privada y lejos de la burocracia política panista, conquistó rápidamente un papel protagónico en el panismo juarense, dotándolo de ciertas características particulares.

Hemos visto cuáles fueron las líneas fundamentales de la campaña de Barrio en 1983, su desempeño como alcalde de Ciudad Juárez y cómo su liderazgo resultó definitivo en 1986, durante el movimiento de resistencia civil al fraude electoral. Al ser propuesto candidato del PAN a la gubernatura de Chihuahua, en 1992, comenzó una nueva campaña en medio de un clima de “desagravio” del fraude electoral de 1986, aunque con una actitud más reservada, cautelosa y atendida en menor medida a la movilización de las masas populares.

La actitud escéptica o ambivalente hacia la política que, según hemos señalado, compartían las mujeres entrevistadas está íntimamente relacionada, a nuestro modo de ver, con el papel fundamental que reviste la figura del líder Barrio para reunir y reafirmar su filiación panista. Es ésta una figura cuyas cualidades reconocidas como gobernante y como político se presentan estrechamente ligadas a sus cualidades personales. Y es esta relación la que, desde el punto de vista de estas mujeres, podría ayudar a vencer los obstáculos que la ambición de poder y las tentaciones de la corrupción representan para la existencia de gobernantes eficientes y honestos.

En primer lugar, la mayoría de ellas dio especial importancia a la idea de que un elector vota “por la persona”, por lo que es

ambigua la relación subyacente entre la “persona” y el partido. Una de ellas, panista convencida, aclaró, sin embargo, que no era lo mismo votar por el PAN que votar por Barrio. Por su parte, las jóvenes panistas mostraron una actitud que, si bien reconocía la importancia del líder, a la vez resaltaba la labor del partido, el cual daría los fundamentos para la consolidación de una alternativa política sólida y permanente. Aquí aparece, de nuevo, la tensión entre la desconfianza de “la política”, la apuesta por el líder y la apuesta por un partido político:

Yo soy simpatizante de Barrio, directamente, porque tiene un ángel... que ya lo trae. No es igual simpatizar por Barrio que por el PAN. Para votar por una persona, hay que conocer su trayectoria. Cuando Barrio fue presidente municipal hizo mucho.

Las mujeres hicieron una clara distinción entre las cualidades de Barrio como persona, como político y como gobernante. Como persona, se le reconoció un gran “carisma” o “ángel”, así como en su trato, de gran sencillez y honestidad:

Tiene cierto ángel. Además, tiene cualidades: su sencillez en el vestir, en conducirse. No es una gente que ande por ahí..., y eso habla de su familia, de la unión. Agrupó a los “cholos”, les trató de dar un apoyo moral; hizo talleres de trabajo para apoyarlos económicamente. Tiene cualidades muy bellas.

Respecto a la religiosidad de Barrio, coincidían en que ésta no deba trasladarse a su actividad y discurso políticos, pero se la consideraron también como cierta garantía de su honestidad y compromiso moral ante los ciudadanos:

Tiene más valores su discurso religioso, pero como hay muchos panistas que no son católicos, él tomó experiencia de que debe ser neutral en eso. De todos modos, la religión da idea de los valores, de la integridad de la persona.

La solidez de la familia Barrio, así como el respeto y el lugar que le otorga a su esposa, fueron vistos también como parte de su probidad y solvencia morales. Se mencionó, por ejemplo, que iba a misa “como cualquier ciudadano”; que había pertenecido a una

organización promovida por un sacerdote para construir un leproscario (“reuniones de trabajo, no de sociales”), y que asistía a los mítines con su mujer y sus hijos: “Es muy importante el presentar a su mujer, y si se le ve con ella, se cree que es más íntegro.”

Esta imagen de la moralidad de Barrio parece lejana de la cerrazón atribuida, en ciertas ocasiones, a los políticos panistas. Un ejemplo significativo es el relato de una prostituta, quien señaló el intento de Barrio, en su gestión como alcalde, de organizar alternativas económicas para las mujeres dedicadas a la prostitución, ayudándolas a instalar algún negocio, pero desde una posición que no las discriminaba ni las “hacía menos”:

En 1986 hubo una propuesta muy buena de Barrio, nos llamó y habló con nosotras. Yo creo que nuestro oficio es como cualquier otro, pero hay personas que se avergüenzan de nosotras. Pero el señor Barrio no. Él es muy abierto; se podría decir que muy liberal. Nos propuso que pusiéramos unos negocios, para salir de esto, pero luego ya no se hizo.

Como político, Barrio fue caracterizado por tener un discurso directo, sencillo, claro. Se resaltó que su discurso no era siempre el mismo y que no necesitaba “papelitos” para hablar en público, por ser “muy estudiado”. En suma, el contacto establecido con sus oyentes era efectivo y refrendaba la imagen de una persona que sabe lo que está haciendo, que no recurre a engaños con sus oyentes:

Barrio en los mítines habla con menos caretas, menos frases disfrazadas; no dice lo mismo siempre. Las gentes van espontáneas, no a fuerzas. Barrio habla sincero y sencillo y la gente lo entiende mejor.

Todas estas cualidades o características de Barrio como político y persona permitieron, según nuestras entrevistadas, que sus hechos no contradijeran sus palabras durante su gestión como alcalde de Ciudad Juárez. Su honradez y su seriedad se expresaron en las eficientes obras públicas realizadas (a pesar del boicot financiero federal y estatal). Su apertura a los marginados lo llevó a buscar alternativas viables para los “cholos”, o a estar dispuesto a dialogar con toda la ciudadanía, incluyendo a los miembros del CDP, así como a dar impulso a las mujeres y a apoyar su participa-

ción en la política: “En la presidencia de Barrio, al menos tuvimos el drenaje y la luz mercurial, que era mejor que andar poniendo camellones en el centro, donde estorbaban, como Bermúdez.”

Sobre los cambios —claramente percibidos por las mujeres entrevistadas—, en la campaña de Barrio en 1992, respecto a la de 1986, encontramos consenso en el sentido de que el ser “más cauteloso”, “más reservado”, se debía a una mayor madurez como político, aunque varias de ellas señalaron que estos cambios estaban ligados seguramente al impacto que la muerte de Manuel J. Clouthier tuvo en Barrio:

De 1986 a ahora, está más apagado. Ya no es la misma euforia, ni de la gente ni de Barrio. Todavía tiene mucho carisma, pero ya no es tan impulsivo. En 1986 tenía poca experiencia en política y se lanzaba como él era. Ahora se ha reservado. Antes era impulsivo y ahora lo piensa más, y en esto influye lo que le sucedió a Clouthier; ya ahora piensa más en su familia.

Las referencias al “carisma” de Barrio, a su “ángel”, parecen hablar de cierta capacidad de atracción hacia sus oyentes, aunque el éxito político de este líder aparece siempre indisolublemente ligado con esta cualidad, además de las características que se le atribuyen como la sencillez, la honradez, la claridad en el discurso, etcétera. Este complejo conjunto de características constituye la base de su imagen como político y como gobernante, en la cual la religiosidad desbordaría también el ámbito de lo personal, para transformarse en determinante de su desempeño en la política. El líder adquiere así cierta “transparencia” y cierto traslapamiento entre sus vidas pública y privada, lo que, aunado a su carisma natural, lo marcaría como la persona que reúne las condiciones para lograr el ansiado *cambio*.

Este cuadro no se aleja mucho del planteado por una panista entrevistada, quien señalaba la guía moral, social y política que constituye la doctrina de Acción Nacional:

Yo le puedo decir si una persona es priista hasta por su forma de hablar, de comportarse, porque no tiene los principios morales, el cimiento religioso y social para conducirse, ni como político, ni como persona.

Hemos visto cómo la identidad panista femenina estuvo fuertemente marcada por la figura del líder. Sin embargo, su permanencia en tanto que panista va más allá de esto. No sólo en el caso de las mujeres inmigrantes de regiones “panistas”, con experiencia previa en esta filiación, sino en el caso mismo de las mujeres que se identificaron con Acción Nacional a partir de 1983, encontramos factores que dan cuenta del tipo de vínculo establecido con este partido más allá del líder mismo, y que nos remiten tanto a los espacios y prácticas concretas de su participación política, como a un tipo particular de “socialización”, presente en el panismo juarense.

PRÁCTICAS POLÍTICAS Y ESPACIOS DE PARTICIPACIÓN

Preguntarse por los espacios de participación y por las prácticas políticas de los panistas nos lleva a cuestionarnos sobre las diversas modalidades de militancia y de adhesión simpatizante que existen en Acción Nacional. En una primera instancia, hay una diferencia contundente entre ser militante (miembro activo, según los estatutos del PAN), ser simpatizante (o miembro adherente, según los estatutos) y ser simpatizante-votante, no sólo por los derechos que cada modalidad conlleva en la toma de decisiones dentro del partido, sino también por el tipo de relación que supone con el trabajo cotidiano y con las diversas instancias orgánicas partidistas.

Así, ser militante puede implicar la asistencia regular a las reuniones que miércoles y lunes se realizan en el local del partido, ya sean promovidas por la Secretaría de Promoción Política de la Mujer, o por las instancias del Comité Directivo Estatal o Municipal, etcétera. Además, y cada vez con más actividad y fuerza, existen organismos de jóvenes panistas que también tienen sesiones periódicas y colaboran en las actividades de campaña y en las labores cotidianas de propaganda.

Ser simpatizante, en cambio, supone una relación variable con las actividades del partido. Aunque va seguramente más allá del mero voto en los periodos electorales, en el caso de las que llamaríamos simpatizantes activas, no necesariamente significa

asistir regularmente al local del partido; pero sí implica seguir, mediante los diarios, la televisión y el radio, las campañas políticas y los procesos electorales, además de la relación con los militantes del vecindario, del trabajo o de la familia, y la asistencia variable a los mítines y acciones convocados por el partido.

La mayoría de nuestras entrevistadas participaron activamente en las acciones de defensa del voto y de resistencia civil en 1986, así como en la defensa del voto en las elecciones posteriores (vigilando casillas o distritos electorales, ahuyentando a los miembros de las “operaciones carrusel”, desalentando a los artífices de las “urnas embarazadas”, etcétera).

La participación de las simpatizantes entrevistadas fue, con mucho, más allá del voto por el PAN o de la colocación de propaganda política enfrente de sus casas o en sus ventanas. Hay toda una serie de acciones y prácticas que implican una relación fluctuante, pero estrecha, con el partido, mediante las acciones propuestas por éste y las relacionadas con los procesos electorales y la defensa del voto.

Por otra parte, un tercio de las entrevistadas habían participado en un comité de vecinos en tiempos de Barrio, manteniendo, desde la desaparición del Comité Coordinador de Comités de Vecinos, vínculos con exCoves, que, sin tener ya una forma definida, se reactivan en periodos electorales o durante las gestiones para lograr algún servicio público o mejora para la colonia; en ocasiones, para la iglesia cercana.

En el caso de las hijas de panistas, la asistencia al local del partido resulta más regular y su compromiso y actividad políticos más estables y vigorosos que los de sus madres, aparentemente como resultado de una suerte de “delegación” de ciertas actividades políticas en las generaciones más jóvenes. Estas chicas manifestaron, además, la especial importancia del partido como un lugar simultáneo de socialización y de aprendizaje político —lo que debe ser considerado como parte de su aprendizaje y de una socialización natural, correspondientes a esta etapa de su ciclo vital—, el cual tiene un lugar muy importante en su experiencia de vida y marca crucialmente su politización.

Las acciones y propuestas promovidas por el PAN han tenido cierta variación, respecto a las de 1986, puesto que entonces se

emprendieron actos de resistencia civil ahora abandonados (toma de carreteras, bloqueo de puentes internacionales, boicot a tiendas de priistas, etcétera). Persisten, sin embargo, las “caravanas por la democracia”, las “cadenas humanas”, los mítines y los actos de propaganda como el “volanteo”, la venta de camisetas o calcomanías con “logos” del partido, las “pintas” en las bardas y el “boteo” para obtener fondos para las campañas. En todas estas prácticas, nuestras entrevistadas habían participado de manera intermitente con diversos grados de compromiso.

La extensión de las afinidades políticas al lugar de trabajo, que fue evidente en el proceso electoral de 1986 (en Telmex, IMSS y diversas maquiladoras, por ejemplo), parece haberse reducido desde la derrota del movimiento de defensa del voto, aunque aún encontramos este fenómeno en algunas maquiladoras y escuelas, reavivado por el regreso de Barrio a la política. La participación en las acciones del partido o dentro de las instancias de éste se da, sin embargo, en un plano personal; algunas entrevistadas nos refirieron su experiencia de haber encontrado, en el partido o en acciones, a personas que trabajaban en la misma empresa y de las cuales desconocían hasta ese momento sus preferencias políticas: “En la empresa donde yo trabajo hay algunos panistas. Me los he encontrado en los mítines.”

Tanto en el local del partido como en las diversas acciones, todas las mujeres definieron la “convivencia” o el “ambiente” prevalecientes como un atractivo clave para su permanencia, en tanto que panistas convencidas. El trato de respeto, de amabilidad y de igualdad, así como una convivencia cordial, festiva, incluso, en especial en los mítines y acciones, apareció como parte esencial de las relaciones entre panistas. Como dijo una entrevistada:

Participar en política en los mítines y caravanas “casi ni se siente”, pues se trata de “días de fiesta”, “como si estuviéramos de día de campo”; “días de júbilo”.

Otra diría:

Así, participar no se siente, porque, como le digo, yo fui del PRI. Y asistía..., y está uno parado y enfrente otra persona, y lo ven a uno feo. Y eso no pasa en los mítines del PAN, porque se siente uno más en

confianza con las personas y se habla, se comunica y se comenta, aunque uno no se conozca. Sobre todo, me gustó el ambiente, que ahí no hay divisiones, que si es uno pobre, que si eres rico... Que no hay “acarreados”, es lo más bonito.

El ambiente, en las “caravanas” y en los mítines, así como en las acciones de resistencia civil y de defensa del voto, está marcado por acciones solidarias entre los participantes y por una especie de “fiesta popular”, con fuerte participación familiar, en la cual reina una suerte de coincidencia civilista transclasista y transgeneracional que ejerce especial atracción entre las mujeres entrevistadas.

Como hemos visto, la familia constituyó el ámbito privilegiado para la constitución y reafirmación de la identidad panista. En general, se tendió a hablar de “nosotros” (familia panista) y se dio énfasis a la participación en actos políticos públicos “en familia” o en compañía de alguno de sus miembros: “A las acciones de la ciudadanía vamos todos juntos: mi esposo, mis hijos y yo.”

Aunque encontramos algunos casos de colonias identificadas como panistas por nuestras entrevistadas, en muchos otros la identidad de colonia panista se vio quebrantada debido a las presiones de los gobiernos municipales para no reconocer a los comités de vecinos y, en general, por el clima de resurgimiento de prácticas, mecanismos e instancias priistas. El panismo resistió, de cualquier forma, en numerosas colonias y en casas de familias fieles al PAN. Encontramos, así, cierto repliegue de la identidad territorial “colonia panista”, frente a la de “familia panista”, cuya consolidación coincide con cierto tipo de ambiente y de prácticas políticas favorecidas por el partido. La familia aparece, pues, como el espacio en el que el panismo sobrelleva los periodos de “latencia” más allá de experiencias vecinales, como los comités de vecinos, y de gobiernos municipales panistas, en el caso de los inmigrantes de Durango y Jalisco.

Queda por estudiar más precisamente el papel de las mujeres en esta pervivencia de la identidad panista, en un plano más amplio. En este ensayo trataremos sólo algunos aspectos investigados, respecto a las posibilidades que existen de participar en la política para las mujeres juarenses, así como las cualidades o características que, a su modo de ver, las hacen especialmente sensibles ante las luchas por la democracia.

MUJER Y POLÍTICA

La contundencia de la participación de las mujeres de todas las edades (y clases sociales, incluso) en el movimiento panista de 1986 tiene una vinculación profunda con los cambios sociales ocurridos durante las últimas décadas en la frontera norte de nuestro país. Uno de esos cambios, que desencadena muchos otros, es el proceso de “maquilización”; o, si se quiere, el peso creciente de la industria maquiladora en las economías de las ciudades fronterizas más importantes, que alteró de manera radical el mercado de trabajo local y regional al incorporar masivamente a miles de mujeres a este tipo de industria. Si en todo el país la tendencia a la incorporación de las mujeres al mercado laboral es un proceso que modifica patrones culturales y de participación social y política, en la frontera este proceso está reforzado por el desarrollo acelerado de la industria maquiladora, la que durante muchos años se centró en el empleo de altas proporciones de mano de obra femenina.

Un ejemplo de estos cambios es el hecho de que nuestras entrevistadas estuvieran absolutamente convencidas de que las mujeres no sólo pueden, sino que deben, participar en la política, porque, además de estar capacitadas para hacerlo, “ya pasaron los tiempos” en que el marido o el novio lo impedían, diciéndoles que no contaban con esa capacidad. En particular, consideraron remota la posibilidad de que ahora el esposo, en 1992, pudiera decir a la mujer que no participara en un mitin o en una acción, aun si esto implicaba que no cumpliera cabalmente con sus obligaciones de ama de casa. Los argumentos esgrimidos para explicar esta actitud permisiva de los maridos fueron desde que “la mujer no deja de existir cuando se casa, sigue siendo persona”, o que “la sociedad, la política, somos todos, hombres y mujeres”, hasta que “para eso nos facultó Dios”.

El movimiento panista de 1986, así como la participación de las mujeres en los comités de vecinos, fueron reconocidos por las entrevistadas como factores determinantes, al igual que el proceso de “maquilización”, para el giro que tomó la posición social y política de las mujeres juarenses.

Una vez más, se reconoció específicamente a Barrio el haber “dado un lugar a las mujeres en la sociedad”, agregándose que

“mientras se siga dando un lugar real a la mujer en la sociedad, vamos progresando”. En 1986 —comentó una de las entrevistadas—, muchas mujeres llevaron a sus maridos o cuñados a participar en la política. En otros casos, se reconocieron una serie de tensiones vividas en las familias con distintas filiaciones (panista, priista, cedepista), lo que tuvo los más diversos desenlaces.

La experiencia panista posterior a 1983 ocurre en una sociedad en proceso de cambio, en la que el papel de las mujeres en la política se transformó aceleradamente:

Mire, yo veía antes que apenas se asomaba la mujer a la puerta, ya la estaban tirando del pelo para adentro; y ahora, no. Por ejemplo, con mi esposo estamos en política y los hijos también. Y estamos de acuerdo, pues hay más comunicación. Las cosas han cambiado mucho para la mujer y yo creo que es para mejor.

En comparación con los hombres, las entrevistadas consideraron que las mujeres cuentan con una serie de características e intereses, muchos de ellos ligados con su papel dentro de la familia, que las hacen estar especialmente interesadas en los problemas de la democracia, en todos los ámbitos de la sociedad:

a) Se preocupan por la economía, y eso las lleva a buscar un cambio en nuestro país. Su necesidad de “hacer rendir el gasto” familiar las prepara para ser más sensibles a los problemas de la democracia, la justicia, el hambre y la pobreza:

Porque las mujeres tenemos esa tendencia natural. Yo creo que hasta la más ignorante o la más pobre, si tiene tres tortillas y diez hijos, trata de repartirlas por igual. Yo creo que para nosotras es algo casi propio, y siempre que alguien nos convenza de que tiene ese mismo sentir, lo seguiremos.

b) Las mujeres tratan siempre de dejar algo mejor para las siguientes generaciones: “Porque la mujer siempre se preocupa por los que vienen, para dejarles algo mejor.”

c) Las mujeres conservan más su integridad, porque tienen más valores que el hombre, y la democracia es un valor: “La democracia es que se respete la integridad, y a lo mejor tienen más valores que el hombre, piensan más con el corazón que él. El hombre es más fácil que se corrompa, que se olvide de los valores.”

El hecho es que, estrechamente ligadas a sus preocupaciones de madre de familia por asegurar la supervivencia cotidiana a partir de recursos limitados, las mujeres mostraron incertidumbre acerca del futuro de sus hijos y nietos, mencionando no sólo problemas como la miseria y el desempleo, sino también la corrupción en el gobierno, los abusos y la falta de respeto a la dignidad de las personas, etcétera. Es en este sentido que visualizaban el cambio y su acercamiento a Acción Nacional para lograrlo.

Desde 1983 en adelante, ha sido sobresaliente la actividad de las mujeres en Acción Nacional. Son las que sostienen el trabajo cotidiano en las casillas, en las colonias, en la calle, mostrándose “más animosas y más valientes”. Junto con los jóvenes de uno y otro sexo, ellas han dado continuidad y vitalidad al panismo juarense, al enfrentar todas las vicisitudes y altibajos que marcan el periodo 1983-1992.

SIGNIFICACIONES DE LA EXPERIENCIA PANISTA

Las mujeres expresaron una íntima satisfacción por su participación política vinculada a Acción Nacional, teniendo todas una sola y gran desilusión: la vivida en 1986, al consumarse el fraude electoral y ser desactivado el movimiento de resistencia civil. Algunas fueron muy enfáticas en la creencia de que, en el momento en que Barrio convenció a los panistas de que levantarán el bloqueo del puente internacional, se perdió una oportunidad histórica de terminar con las prácticas políticas antidemocráticas:

La gran decepción que he tenido fue en la casilla, en 1986, cuando le robaron el triunfo al señor Barrio. Y es algo inolvidable. Tengo todavía, en la casa de usted, un póster de esas fechas. Y no lo quito porque es un símbolo de mi protesta y de mi eterno apoyo a Barrio.

Las satisfacciones enunciadas por la experiencia panista fueron de dos tipos:

a) Las derivadas de participar activamente en la búsqueda de alternativas para solucionar la pobreza, la corrupción y la ineficiencia del gobierno, y de saber, además, que esas preocupaciones eran

compartidas por muchos: “Se siente a gusto poder ver el gentío con uno.” Dentro de esta experiencia, se consideró fundamental la satisfacción por haber aprendido a defender lo que se creía justo, lo que se había irradiado incluso a otros ámbitos, como el trabajo: “Satisfacciones, muchas. Una muy importante: que aprendí a hablar.”

b) Las surgidas de la convivencia y del “ambiente”, en las acciones y en el local del partido: “Ahí somos todos iguales, todos buscamos lo mismo. No hay de que yo soy más rico que tú. En el partido me siento contenta, como en familia; una persona.”

La comunicación familiar, entre vecinos y entre generaciones, fue considerada como algo muy valioso que se desprendía del tipo de participación que se da en Acción Nacional, estableciéndose constantemente comparaciones con la sociabilidad en los actos del PRI y resaltando el ambiente de autonomía, libre elección y asociación voluntaria durante la experiencia panista vivida.

La participación política al lado de Acción Nacional fue considerada una vivencia muy importante por las mujeres entrevistadas. Esta participación abarca, según hemos visto, aspectos como el desarrollo de habilidades de expresión, la defensa de lo que se cree justo, etcétera, así como la convivencia política con personas que comparten las mismas inquietudes, en un ambiente de comunicación transclasista, transgeneracional y de entendimiento entre hombres y mujeres.

La posibilidad de coincidir con el esposo, los hijos, los hermanos o los padres en la actividad y filiación política panista fue valorada muy positivamente por las mujeres, así como la unión que se desprendía de estas confluencias dentro del ambiente familiar.

Frente a la gran decepción que significó la derrota del movimiento de defensa del voto en el año de 1986 y el retiro de Barrio a la vida privada, nuestras entrevistadas —y en gran medida, sus propias familias— permanecieron cercanas a Acción Nacional en espera del regreso de “Pancho” Barrio, empeñadas en afrontar la defensa del voto en los posteriores procesos electorales y sin dejar de plantearse la necesidad y la posibilidad de construir una nueva experiencia de participación política, cualitativamente distinta de la ya vivida en torno al PRI.

Así, la experiencia panista fue altamente valorada por estas mujeres, de manera que propiciaron y alentaron a sus hijas a

acercarse al partido, como parte de las enseñanzas necesarias para “saber defenderse en esta vida”.

CONCLUSIONES

El PAN ha generado y sostenido, a lo largo de estos últimos diez años, un considerable contingente de simpatizantes activas en las capas más desfavorecidas de Ciudad Juárez. Esta base social tiene como elemento central a las mujeres de las colonias populares, de las unidades del Infonavit y de las colonias del viejo centro, inscritas en una relevante *tradición familiar panista*.

Tres serían las vertientes de dicha tradición familiar, que revisten diversos momentos y modos de aproximación a Acción Nacional:

a) la tradición panista de las inmigrantes de Jalisco y de Durango (panistas de tercera y segunda generación, respectivamente);

b) la tradición que se gesta a partir de 1983, que se refuerza especialmente en el periodo 1983-1986 y culmina con el movimiento de resistencia civil, y

c) la continuidad de *a* y *b*, por medio de las hijas de las panistas que se acercaron al movimiento de defensa del voto cuando eran aún niñas, acompañando a sus madres o incluso a la familia completa, y que son en la actualidad jóvenes vinculadas a la organización de jóvenes panistas.

Los tres grupos mencionados confluyeron en una motivación central detrás de su vinculación al PAN, que se expresaba como la preocupación por el destino del país, por problemas sociales como la miseria, el desempleo, etc., y el rechazo de la corrupción, el “dedazo”, el “acarreo” y el fraude electoral.

Detrás de la experiencia panista de las mujeres (o de la de sus antecesores) está, especialmente en los grupos *a* y *b*, la vivencia de escasa respuesta gubernamental a las necesidades de grupo (campesino, colono, urbano, obrero), e incluso experiencias de gestiones municipales panistas y luchas electorales de alcance municipal contra cacicazgos apoyados por el partido oficial.

El discurso panista de 1983, que se refería a la corrupción como el principal factor detrás de la crisis económica, encontró así

una serie de referentes concretos en nuestras entrevistadas, quienes se sintieron atraídas, además, por los llamados a la participación ciudadana frente a prácticas como el “acarreo”, al cual hacían múltiples referencias como una vivencia muy cercana.

Existe una doble línea de continuidad en la relación sectores populares-PAN: la *territorial* (comunidad campesina, colonia popular, etcétera) y la *familiar*. La experiencia de los comités de vecinos creó las condiciones para el reforzamiento de la filiación panista de tipo territorial, a pesar de que estos organismos no eran de partido. Una tercera parte de las entrevistadas había colaborado en un comité de vecinos, lo cual constituía una experiencia importante en la creación de vínculos vecinales en favor de beneficios para las colonias, que daban sentido a una lucha prodemocrática en la medida en que se aspiraba a tener administraciones eficientes y honestas, sobre la base de relaciones que rompían los moldes clientelares y paternalistas del pasado.

Con los sucesos electorales de 1986, los comités de vecinos y su órgano coordinador persistieron durante poco tiempo, ante la negativa de las nuevas administraciones priistas a dialogar con este tipo de organismos. Sin embargo, los vínculos creados en dichos comités prevalecieron, y diez años después encontramos que, en muchas colonias, los exCoves seguían en contacto, en algunos casos bajo la forma de familias panistas que no han perdido su identidad.

En los momentos de reflujo del movimiento panista, por consiguiente, la familia es el espacio en el que se retrotrae la identidad panista en muchos casos, aunque persistían colonias panistas que no habían perdido esta filiación explícita. En el momento en que Francisco Barrio retorna a la política como candidato a gobernador, esta serie de redes sociales se reaviva, creándose así la posibilidad de una confluencia ampliada de las identidades panista, familiar y vecinal.

Hemos hablado de las múltiples evidencias del virtual desconocimiento de los programas políticos panistas por las simpatizantes que participaron en las movilizaciones de 1986. No obstante, haber abordado esta cuestión en nuestras entrevistas de 1992 nos reveló más que nada una actitud compartida de dar prioridad a los *hechos* más que a las *palabras* (los programas de los partidos). Por

otra parte, los programas partidistas fueron considerados *promesas* de cara a los electores, más que propuestas, ideales, etcétera.

La apuesta por un partido (Acción Nacional, en este caso) se planteó claramente como la búsqueda del cumplimiento de estas promesas, quedando en segundo plano, hasta cierto punto, la discusión de aspectos programáticos. Sin embargo, el escepticismo respecto a la política y a los políticos (incluidos los partidos) surgió como elemento común en nuestras entrevistadas, que siempre expresaban reservas en cuanto a la posibilidad de que Acción Nacional (o cualquier otro partido de oposición) cumpliera sus promesas más allá de los primeros años de gobierno, en cuyo caso los electores se verían en la necesidad de buscar otra opción partidista.

Nuestras entrevistadas siguen, así, de cerca las trayectorias políticas de los políticos y de sus partidos, y coinciden por ejemplo en que, a pesar de los recientes cambios en la política nacional, la opción por el cambio estaría en el PAN (aun cuando el PRI se “empanice”), esgrimiendo el argumento de que el PRI, como es sabido, no cumple sus promesas.

La democracia fue claramente definida por nuestras entrevistadas como respeto del voto, libertad de elegir a los gobernantes y de renovarlos o no, de acuerdo con su desempeño en el poder. Existe, pues, un consenso civilista: somos ciudadanos, pagamos impuestos, tenemos derechos y podemos exigir al gobierno el respeto de esos derechos, incluyendo el de que se haga un buen uso de nuestros impuestos.

La democracia es vista, pues, como un elemento fundamental para lograr “una vida mejor”, concebida como “más y mejores servicios públicos”, “más oportunidades”, etcétera. La democracia resulta, entonces, fundamental, no sólo para elevar el nivel de vida, sino incluso para poner freno a “las tentaciones del poder”, a las tendencias hacia la corrupción, implícitas en la lógica misma del poder.

El papel central del liderazgo de Francisco Barrio, que resalta en el análisis del desarrollo del panismo juarense a partir de 1983, se vio confirmado por la importancia que nuestras entrevistadas dieron al hecho de votar por la *persona*, antes que por el *partido*. Esto coincide con la actitud ambivalente de ellas hacia la política y su escepticismo en cuanto a los límites posi-

bles del cambio, dadas las tendencias a la corrupción inherentes a la política.

El líder resalta, así, por su carisma, pero también por sus cualidades personales, que constituyen el soporte de sus cualidades como político. Su sencillez y honestidad, su acercamiento directo a sus gobernados, su discurso “sin frases huecas”, etcétera, no se pueden desligar de su moralidad, religiosidad o apego a los valores familiares.

Su compromiso personal con ciertos valores viene antes que su compromiso político; de esta manera, sus hechos no contradicen sus palabras. En su evaluación, todas nuestras entrevistadas coincidieron en los aciertos de la administración de Barrio: un esfuerzo importante por mejorar los servicios públicos, por tener una administración honesta y, en especial, por acercarse a los “grupos marginados” (las mujeres y los “cholos”) y abrirles oportunidades de participación (en los Coves y en “Barrios Unidos con Barrio”).

La actuación más reservada y cautelosa de Barrio en 1992, respecto a la de 1983-1986, fue considerada por nuestras entrevistadas como resultado de su madurez política y personal en esos años, así como de una toma de conciencia de la importancia de cuidar a su familia. Y todo esto como consecuencia de la muerte de Manuel J. Clouthier, después de la cual dirían, refiriéndose a Barrio: “Se le cayó un ala.”

Como hemos visto, el líder carismático constituye un factor de atracción y de permanencia para las simpatizantes de Acción Nacional. Por otra parte (y desde hace tiempo), las tradiciones panistas de los migrantes de Jalisco y Durango pesan también en la constitución de las bases sociales de Acción Nacional en Ciudad Juárez, a partir de contextos aparentemente campesinos.

Después de 1983, la refuncionalización de estas tradiciones, así como la gestación de una nueva tradición panista popular juarense, se explicarían, tanto por la fuerza de atracción del liderazgo de Barrio, como por la atracción que representan las modalidades de las prácticas políticas desarrolladas en el periodo 1983-1986, en especial durante el movimiento de defensa del voto de 1986.

La participación en los mítines, en “caravanas por la democracia”, en “cadenas humanas”, tomas de puentes internacionales, etcétera, y en la defensa del voto en las casillas y distritos electorales

(no sólo en 1986, sino también en procesos electorales posteriores), fue una actitud constante de nuestras entrevistadas. De estas experiencias, resaltaron el tipo de socialización que se dio en estas prácticas políticas que favorece la participación familiar, describiéndolo como un ambiente transclasista, transgeneracional y de convivencia respetuosa entre hombres y mujeres. En esas condiciones, la política “ni se siente”, y se viven “días de fiesta”, “días de júbilo”, lo cual fue contrastado con el ambiente reinante en los actos públicos del PRI, a los que la gente no concurre de manera voluntaria y en los que todo es más rígido, hostil y ajeno.

Los profundos cambios ocurridos en la sociedad juarense a partir del proceso maquilador implicaron la incorporación de las mujeres al mercado laboral, así como a otros aspectos de la vida social, entre ellos, la política. Nuestras entrevistadas señalaron el proceso de maquilación como el factor central de los cambios en la familia y en el ámbito social, que evolucionaron hacia esquemas distintos de los que confinaban a la mujer al espacio del hogar o a luchar por los terrenos urbanos y los servicios públicos, aceptándose ahora su papel como parte de la vida política.

Múltiples fueron las referencias a la importancia —reconocida por los hombres de la familia— del papel de las mujeres en la lucha por la democracia, considerándose improbable un escenario en el que el marido o el novio pudiesen obstaculizar la participación de su mujer o novia en las acciones políticas.

Por otra parte, el papel de la administración de Barrio al organizar los Coves (con una alta participación de mujeres) y su vinculación con la lucha por el respeto del voto fueron juzgados también como centrales en el proceso de cambio de la sociedad juarense y de respecto a la participación de la mujer en política.

Es interesante señalar que, de manera unánime, nuestras entrevistadas manifestaron su convicción de que las mujeres tienen un interés especial por la democracia, debido a que su papel en el hogar las lleva a una constante confrontación con las carencias económicas y con los problemas de la supervivencia cotidiana, lo cual les plantea la necesidad de la búsqueda de soluciones en este sentido. Además, su preocupación por las próximas generaciones fue una motivación muy importante, no sólo por la incertidumbre respecto a la situación económica, sino también por el “ambiente”

en que dichas generaciones se desarrollarían más tarde, en lo político y en lo social. El futuro es visto entonces muy ligado con la posibilidad de poner fin a los abusos de autoridad, a la corrupción y al fraude electoral.

A partir de 1986, mujeres y jóvenes constituyen el sector más activo en torno al PAN y dentro del mismo partido, sosteniendo la lucha por la democracia y la cotidianidad de los trabajos partidistas, lo que fue señalado por las simpatizantes entrevistadas como ejemplo de la vitalidad particular del compromiso de las mujeres con las luchas en favor de la democracia.

La experiencia panista de las mujeres entrevistadas representó una vivencia muy importante en sus vidas. En especial, mencionaron sus experiencias en la lucha por la defensa del voto en 1986 y en otras coyunturas electorales, siempre descritas de manera intensa y apasionada.

Las satisfacciones referidas en relación con la aproximación al PAN se centraron en dos aspectos: el primero era el de participar activamente y coincidir con otras personas en la búsqueda de soluciones a una serie de problemas que vive el país; el segundo se refería a la experiencia vivida cerca de Acción Nacional, bajo ciertas formas peculiares de socialización política: participación libre y voluntaria, en un ambiente de comunicación y convivencia amable, festiva e, incluso, de tipo transclasista y transgeneracional, "en familia" y con la familia. Todo ello fue sumamente satisfactorio para las mujeres de nuestro estudio.

Por último, para las jóvenes hijas de madres panistas más asiduas al local del partido, con fuerte vinculación con problemas de la política, la experiencia panista constituyó una parte fundamental de los aprendizajes de su infancia. Más tarde, en su adolescencia, Acción Nacional sería un espacio atractivo y bien valorado, en cuanto a la socialización propia de esta etapa de su ciclo vital.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Camín, Héctor, "La democracia mexicana", *Nexos*, núm. 124, abril de 1988.
- Aguilar Villanueva, Luis F., "Rasgos de la vida pública mexicana", *Sociológicas*, año 4, núm. 11, septiembre-diciembre, 1989.

- Astelarra, Judith, "La cultura política de las mujeres", en Norbert Lechner (comp.), *Cultura política y democratización*, Santiago de Chile, CLACSO-ISE, 1987.
- Aziz Nassif, Alberto, "Chihuahua: las elecciones de un nuevo paradigma", *El Cotidiano*, año 3, núm. 13, septiembre-octubre, 1983.
- , "Electoral Practices and Democracy in Chihuahua, 1985", en Arturo Alvarado (comp.), *Electoral Patterns and Perspectives in Mexico*, San Diego, Center for US-Mexican Studies, University of California, 1987, Monograph Series 22.
- Barrera Bassols, Dalia, "Discurso panista y mujeres del sector popular", ponencia presentada en la XXII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 11-16 de agosto, 1991.
- , "Neopanismo y mujeres del sector popular en Ciudad Juárez", *Política y Cultura*, núm. 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, otoño de 1992.
- , y Lilia Venegas Aguilera, "Mujeres en la frontera: testimonios de una lucha por el respeto al voto", *Cuicuilco*, núms. 23-24, Nueva Época, México, septiembre-diciembre de 1990.
- , "Cultura política fronteriza: nacionalismo y movimiento panista en Ciudad Juárez", ponencia presentada en el Foro Internacional Las Fronteras en el Umbral de Dos Siglos, México, D.F., 22-28 de junio, 1991.
- , *Testimonios de participación popular femenina en la defensa del voto, Ciudad Juárez, Chihuahua, 1982-1986*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1992.
- Bartra, Roger, "La crisis del nacionalismo en México", *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, núm. 3, México, IIS-UNAM, julio-septiembre de 1989.
- Bernal, Marco Antonio, "Ciudad Juárez, 1983-1985: las dificultades de la democracia", en Soledad Loaeza y Rafael Segovia (comps.), *La vida política mexicana en la crisis*, México, El Colegio de México, 1987.
- Farfán, Rafael, "Modernidad, democracia, (crisis del) sistema político", *Sociológicas*, núm. 11, septiembre-diciembre, 1989.
- Galván Díaz, Francisco y Rafael Farfán, "¿Cuál cultura política?", *Política*, (suplemento de *El Nacional*), agosto 6, 1992.
- Gilly, Adolfo, "Señas de identidad. Fin de régimen, fin de época", *Nexos*, núm. 133, 1989.
- Gómez Tagle, Silvia, "Los adjetivos de la democracia en el caso de las elecciones de Chihuahua 1986", *Argumentos*, núm. 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana, junio de 1987.
- Guillén López, Tonatiuh, "Crisis y conducta política", *El Cotidiano*, número especial 1, 1987.
- Gutiérrez L., Roberto, "El PSUM y el debate de la izquierda en Chihuahua", *El Cotidiano*, año 3, núm. 13, septiembre-octubre, 1983.
- Jaquette, Jane S., "Female Political Participation in Latin America: Raising Feminist Issues", ponencia presentada en el Annual Meeting of the

- American Political Science Association, Washington, D.C., 29 de agosto-2 de septiembre de 1984.
- Kirkwood, Julieta, "Feministas y políticas", *Nueva Sociedad*, núm. 78, Venezuela, julio-agosto, 1985.
- Loaeza, Soledad, "El Partido Acción Nacional: de la oposición leal a la impaciencia electoral", en Soledad Loaeza y Rafael Segovia (comps.), *La vida política mexicana en la crisis*, México, El Colegio de México, 1987.
- , "El comportamiento de las clases medias en la crisis", en Soledad Loaeza y Rafael Segovia (comps.), *La vida política mexicana en la crisis*, México, El Colegio de México, 1987.
- , *El llamado de las urnas*, México, Cal y Arena, 1989.
- Marván Laborde, María, "La concepción del municipio en el Partido Acción Nacional", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, abril-junio, 1988.
- Márquez Jaramillo, Enrique, "El movimiento navista y los procesos políticos de San Luis Potosí, 1958-1985", en Soledad Loaeza y Rafael Segovia (comps.), *La vida política mexicana en la crisis*, México, El Colegio de México, 1987.
- Massolo, Alejandra, "La corriente hacia abajo: Descentralización y Municipio", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 128, México, UNAM, abril-junio, 1987.
- , "Participación e identidad de la mujer en la tercera jornada", en Jennifer Cooper et al. (comps.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, vol. II, México, UNAM-Editorial Porrúa, 1989.
- , "Introducción", en Alejandra Massolo (comp.), *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, México, PIEM, El Colegio de México, 1992a.
- , "El gobierno municipal y las mujeres", *Memoria*, México, núm. 43, junio de 1992b.
- , *Por amor y coraje. Mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*, México, PIEM, El Colegio de México, 1992c.
- Molinar, Horcasitas, Juan, "Regreso a Chihuahua", en *Nexos*, núm. 11, marzo de 1987.
- Monsiváis, Carlos, "Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano", *Nexos*, núm. 109, enero de 1987.
- Núñez, Oscar, *Innovaciones democrático-culturales del movimiento urbano-popular*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-A, 1990.
- Orozco, Víctor, "Las luchas populares en Chihuahua", *Cuadernos Políticos*, núm. 9, México, julio-septiembre de 1976.
- Palma Cabrera, Esperanza, "Notas sobre el neopanismo y la cultura política nortea", *Revista A*, vol. IX, núms. 23-24, México, Universidad Autónoma Metropolitana-A, enero-agosto, 1988, .
- , "Para entender a Chihuahua. Un perfil de los participantes", *El Cotidiano*, año 3, núm. 13, México, septiembre-octubre, 1983.

- Partido Accion Nacional, *Estatutos*, México, Editorial EPESSA, 1986.
- , *Sin más armas que la vida misma*, México, Editorial EPESSA, 1988.
- , *Programa mínimo y programa básico de acción política*, México, Editorial EPESSA, 1988.
- , *Principios de doctrina*, México, Editorial EPESSA, 1988.
- Peschard, Jacqueline, “México: los partidos políticos en la coyuntura electoral”, *Secuencia*, nueva época, Instituto Mora, México, mayo-agosto, 1990.
- Rascón, Marco A., y Patricia Ruiz, “Chihuahua: la disputa por la dependencia”, *Cuadernos Políticos*, núm. 47, México, julio-septiembre, 1986.
- Romero, Miguel M., “Elecciones: una nueva situación geopolítica”, *El Cotidiano*, núm. 39, enero-febrero, 1991.
- Staudt, Kathleen, y Carlota Aguilar, “The Rise of PAN: Women in Elections in Mexico’s Northern Frontier” (s.f., mimeografiado).
- , “Political Parties, Women Activists’ Agendas and Household Relations”, *Mexican Studies*, vol. 8, núm. 1, University of California Press, 1992.
- Tarrés, María Luisa, “Del abstencionismo electoral a la oposición política. Las clases medias en Ciudad Satélite”, *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 10, México, El Colegio de México, enero-abril de 1986a.
- , “Más allá de lo público y lo privado. Reflexiones sobre la participación social y política de las mujeres de clase media en Ciudad Satélite”, *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 12, México, El Colegio de México, septiembre-diciembre de 1986b.
- Tercero, Magali, “Nomás cuente lo que vio”, *La Jornada Semanal*, 1 de diciembre de 1991.
- Vargas Valente, Virginia, “El aporte de la rebeldía de las mujeres”, en *Feminismo y sectores populares en América Latina*, México, coedición EMAS-CIDHAL-GEM-MAS y CEM-COUAG-APIS, 1987.

MUJERES Y PARTICIPACIÓN SOCIAL EN SONORA. LA EXPERIENCIA DEL FRENTE DE SOLIDARIDAD FEMENIL CANANENSE*

MIGUEL ÁNGEL RAMÍREZ SÁNCHEZ**

INTRODUCCIÓN

[...] No se puede condenar ni tan siquiera temporalmente a un pueblo entero, al desempleo, al hambre [y] a la miseria [...] por una sofisticada manipulación de información “desinformativa” que, además lo hace cargar a sus espaldas con los resultados catastróficos de una campaña de difamación a nivel mundial. [...] No se debe insistir en la imposición de un castigo a un pueblo que por cinco generaciones ha producido para México y los mexicanos en condiciones de infamante abandono gubernamental [...] No podemos aceptar tampoco que Carlos Salinas de Gortari, esposo antes que presidente de la República, no entienda a nuestros niños y jovencitos de edad escolar [que] ya empiezan a mostrar los estragos del hambre [...] Tampoco aceptamos que esos mismos niños y jovencitos hijos nuestros pronto tengan que dejar de ir a la escuela, víctimas inocentes de crímenes que no han cometido, y que son obligados irresponsablemente a pagar sin misericordia

[...] Mucho menos aceptaremos que sean pisoteados los derechos constitucionales de nuestros hombres en su contrato colectivo [...]

FRENTE DE SOLIDARIDAD FEMENIL CANANENSE¹

* El autor agradece a Margarita Otiz y a Luz Marina Morales su confianza y el relato de sus experiencias como dirigentas del Frente de Solidaridad Femenil Cananense. Agradece también la asesoría proporcionada por Alejandra Massolo.

** Investigador del Departamento de Estudios Sociales de El Colegio de la Frontera Norte.

¹ Desplegado conocido como “Repudio manifiesto”.

Las políticas de modernización industrial de los dos últimos gobiernos han producido reacciones diversas que van desde la aceptación pasiva hasta el rechazo frontal de las mismas por sus costos sociales (entre otros: pérdidas de empleo y precarización de las condiciones de trabajo, señaladamente el salario y las prestaciones).² En casos como el de algunos centros mineros, las reacciones no se han restringido al mero ámbito fabril y han dado lugar a movimientos colectivos que incluyen tanto a los directamente afectados —es decir, a los trabajadores—, como a sus familias y, en ocasiones, a comunidades enteras.³ La respuesta de la comunidad de Cananea, en el estado fronterizo de Sonora, a la dudosa quiebra de su empresa minera, a finales de 1989, resulta particularmente ilustrativa de la característica distintiva de esas movilizaciones: el papel protagónico de las “mujeres de los mineros”.

En el caso de Cananea, la participación de las mujeres contrasta notablemente con la pobre presencia de los partidos políticos o de cualquier otro grupo de presión local diferente al sindicato. Más que un simple grupo de apoyo, el autodenominado Frente de Solidaridad Femenil Cananense (en adelante, el Frente) llegó a ser un verdadero centro de resistencia comunitario con una capacidad de convocatoria ligeramente menor a la del sindicato. Por lo demás, y al margen de que la solución final del conflicto haya sido costosa para el sindicato y para la misma comunidad de Cananea (despido de 719 sindicalistas y modificación parcial del contrato colectivo de trabajo a cambio de la reapertura de la empresa), puede decirse que la participación de las mujeres en el Frente fue una experiencia exitosa, en la medida en que contribuyó a rectificar parcialmente una decisión (cierre de la mina o reapertura sin contrato colectivo) que se presentaba como irrevocable.

² Para un recuento de los costos sociales de la llamada modernización industrial, véase Francisco Zapata, 1991.

³ Además del caso que se trata aquí, puede citarse la movilización de las mujeres de los trabajadores de Fundidora Monterrey, que infructuosamente buscaron la reapertura de esa empresa en 1986, y la reciente huelga de las esposas de los mineros de Santa Bárbara en el estado de Chihuahua, que a mediados de agosto de 1992 tomaron las instalaciones de la empresa para exigir la inmediata suspensión de los recortes laborales que llevaba a cabo.

En este trabajo, se aborda en detalle la experiencia del Frente, desde sus condiciones de activación hasta su desaparición, con el objetivo último de hacer visible lo invisible: la participación política de las mujeres de una comunidad minera en crisis. Naturalmente, como principio de método, se privilegian los testimonios de sus protagonistas; de ahí que las principales fuentes de información sean entrevistas a dirigentes y activistas, funcionarios sindicales y, en menor medida, notas periodísticas sobre el movimiento. Sin embargo, esta revisión de la experiencia del Frente no tiene pretensiones exhaustivas ni cronológicas, sino que se trata de un ejercicio de reflexión analítica centrado en sus particulares formas de activación y movilización.⁴

En cuanto a la estructura, se compone de cinco apartados. El primero contiene una apretada revisión del debate actual de la participación política de las mujeres. Las líneas o preocupaciones temáticas que se desprenden de esa revisión son retomadas en el resto del artículo para analizar el caso concreto del Frente: condiciones de formación, mecanismos de identificación colectiva, formas y estilos de movilización y, finalmente, la disolución de las organizaciones femeninas. La primera de esas cuestiones se aborda en el segundo apartado, en el que se describe el contexto y las condiciones que hacen posible el surgimiento del Frente. En ese apartado se sigue la idea de que si bien las mujeres del Frente fueron movilizadas por un conflicto originalmente laboral, este último expresa en realidad una fase más de una larga modernización (industrial, pero también social, en la medida en que se trata de una “ciudad factoría”) que había ocasionado ya cambios importantes en la sociedad cananense. En el tercer apartado se destacan los mecanismos de identificación colectiva de ese movimiento y, de manera simultánea, sus formas y estilos de movilización. En el cuarto apartado, el centro de interés está en las formas de liderazgo del Frente y sus repercusiones en el destino final del movimiento. Por último, un quinto apartado retoma las principales conclusiones de este trabajo.

⁴ Para una lista de las acciones del Frente, véase el anexo cronológico.

LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN ACCIONES COLECTIVAS. BREVE
RESUMEN DE UN DEBATE

A pesar de contar con una larga experiencia reivindicatoria, las mujeres han estado tradicionalmente excluidas de los marcos políticos institucionales y más aún de los estudios sobre el tema. Sin embargo, a partir de los años ochenta, lo que Alejandra Massolo ha hecho notar como la “paradójica invisibilidad de las mujeres”, ha sido puesta en tela de juicio por numerosos estudios que analizan su creciente participación en los llamados movimientos urbano-populares y en menor medida en los movimientos cívicos. Múltiples y diversos en sus orientaciones y en sus identidades, estos movimientos se han documentado gracias a diversas disciplinas y enfoques. No obstante la amplitud de sus coordenadas, los estudios que se ocupan de la participación de las mujeres en los movimientos sociales han privilegiado cuestiones de orden práctico y analítico relacionadas con la especificidad de su adscripción genérica, fundamentalmente los mecanismos o restricciones ambientales —es decir, familiares y sociales, que impiden o dificultan su participación—, y la definición de sus ámbitos de acción —de manera señalada los movimientos ligados con demandas domésticas y centrados en barrios y colonias populares.⁵

En unos y otros estudios se presenta una marcada preocupación por registrar las pautas de comportamiento y acción femenina. En lo que sigue se resumen aquellas que por su nivel de generalización permiten asumirlas como guías analíticas en la interpretación del caso considerado.

En primer lugar, la notable participación política de las mujeres mexicanas, en particular, y latinoamericanas, en general, ha sido explicada por la crisis económica que experimentan el país y la zona desde hace algunos años y, sobre todo, por ciertas transformaciones sociales que tienden a asociarse con los procesos de modernización social (ampliación de la cobertura educativa, ingreso creciente en el mercado laboral y ciertos cambios culturales en la

⁵ María Luisa Tarrés, 1991.

definición de su papel en las familias).⁶ Así, por ejemplo, Cecilia Blondet sostiene que la crisis aumenta el número y la variedad de organizaciones femeninas populares, en la medida en que agrava los problemas elementales de supervivencia de las familias: “las organizaciones femeninas populares surgen porque las mujeres, madres de familia pobres que viven en la ciudad, como responsables del consumo familiar tienden a solucionar el problema de la escasez de recursos y alimentos”.⁷

Importa resaltar este punto, porque en el caso del Frente, una y otra condición parecen haber contribuido a su formación. En primer lugar, la quiebra de la Compañía Minera de Cananea, que dio origen a la movilización del Frente, desencadenó también una crisis intempestiva y generalizada por la fuerte dependencia económica de los habitantes de esa empresa.⁸ En segundo término, y a reserva de ampliar más adelante la exposición de este aspecto, Cananea es un enclave en vías de disolución; vive un proceso semejante a lo que comúnmente se designa como modernización, en el sentido de una proliferación de alternativas sociales a las pautas de interacción centradas en lo laboral que definen a los enclaves mineros.

Ligado a lo anterior está la supuesta propensión de las mujeres a participar en acciones directas y en movilizaciones que involucran demandas relacionadas con el ámbito de lo doméstico, particularmente en lo que se refiere a los servicios habitacionales y urbanos. El origen de estas tendencias parece estar en las proyecciones normativas y los significados culturales asignados socialmente a las prácticas concretas de las mujeres. Alejandra Massolo sostiene que la marcada tendencia de las mujeres a la acción directa se debe a la importancia que tiene en su socialización el ámbito doméstico y cotidiano.⁹

De nueva cuenta, este patrón de comportamiento coincide con el de las mujeres del Frente. Como se verá más adelante, el Frente

⁶ Véase Virginia Vargas Valente, 1988; también Teresita de Barbieri y Orlan-dina de Oliveira, 1986.

⁷ Cecilia Blondet, 1991.

⁸ Según estimaciones de la Cámara de Comercio local, las ventas del comercio al menudeo disminuyeron alrededor de 50% durante el conflicto.

⁹ Alejandra Massolo, 1992.

manifestó una profunda inclinación por a la acción directa, entre otras: toma de carreteras, comercios y oficinas públicas. Asimismo, su definición como movimiento recuperó en primer lugar una especie de proyección de los papeles domésticos en el mundo de lo público.

Sobre esta última cuestión, es importante destacar que la participación de las mujeres en acciones colectivas ha sido englobada en la tradición del análisis de los movimientos sociales, y en esa medida los mecanismos o procesos de identificación colectiva (la construcción de un “nosotras”) han merecido una especial atención, probablemente porque, como sostiene Silvia Agostinis, “la ausencia de una identidad común sobre la cual puedan sustentarse acciones colectivas aparece como el impedimento de mayor peso para el protagonismo” de las mujeres.¹⁰

Los obstáculos familiares y sociales a la participación de las mujeres es un tema paralelo al anterior que también ha sido ampliamente tratado. Dora Radolph sostiene que “la familia, por dificultar a la mujer las comunicaciones extrafamiliares, constituye un obstáculo estructural a una movilización de mujeres [...], las diversas condiciones estructurales e ideológicas de la familia tienden a reprimir también las expectativas de tener éxito a través de una acción colectiva”.¹¹ Partiendo de estos supuestos, Maetzin Laguna ha desarrollado un tema que comienza a ser explorado: el de la formación política de las mujeres en los MUP (movimientos urbanos populares). Según los resultados de su investigación, las mujeres solas o con un medio familiar propicio tienen mayores posibilidades de llegar a ser dirigentas.¹²

¹⁰ Silvia Agostinis, 1991, p. 99. Elizabeth Jelin sostiene que las mayores posibilidades de las mujeres para transformar la lógica social imperante radican en las identidades colectivas que asumen en sus movimientos: “Sabemos que las mujeres no constituyen un grupo social en sí, sino que se trata de una categoría transversal a las clases, a los grupos étnicos, a las comunidades, a las naciones. Pero [...] sostenemos también que estamos presenciando un proceso histórico de constitución de un nuevo actor colectivo, con identidad propia.” Véase Elizabeth Jelin, 1987, p. 10.

¹¹ Dora Radolph, 1991, pp. 51-52.

¹² Maetzin Laguna Zuazo, 1992.

Es interesante constatar que las dirigentas y activistas del Frente reúnen esas características.¹³ Todas ellas son mujeres divorciadas, solteras o con esposos que vieron con simpatía su participación en el movimiento. Asimismo, como se explica más adelante, la situación de emergencia comunitaria que desencadenó el conflicto de los mineros parece haber favorecido la participación masiva de las mujeres cananenses.

Por otra parte, diversos estudios destacan el papel esporádico de las mujeres en la escena política. Aparecen en situaciones límites y desaparecen una vez que la causa ha sido superada. Según María Luisa Tarrés, en esta irregularidad empírica se ha querido comprobar “la pasividad femenina, su participación dependiente, su dificultad para manejar el poder y la dimensión irracional de su comportamiento en la esfera pública”.¹⁴ Contra esta imagen, Tarrés propone reconocer la influencia informal de las mujeres en la definición de demandas, creación de grupos y redes y politización real de la comunidad.¹⁵ En esta misma línea de argumentación, Alejandra Massolo sostiene que las formas y los estilos de acción de las mujeres se apartan de los que imperan en la política instituida, “porque se gestan y construyen por fuera de las reglas, los ámbitos y los controles que delimitan el hacer y ser política formalmente”.¹⁶

Por esta particular forma de participación política (esporádica y con demandas en cierto sentido inmediatas o puntuales), las movilizaciones de mujeres frecuentemente se citan como uno de los mejores ejemplos de los llamados “nuevos movimientos sociales”. Movimientos que, por otra parte, algunos autores suponen

¹³ Por activistas se entiende en este trabajo a participantes con tareas de organización que involucran un mayor nivel de compromiso que la simple militancia en el movimiento. Así, distinguimos dirigentes, activistas y, por último, militantes.

¹⁴ María Luisa Tarrés, 1991.

¹⁵ Posiblemente esa influencia informal (en su sentido de no institucionalizada) sea uno de los tantos recursos que las mujeres (y probablemente otros grupos “pasivos”) encuentran para superar, en el corto plazo y en momentos coyunturales, los obstáculos societarios a su participación política. Sin embargo, también es posible que su marginación del mundo institucional sea un resultado de su preferencia por organismos comunitarios menos burocratizados que los partidos políticos y otras instituciones establecidas.

¹⁶ Alejandra Massolo, 1992.

“verdaderos espacios de reacción y de resistencia a los impactos de la crisis”, en tanto “portadores de nuevos horizontes colectivos”.¹⁷ Se advierte, sobre todo, que en esos movimientos aparecen manifestaciones inéditas de la acción colectiva que podrían estar redefiniendo las tradicionales formas de hacer política.¹⁸ En el caso que atañe a las mujeres, se ha subrayado cierta inclinación hacia demandas coyunturales y puntuales que difícilmente trascienden en la forma de canales de participación institucionalizados. En otro contexto, Roger Benjamin interpreta esta apatía hacia las instituciones políticas básicas como un síntoma de pérdida de legitimidad en favor de grupos de acción comunitarios.¹⁹ En este sentido, el papel esporádico de las mujeres en la escena política y su preferencia por organismos centrados en las colonias y comunidades podría explicarse también como un síntoma del descrédito en que parece haber caído lo político; es decir, la cultura partidista (incluso burocrática) de la militancia partidista y de los grandes proyectos de transformación social.

En principio, se diría que esta forma de conceptualizar las movilizaciones en que participan las mujeres no está muy alejada de las regularidades empíricas que se han descubierto en ellas. Al menos en el contexto mexicano, la participación de las mujeres incluye formas de movilización relativamente inéditas, como las uniones de barrio y las cooperativas de consumo popular, la mayoría de ellas al margen o con independencia de los partidos políticos o cualquier instancia política. Sin embargo, esta forma de ver las movilizaciones femeninas a menudo carece de puntos de comparación. Es difícil evaluar en qué medida las mujeres participan hoy de manera diferente que en el pasado, pues si bien existe ya un acervo considerable de estudios sobre sus movilizaciones recientes,

¹⁷ Fernando Calderón, 1986.

¹⁸ Alberto Melucci, por ejemplo, sostiene que, además de su ya señalada temporalidad restringida, los nuevos movimientos sociales se diferencian de los tradicionales, al menos en su función y objetivos: los nuevos protagonistas sociales asumen la función de revelar problemas fundamentales de ciertas áreas sociales y la tarea de modificar la orientación y el significado de la acción social en la medida en que sus objetivos suponen valores simbólicos y culturales. Alberto Melucci, 1985.

¹⁹ Benjamin Roger, 1992.

su historia pasada es prácticamente desconocida. Aun así, los mayores críticos de esta manera de concebir los recientes movimientos sociales reconocen ciertos cambios en las formas de participación política, señaladamente el desplazamiento de la militancia en instituciones políticas hacia movimientos no institucionalizados.²⁰ Una posición intermedia y quizá más ajustada a la realidad es la que consiste en suponer que tanto las movilizaciones de mujeres como el resto de los nuevos movimientos sociales son formas hasta cierto punto híbridas de acción colectiva. En ellas aparecería entonces una fuerte tensión entre lo nuevo y lo tradicional, de tal suerte que el carácter inédito de sus acciones estaría más en una actualización de las formas tradicionales de movilización, que en su abandono.

En la experiencia de las mujeres del Frente aparecen evidencias de esta tensión entre lo nuevo y lo tradicional. Por hallarse integrado por mujeres de trabajadores, el Frente puede considerarse como una forma clásica de participación en la que, según la propuesta de Dora Radolph, las mujeres responden a una especie de solidaridad de clase en tanto participan en función del estatus social conferido por sus respectivos hombres.²¹ Pero la explicación en términos de clase resulta insuficiente ante su definición, no sólo como mujeres de mineros, sino también como mujeres de una comunidad en crisis. A diferencia de las mujeres cananenses que participaron en la famosa huelga anarquista de principios del siglo, y de las que participaron en las posteriores manifestaciones públicas, las mujeres del Frente lo hicieron con plena autonomía y en una organización propia. Durante su breve movilización, pasaron rápidamente de una posición externa y marginal a una posición interna en el movimiento, para convertirse en uno de sus protagonistas. En este protagonismo radica precisamente el carácter inédito de la movilización del Frente. Retomando la distinción que hace Elizabeth Jelin, las mujeres de Cananea participaron con el Frente en

²⁰ Gunder Frank y Marta Fuentes, en general escépticos respecto a esos movimientos, observan que su emergencia se relaciona con cierto desplazamiento de la militancia en instituciones políticas hacia movimientos no institucionalizados que responden a un llamado específico. Véase Gunder Frank y Marta Fuentes, 1989.

²¹ Dora Radolph, 1991.

un movimiento *de* mujeres y no, como sucedía hasta entonces, *en* movimientos en los que su papel se diluía frente a definiciones colectivas más amplias (partido, sindicato, etcétera).²²

EL ESCENARIO: UNA SOCIEDAD DE ENCLAVE EN VÍAS DE DISOLUCIÓN

Cananea, el escenario donde se desarrolló el Frente, es una sociedad que podría caracterizarse como un *enclave*; es decir, una sociedad cerrada; una especie de *company-town*, un pueblo centrado en una empresa que articula sus pautas de interacción social.²³ Su larga y densa historia ha seguido muy de cerca los altibajos de la ahora denominada Mexicana de Cananea, una empresa minera que con diferentes nombres ha controlado la economía local desde su fundación en 1899.²⁴ Como anota Juan Luis Sariego, las primeras administraciones de las minas de Cananea “diseñaron y fiscalizaron el espacio urbano, los servicios y el comercio” de acuerdo con sus propios requerimientos productivos, de tal forma que con ello ampliaron su control sobre el trabajo a “todas las esferas de la vida, no sólo de los trabajadores mineros, sino incluso de todos los sectores de la población”.²⁵

²² Por lo demás, el Frente reúne las características esenciales de los así llamados por Melucci nuevos protagonistas colectivos: temporalidad restringida a la duración del conflicto (el Frente prácticamente se desintegró con la reapertura de la mina), función simbólica (el Frente reveló ciertos costos no esperados de los métodos impositivos que parece haber asumido la modernización gubernamental: movilización general de la población indirectamente afectada) y objetivos culturales y simbólicos (en la medida en que las acciones del Frente se sumaron a la defensa del imaginario revolucionario y obrerista, heredado por la población cananense de la famosa huelga anarquista de 1906, para rechazar los argumentos modernizadores de la ineficiencia laboral como causa del conflicto).

²³ El término “enclave” ha sido extensamente utilizado por varios sociólogos latinoamericanos para caracterizar a la economía y la sociedad de los pueblos petroleros y mineros y de las plantaciones agrícolas. Para el caso particular de Cananea, véase Juan Luis Sariego, 1988.

²⁴ Originalmente denominada Cananea Consolidated Cooper Co., y después, de 1959 a 1991, Compañía Minera de Cananea; la empresa es actualmente una de las mayores empresas mexicanas exportadoras.

²⁵ Juan Luis Sariego, 1988, p. 128.

En cierto sentido, la vida comunitaria de esa pequeña ciudad es una reproducción ampliada de lo que acontece en “la empresa”. Su polarizada organización fabril ha sido trasladada al plano comunitario bajo la forma de una arraigada cultura de conflicto definida por la constante disputa entre trabajadores y representantes de la empresa. Cultura que, al estar asociada con un fuerte sentido de pertenencia comunitario, ha hecho que en situaciones límite los cananenses identifiquen a la omnipresente empresa como el enemigo que deben vencer y a la agrupación sindical de los trabajadores (la sección 65 del Sindicato Nacional de Trabajadores Minero-Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana), como su legítimo representante.

Sin embargo, en 1989, año en que surge el Frente, esa cultura de conflicto parecía haber perdido fuerza. En comparación con las primeras décadas de este siglo, Cananea se había convertido en una economía y una sociedad más compleja.²⁶ La mexicanización de la empresa en 1971 y el consecuente retiro de sus funcionarios norteamericanos desactivaron el acendrado nacionalismo reactivo que sustentaba buena parte de la valoración negativa de la comunidad hacia la empresa. Paralelamente, las obras de ampliación y renovación que emprendió la nueva administración paraestatal en sus minas y plantas fabriles atrajeron a un número significativo de inmigrantes con una perspectiva menos polarizada de inserción en la comunidad. Asimismo, la creciente actividad de varios partidos opositores (PAN y PCM-PSUM-PRD) amplió las expectativas de participación política al margen de las disputas entre la empresa y el sindicato.

Ligados a los partidos políticos, se formaron grupos de mujeres que más tarde se unieron al Frente. Una de sus dirigentas recuerda esas primeras organizaciones como uno de los mayores acervos de

²⁶ Durante las tres últimas décadas, varias áreas de la economía y los servicios públicos de Cananea habían sido sustraídos a la influencia de la empresa. Sariego sostiene incluso que Cananea pasa por un proceso de desenclavización, y probablemente sea así; pero ha sido lento y sin efectos considerables en la centralidad económica de la empresa. Más de una tercera parte de los 30 000 residentes de Cananea dependen en forma directa de los sueldos y salarios pagados por Mexicana de Cananea a sus 2 600 empleados.

experiencia con que habría de contar el Frente durante el conflicto desatado por la quiebra de la empresa:

El Frente fue la prolongación natural de muchos años de actividad en acciones públicas. Desde hace muchos años, en determinados momentos de la historia de Cananea, las mujeres hemos salido a las calles [...] en campañas y protestas electorales, en demandas de empleo, en grupos de difusión cultural [...]

Las mujeres participan públicamente sobre todo desde 1967, cuando el problema de la candidatura de Faustino Félix Serna [que desencadenó la revuelta estudiantil de ese mismo año en Sonora]. En una primera época, las mujeres no participaban como grupo de mujeres, aparte, sino dentro de las mismas organizaciones que se dieron [...] Los grupos de mujeres son más recientes. [...] alrededor del año de 1980 me tocó en suerte participar en la formación del primer grupo de mujeres; era un club de difusión cultural, el Club Cultural Femenil Cananense.²⁷

No obstante, la incipiente actividad de estos nuevos grupos de presión siguió indisolublemente ligada con la dinámica comunitaria del enclave; es decir, en función del sindicato y la empresa. La misma futura dirigente del Frente lo reconoce:

[En el Centro Cultural Femenil] nuestros objetivos no eran exclusivamente culturales; queríamos sobre todo promover actividades que pudieran influir en los compañeros mineros... traer algunos libros [...] teníamos las obras completas de Marx... y esas cosas. Se hicieron presentaciones como las de El Llanero Solitario [...] también teníamos programas en la radio, uno cada semana... Después, ese grupo se fue perdiendo poco a poco [...]

En 1982, nos integramos en la campaña de Raúl Sáenz Cota [asesor jurídico de la sección 65 del sindicato minero, durante las negociaciones con la sindicatura de quiebra], que fue candidato [por el Partido Socialista Unificado de México] a la presidencia municipal [...]

En 1985 formamos otro grupo, Por la Participación de la Mujer, con el objetivo de lograr la contratación de mujeres como obreras en la Minera [...] Casi lo logramos [...] la empresa aceptó de principio [...]

²⁷ Entrevista con Luz Marina Morales, exdirigente del Frente, 10 de marzo de 1992.

logramos canalizar mas de 300 solicitudes [...] Pero [en enero de 1988] se anunció la privatización de la empresa y los funcionarios debieron dar marcha atrás.

El problema de las mujeres en Cananea es el empleo [...] Los problemas tradicionales están relativamente resueltos; Cananea no es una sociedad victoriana, ni mucho menos. En un lugar que depende en gran medida de una empresa que no acostumbra contratar mujeres; el problema es el empleo.²⁸

En retrospectiva, no es extraño que la polémica declaración de quiebra de la empresa, el 20 de agosto de 1989, y la toma de sus instalaciones en la madrugada del día siguiente por tropas del ejército mexicano hayan movilizado a la comunidad cananense y que ésta reconociera a la representación sindical de los trabajadores como su legítimo representante. El mismo desarrollo del conflicto confirmó que, a pesar de la proliferación de alternativas sociales, los vínculos de afinidad comunitaria de los enclaves, que en otro contexto Jean Durieng llama "solidaridad urbana", no habían sido desarticulados del todo en Cananea. Tampoco es extraña la aparición del Frente como tercer protagonista en este nuevo enfrentamiento entre la empresa y el sindicato. Las mujeres contaban con una red de comunicación interna en forma de grupos informales ligados con los partidos políticos y el mismo sindicato que facilitó su organización. Lo que parece extraño es que fuera precisamente el Frente y no otro grupo el que acompañara al sindicato en la conducción del movimiento. Es difícil resolver esta cuestión; pero una probable respuesta apunta hacia una supuesta relevancia social de sus redes de solidaridad con los mineros, a los que, en principio, se reconocía como los directamente afectados por el conflicto. Pero lo que importa en un trabajo como éste no es por qué ningún otro grupo social se movilizó en una magnitud similar a la de las mujeres del Frente, sino por qué éstas se movilizaron. Esta pregunta admite varias respuestas complementarias relacionadas con sus propios mecanismos de identificación colectiva.

²⁸ *Idem.*

LO DOMÉSTICO EN EL MUNDO PÚBLICO. IDENTIDAD Y COHESIÓN COLECTIVA

Una de las preguntas más repetidas en los estudios sobre la acción colectiva es cómo se originan los movimientos sociales. Más allá de la obviedad de que surgen en respuesta a un conflicto, varios estudios han aclarado que existen ciertas condiciones sociales que los hacen posibles. Alberto Melucci, por ejemplo, sostiene que la condición esencial de un movimiento son los lazos de solidaridad de individuos que comparten una misma cultura conflictual, una identidad común y un adversario plenamente identificado.²⁹

Los obstáculos que las mujeres encuentran en el ámbito familiar tienen su contrapartida en lo que en otro contexto Jean Durignaud denomina “solidaridad urbana”, una especie de vínculos de afinidad comunitaria.³⁰ Partiendo del supuesto de que en grupos cerrados, como los vecindarios populares y las pequeñas comunidades urbanas, las frecuentes interacciones entre sus habitantes “facilitan la identificación de los problemas e intereses comunes y la organización para la acción colectiva”, autoras como Radolph y Tarrés han explorado esa dimensión en la representación colectiva que hacen de sí mismas las mujeres que participan en movimientos sociales.³¹ Como lo advierten varios autores, las identidades colectivas son plurales e incluyen también criterios subjetivos de demarcación que por el simple hecho de “ser considerados significativos por la colectividad pueden convertirse en límites reales de diferenciación o adscripción de grupo”.³²

En el caso del Frente, el sentido de pertenencia comunitaria desempeñó un papel relevante entre sus condiciones de activación y en su misma dinámica como movimiento, aunque fue integrado a una representación restringida de sus responsabilidades domés-

²⁹ Alberto Melucci, 1986.

³⁰ Jean Durignaud, 1990.

³¹ Aparentemente, esto contradice la idea de la modernización social como un subproducto de la urbanización. Sin embargo, la contradicción no es tal si se toma en cuenta que la vida en las ciudades tiende a centrarse más en “islas” del tejido urbano. Tal es el sentido de la revaloración de las llamadas identidades emergentes, definidas por la “ocupación” de un territorio, como por ejemplo las “bandas” de jóvenes de las barriadas populares.

³² Manuel Valenzuela, 1991.

ticas tradicionales. En términos esquemáticos, puede advertirse que la identidad colectiva de las mujeres del Frente recuperó dos espacios de representación complementarios sobre su papel en la sociedad cananense: uno, el espacio de solidaridad conyugal o familiar, asociado con la esfera de lo privado y con los papeles domésticos tradicionales (mujeres de los mineros); otro, el espacio de la solidaridad urbana, asociado con la esfera de lo público y con los papeles comunitarios (mujeres de Cananea).

En la escala o tipología de Jelin, el Frente fue una movilización de mujeres con “acciones ancladas en el papel familiar tradicional”.³³ Al definirse como “madres, esposas, hijas y amigas” de los mineros movilizados por el cierre de su centro de trabajo, las integrantes del Frente se definieron también como una fuerza de presión que respondía a un papel genérico tradicional.

En este sentido, se entiende que debió pasar casi un mes desde el inicio del conflicto para que las mujeres se movilizaran en apoyo a los mineros: “Nos tardamos tanto tiempo en salir a la calle porque aún había comida en las casas [...] cuando la comida se acabó [...] surgió la manifestación pública.”³⁴

Al reconocer que un problema de ese orden competía a su exclusivo ámbito de responsabilidades, las mujeres de los mineros descubrieron un interés común entre ellas basado en los papeles domésticos tradicionales: se reconocieron como parte igualmente afectada en el conflicto con plena identidad propia:

Nos propusimos un movimiento de mujeres, sin la participación de los hombres [...] Los hombres tienen su sindicato: que ellos trabajen en su sindicato [...] que nosotras como mujeres, esposas, amigas, hermanas e hijas los apoyaríamos con movimientos [...] [Pero] nosotras no trabajamos para el sindicato, nos movilizamos por las familias y los niños.³⁵

³³ Elizabeth Jelin, *op. cit.*

³⁴ Entrevista con Luz Marina Morales, ex dirigente del Frente, 10 de marzo de 1992.

³⁵ Entrevista con Margarita Otiz, exdirigente del Frente, 9 de marzo de 1992.

En esta línea de argumentación, su aparición podría explicarse por lo que Bujra llama “solidaridad conyugal”, y que Dora Radolph explica así:

los intereses de clase que comparten los cónyuges pueden provocar, bajo condiciones sociales determinadas, movilizaciones femeninas, siempre y cuando estos intereses se vinculen directamente con los roles que juega la mujer en el proyecto familiar, es decir, con sus responsabilidades reproductivas en un amplio sentido. Por lo tanto, los objetivos de tales movilizaciones y sus marcos de acción corresponden a las responsabilidades que asume la mujer en la familia.³⁶

En apoyo a esa idea, puede argumentarse que las mujeres del Frente fueron movilizadas por una virtual situación de emergencia que abolió los obstáculos societarios a su participación política. En primer lugar, la profundidad de la crisis desatada por la quiebra de la empresa eliminó cualquier reacción ambiental adversa.³⁷ En segundo lugar, las secuelas económicas del conflicto parecen haber aumentado los recursos disponibles de este grupo en la medida en que liberaron a las mujeres de sus “cargas tradicionales”. Como lo recuerda la que habría de ser su más destacada dirigente: “¿Qué podíamos hacer en la casa? En Cananea no había un hogar con dinero suficiente para hacer la comida, teníamos tiempo de sobra y no podíamos dejar morir de hambre a nuestros hijos. Por eso salimos a la calle.”³⁸

Sin embargo, la profundidad de la crisis desatada por la decisión gubernamental de cerrar la mina y la solidaridad conyugal no bastan para explicar su efímera trayectoria ni el radicalismo desplegado en sus acciones. El doble carácter de su definición genérica (“mujeres de los mineros” y “mujeres de Cananea”) ofrece una explicación más completa.

³⁶ Dora Radolph, *op. cit.*, pp. 59-60.

³⁷ “La reacción al ambiente, que decide las oportunidades para una acción colectiva” y que en el caso de las mujeres ocurre en dos niveles: “por un lado es posible que se les ponga obstáculos en el ámbito público, sancionando el intento de romper con las normas sociales que las relegan al hogar. Por el otro, enfrentarán la represión dentro de la familia, y en especial, de parte del esposo/compañero...” Dora Radolph *op. cit.*, p. 52.

³⁸ Entrevista con Margarita Otiz, exdirigenta del Frente, 9 de marzo de 1992.

Si bien es cierto que en primera instancia las mujeres del Frente fueron movilizadas por el apoyo a “sus hombres” y “sus familias”, también actuaban al mismo tiempo en nombre de “su comunidad” y en defensa de “su empresa”. Su movilización en apoyo a los mineros en huelga expresaba, tanto una solidaridad forjada en la cotidianidad de la vida familiar, como el descontento general de la comunidad entera por el cierre de su principal fuente de ingreso. Las mujeres del Frente nunca llegaron a plantearse reivindicaciones propias. Su aporte a la vida social de Cananea fue en otro ámbito no menos importante: al expresar la presencia de un amplio espectro de la población tradicionalmente excluido del discurso y la acción institucionales, la mera existencia del Frente cuestionó la lógica excluyente y polarizada de ese enclave. Nunca antes un grupo diferente al sindicato había tomado para sí la representación de la comunidad.

Su identidad como movimiento no se diluyó en los meros papeles reproductivos socialmente asignados a su género, sino que se reconocieron como “ciudadanas”. A lo largo del conflicto, las acciones del Frente se alimentaron de una mezcla de antigobier-nismo y sentido de defensa comunitaria. Así, la representación más recurrente del conflicto en las mujeres del Frente entrevistadas es aquella que lo interpreta como resultado de la corrupción, el autoritarismo y la falta de sensibilidad política del gobierno hacia “un pueblo que por cinco generaciones ha producido para México y los mexicanos en condiciones de infamante abandono gubernamental”.³⁹

Ya en su primer acto público, el 15 de septiembre de 1989, las mujeres del Frente se erigieron como representantes de “un pueblo castigado injustamente por el gobierno y sus funcionarios corruptos”, y mediante el bloqueo de la avenida principal obligaron al sindicato a retirar la invitación que, para celebrar la independencia nacional en el local sindical, habían extendido al presidente municipal. La mayoría de sus apariciones subsecuentes siguieron la misma tónica reivindicatoria. A lo largo de septiembre, bloquearon carreteras (“¿Es un delito bloquear las carreteras? Pues es un delito mayor lo que nos hizo el presidente a todo Cananea”), tomaron

³⁹ *Op. cit.* Desplegado.

oficinas públicas (“Todo el pueblo con hambre y los corruptos como si nada hubiera pasado”) y comercios (“Los hambreadores suspendieron el crédito al pueblo”).⁴⁰

Muy pronto, a finales de septiembre, el comité de huelga del sindicato se desligó de las acciones del Frente, a las que juzgó excesivas y políticamente peligrosas. El rompimiento entre ambas organizaciones desencadenó las diferencias que, como en cualquier otra movilización, existían en el Frente.

EL DISCRETO ENCANTO DEL CARISMA. LIDERAZGOS Y MILITANCIA

Aquí todas somos generales.⁴¹

Un factor adicional que da cuenta de la dinámica del Frente es la experiencia política de sus dirigentas. Las cabezas visibles de este movimiento militaban o al menos simpatizaban con los grandes partidos de oposición mexicana y, en general, se habían distinguido como críticas de la corrupción del gobierno en los periódicos locales y regionales. Las diferencias entre las posiciones políticas de esos partidos se resolvieron en el Frente en dos proyectos de organización contrapuestos, que fueron encarnados por dos liderazgos naturales igualmente carismáticos, pero con estilos de conducción y propuestas de acción divergentes.

Por un lado, una exfuncionaria de la Compañía Minera de Cananea y simpatizante del Partido Acción Nacional, con una propuesta de acción directa y autónoma basada en el rechazo absoluto de la actividad partidista en las “asociaciones ciudadanas” y de su burocratización:

La política no me interesa... No pertenezco a ningún partido político. No soy activista..., ni mucho menos simpatizo con las doctrinas socialistas. Mis simpatías están con el PAN, pero en general soy bastante crítica con ellos. Soy una señora católica de 56 años, educada en colegios de monjas, con un padrino que fue obispo del estado de

⁴⁰ Las citas entrecomilladas están tomadas de la entrevista con Margarita Otiz del 9 de marzo de 1992.

⁴¹ Margarita Otiz, 1991.

Sonora y una madre que fue directora de escuelas parroquiales [...] Siempre he estado dispuesta a cumplir con mis deberes de ciudadana, pero nunca con partidos políticos; por esa razón, cuando me invitaron al Frente, les aclaré de inmediato que si aquello era una cuestión política no me interesaba participar, que me reservaba el derecho de retirarme si el movimiento se convertía en un ariete partidario [...] La primera reunión [del Frente] a la que asistí me decepcionó [...] ahí estaba una bola de mujeres “comunistoides” peleándose por los puestos [...] Luz Marina [también dirigente del Frente] es muy inteligente, pero como todas ellas está acostumbrada a discutir por los puestos [...] pero el verdadero problema, cómo lograr que se reabriera la Minera, no se discutía. [...En una reunión posterior] me subí al estrado] y les dije: “Aquí no necesitamos dirigentas, aquí todas somos generalas [...] aquí vamos a discutir cómo resolvemos ese problema [...] ¿qué vamos hacer?... ¿tomar las carreteras?... pues las tomamos.” Y sí, al día siguiente tomamos las carreteras.⁴²

Y en el extremo opuesto, una militante del Partido de la Revolución Democrática y exdirigenta de varios grupos de mujeres, con una propuesta de acción eminentemente política, en el sentido de compromiso partidista (y su consecuente afinidad con las luchas sindicales) y de grupo (es decir, feminista), de más largo alcance que la mera resolución de un problema inmediato:

Desde hace mucho tiempo he militado en partidos políticos, primero en el Partido Socialista Unificado de México, y después en el Partido de la Revolución Democrática, en el que fui secretaria municipal... Cuando quebraron a la Minera, varias mujeres me propusieron organizar un frente femenil. Nuestra idea era diferente de la de Margarita, una mujer de carácter, pero que tiene ideas muy extrañas de la política... Su idea era competir con el sindicato y llegó a correr a uno de ellos de la asamblea, porque según ella no debíamos aceptar hombres... [En cambio], nuestra idea del Frente era la de una organización de mujeres, no un club cerrado donde los hombres del sindicato no pudieran entrar. La intención era trabajar con el sindicato, no contra ellos.

[...] El Frente fue como una ola; las mujeres participaron un mes y después se encerraron en su casa [...] Pero no era ésta nuestra propuesta; nosotras buscábamos, y seguimos buscando, un espacio

⁴² Entrevista con Margarita Otiz, exdirigenta del Frente, 9 de marzo de 1992.

permanente de discusión y concientización de los problemas de las mujeres.⁴³

Sería bastante ingenuo suponer que estas dirigentas formaron a su imagen y semejanza el Frente. Ya varios autores han advertido que “la masa” tiene una actitud más racional que aquella vieja idea de los conservadores de finales del siglo XIX, quienes presentaban los movimientos sociales como constituidos por muchedumbres dispuestas a la imitación y la sugestión de agitadores. Sin embargo, no hay que subestimar la influencia de los líderes carismáticos en la suerte de los movimientos sociales. Gunder Frank y Marta Fuentes sostienen incluso que la “tendencia hacia la vejez y la muerte es especialmente marcada en los movimientos sociales que dependen de un líder carismático para la movilización de sus miembros”.⁴⁴ Y éste fue sin duda el caso del Frente.

Visto desde adentro, el Frente osciló entre el rechazo a dotarse de órganos formales de dirección y la búsqueda de una estructura interna que hiciera posible su transformación en una organización de carácter participativo. En la asamblea de su constitución se formó una dirección compuesta de representantes de barrio, que sin embargo no prosperó. Al menos durante las primeras semanas, la situación de emergencia por la que pasaba Cananea y la falta de experiencia en asambleas públicas de la inmensa mayoría de las mujeres participantes favorecieron el reconocimiento de un liderazgo carismático en detrimento de la formalización de órganos de dirección. Las asambleas fueron vistas más como un sitio para recibir información sobre la próxima salida a las calles que como espacio de discusión. Evidentemente, no todas sus integrantes estuvieron de acuerdo. El 31 de septiembre, 17 días después de haberse constituido como movimiento, el Frente se dividió en dos grupos:

...al ir transcurriendo los días se fue presentando un problema dentro del Frente. Margarita de Otiz, que tiene una personalidad bastante fuerte, empezó a reaccionar sin planteamientos ni acuerdos. Algunas mujeres, entre las que nos encontrábamos las que antes habíamos participado en los grupos [de mujeres que antecedieron al Frente],

⁴³ Entrevista con Luz Marina Morales, 10 de marzo y 13 de agosto de 1992.

⁴⁴ Gunder Frank y Marta Fuentes, *op. cit.*, p. 29.

nos inconformamos porque se llegaba a la reunión y... “ahora vamos a ir a tomar tal oficina o tal comercio”. Sin ningún acuerdo, sin discutir si eso era lo más conveniente o si había otras acciones que dieran mejor resultado y, sobre todo, sin la participación de la asamblea. Ella no quería que se nombrara una comisión, un comité representativo ni nada, absolutamente nada. Y había muchas que estaban muy de acuerdo con ella.

...el día último de septiembre, Margarita abandonó el local sindical donde nos reuníamos e invitó a las que estábamos ahí al salón parroquial, donde según ella se trabajaría sin política. Más o menos la mitad [de las mujeres] se fue con ella. [...] Fue una decisión muy lamentable [...] Las que nos quedamos formamos un comité directivo y hablamos con los [dirigentes] del sindicato para restablecer la comunicación con ellos.

...Tratamos de que esta división no trascendiera fuera de Cananea [...] ambos grupos nos seguimos llamando igual.⁴⁵

La fractura del Frente no fue, sin embargo, del todo definitiva. La mayoría de las mujeres de Cananea siguieron participando indistintamente en las acciones que uno y otro grupo se propusieron. Aun así, para cualquier observador fue claro que el Frente había resuelto sus diferencias internas organizándose en dos vertientes más o menos independientes. Una vertiente, la más difundida por la prensa, se definió como apolítica. Mientras el Frente no rompió con el sindicato, esta vertiente impuso sus reglas al movimiento: ausencia de órganos formales de dirección, acción directa y rechazo a subordinar su acción a las instancias sindicales y los partidos políticos. La segunda vertiente reconoció su carácter político y la dirección sindical en el movimiento. Esta última vertiente se propuso una línea de acción de menor perfil, basada en tareas de difusión de las posiciones sindicales en foros políticos.

Una explicación plausible de la militancia indistinta de la mayoría de las mujeres en ambos grupos se relaciona con una probable falta de interés en la militancia organizada. En un contexto de movilización general, lo que menos importaba a las mujeres era

⁴⁵ Entrevista con Luz Marina Morales, 10 de marzo de 1992.

quién tomaba las decisiones, pero sí deseaban participar en algún movimiento que identificaran como propio.

En términos prácticos, el Frente desapareció el 14 de octubre de 1989, al resolverse el conflicto laboral de los mineros. La vertiente “apolítica” desapareció unos días después de la firma del convenio de reapertura entre la sección 65 del sindicato y la sindicatura de quiebra. La vertiente “política”, sin embargo, continuó unos meses más, pero con rápidas deserciones y sin ninguna nueva intervención pública.⁴⁶

La pregunta pertinente es, entonces: ¿Por qué, a pesar de su carácter protagónico, el Frente no trascendió en la forma de una organización permanente? En otras palabras, ¿por qué el Frente no se institucionalizó? La respuesta a esta cuestión requiere sucesivas aproximaciones relacionadas en última instancia con su propia dinámica.

Una primera aproximación subraya la ausencia de condiciones ambientales propicias. Una vez concluido el conflicto y la situación de emergencia comunitaria creada por él, los obstáculos societarios a la participación pública de las mujeres podrían haber sido reactivados. Si la legitimación del Frente dependió en buena medida del reconocimiento social de su papel como parte afectada, es lógico suponer que, al ser resuelto “el problema”, sus actividades como organización propia dejaron de verse como necesarias y las mujeres se sintieron presionadas para “regresar a casa”. Dirigenta y activistas de la vertiente política están de acuerdo con esta suposición.⁴⁷ Pero, tal y como ellas lo reconocen, esta respuesta por sí sola es insuficiente; la participación de las mujeres en el Frente legitimó ante la comunidad cananense su activismo en la escena pública.

Por el contrario, un obstáculo mayor parece haber sido la falta de una verdadera vida interna. Al menos en la vertiente apolítica, el carácter carismático del liderazgo evitó la formación de una estruc-

⁴⁶ La desaparición del Frente quedó plenamente confirmada recientemente, por su ausencia en el desplegado en apoyo a la solución definitiva al “problema de la minera” que 25 organizaciones cananenses firmaron el 4 de marzo de 1992.

⁴⁷ Entrevista colectiva con dirigente y activistas de la vertiente política del Frente, Cananea, 13 de agosto de 1992.

tura participativa con la cual podría haberse impulsado un proyecto de transformación a largo plazo. Según reconoce su misma dirigente, llegó un momento en que se dejaron de lado las asambleas y las decisiones eran comunicadas por teléfono al resto de las activistas y militantes de base.⁴⁸ Sin embargo, éste no parece haber sido el caso de la vertiente política, en la cual la existencia de órganos formales de dirección permitieron recuperar el acervo organizativo que las mujeres de Cananea habían experimentado anteriormente en otros grupos. Esta última vertiente prolongó unos meses la vida del Frente, aun cuando, como ya se dijo antes, corrió con muy poca suerte, pues sufrió rápidas deserciones y no logró articular un proyecto de organización realmente viable y sostenido en el tiempo. Por otra parte, en esta vertiente política el Frente tenía más posibilidades de articular un proyecto de organización permanente. Si no lo logró fue posiblemente por dos limitaciones que fueron sugeridas a este autor por Alejandra Massolo: primero, por la ausencia en Cananea de organismos no gubernamentales de apoyo a la mujer que reforzaran, con su experiencia y recursos organizativos, los intentos de las mujeres de esa vertiente por permanecer activas en la escena pública de Cananea. La segunda limitación se hallaba en la extracción socialista de sus dirigentes, que, como es bien conocido en los debates feministas, tienden a subordinar la solución de los problemas de las mujeres a las líneas de acción general de sus respectivos partidos. No obstante, si esas limitaciones en realidad impidieron la consolidación de la vertiente política, su contribución a la extinción del Frente no fue determinante. La vertiente política, con todo y sus posiciones y lealtades partidistas, fue el único grupo del Frente que se preocupó por mantener con vida el movimiento, y lo hizo precisamente relacionándose, si bien con muy pocos resultados, con organismos no gubernamentales de la región, en particular con el Grupo de Apoyo a la Mujer de Nogales.

La causa última es acaso menos evidente y aparentemente trivial: el Frente no se institucionalizó porque a sus participantes no les interesó prolongar su activismo en una organización de carácter permanente. Y el mejor argumento es la reducida partici-

⁴⁸ Entrevista con Margarita Otiz, exdirigenta del Frente, 14 agosto de 1992.

pación en la toma de decisiones de la inmensa mayoría de las mujeres que lo integraron. En contraste con su beligerancia en las acciones directas, las mujeres del Frente no se mostraron, en general, interesadas en la organización interna de su movimiento. Aun en la vertiente política, la participación en la toma de decisiones no parece haberse socializado más allá de un pequeño grupo politizado por su anterior militancia partidista. Aunque ese grupo se preocupó por abrir canales a la participación de las bases, la respuesta fue, en general, reducida. La razón de este desinterés bien puede asumirse como un síntoma del rechazo de la cultura burocrática y los “intereses partidistas y políticos” que amplias capas de la población suponen propios de la militancia organizada.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Por ser éste un ensayo que tiene como base la experiencia de las mujeres de un enclave minero, un sector claramente minoritario en la sociedad mexicana, sus resultados deben ser evaluados como un ejercicio analítico, y no por sus posibilidades de generalización.

Evidentemente, el movimiento de las mujeres cananenses se ajusta en buena medida a las pautas de movilización tradicionales. Sin embargo, sus mecanismos de identificación colectiva contienen aspectos inéditos de la acción colectiva. En su definición como protagonistas colectivos, recuperaron los papeles domésticos tradicionales, pero subordinados a un interés comunitario que matizó cualquier contenido de subordinación genérica. En esta irrupción en el escenario de lo público, las mujeres llevaron consigo dos proyectos de activismo contrapuestos, que, por otra parte, resumen la discusión de lo que ha dado en llamarse los nuevos movimientos sociales: la supuesta emergencia de una subjetividad contingente. Por un lado, el activismo visto como movilizaciones por demandas puntuales. Y por otro lado, el activismo ligado con un proyecto político de más largo plazo. De esta primera aproximación a la historia del Frente, surgen algunas dudas sobre la abierta simpatía con que muchos autores han visto el primero de esos proyectos. Si, como anota Wallerstein, la preferencia de exactivistas y exmilitantes por formas de participación no partidistas expresa cierto

convencimiento de que “la actividad organizacional es sólo aparentemente eficaz”, el examen del Frente demuestra que esas formas no partidistas podrán ser más eficaces, pero distan mucho de ser por definición participativas.⁴⁹ En otras palabras, al menos en el caso de las mujeres cananenses, el abandono de formas de organización burocráticas no parece estar dando paso a otras que involucren a la mayoría de sus integrantes en la toma de decisiones, y no por el mero hecho de que favorezcan, como en el caso aquí tratado, el surgimiento de liderazgos carismáticos, sino por el mismo descrédito en que parecen haber caído las modalidades de activismo organizado. En términos sociológicos, el rechazo de ciertos movimientos (como el aquí examinado) a trascender en la forma de organizaciones de carácter permanente podría verse como una percepción extremadamente negativa de las posibles compensaciones de una militancia organizada en comparación con las máximas ventajas del activismo esporádico.

Partiendo de la idea de que la acción colectiva se configura a partir de la construcción de un sentimiento de identidad o conciencia del “nosotros” (en este caso, “nosotras”), puede sostenerse que en el caso del Frente su identidad como movimiento fue influida por un sentido de pertenencia comunitaria más amplio que el mero estatus conferido por el papel familiar.⁵⁰ Esto es, que en su definición como movimiento llegó a pesar más su identificación como mujeres de una comunidad en crisis (“mujeres de Cananea”) que la de mujeres de trabajadores (“mujeres de los mineros”). Esto explicaría en primer término su radicalismo y su autonomía organizativa; es decir, que después de haber ocupado una posición externa al conflicto pasaran a una posición interna. En este sen-

⁴⁹ Emmanuel Wallerstein, “1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes”, *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 20, mayo-agosto, 1989.

⁵⁰ De acuerdo con Smelser, las identidades colectivas incluyen dimensiones de integración, estrategia y compromiso orientadas a la acción social. Véase Neil Smelser, 1989. En el curso de las acciones, los protagonistas sociales así constituidos ponen en movimiento los acervos de organización y las redes sociales previamente estructuradas, dotándolos de un sentido más o menos preciso, de acuerdo con la intensidad del conflicto y el grado de madurez logrado por el movimiento. Véase también Alain Touraine, 1969, y Alberto Melucci, 1985.

tido, la pertenencia comunitaria reafirmó al movimiento como protagonista legítimo del conflicto, pero a la vez estimuló el rechazo de sus participantes a su “burocratización en aras de intereses políticos o de grupos partidistas”. En esta línea de argumentación, su efímera trayectoria en tanto que organización debe verse más como el resultado del descrédito de los partidos políticos y los grandes proyectos de transformación social, que de obstáculos societa-rios a su participación política.

Queda, sin embargo, una pregunta por contestar: ¿modificó este movimiento el estatus social de las mujeres de Cananea? La respuesta de dirigentas y activistas es poco alentadora: nada o casi nada. Fue una experiencia intensa, pero muy corta, en el contexto de un siglo de cultura polarizada y excluyente. El estatus social de las mujeres sigue siendo básicamente el mismo que en cualquier enclave minero, donde éstas difícilmente tienen acceso a puestos remunerados y estables. Podría hablarse incluso de una regresión en su posición laboral, si se considera que de los 719 despedidos en la reapertura, aproximadamente 100 eran mujeres que se desempeñaban como secretarías en la empresa.⁵¹ Por otra parte, habría que recordar que las mujeres del Frente nunca plantearon demandas propias, en el sentido de demandas genéricas. Como se explicó antes, la situación por la que pasaba Cananea hacía difícil cualquier demanda diferente a la solución del “problema de la Minera”. No obstante, existen evidencias de una mayor relevancia social de las mujeres como agentes de cambio en ese enclave. Paradójicamente, esa relevancia se relaciona con las dificultades que tienen esas mujeres para proyectarse como un grupo de presión social que responda a demandas propias. Después de su reapertura, la empresa ha aplicado una política de contención salarial y reducción de prestaciones que, si por un lado ha vuelto permanentes los problemas económicos de la población cananense, por el otro ha reforzado el reconocimiento social de la mujer, en el sentido de una revaloración de su participación como sujeto

⁵¹ En marzo de 1992, el número de mujeres que laboraban en la empresa minera con carácter de sindicalizadas era de apenas dos (dato proporcionado por la sección 65 del sindicato minero).

político. Entre las evidencias pueden citarse: el reconocimiento de la dirección sindical de las dirigentas y activistas del extinto Frente como líderes de opinión en el enclave, la relativa penetración de las tareas de difusión y concientización de las exmilitantes de la vertiente política y una cierta reasignación de las tareas domésticas en los hogares. Esto último es un cambio pequeño, pero sintomático de la legitimidad que ganaron las mujeres que participaron en el Frente: sus compañeros comienzan a hacerse cargo de labores que antes eran de competencia exclusiva de ellas para facilitarles la participación en las tareas de discusión y concientización. En resumen, después de la experiencia del Frente, un grupo pequeño pero activo de exmilitantes de ese movimiento han “reciclado” su experiencia organizativa en favor de una mayor presencia social de las mujeres. Sin embargo, cabe insistir en el carácter limitado de este cambio: la mayoría de las mujeres que participaron en el Frente no se han reintegrado a la escena pública, y difícilmente los problemas laborales y económicos por los que pasa Cananea permiten movilizaciones con demandas diferentes a la solución de esos problemas. Un argumento en favor de esta conclusión son las resoluciones del Primer Foro de Mujeres Sonorenses organizado en marzo de 1992 en Cananea por exmilitantes de la vertiente política del Frente. En esas resoluciones no aparece ninguna mención a la condición social de las mujeres y sí, en cambio, exhortaciones al sindicato y a la empresa para resolver “la crisis de Cananea”.

ANEXO

CRONOLOGÍA DEL FRENTE DE SOLIDARIDAD FEMENIL CANANENSE Y SUS ANTECEDENTES

1980. Formación del Centro Cultural Femenil Cananense.

Fines de 1987 y principios de 1988. Un grupo de mujeres, entre ellas Luz Marina Morales y otras que más tarde se distinguirían en el Frente de Solidaridad Femenil Cananense, forman el grupo denominado Por la Participación de la Mujer y solicitan a los funcionarios de la Compañía Minera de Cananea la contratación

de personal obrero femenino en la empresa. La empresa acepta emplear entre 200 y 300 mujeres en su planta concentradora recientemente inaugurada, y abre un periodo de admisión de solicitudes.

14 de enero de 1988. La Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal anuncia la privatización de la Compañía Minera de Cananea. Como resultado de este anuncio, la empresa decide suspender la admisión de mujeres en su plantilla laboral hasta nuevo aviso.

Segunda quincena de julio de 1989. La sección 15 del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos de la República Mexicana (SNTMMRM) con sede en Cananea emplaza a huelga, para el 28 de agosto, a la Compañía Minera de Cananea, en demanda de un pliego petitorio que incluye un aumento salarial de 300%. A partir de esa fecha, algunos analistas laborales especulan con la posibilidad de que el gobierno prepare una "solución" similar a la ensayada en los conflictos laborales de otras empresas, como Aeroméxico, que al estallar la huelga fueron declaradas en quiebra.

20 de agosto de 1989. Cuatro mil soldados del ejército mexicano toman por asalto las instalaciones de la Compañía Minera de Cananea en apoyo a la resolución de quiebra contra la misma dictada un día antes por el primer juez de lo concursal de la ciudad de México.

21 de agosto de 1989. Versiones no confirmadas indican que Margarita Otiz fue secuestrada por elementos de la Procuraduría Federal de Justicia.

26 de agosto de 1989. La sección 65 del Sindicato Minero decide hacer estallar la huelga.

30 de agosto de 1989. Emilio Ocampo Arenal, director general de la Compañía Minera de Cananea de 1973 a 1989, es detenido en la ciudad de México como presunto culpable de fraude.

Fines de agosto y principios de septiembre de 1989. Como resultado del cierre de la empresa, la población resiente la escasez de alimentos.

14 de septiembre de 1989. Primera reunión de un grupo de aproximadamente 300 mujeres en el salón parroquial de la iglesia catedral de Cananea. Ahí mismo se decide formar el Frente de Solidaridad Femenil Cananense, con objeto de apoyar a los mineros en huelga.

16 de septiembre de 1989. Lectura del “Repudio manifiesto” en el kiosco del Jardín Juárez ante los participantes del desfile conmemorativo de la independencia nacional. Publicado en varios periódicos nacionales y regionales, del “Repudio manifiesto” se repartieron además 2 000 copias en el país y en el extranjero.

20 de septiembre de 1989. Toma y bloqueo durante doce horas de las carreteras que comunican a Cananea con el resto del estado de Sonora y la frontera norteamericana (Imuris-Cananea, Río Sonora-Cananea y libramiento a la Compañía Minera de Cananea).

27 de septiembre de 1989. Toma de las instalaciones de la radiodifusora local XEFQ, en protesta por la parcialidad mostrada en la cobertura noticiosa del conflicto de los mineros y del mismo Frente.

29 de septiembre de 1989. Toma de las oficinas de la corresponsalía en Cananea de *La Voz del Norte* (el periódico de más amplia circulación en el noreste de Sonora, publicado en Nogales), en protesta contra la cobertura de la prensa y en demanda de la destitución de un reportero que a juicio de sus integrantes difamó al Frente.

31 de septiembre de 1989. En asamblea, afloran diferencias entre las integrantes del Frente. Margarita Otiz y alrededor de 200 mujeres abandonan la asamblea y rompen con las restantes, que eligen a Luz Marina Morales como su representante. Sin embargo, las acciones posteriores de uno y otro grupo son apoyadas indistintamente por las integrantes del Frente.

Primera semana de octubre de 1989. Ocupación de la Oficina Federal de Hacienda en Cananea.

Primera semana de octubre de 1989. Ocupación de las colonias residenciales de la Compañía Minera de Cananea y de otras colonias de “familias prominentes” de Cananea (Mesa Norte, Country Club, Estadio y la zona conocida como Las Trece Casas).

Segunda semana de octubre de 1989. Reparto de nueve toneladas de leche en polvo y una cantidad indefinida de alimentos y ropa donadas por el Comité Femenil de Apoyo a los Mineros de Cananea en Nogales.

Segunda semana de octubre de 1989. Ocupación de la Botica Iris, propiedad de un exfuncionario de la Compañía Minera de Cananea.

14 de octubre de 1989. Reunión pública de información en Nogales, Sonora.

17 de octubre de 1989. Alrededor de 60 mujeres del Frente tomaron la casa habitación que perteneció a Emilio Ocampo Arenal, exdirector de la Compañía Minera de Cananea, y bloquearon durante doce horas el acceso a la colonia Campestre, habitada por funcionarios de la empresa minera. Margarita Otiz declaró que la acción fue realizada por considerar que “la sindicatura está impidiendo la pronta reapertura de la mina”. Oscar Sáinz Cota, presidente del Comité de Huelga, declaró que las acciones de la organización femenil eran independientes del sindicato (“no nos han consultado para nada”), y descalificó este tipo de medidas “que obstruyen las negociaciones de la comisión.”

18 de octubre de 1989. La asamblea general de la sección 65 del SNTMMRM aprueba el acuerdo de reapertura con la sindicatura de quiebra.

Alrededor del 20 de octubre de 1989. El grupo comandado por Margarita Otiz decide dar por concluida la labor del Frente en una cena celebrada en su domicilio.

Alrededor del 22 de octubre de 1989. El grupo dirigido por Luz Marina Morales se reúne y acuerda prolongar la labor del Frente en favor de los intereses de las mujeres cananenses. Meses después aún se reunían alrededor de veinte mujeres. Actualmente, el grupo consta de entre ocho y diez integrantes.

7 de noviembre de 1989. Reapertura de la Compañía Minera de Cananea.

BIBLIOGRAFÍA

- Agostinis, Silvia, "Mujeres comprando. La organización colectiva de lo cotidiano en los inquilinatos porteños", en María del Carmen Feijoo e Hilda María Herzer (comps.), *Las mujeres y la vida de las ciudades*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- Barbieri, Teresita de, y Orlandina de Oliveira, "Nuevos sujetos sociales: la presencia política de las mujeres en América Latina", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México, 1986.
- Blondet, Cecilia, "Las organizaciones femeninas y la política en época de crisis", en María del Carmen Feijoo e Hilda María Herzer (comps.), *Las mujeres y la vida de las ciudades*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- Calderón, Fernando (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, UNU-CLACSO-IISUNAM, 1986.
- Durignaud, Jean, *La solidaridad. Vínculos de sangre y vínculos de afinidad*, México, FCE, 1990.
- Gunder Frank, André, y Marta Fuentes, "Diez tesis sobre los movimientos sociales", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, diciembre-octubre de 1989.
- Jelin, Elizabeth (comp.), *Ciudadanía e identidad: las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*, Ginebra, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), 1987.
- Laguna Zuazo, Maetzin, "Bases activistas y dirigentas: mujeres de la Unión de Colonos de Xalapa", en Alejandra Massolo (comp.), *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, México, PIEM-El Colegio de México, 1992.
- Massolo, Alejandra, "Cacerolas y acción de las mujeres", en *Topodrilo*, núm. 21, México, UAM-Iztapalapa, 1992.
- Melucci, Alberto, "The Symbolic Challenge of Contemporary Movement", *Social Research*, núm. 4, invierno, 1985.
- , "Las teorías de los movimientos sociales", *Estudios Políticos*, núms. 4/1, México, FCPS/UNAM, octubre de 1985-marzo de 1986.

- Otiz, Margarita, *La Ratonera. Comentarios sobre la Compañía Minera Cananea, 1971-1989*, Panla Publisher, Cananea, mayo de 1990.
- Radolph, Dora, "Desarrollo, clase social y movilizaciones femeninas", en Vania Salles y Elsie Mc Phail (coords.), *Textos y pretextos, once estudios sobre la mujer*, México, El Colegio de México, 1991.
- Roger, Benjamin, *Los límites de la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- Sariego, Juan Luis, *Enclaves y minerales en el Norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita, 1900-1970*, México, CIESAS-Ediciones de La Casa Chata, núm. 26, 1988.
- Smelser, Neil, *Teoría del comportamiento colectivo*, México, FCE, 1989.
- Tarrés, María Luisa, "Campos de acción social y política de la mujer de clase media", en Vania Salles y Elsie Mc Phail (coords.), *Textos y pretextos, once estudios sobre la mujer*, México, El Colegio de México, 1991.
- Touraine, Alain, *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Editorial Ariel, 1969.
- Valenzuela, Manuel, *Identidad cultural y acción social de la población de origen mexicano en Estados Unidos*, tesis doctoral, México, CES-El Colegio de México, 1991.
- Vargas Valente, Virginia, "Movimiento de mujeres en América Latina: un reto para el análisis y la acción", en *Mujeres, crisis y movimiento. América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile, ISIS y MUDAR, 1988.
- Zapata, Francisco, "La crisis del control sindical sobre la dinámica del mercado de trabajo en México", ponencia presentada en el seminario Mercados de trabajo: una perspectiva comparativa, tendencias generales y cambios recientes, México, CES-El Colegio de México-El Colegio de la Frontera Norte-Fundación Friedrich Ebert, 23-26 de octubre, 1991.

Entrevistas con Margarita Otiz (Cananea, 9 de marzo y 14 de agosto de 1992) y Luz Marina Morales (Cananea, 10 de marzo y 13 de agosto de 1992); Margarita Otiz, *La Ratonera. Comentarios sobre la Compañía Minera de Cananea 1971-1989*, Cananea, Paula Publisher, mayo de 1990; *El Imparcial*, Hermosillo, varios números de agosto, septiembre y octubre de 1989; *La Voz del Norte*, Nogales, varios números de agosto, septiembre y octubre de 1989.

REDES DE MUJERES DE LOS SECTORES POPULARES: ENTRE LA CRISIS Y LA POSIBILIDAD DEMOCRÁTICA

ESPERANZA TUÑÓN PABLOS*

INTRODUCCIÓN

Las mujeres, como sector específico de la población, han ocupado en los últimos años un lugar destacado en la vida social y comunitaria de nuestra ciudad. En este proceso, no sólo han mostrado una imagen pública que la cultura patriarcal prevaleciente en el país les había cancelado, sino que además, se han conformado como un sujeto social específico y protagonista de sus propias necesidades. Este destino lo han compartido con otros nuevos sujetos sociales. Lo peculiar del caso de las mujeres es que, en esta conformación, las mediaciones que van del reconocimiento de sus condiciones objetivas de vida, de sus necesidades, a la asunción de éstas como carencias y a la posibilidad de explorar lo posible en términos tanto alternativos como organizativos, pasa por la construcción genérica de su lugar en la sociedad. Es decir, que si para otros sujetos sociales el encuentro de su identidad, la reelaboración colectiva de sus carencias y especificidades, la identificación grupal de su condición concreta en la sociedad pasa por distintas mediaciones (Melucci, 1989; Sader, 1990) —la dignidad de ser operario o la lengua indígena materna común a un grupo de trabajadores urbanos, por ejemplo—, en el caso de las mujeres parece que la principal de estas mediaciones es precisamente el reconocimiento genérico de su función social.

* Doctora en sociología, profesora-investigadora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Frente a las condiciones predeterminadas del entorno macrosocial, básicamente la situación de crisis económica y los efectos de la política social diseñada por el régimen, las mujeres recurren y han recurrido en la historia, al igual que otros protagonistas sociales, a diferentes alternativas y estrategias de supervivencia. En la búsqueda de éstas, las mujeres han creado redes de apoyo solidario e instancias femeninas colectivas para enfrentar sus más urgentes necesidades, partiendo de una identificación genérica que, no está de más decir, no las define como feministas. Cabe señalar que en el diseño y puesta en práctica de este tejido social, participan y se involucran mujeres de distintos orígenes socioeconómicos y opciones políticas, si bien cada sector guarda sus especificidades y será necesario entender sus mediaciones concretas para dar cabal cuenta de su actuación.

Plantaremos, en el caso de las mujeres de los sectores populares —aunque la misma dinámica se presenta también en otros grupos sociales—, los mecanismos de estas mediaciones en dos niveles: el motivado por la crisis y los que apuntan a problemáticas de género, para después señalar ciertas articulaciones entre ellos. Pensamos que en esta articulación está presente una propuesta de corte político participativo, que implica otorgar y reconocer fuerza identificadora a las acciones colectivas que los grupos de mujeres llevan a cabo, y que esta identificación posibilita una traducción de la lucha social al ámbito político. En esta traducción opera una reelaboración simbólica de la acción colectiva, por la que es plausible la conformación de sujetos sociales y políticos. Sin esta reelaboración simbólica, la acción misma se sostiene dando paso a la creación de múltiples grupos de interés, pero no es traducible en identidades propias de sectores de la población.

Cabe decir que muchas acciones que realizan cotidianamente las mujeres no tienen este sentido para sus protagonistas, lo cual tampoco impide pensar que esta identidad latente e identificación precisa emergen en determinada situación y afloran, otorgando al grupo un sentido de pertenencia tal que lo convierten en sujeto social, y, finalmente, que la acción masiva de éste deriva en la conformación de movimientos sociales y políticos.

En este ensayo nos interesa señalar varios de estos mecanismos en los dos niveles planteados y en distintos rubros de lo social y de lo cotidiano, ya que es en este campo en el que creemos que se ha gestado un nuevo perfil de la lucha de las mujeres de los sectores que nos ocupan. Resulta necesario señalar que la conformación de los grupos primarios de mujeres de estas redes solidarias responde a distintos niveles de lo social, y que parece que, dependiendo de los elementos de cohesión internos que los caracterizan, se pueden prever las líneas de desarrollo de éstos hacia su constitución en sujeto social y político. Sin embargo, esto no quiere decir que mantengamos una idea de desarrollo gradual en la conformación de estas instancias (por la que se conciba que los grupos de mujeres deben pasar por cierto proceso predeterminado), sino más bien que en ellas confluyen procesos de diverso signo que precisamente contribuyen a la riqueza de las distintas experiencias. Lo que sí sostenemos es que no todas estas acciones e instancias propias redundarán en una participación política definida en el ámbito público.

Algunas experiencias de estas redes señalan una potencialidad que tal vez nunca se desarrollará, pero que de cualquier manera aporta una identidad de género a sus participantes; otras pueden reproducir formas tradicionales de heteronomía política de los grupos hacia el Estado y protagonistas sociales y políticos; unas más se desarrollarán hasta el extremo de enarbolar opciones alternativas y diseñar modelos de transformación social. En el centro de esta posibilidad, de este salto cualitativo, de este cambio de sentido en el unirse y participar, creemos que operan tanto las condiciones y coyunturas del entorno macrosocial —la crisis económica en particular—, como el impacto de este último en la conformación social de los grupos. En este sentido, cabe señalar que muchos de los grupos iniciales de estas redes, ubicados tanto en sectores populares como acomodados y de las capas medias, surgen a partir de identificar intereses comunes muy particulares y, al mismo tiempo, muy diversos: aprender a tejer, intercambiar recetas de cocina, juntar dinero para la iglesia o parroquia, tener acceso a alguna área del conocimiento y de la creatividad o solicitar créditos para vivienda.

Si bien muchos de estos grupos se mantienen unidos en aras del logro de su propósito original, otros tienden —a partir básicamente

de situaciones determinadas por el contexto macrosocial— a transformarse en otro tipo de grupos, con tareas más amplias y diversificadas. Tal es el caso de muchos grupos particulares que, durante los terremotos de 1985 en la ciudad de México, se involucraron en las labores de rescate desde su propia especificidad y, al hacerlo, contribuyeron a modificar ésta. Por ejemplo, grupos de té canasta de Las Lomas que se dedicaron a reunir medicinas, o grupos de mujeres de las vecindades y colonias populares que se organizaron para llevar comida a los equipos de rescate y que se hicieron fotografiar entre aguas frescas, escombros, perros israelitas y médicos suecos (fotografías que exhiben hoy con orgullo en las salas de sus casas).

Si bien muchos de estos grupos desaparecen con el objetivo de la tarea que perseguían (aprender a tejer), o con el cambio de la situación externa que los favorecía (fin de la emergencia urbana o logro de la vivienda), muchos otros permanecen y van reorientando sus actividades. Ejemplo de esto son las mujeres de Ciudad Satélite que, reunidas en primera instancia con el objetivo de enriquecer su propio desarrollo personal y lograr movilidad social, primero formaron grupos de estudio y hoy cuentan con una universidad reconocida por la SEP y orientada y dirigida a las mujeres casadas; o los grupos de mujeres de la misma zona que, surgidos a partir de la situación común de amas de casa, formaron una asociación civil que reivindica su “profesión” y que defiende la permanencia de la familia y de la religión (Tarrés, 1989a); o el grupo de mujeres de Polanco que, convocadas en una estética de la zona, devino el núcleo inicial de la asociación de vecinos que hoy presiona políticamente y negocia con la delegación acerca de las pautas de construcción y de uso del suelo en esa colonia.

Del mismo modo, grupos de mujeres de las colonias populares, primero congregadas para lograr la introducción de servicios públicos en sus colonias (agua potable, drenaje, luz, pavimento), han llegado a construir importantes instancias sociales y políticas que controlan áreas de su vida cotidiana y gestionan necesidades y demandas ante las autoridades locales y estatales. En todos los casos, ya sea que modifiquen y amplíen sus objetivos o no, se dan fenómenos de formación de opinión, de intercambio de informa-

ción y creación de consensos que, justamente, promueven la creación de estructuras más consolidadas en su acción. Una cuestión específica de estas redes femeninas es su referencia a los ámbitos cotidianos, extensiones naturales de la esfera privada o doméstica en la que las mujeres han sido histórica y culturalmente ubicadas. Pero, lejos de concebir que estos espacios se encuentran alejados de la política, la experiencia de los grupos de mujeres nos habla precisamente de una manera particular de inserción de éstas en la vida pública y de un estilo propio de “hacer política”, por el que se enfatizan la acción y la administración eficiente de lo cotidiano frente a la política tradicional (identificada como masculina) que privilegia la institución, el juego de poder y la capacidad en el manejo del discurso (Tarrés, 1989b).

Si bien, como señala esta autora, habría que delimitar si este estilo femenino de hacer política responde a la situación de género o a su conformación como grupos no institucionalizados, resulta claro que, en estos campos de acción específicos y mediante las movilizaciones por sus demandas, las mujeres han construido redes con una serie de valores y prácticas propias que muchas veces responden efectivamente a una lógica diferente a la prevaleciente en el sistema político general. No sólo sus demandas (aparentemente tan triviales), sino también muchas de sus formas de lucha (plantones, algarabía, etcétera) resultan inusuales para las formas institucionalizadas de la política, pero en ellas los núcleos de mujeres se vuelven sujeto y logran, entre otras cosas: enfrentar autoridades, aprender a negociar, descubrir las ventajas y los límites del sistema político local, crear sus propias organizaciones, participar en distintos niveles de lo social y practicar, en ocasiones, diversas formas de democracia interna. En este sentido, como señala Elizabeth Jelin (1985), la democracia es efectivamente aprendida y aprehensible mediante diversas prácticas sociales y el ejercicio de la participación, y es éste el enfoque que nos permitirá, en las páginas que siguen, analizar la acción y el potencial político de las estructuras informales creadas por mujeres de los sectores populares.

ACERCA DE LA CONFORMACIÓN COMO SUJETO SOCIAL: REDES E INSTANCIAS DE MUJERES DE LOS SECTORES POPULARES¹

El caso de las mujeres colonas

En el caso de grupos de mujeres colonas, deben señalarse las líneas principales de su acción, una vez que han logrado colectivamente la dotación de servicios públicos y una vivienda estable. Estas líneas son: abasto y consumo, salud, guarderías y violencia contra las mujeres. Veremos elementos de cada una de ellas para después intentar una globalización de su experiencia.

Abasto y consumo

El problema del abasto, de la dotación de los bienes necesarios para garantizar la reproducción familiar, es comúnmente compartido por la pareja conyugal; pero en esta responsabilidad las mujeres cargan actualmente con una tarea específica que consiste, no sólo en contribuir con su propia remuneración económica al ingreso "principal",² sino también en "hacer rendir el gasto", para lo que las mujeres desarrollan múltiples actividades, tanto individuales como colectivas. Entre estas últimas se puede mencionar desde las más simples (que las mujeres de los sectores populares empezaron a realizar hace casi ocho años), hasta otras más complejas que hablan de una fuerza construida y de la necesidad de una sólida organización.

Núcleos importantes de mujeres de estos sectores fueron convocadas por la necesidad y agrupadas, ya sea por instancias de

¹ La información del presente apartado es fruto de la visita a las organizaciones femeninas estudiadas, así como de entrevistas realizadas a veinte mujeres de base y líderes de las colonias San Miguel Teotongo y Xalpa de la Delegación Iztapalapa y Primera Victoria de la Delegación Álvaro Obregón. Dichas entrevistas se realizaron entre mayo y agosto de 1990; debido a la intención de guardar el anonimato de las informantes, se presentan editadas en este texto.

² Las comillas valen en tanto que hoy, ante la magnitud de la crisis y la experiencia generalizada de mujeres jefas de familia, nadie puede seguir afirmando que el salario femenino es sólo una "ayuda" para el considerado sostén principal. véase al respecto Oliveira (1989) y Riquer, Tuñón y Velázquez (1991).

corte familiar y parental, o bien por una estructura vecinal o de manzana, para comprar primero algunos artículos de primera necesidad (aceite y azúcar, por ejemplo) cuyo aumento desproporcionado de precio y el desabasto cotidiano en los mercados cercanos a su comunidad las obligó a organizarse para adquirir el producto en la Central de Abastos, en la Merced o en tiendas populares y sindicales.

Esta primera organización orilló a las mujeres a realizar un sondeo de precios, a analizar su propio presupuesto, a intercambiar y compartir sus experiencias con otras, a ponerse de acuerdo sobre dónde, cómo, a cómo y cuándo ir a comprar, así como a una distribución de tareas de la cual tanto ellas como sus familias se beneficiarían. A partir de dichas experiencias, desarrollaron varias cooperativas de consumo en colonias populares, donde se buscaba surtir despensas completas de productos necesarios a precios accesibles por la organización de las mujeres como amas de casa encargadas socialmente de esta labor. Las ventajas reconocidas a esta forma colectiva de resolver el problema básico del abasto redundaron, entre otras cosas, en una conciencia de la necesidad de demandar eficacia en este rubro a ciertas instancias gubernamentales. Así, las mujeres se acercaron a varios de los programas comunitarios de Conasupo y DIF y exigieron, y en muchos casos lograron, el acceso y amplitud de cobertura de los desayunos infantiles y escolares, así como la posibilidad de compras masivas en la empresa paraestatal y la instalación de diversas tiendas, lecherías y tortillerías en la comunidad.

El camino andado en este sentido llevó a fortalecer distintas opciones colectivas: por un lado, la cada vez mayor cantidad de grupos femeninos que demandan a las instancias señaladas mejores condiciones básicas de vida; por otro lado, la mayor organización interna para establecer los criterios de funcionamiento de estos servicios, de los que las propias mujeres evalúan la cantidad y calidad (resultan comunes las demandas de las mujeres ante el DIF por aumentar el número de desayunos o por mejorar su calidad nutritiva) y llegan a proponer hasta la forma de surtir a las tiendas estatales.

A lo largo de la década de los años ochenta, estos núcleos de mujeres populares desarrollaron nuevas formas. En cierto sentido,

no se contentaron con lograr el abaratamiento relativo de los productos básicos para su comunidad, sino que además buscaron y encontraron maneras alternativas de desempeñar su papel asignado y asumido de reproductoras de lo social. En tanto que un problema es el acceso a los bienes indispensables de vida y otro la elaboración de éstos en términos de satisfactores de las necesidades familiares, las mujeres no sólo establecieron mecanismos para comprar en común y luchar por la instalación de tiendas populares, sino que empezaron a elaborar conjuntamente sus alimentos y a dotarse de servicios comunitarios.

En cerca de una docena de colonias marginadas ubicadas en las delegaciones Iztapalapa y Álvaro Obregón, se diseñaron y establecieron, desde 1984, las llamadas cocinas populares autogestionarias, que agrupan a alrededor de veinte mujeres, quienes colectivamente elaboran menús semanales, realizan las compras pertinentes y cocinan los alimentos de manera alterna, dos cada día. Cocinan para todas, permitiendo con esto una descarga significativa del trabajo doméstico para el resto de las mujeres, que, en esas condiciones, pueden desarrollar otro tipo de actividades personales o comunitarias. Cabe decir que esta experiencia tiene antecedentes en América Latina, donde “las ollas populares” chilenas y “el vaso de leche” peruano, principalmente, han aportado un gran modelo alternativo de gestión comunitaria, si bien en nuestro país no ha alcanzado el nivel de importancia detectado en aquellas naciones.

La principal ventaja económica de este mecanismo resalta claramente: un ahorro sustantivo del gasto familiar, ya que la cuota diaria por ración individual oscila entre 1.20 y 2.20 nuevos pesos, dependiendo de dos elementos: la programación de carne en los menús en dos o tres días semanales y si las mujeres se rotan en las labores de la cocina o pagan regularmente a algunas de ellas la realización de este trabajo.

Estas primeras experiencias de cocinas populares enfrentaron el obstáculo de la poca capacidad de sus instalaciones, por lo que no podían cubrir cabalmente las eventuales necesidades de la comunidad a la que estaban dirigidas (las mujeres hablan de “lo pesado que resulta hacer 200 raciones de chiles rellenos en una estufa de tres hornillas”); pero su carácter autogestionario preser-

vaba una estructura interna de decisión y de organización que compensaba por esta situación a las mujeres. Por otra parte, existen también las cocinas populares financiadas, que cuentan con una adecuada infraestructura (tanto el DIF como la Conasupo destinan alrededor de 10 millones de pesos a la compra de estufas, refrigeradores, gas, mesas y estantes), con la condición de que dichas instituciones supervisen su funcionamiento cotidiano por medio de diversos mecanismos: cartillas de inscripción, notas de consumo, etcétera. Cabe señalar que dentro de los lineamientos operativos del Pronasol se considera también la creación de 60 000 cocinas populares en todo el país. De las entrevistas realizadas con las mujeres se desprende que el DIF intenta ejercer un mayor control sobre estas instancias que la Conasupo y esta dinámica las lleva a entrar en una lógica burocrática que en ocasiones resulta un contrasentido ante el objetivo social que su acción perseguía.

Existen también propuestas de cogestión en las cocinas populares; por medio de ellas, varios grupos de mujeres populares demandan el financiamiento para su instalación, pero buscan preservar un margen de autonomía adecuado en su operación.

Otras virtudes de estas experiencias, además de las económicas ya señaladas, se refieren al desarrollo de la confianza colectiva que se genera entre las mujeres y que se traduce en reconocimiento de género, así como en el establecimiento de un mayor margen de acción para las mujeres en aras de su desarrollo personal, su compromiso con la comunidad y su autoestima en general. En este sentido, las mujeres que han participado en estas experiencias no sólo cubren y dan cuenta de su papel social, sino que, al mismo tiempo, construyen lazos solidarios de género con otras mujeres con las que comparten las mismas carencias. Las cocinas populares han tenido también un impacto sustancial en el aspecto cultural de la vida de estos sectores y altos costos personales para las mujeres, ya que, si bien han demostrado su eficacia como mecanismo regulador del ingreso familiar, han provocado a la vez diversos grados de resistencia social, entre los que destaca en ocasiones la rotunda oposición de los maridos a que las mujeres sean parte de estas instancias colectivas.

Los argumentos más comunes que refieren las mujeres sobre esta situación, que a veces las obliga a abandonar la instancia, es que a muchos de los hombres “sólo les gusta cómo cocina su mujer y no el sazón que le da al arroz fulanita” y/o que “quién sabe qué harán las mujeres con tanto tiempo libre si no se ocupan de las tareas de su casa”. Estas actitudes y conductas machistas provocan una tensión muy fuerte en las relaciones conyugales y parentales, porque, al mismo tiempo, la realidad de los mecanismos puestos en acción expresa que éstos resultan eficaces para enfrentar la crisis y las carencias comunes. Más adelante hablaremos de cómo se traduce esta tensión en la estructura familiar.

El otro mecanismo en relación con el abasto al que han recurrido las mujeres de los sectores populares se refiere a la demanda cogestiva de instalación de almacenes populares, en los que la infraestructura y el abastecimiento de productos corre a cargo de Conasupo y la operación (que abarca desde ocupar los puestos de almacenistas, despachadores y cajeros hasta buscar canales propios de comercialización por medio de convenios con organizaciones campesinas) es una responsabilidad de los propios grupos. La complejidad práctica de este proyecto ha hecho que se genere incluso una amplia movilización mediante otras instancias sociales (básicamente coordinadoras y uniones de vecinos que han creado los llamados consejos de abasto) para poder establecer un diálogo y una negociación con Conasupo como interlocutor y atender así a la demanda. En este aspecto, resulta central la reorganización y la modernización actuales de Conasupo, que, al liquidar y poner a la venta tanto los Conasupers como los 400 centros populares de abasto comunitario (Cepac) que existen en la ciudad de México, afectarán, según la Coordinadora de Consejos de Abasto Popular y la Regional de Mujeres de la Conamup, a alrededor de 600 000 familias capitalinas marginadas (*La Jornada*, 21 de julio de 1990). Si bien en este último proceso colectivo están presentes distintos sectores y sujetos sociales (básicamente, miembros del movimiento urbano popular independiente y colonias con importante presencia del partido oficial en sus bases), una constante es la alta composición femenina (90%) que le da cuerpo y le imprime el carácter de género ya señalado.

Salud

Respecto a la segunda línea de acción básica de las mujeres de los sectores populares en estas redes, la de la salud, cabe exponer lo siguiente.

Las mujeres, por su papel asignado y asumido en la sociedad, pero también por la existencia de una tradición ancestral —recordemos a las brujas medievales y a las curanderas indígenas y campesinas (Riquer, 1989; Marcos, 1989)—, han ocupado un lugar preferente en la búsqueda del bienestar familiar y comunitario por medio del conocimiento del propio cuerpo (generado en primera instancia por efecto del embarazo, parto y cuidado del puerperio), así como del logro de un equilibrio entre el individuo y su ambiente que da por resultado la salud. La particular relación de las mujeres con la naturaleza, generada tanto por los ciclos biológicos femeninos como por la capacidad reproductiva y la experiencia vital de la maternidad, aunado al hecho histórico y social de la reclusión de la mujer en el hogar y la asunción de la responsabilidad familiar, ha hecho que las mujeres tradicionalmente curen y que en su terapéutica incorporen mucho del saber popular en relación con los ritmos del propio cuerpo y el uso de diversos elementos naturales (básicamente, plantas y minerales) para combatir la enfermedad.

Ahora bien, en el contexto de la crisis económica que vivimos y de las carencias básicas de los sectores populares de la población, este rubro de salud ha adquirido una importancia capital y las mujeres han buscado y encontrado diversos mecanismos para hacer frente a esta situación; de hecho, operan como las depositarias y reproductoras del saber, tanto de la medicina tradicional como de la doméstica. Y, una vez más, las alternativas pasan por la creación de instancias grupales y colectivas. Antes de asistir, frente a enfermedades sencillas o del medio, al consultorio privado de un doctor o a los servicios públicos de salud (que ante la demanda de otro tipo de padecimientos clínicos no se caracterizan por ofrecer un buen servicio en aquellos casos), las mujeres recurren de manera natural a los tés y remedios caseros que otras mujeres, sean o no de su familia, les han transmitido de manera oral durante generaciones. Evidentemente, hay un gran salto entre esta resolución individual o privada de algún caso particular de

enfermedad y el surgimiento de grupos de promotoras de salud que atienden y dan consulta a un sector más amplio de su comunidad. El surgimiento de estos grupos responde a una lógica diferente a la que dio sentido a las cocinas populares de las que hablábamos antes, si bien una vez creados tienen un alcance equivalente al de aquéllas: proporcionar identidad social y de género, así como un compromiso cotidiano con su entorno comunitario.

En el asunto de la salud, no basta con la reunión de las mujeres en aras de resolver una problemática común indispensable, como sucede en el caso del abasto; en este nuevo rubro se impone una capacitación específica que asegure ciertos conocimientos importantes del cuerpo, así como una responsabilidad ética de su ejercicio. Es decir, no es una temática en la que las mujeres puedan operar solamente con base en su necesidad, sino que implica además la disponibilidad de adquirir conocimientos nuevos que enraizan en el saber popular. Esto implica también que la demanda de salud es un rubro en el que las mujeres necesariamente requieren un apoyo externo especializado, ya que la propia organización no resulta suficiente para enfrentarla. Y este apoyo externo, en los casos estudiados, ha sido dado a las mujeres de estos sectores por distintos grupos solidarios que comparten la idea de recuperar en lo posible el control del cuerpo por los propios sujetos y lograr la salud de una forma equilibrada con el medio. De esta manera, las propuestas de salud alternativa enarboladas por distintos grupos (los llamados “médicos descalzos” y grupos de mujeres que buscan una salud integral) han logrado engarzarse con las necesidades populares y con los imperativos de las mujeres de atender este aspecto.

A partir del intercambio de medicamentos y remedios caseros, del reconocimiento y recuperación de esta práctica médica, así como de la invitación a formar talleres de salud en las colonias populares como una forma de curar y de enfrentar la crisis, se ha llegado hoy a la conformación de una red de salud popular, en la cual no sólo se intercambian experiencias curativas, sino que también se ofrece capacitación especializada en homeopatía, herbolaria, acupuntura, masajes y quiropráctica. Por medio de los talleres de salud, de la discusión grupal sobre la noción de enfermedad, del dotar de conocimientos médicos básicos a las mujeres, de analizar con ellas diagnósticos sencillos de las enfermedades más comunes

en su medio (gripas, diarreas, parásitos, anemias), del aprender a medicar con “chochos” y téis, estos grupos han logrado generar también una conciencia social de sus condiciones de vida e incorporar en su cotidianidad una práctica paramédica que, si bien desde siempre se ha llevado a cabo, ahora cuenta con una mejor infraestructura y consenso y legitimidad en la comunidad.

El apoyo solidario privado que antes brindaba la familia, la comadre o la vecina se ha transformado en una base de estructura social más amplia que otorga a las mujeres un lugar reconocido en la colonia (en tanto se las busca para curar determinadas enfermedades comunes del medio) y que incluso les reporta una retribución económica.

Las promotoras de salud de las colonias populares cobran alrededor de dos nuevos pesos por consulta, dan el medicamento y asisten semanalmente a reuniones de estudio de casos y capacitación con los médicos y personal especializado de los grupos de apoyo de los que hablábamos antes. Cabe decir que en esta experiencia de redes de salud no se ha buscado ningún mecanismo de cogestión estatal (como en el caso de las cocinas populares), sino que más bien se ha privilegiado una concepción de la medicina alternativa que ofrece un modelo distinto de atención a la salud —al ponderar la prevención y generar una relación distinta entre enfermo y “curador”— y que se nutre con el conocimiento de los grupos de apoyo y la tradición del saber popular. Ahora bien, estas experiencias resultan todavía piloto y con limitaciones, en tanto que asisten en las enfermedades más comunes y en los llamados “padecimientos de la pobreza”, pero no pueden atender a otras alteraciones de la salud, ni suplir los servicios hospitalarios. Asimismo, responden a una tradición que se articula con la situación creada por la crisis, y, si bien resultan eficaces en su entorno, están más determinadas por la necesidad económica que por un ejercicio de opción libre acerca del tipo de atención a la salud que estos sectores de la población podrían requerir.

Educación y cuidado de los hijos

Con referencia al eje del cuidado de los niños y de la instalación de guarderías infantiles, las experiencias de estas redes femeniles

en los sectores populares estudiados han sido en general menos exitosas.³ Si bien las mujeres requieren y buscan mecanismos colectivos para enfrentar los problemas derivados de ser madres en esta sociedad, el diseño y la puesta en marcha de instancias comunitarias al estilo de las señaladas con anterioridad han enfrentado diversos obstáculos. Entre éstos, destacan:

a) La carencia de una infraestructura adecuada para poder asumir el cuidado de los niños (local, cunas, cocina, juegos). Aunque existen experiencias en las que el financiamiento ha corrido por cuenta de agencias extranjeras y del propio DIF, los costos o la mensualidad que tienen que aportar las mujeres son relativamente altos y no redundan en un ahorro familiar. Esto explica en parte que, ante la necesidad del cuidado de los niños, se siga confiando esta tarea a las mujeres de la red familiar extensa: abuelas, tías, primas, comadres.

b) La dificultad para dotar a estos servicios de una dinámica autogestionaria o cogestionaria, en tanto que el oficio de educadora y de maestra implica una especialización que no tienen las mujeres por el hecho de ser madres, si bien en algunas de las propuestas se ha intentado no sólo conseguir el financiamiento adecuado, sino construir, a partir de la necesidad, un programa de formación de educadoras populares que proporcione a las mujeres conocimientos pedagógicos básicos y técnicas educativas para que puedan ir asumiendo este papel en los llamados centros de educación infantil popular. Se ha promovido incluso el intercambio de experiencias con guarderías formalmente constituidas del sector público, pero en este campo, a diferencia de lo expuesto sobre las promotoras de salud, los resultados no han sido en general satisfactorios. Esto se debe, creemos, al tercer obstáculo detectado: el cultural e ideológico.

c) La presencia de pautas de conducta profundamente interiorizadas en las mujeres, por las que les cuesta mucho confiar el

³ Cabe señalar que esta aseveración responde a la situación detectada en las tres colonias de nuestro estudio, si bien se tiene conocimiento de que en otras comunidades existen centros populares de desarrollo infantil que reportan logros positivos en sus objetivos, particularmente en la colonia Cerro del Judío. Se impone, así, la necesidad de un estudio comparativo que nos permita delimitar y comprender estas diferencias.

cuidado de los hijos a otros y a otras, sobre todo por el monto de culpa social que esto provoca. A diferencia del impacto en la autoestima que resulta de ser, por ejemplo, promotora de salud (finalmente, curar responde a una tradición y a un papel femenino), trasladar las tareas derivadas del papel maternal a otro es vivido inconscientemente (el entorno social se encarga de recordarlo sin cesar) como una falla en el destino de ser mujer.

Esto explicaría la dificultad de la gran mayoría de las mujeres para hacer uso de las guarderías populares; cabe decir que este fenómeno es genérico y se presenta igualmente, si bien con matices distintos, en mujeres de otros estratos sociales. En este sentido, resultan ilustrativos los datos de la Encuesta Nacional Demográfica de 1982 sobre las mujeres trabajadoras con hijos pequeños en la ciudad de México, que destacan que más de 50% de las mismas declararon que algún familiar cercano se hacía cargo, sin remuneración, del cuidado de sus hijos, mientras ellas trabajaban fuera de casa; en 12% de los casos, los cuidaban ellas mismas (mujeres básicamente ocupadas en el servicio doméstico, en el pequeño comercio o en actividades por cuenta propia); 8.3% los enviaban a guarderías privadas o de diversas instituciones de seguridad social, y 5.7% pagaban a una persona para cuidar a sus hijos durante la jornada laboral (Welti, 1989). Asimismo en esta dinámica opera la no resuelta relación afectiva entre madres e hijos, que hace que sea también difícil la disposición de algunas de ellas a prepararse para ser educadoras populares.

Las experiencias señalan lo tenso que resulta para muchas de estas madres-educadoras ocupar el papel frente a sus propios hijos y niños conocidos de la colonia, y que esto tiene más éxito entre las mujeres jóvenes o adolescentes de la misma. No obstante, en este caso resulta que las educadoras populares no cuentan con un ingreso suficiente, y las jóvenes, en función de los mecanismos existentes de movilidad social, optan por estudiar carreras cortas o ingresar en el mercado de trabajo formal. Sin embargo, el cuidado y atención de los niños constituyen un eje esencial en la vida de todas las mujeres, por lo que es común que éstas recurran ocasionalmente a su propia red familiar o asuman la totalidad de sus actividades privadas y en la comunidad cargando a sus hijos.

En las reuniones de los comités de abasto, talleres de salud, juntas de manzana, asambleas de las colonias, negociaciones con las autoridades, así como en las distintas movilizaciones, mítines y plantones, siempre encontramos a la gran mayoría de las mujeres con hijos de distintas edades, muchas veces enfermos.

Sería interesante rastrear los efectos que esta situación provoca en la relación conyugal, ya que los hombres de la pareja comúnmente se quejan de que “los niños anden con las madres de un lado para otro”, pero al mismo tiempo esto les representa la seguridad de que la esposa “va adonde dice que va y no anda de coscolina por allá”. Por otro lado, sería también importante investigar cómo repercute esto en la socialización de los niños, toda vez que desde pequeños viven y se involucran en una lucha social específica. Estos temas, de no fácil abordamiento, requerirían un amplio estudio puntual.

Violencia

La última línea de acción detectada en estas redes femeninas en los sectores populares es la que se refiere a la violencia contra las mujeres. Ésta, que constituye un aspecto cotidiano en la vida de las mujeres, tiene un sentido genérico muy preciso, que se alimenta de pautas culturales y de prácticas misóginas de la sociedad. Entendemos por violencia contra las mujeres no sólo el daño físico causado por golpes y maltrato (que, cabe decirlo, pueden ser de distinto grado y efectuados con distintos instrumentos), sino también las consecuencias psicológicas derivadas tanto de aquéllos como de una actitud desvalorizadora de su sentido y carácter humano como mujer. Esta última puede abarcar desde el menosprecio hasta su uso como objeto sexual (muchas veces con violencia física), pasando por la ignorancia de su opinión en lo que respecta a decisiones familiares de distinta índole y por el impedimento de su desarrollo personal.

Si bien la violencia y el hostigamiento sexual lo padecen en general todas las mujeres, es indudable que, en función de la carga cultural prevaleciente, en los sectores populares adquieren su expresión más cruda. Datos de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal, recogidos en las 16 delegaciones políticas durante 1989, señalan que:

- 61.1% de las mujeres dedicadas al hogar y 33.2% de las que tienen una ocupación remunerada son maltratadas físicamente por sus maridos o por los hombres con los que viven en amasiato;
- 88.1% de los maridos son bebedores habituales;
- 70% de los agresores son empleados, choferes y artesanos;
- 26.5% de las mujeres son maltratadas desde el primer año de unión conyugal, y esta cifra desciende a 8.5% a los diez o doce años de convivencia;
- los golpes son más frecuentes en 39.2% de las parejas que viven en casa rentada, y llegan hasta 90.4% si conviven con otras familias;
- 73% de las agresiones se dan entre las 7 p.m. y 6 a.m.;
- 28% de las mujeres maltratadas cuentan con primaria completa; 42%, con secundaria, y 10%, con algún tipo de instrucción profesional;
- 55% de las mujeres se encuentran en el estrato de edades entre 20 y 33 años.

La misma fuente registra los delitos sexuales denunciados de febrero a julio de 1988: violación, 60.8%; estupro, 15.5%; atentados al pudor, 12.3%; tentativa de violación, 8.9%; rapto, 1.6%, y adulterio, 0.9 por ciento.

En el caso de las violaciones, destaca que 95% de las mismas se ejercieron sobre mujeres y 5% sobre hombres; 50.7% de las víctimas tenían entre 12 y 17 años; 18.5% de las agredidas resultaron embarazadas y 23.3%, con lesiones visibles; 21.5% de los violadores eran familiares (de éstos, 6% agredieron a hijas y 5.1% a sobrinas), 20.6% eran novios y 18% conocidos de la víctima; en 87% de los casos el delito lo cometió un solo atacante. Y estos datos se refieren solamente a las denuncias presentadas ante las instancias respectivas. Estimaciones siempre parciales (ante la falta de denuncias) de los delitos de violación y “delitos sexuales” conexos, como estupro, rapto e intento de violación, dan la cifra de 300 000 al año. Asimismo, investigaciones particulares refieren que 90% de las trabajadoras en México son hostigadas sexualmente en su lugar de trabajo (*La Jornada*, 14 de febrero de 1987).

Por esto la existencia de redes informales de mujeres para enfrentar la violencia resulta tan importante y significativa. Implica incluso una conciencia social de la condición de opresión de la mujer, ya que representa la posibilidad de identificar “mi” problema, no como privado, sino como padecido también por las demás. El hecho de que las mujeres cuenten lo que le sucede a cada una en este rubro, se den consejos y apoyo mutuo y aun busquen formas de protección colectivas habla de cambios sustantivos en la construcción de una identidad genérica y también de la importancia de estas instancias que precisamente posibilitan estos fenómenos.

Resulta necesario señalar en este sentido que los grupos generados para resolver las necesidades y carencias relatadas son también los que permiten esta identidad. La cotidianidad vivida por las mujeres en sus distintas instancias comunitarias (cocinas populares, talleres de salud, asambleas, etcétera) va creando un nivel de confianza mutua que se traduce en un “contarse sus cosas”; pero tras este contarse sus cosas existe un proceso identificador y la posible construcción de nuevos grupos (aunque los conformen las mismas mujeres) con este nuevo sentido: denunciar, enfrentar y protegerse de la violencia ejercida hacia ellas por el hecho de ser mujeres. Las experiencias conocidas en esta línea resultan ilustrativas. En un primer momento, es relativamente más fácil hablar sobre la violencia sufrida (en cualquiera de las manifestaciones señaladas) por parte de hombres ajenos a la estructura familiar que poder denunciar la que ejercen los padres, esposos, tíos, hermanos o primos.

La paulatina relación establecida entre muchas de estas redes femeninas con grupos feministas durante la década de los años ochenta —en este caso, los dedicados a apoyar a mujeres violadas (Camvac y Covac)—, ha sido importante para generalizar lo válido de la denuncia de estos hechos, así como para buscar formas alternativas y colectivas de apoyo mutuo. Lo que empezó siendo un intento de convencer a las mujeres violadas de que denunciaran el hecho y asistieran a alguna de estas instancias solidarias concluyó en una manifestación pública de su situación genérica y aun en la toma de ciertas medidas.

En alguna de las colonias populares estudiadas (San Miguel Teotongo), se pusieron en práctica, hace ya cerca de seis años, los

llamados juicios populares, por medio de los cuales los grupos de mujeres presentaban al violador ante la organización formal de la colonia, a efectos de que se le impusiera alguna sanción. Con el tiempo, estas mismas mujeres recurrieron a un mecanismo más elaborado, por lo que a conciencia de exposición personal se refiere, para protegerse de la violencia doméstica: las vecinas se presentaban en la vivienda de la que estaba siendo agredida y evitaban, con su presencia, que continuara el maltrato. Estos mecanismos resultaron relativamente eficaces, ya que, si bien lograron disminuir las agresiones físicas a las mujeres, la violencia misógina se orientó de otras maneras y en muchas ocasiones el desenlace fue la ruptura del vínculo conyugal. En este sentido, muchas mujeres atestiguan que su ruptura matrimonial o familiar se debió a que, una vez que empezaron a participar y a contar con el apoyo de otras, “ya no se dejaron”, y a que los hombres no estaban dispuestos a dejar de tener privilegios sobre ellas, ni a compartir más un proyecto común de pareja que les representara “verlas como seres humanos”.

Éste es un aspecto importante y específico para las mujeres de estos sectores sociales. Si bien todas las mujeres padecemos la violencia y el hostigamiento, los matices según el origen socioeconómico resultan significativos, ya que, no hay duda de que la tensión provocada en la esfera familiar por los cambios en el papel tradicional femenino es diferente. Como señala María Luisa Tarrés (1989b), en el caso de las mujeres de los sectores medios, hay dos cuestiones fundamentales: uno, que la búsqueda de movilidad social y el mantenimiento del estatus admite la posibilidad de que la mujer sea relativamente independiente y culturalmente preparada, lo cual avala sus actividades extradomésticas; y dos, que el ingreso económico de la familia permite a estas mujeres contar con servicio doméstico y una serie de aparatos eléctricos para resolver las tareas hogareñas. Esto es importante porque, para unas, la creación de estas instancias y la participación en labores comunitarias no aparece como esencialmente dilemática con su papel familiar tradicional: los grupos de mujeres acomodadas comúnmente realizan sus actividades en horarios coincidentes con la ausencia del marido y los hijos de la casa, al tiempo que las tareas hogareñas son resueltas para toda la familia con el trabajo de las

empleadas domésticas; mientras que para las mujeres de los sectores populares cubrir una jornada laboral y/o atender a la gestión comunitaria (asistir a un mitin o negociación) implica la mayoría de las veces dejar la casa sin arreglar y volver después que el esposo, con la consecuente discusión sobre su falta de responsabilidad familiar. De esta manera, tanto por condiciones objetivas estructurales como por la carga cultural e ideológica de cada sector, los problemas dentro de la familia y aun la eventual radicalidad para modificar los vínculos afectivos en este ámbito son dispares.

En el caso de las mujeres de los sectores populares, el enfrentamiento carece en general de mediaciones y adopta múltiples formas, que van desde, como veíamos antes, el enojo del marido porque “no le gusta el sazón de fulanita”, hasta la suposición infundada: “Seguro andas de puta.” En tales condiciones, estas mujeres han buscado alternativas que entran en el eje de violencia que nos ocupa. Resultan significativas, por ejemplo, las redes de secreto que se dan entre mujeres de una misma manzana de la colonia y que consideran, además, a los hijos de todas. Estas redes de secreto permiten a una mujer asistir a sus compromisos comunitarios mientras otras, de manera oculta para el jefe de familia, asean la casa y cuidan de los niños. Lo mismo sucede con los ingresos monetarios extras que las mujeres obtienen con su participación comunitaria. En muchos casos, las promotoras de salud o las educadoras populares becadas para recibir capacitación específica en sus rubros de interés piden que la beca no sea en especie (ya que si es así, les reducen el “gasto semanal”) y ocultan a los maridos que la reciben, como una forma de poder contar con algún dinero propio. En este caso, cuentan también con la compli- cidad de las demás mujeres y de los niños.

Es interesante cómo el hecho de pensar que la actividad no representa percepción económica en ocasiones logra menor resistencia por parte del marido para que la mujer la realice y cómo ella enfrenta esta situación que podría ser susceptible de una gran violencia.

En este mismo sentido, resalta la experiencia actual de algunas colonias populares en las que, como parte de estas redes y grupos de mujeres, se están capacitando las llamadas defensoras populares a

efectos de instalar oficinas legales para la mujer en la comunidad. Éstas constituyen instancias de asesoría jurídica en casos o delitos de corte civil (pensiones alimenticias, abandono del hogar conyugal, bigamia, etcétera), así como de apoyo en las denuncias de violación o maltrato. Su objetivo es funcionar como intermediarias ante los ministerios públicos y las nuevas agencias establecidas contra los delitos sexuales en la ciudad, y a la vez ofrecer un respaldo solidario con personal capacitado de la propia comunidad en estos rubros. Los avances y logros de esta iniciativa se podrán ver a mediano plazo, pero su mismo diseño expresa la magnitud del problema para las mujeres y su necesidad de encontrar canales de resolución.

El caso de las mujeres trabajadoras

Matices distintos están presentes en la construcción de estas redes e instancias por parte de grupos de mujeres trabajadoras. En el caso de las mujeres asalariadas, ya sea en fábricas, comercios, empresas o universidades, tanto su perfil de demandas como sus formas organizativas están tamizados en lo general por la estructura formal de los sindicatos existentes en sus centros de trabajo y, en estas experiencias, no se encuentran diferencias sustanciales en relación con el tipo de sindicato, vertical o independiente, de que se trate. Sucede que muchas de las demandas femeninas que las mujeres enarbolan en lo cotidiano y en los momentos de revisión contractual pueden ser incluso asumidas por el conjunto del sindicato, en tanto que apuntan a mejorías generales, pero la lógica de negociación en estos espacios resulta tan implacable que, invariablemente, sus demandas específicas son subsumidas a los términos salariales. Así, temas tales como comedores, guarderías y tiempo para la lactancia que, en una perspectiva general, redundarían claramente en beneficios para la familia obrera o asalariada completa, en la lógica sindical son incorporados al logro neto del salario. Cabe decir que en este campo, las mujeres asalariadas no han tenido mucho éxito en incidir desde su especificidad en los mecanismos de lucha laboral y que aun los sindicatos con total o mayoritaria presencia femenina han reproducido esta pauta. En esto creemos que se halla presente la tensión y el conflicto que

viven las mujeres, en aras de la tradición cultural prevaleciente, al contrastar el "destino" de su papel social con las exigencias del trabajo asalariado, que, en estas condiciones, no aparece comúnmente como una fuente de realización personal, ni como una posibilidad de desarrollar sus propias potencialidades.

Seguramente, este sentido esencial del trabajo tampoco lo asumen los varones en un sistema social en el que el trabajo asalariado resulta enajenado, pero a las mujeres se les confronta, además, con el hecho contundente de su papel asignado y asumido en la sociedad, por lo que su lugar preferente se encuentra en el hogar y al cuidado de los hijos. Esta situación, aunada a que las trabajadoras asalariadas necesitan cumplir, después de su jornada laboral, la llamada doble jornada de trabajo doméstico en su hogar, les impide involucrarse en labores sindicales realizadas en horarios fuera de la jornada. A la gran mayoría de las mujeres les resulta difícil asistir a las asambleas sindicales, ya que, a diferencia de los hombres, tienen que llegar a sus casas a satisfacer las necesidades familiares. Existen, sin embargo, intentos serios que apuntan a lograr identidades de mujeres trabajadoras y a construir instancias propias en la lógica sindical. Uno de estos intentos es el Sindicato 19 de Septiembre, que, surgido de los escombros de los terremotos de 1985, ha incorporado la problemática de género a sus objetivos sindicales y laborales.

No sin dificultades (Mercado, 1990), las costureras se han organizado también solidariamente desde la perspectiva de su esencia de mujeres y, dentro del sindicato, han puesto en acción instancias interesantes (entre ellas, los usos múltiples de su local para cocinar colectivamente, llevar a cabo talleres de formación sindical y actos masivos); mas, en lo que se refiere a la estructura sindical en sí, las mujeres topan con dificultades: la dispersión de los talleres y fábricas que conforman el sindicato y las distintas demandas concretas de cada centro de trabajo. El caso de las mujeres trabajadoras parece sugerir que los lazos solidarios son más viables entre aquellas que comparten alguna circunstancia extralaboral común, como vivir en la misma colonia o tener a los hijos en la misma escuela; pero, en estos casos, se rebasa el ámbito estrictamente sindical. En el mismo sentido, destaca también que muchas mujeres trabajadoras que no participan activamente en su centro de trabajo

construyen grupos y son parte de instancias colectivas muy sólidas en otros ámbitos cotidianos de su vida social.

ACERCA DE LAS POSIBILIDADES DE DEVENIR SUJETO POLÍTICO:
ALCANCES Y RETOS DE LOS GRUPOS DE MUJERES

Retomando lo planteado en el primer apartado de este ensayo, y a la luz de las experiencias relatadas, creemos que este tipo de instancias y redes femeninas colectivas conjuntan en su proceso de construcción las posibilidades tanto de generar reconocimiento social y genérico, como de traducirse en acción política. De ahí que pensemos que pueden guardar una relación con los procesos democráticos que vive el país,⁴ al tiempo que, dentro de su ámbito de influencia y acción, tienden a reproducir, como en un microsistema, varios de los logros y retos de la utilización de este modelo político en lo macrosocial. Muchos de estos aspectos han sido ya señalados en el caso de instancias similares entre mujeres de las capas medias de la ciudad de México (Tarrés, *op. cit.*), y en este sentido pensamos que puede resultar interesante contrastar dichos resultados de investigación con lo observado en estas páginas, toda vez que este contraste puede ampliar el conocimiento y el debate sobre cierto “estilo femenino de hacer política”, así como sobre la posibilidad de que las mujeres asuman su participación en el ámbito público. De ahí que, en este apartado, nos dediquemos a señalar elementos en dos dimensiones distintas de la problemática, que, sin embargo, están intrínsecamente unidas. En primer lugar, marcaremos las similitudes y posibles diferencias entre los orígenes y efectos políticos de las instancias consideradas en nuestro estudio con los resultados obtenidos por María Luisa Tarrés en sus análisis sobre los campos de acción femenina entre las capas medias de la zona de Ciudad Satélite. En segundo lugar, y tomando

⁴ No está de más señalar que esta relación entre instancias femeninas y democracia no se da de manera directa o natural, sino que constituye una posibilidad entre otras; en particular, frente a aquella otra relación que refuerza el clientelismo y la heteronomía política de los grupos de mujeres ante otras organizaciones sociales y el mismo Estado (Tuñón, 1992).

como referencia lo anterior, enunciaremos algunos de los logros y dificultades políticas presentes en estos movimientos de mujeres que, respondiendo a los espacios politizados de la vida cotidiana, se redimensionan en lo que se refiere estrictamente a la política en el ámbito público e impactan en sus posibilidades futuras de actuación.

De entrada, resulta interesante señalar las similitudes que se presentan en el origen de los grupos, en las demandas que los agrupan y aun en las formas de lucha en que se dan estas instancias. En el caso de Satélite, resalta el hecho, documentado por la autora y que puede ser común al de muchos fraccionamientos de capas medias de la ciudad, del relativo aislamiento en que se encontraban sus habitantes a mediados de los años cincuenta, cuando se construyeron aquéllos. Esta situación, aunada a que el fraccionamiento atrajo mayoritariamente a parejas jóvenes con hijos pequeños, en las que el esposo, generalmente profesionista, trabajaba como empleado en las nuevas empresas que bajo el modelo de desarrollo estabilizador se crearon en la zona, y la mujer, normalmente con educación media, permanecía en casa, creó condiciones apropiadas para que se diera de manera natural una solidaridad femenina.

La compra de la despensa semanal en tiendas alejadas del lugar; la búsqueda de un médico cercano en caso de enfermedad de los hijos; las peleas con los fraccionadores por el incumplimiento de algunas disposiciones contratadas, y las demandas de servicios públicos a las instancias municipales fueron creando lazos de amistad y de apoyo mutuo necesarios para enfrentar la nueva realidad de estas familias alejadas también de sus núcleos parentales originales. Esta situación, real y objetiva, no difiere demasiado de la que tuvieron y tienen también que asumir las familias marginadas que llegaron a la ciudad en el mismo periodo —y que siguen llegando a diario—, y que se asentaron en colonias periféricas. De hecho, en los dos casos, son los espacios cotidianos los que, en primera instancia, motivan la organización de las mujeres, pues son ellas quienes viven más directamente las carencias del ámbito privado o doméstico.

En la experiencia de las mujeres de los sectores populares —que posiblemente pueda extrapolarse a la de otros—, la lucha por

arraigarse en la ciudad implica construir un nuevo ámbito de vida cotidiana y dotarse, al hacerlo, de una identidad ciudadana (Masolo, 1992; Blondet, 1988). De hecho, al parecer las mujeres construyen simultáneamente un espacio privado doméstico y uno público, al relacionarse con las instituciones ante las que demandan los servicios de la reproducción social. Y si lograr conjuntar el esfuerzo colectivo para la organización supone generar un código común y superar las diferencias culturales de sus lugares de origen, ser eficaces y alcanzar logros en la gestión comunitaria implica también incidir y participar políticamente, así sea sin pleno reconocimiento de esta actividad, toda vez que dicha participación no adquiere necesariamente un carácter masivo y sus interlocutores no son, en una primera instancia, las instituciones o el Estado, sino las propias vecinas. De cualquier manera, como señala Blondet, estas experiencias de participación conforman en la práctica un bagaje nuevo de conocimientos que las mujeres incorporan como parte de un nuevo sentido común urbano y que da paso, más adelante, a la necesidad de coordinadoras más amplias y de estructuras con mayor nivel de formalidad política.

En este salto (como señalábamos en el primer apartado de este ensayo) creemos que desempeña un papel importante la irrupción de la crisis económica que transforma las expectativas y plantea nuevos retos, no sólo a la vida de los sectores populares, sino también a la de las capas medias de la sociedad. Y si en un caso lo que impacta es básicamente el deterioro del nivel de vida, y en otro, la pérdida de estatus social, en ambos acontece que la relación con el Estado o sus agentes y la participación política tienden a asumir rasgos de mayor permanencia e institucionalidad, provocando también que en estos grupos, creados para aliviar colectivamente problemas domésticos cotidianos, se empiece a brindar a las mujeres un espacio político de encuentro y, a la larga, de reconocimiento y aun protagonismo. En este sentido, resulta interesante señalar que las formas de lucha que llevan a cabo ambos sectores de mujeres consideran el mismo tipo de actos de presión: mítines, plantones y movilizaciones. Y si bien, en el caso de las capas medias, estos actos no se realizan ante el DIF o Conasupo (por desayunos infantiles o tiendas de abasto popular) sino ante la compañía constructora y la oficina municipal de la tesorería por

fallas en las viviendas, mal uso de los impuestos en la dotación de servicios y contra la corrupción estatal, dichos actos responden al mismo sentido. Así, en los dos casos, las mujeres detectan las demandas y en primera instancia luchan por su resolución. También en ambas experiencias se da el fenómeno generalizado de que, siendo ellas quienes concretan la lucha por lograr mejoras en la calidad de la vida cotidiana, no aparecen visiblemente en el ámbito público o político en el que en última instancia se logra la demanda, y normalmente no ocupan puestos de responsabilidad o importancia en las organizaciones locales.

El fenómeno se comparte. Tanto las mujeres de los sectores medios y acomodados, como las de los sectores populares, tras luchar con métodos propios, otorgan a los varones de su entorno el lugar protagónico en las comisiones formadas para resolver alguno de los problemas urbanos y/o para negociar con alguna dependencia gubernamental. Si bien ellas inician la lucha y los requerimientos con su acción y algunos grupos populares femeninos demandan hoy su presencia en la negociaciones que competen a su situación particular, en general lo que nos muestra este fenómeno es, por un lado, la difícil incorporación de las mujeres al ámbito público y, por otro, la lógica diferenciada que se da en las redes informales en las que éstas sí pueden hacer oír su voz, darse una organización, ejercer el poder y plantearse alternativas. También resulta interesante señalar que, en estas experiencias, el compartir intereses, actos y movilizaciones crea elementos de identidad que permiten reconocer, a la vez, cierto estilo de vida y una serie de valores que redundan en la "oportunidad" de seguir desarrollando acciones colectivas. Cabe destacar que en esta "oportunidad" opera frecuentemente el respaldo de algún tipo de asociación o institución que se ofrece como canal de centralización del esfuerzo colectivo.

En la experiencia de las mujeres de los sectores populares, este lugar lo ocupan, como vimos, distintas instancias de corte político-participativo (asociaciones de vecinos, movimientos sociales urbanos, grupos partidistas), así como organismos vinculados con aquéllas desde una perspectiva de género, ya sean grupos feministas y/o de profesionales comprometidos con el trabajo comunitario. En el caso de los grupos de mujeres de las capas medias y acomodo-

dadas del norte de la ciudad y de Satélite en particular, María Luisa Tarrés señala la tarea religiosa de la parroquia del lugar como un eje importante en la conformación de estos valores comunitarios. El hecho de que estas instancias, pese a su disímil referencia de participación, hayan adquirido hoy diversa fuerza política (al negociar, por ejemplo, unas con Conasupo el abasto popular y otras, con Sedue, las sanciones pertinentes a las industrias contaminantes del norte de la ciudad), nos habla también de un rasgo importante de estas redes en relación con su potencial político. Así como la identidad de género que se crea en estas instancias no se traduce necesariamente en una postura feminista, el hecho de que tales instancias sean apolíticas y su existencia no prefigure, *per se*, las opciones partidistas de sus miembros o participantes (que más bien parecen estar determinadas por la pertenencia a distintas clases sociales y al contexto socioeconómico) no impide que, por la situación descrita antes, estas redes y espacios colectivos sean hoy arena y lugar privilegiado de clientelismo político entre los partidos que dominan el escenario en sus respectivos campos de acción: el PRI y el PAN en el caso de las capas medias estudiadas por Tarrés; el PRI, el PRD y otras opciones de izquierda en el caso de los sectores populares que aquí describimos.

Un aspecto más que queremos señalar se refiere a algunos elementos del funcionamiento cotidiano de estos grupos o instancias femeninas y a la conformación particular de sus liderazgos. Estos datos se corroboran generalmente en el caso de las redes existentes en los distintos sectores sociales.

Retomando la idea antes expuesta de la lógica diferenciada de estas redes en comparación con la que prevalece en el mundo de las instituciones públicas, resulta que sus demandas derivan del ámbito privado, que se aglutinan en torno a lideresas naturales y no en torno a dirigentes elegidas por mecanismos de votación, que sus decisiones son tomadas por consenso y no por medio de elecciones secretas, así como que los conflictos tienden a dirimirse conversando y ponderando los lazos afectivos que existen entre ellas. En relación con la configuración y el estilo de hacer política de estas lideresas naturales, es interesante señalar que ocupan este lugar en tanto que son las depositarias de la confianza de las demás mujeres (que “todavía no se sienten tan capaces”) y porque cuentan

con determinadas condiciones objetivas que les permiten dedicarse a la organización de estas instancias (Tarrés, 1989b). Dos parecen ser las condiciones mínimas necesarias para que estas mujeres ocupen el lugar de liderazgo: una, el estar en una etapa avanzada del ciclo de vida, es decir, no tener hijos pequeños que absorban mucho de su espacio y tiempo cotidiano (las mujeres jóvenes solteras pueden cubrir ocasionalmente este lugar, pero no garantizan la permanencia); y dos, no tener graves tensiones familiares o conyugales, ya sea por viudez o por divorcio.

En el caso de Satélite, no así en las colonias marginadas (si bien se comparte de hecho esta condición), incluso la etapa del ciclo de vida se encuentra reglamentada en el organigrama de la organización: las simpatizantes son mujeres con hijos pequeños que además trabajan también fuera de su hogar; los miembros son mujeres jóvenes con hijos en edad escolar, y las lideresas son mujeres mayores sin tantas responsabilidades familiares. A las variables anteriores, Blondet (1988), de manera altamente sugerente, incorpora al estudio de la diferenciación generacional de las mujeres populares limeñas los datos del momento de migración y nivel educativo, con lo que delinea el perfil de las pobladoras, al tiempo que obtiene elementos para dirimir históricamente el proceso que va de la concepción del asistencialismo como favor estatal, a la que representa el área de la reproducción social como un derecho ciudadano. En referencia al ejercicio de la función de liderazgo resalta, en las distintas instancias señaladas de mujeres, la preocupación compartida por poner en práctica un estilo democrático —concebido como el que toma en cuenta la opinión y consulta a las bases—, el cual, sin embargo, en ocasiones enfrenta la fuerza de una imagen carismática y la tradición, como señala Tarrés, de ejercer el poder de manera autoritaria y maternal a la vez.

En lo que se refiere a la segunda dimensión de este apartado —la de señalar rasgos de la eventual traducción política de estas redes femeniles en el ámbito público—, podemos decir que varios de los elementos antes mencionados como indicadores de potencial político contienen, al mismo tiempo, los riesgos y retos del propio movimiento. Tal vez el primero y principal de éstos se refiera a la manera en que los grupos de mujeres de los sectores

populares (y posiblemente también los de otras capas de la población) pueden enfrentar las dificultades inherentes a su proceso natural de institucionalización, proceso que viene dado, en buena medida, por el éxito en la gestión de las necesidades y por la sensibilidad lograda a partir de la identidad genérica. Entre estas dificultades aparecen, por un lado, las derivadas de la conformación interna del movimiento de las mujeres como sujetos sociales y, por otro, las externas que delimitan la relación de estas instancias de mujeres con otras instituciones de lo social y con la política como tal. Dentro del primer campo se consideran los elementos intrínsecos del haberse constituido desde organizaciones económicas de supervivencia, con las virtudes señaladas de lograr romper el aislamiento doméstico, ofrecer espacios colectivos de relación y de coordinación para enfrentar problemas comunes, crear identidad social y genérica al poder reconocerse como parte de un sector marginado y oprimido, así como lograr presionar organizadamente por derechos ciudadanos básicos; pero también con los riesgos de desdibujar este perfil a partir del carácter dependiente de los subsidios y de la inmediatez de sus objetivos, que pueden hacer a estos grupos fácil presa del clientelismo político. De ahí el reto de lo aleatorio en el futuro de estas instancias y redes, en caso de que se agudice la crisis económica y de que, por consiguiente, se reduzca el gasto público, así como de la permanencia de su legitimidad ante una eventual pérdida de gestoría en los problemas cotidianos que las reúnen. Si por un lado la situación de crisis favorece el surgimiento de este tipo de grupos de mujeres, la profundización sistemática de la política económica neoliberal imperante puede hacer topar a estos grupos con un límite propio muy preciso. En este sentido, nos parece fundamental comprender, a guisa de ejemplo no deseable, la experiencia peruana del movimiento popular de mujeres que analiza Blondet (1989) y que señala el impacto de la crisis económica y de la desestabilización política, frente a estructuras orgánicas internamente frágiles e instancias no suficientemente consolidadas ni autónomas.

En esta línea, cobra una importancia capital el análisis puntual de los mecanismos de funcionamiento interno de los grupos, de la relación —así sea informal— entre bases y dirigentes, de la formación

de los cuadros intermedios del movimiento que serán el relevo natural de la dirección, de la transformación de las mismas demandas y del ejercicio cotidiano de la democracia interna; elementos todos que nos pueden manifestar las posibilidades reales de conformar organizaciones sólidas y autónomas de las mujeres. De hecho, la resolución de las dificultades externas y la relación del movimiento con otras estructuras sociales y con el propio Estado dependerá de esta circunstancia, toda vez que es la consolidación propia de las instancias de mujeres la que puede otorgar el grado de negociación y de alianzas posibles sin hacer perder la propia especificidad y área de competencia. En ausencia de esta consolidación y autonomía, el riesgo clientelar se traduce en una subordinación del movimiento social a las estructuras comúnmente más institucionalizadas, tanto de las organizaciones gremiales como de los partidos políticos de distinto signo, perdiendo entonces su carácter peculiar y particular.

Esta problemática está claramente presente en todos los momentos en que se genera tensión política entre diversos movimientos sociales (que permanentemente se “invaden” con sus demandas particulares: recordemos los conflictos comunes entre movimientos feminista y obrero en referencia al salario familiar, o entre ecologistas y movimiento urbano popular en favor de la construcción de viviendas), y entre dichos movimientos sociales y los partidos políticos, en el sentido de delimitar tanto las competencias propias como la representación de los intereses generales.

En este sentido, como señala Blondet (1989), “las organizaciones femeninas populares se encuentran en una tensión constante a nivel interno entre el autoritarismo y la democracia, y externamente, entre la dependencia y la autonomía con las instituciones de la sociedad y el Estado”. Estos aspectos ameritan, sin duda, una investigación y un análisis particular, y, si bien creemos que hoy nos enfrentamos básicamente con los problemas de conformación del movimiento como sujeto social a partir de las redes e instancias aquí señaladas, estos otros aspectos prospectivos deberán estar también presentes en los puntos de discusión de la agenda feminista y de todos aquellos interesados en los estudios de género.

BIBLIOGRAFÍA

- Blondet, Cecilia, "Pobladoras, dirigentas y ciudadanas; el caso de las mujeres populares de Lima", ponencia presentada en el XIV Congreso Internacional de LASA, Nueva Orleans, marzo, 1988.
- , "Las organizaciones femeninas y la política en época de crisis", ponencia presentada en el XV Congreso Internacional de LASA, Miami, noviembre, 1989.
- Coria, Clara, "El dinero sexuado: una presencia invisible; violencia y contraviolencia de la dependencia económica", en *La mujer y la violencia invisible*, Giberti y Fernández (comps.), Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989.
- , *El dinero en la pareja; algunas desnudeces sobre el poder*, México, Ed. Paidós, 1991.
- Dubet, François, "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Estudios Sociológicos*, núm. 21, México, El Colegio de México, septiembre-diciembre, 1989.
- Jelin, Elizabeth, et al., *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- Lusting, Nora, "Economic Crisis and Living Standards in México: 1982-1985", en *The Impact of Global Recession on Living Standards in selected developing countries*, UNUWIDER, 1986.
- Marcos, Sylvia, "Mujeres, cosmovisión y medicina: las curanderas mexicanas", en Orlandina de Oliveira (comp.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, 1989.
- Massolo, Alejandra, "Políticas urbanas y mujer: una aproximación", en María Luisa Tarrés (comp.), *La voluntad de ser*, PIEM, El colegio de México, México, 1992.
- Melucci, Alberto, "¿Um objetivo para os movimentos sociais?", *Lua Nova*, núm. 17, São Paulo, CEDEC, junio, 1989.
- Mercado, Patricia, "Lucha sindical y antidemocracia feminista", *Debate Feminista*, año 1, vol. 1, México, marzo, 1990.
- Oliveira, Orlandina de, "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en Jennifer Cooper et al., (comps.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, México, Porrúa/UNAM, 1989.
- Riquer, Florinda, "Brujas e identidad femenina (saber, poder y sexualidad)", en Orlandina de Oliveira (comp.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, 1989.
- , Esperanza Tuñón y Margarita Velázquez, *Perfil de la mujer en México*, México, CONAPO, 1991.
- Sader, Eder, "La emergencia de nuevos sujetos sociales", *Acta Sociológica*, núm. 2, México, FCPS-UNAM, mayo-agosto, 1990.
- Schmukler, Beatriz, "Familia, subjetividad y poder; el rol materno y la politización de la familia", en Eva Giberti y Ana M. Fernández

- (comps.), *La mujer y la violencia invisible*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989.
- Tarrés, María Luisa, "Más allá de lo público y lo privado. Reflexiones sobre la participación social y política de las mujeres de clase media en Ciudad Satélite", en Orlandina de Oliveira (comp.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, 1989a.
- , "Participación social y política de las mujeres: los campos de acción, una alternativa de análisis", ponencia presentada en el XV Congreso Internacional de LASA, Miami, diciembre, 1989b.
- Tuñón, Esperanza, "La experiencia del movimiento de mujeres en la transición democrática en México", *Revista Interamericana de Sociología*, segunda época, núm. 1, enero-abril, 1992.
- Vargas, Virginia, "El aporte de la rebeldía de las mujeres", en *Feminismo y sectores populares en América Latina*, México, Emas-Cidhal-Gem-Mas-Cem-Covac-Apis, 1987.
- Welti, Carlos, "Participación económica femenina y fecundidad en el área metropolitana de la Ciudad de México", en Jennifer Cooper *et al.*, (comp.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, México, UNAM-Porrúa, 1989.

MUJERES DEL MOVIMIENTO URBANO POPULAR: ACTUACIONES Y DISCURSO DE GÉNERO*

MARÍA EUGENIA GUADARRAMA OLIVERA **

INTRODUCCIÓN

En los últimos diez años se ha introducido en la investigación social el género como elemento explicativo y analítico de los movimientos de mujeres y de sus diferentes reivindicaciones.

Este planteamiento es un aporte del enfoque feminista, que a partir sobre todo de la década de los setenta viene realizando una crítica a los marcos teóricos y metodológicos del análisis social, desde la perspectiva del género; incluir esta dimensión resulta imprescindible si se quiere conocer la realidad que viven las mujeres.

* Este artículo es un avance de un proyecto de investigación dedicado al análisis de las actuaciones y discursos de mujeres colonas con experiencias de vida diferente: mujeres participantes en una organización del movimiento popular urbano, y mujeres colonas no participantes, en la ciudad de Xalapa, Veracruz. Aquí se presentan algunos resultados de la experiencia de las mujeres de la Unión de Colonos, Inquilinos y Solicitantes de Vivienda de Veracruz (UCISV-VER). Quiero agradecer a las mujeres de la Comisión de Abasto y de la colonia 21 de Marzo-Revolución, de la UCISV-VER, el haber compartido conmigo sus reuniones; y el haberme aceptado en sus casas para hablar sobre sus vidas, sus recuerdos y sus experiencias de participación en esta organización. También agradezco a Alejandra Massolo su atinada asesoría, así como al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México el financiamiento otorgado durante el año de 1992, que significó un aporte indispensable para el desarrollo de mi proyecto.

** Licenciada en pedagogía. Candidata a doctora en antropología por la Universidad de Barcelona.

Esta perspectiva ha traído avances y ha permitido establecer interrelaciones en el estudio de las mujeres; ha llevado a reconsiderar su papel de reproducción y las consecuencias de éste en las relaciones sociales. Ha hecho evidente la politización de lo biológico, al establecer la diferencia entre sexo y género; al hacer patente que la división entre lo femenino y lo masculino es una construcción social, y no un determinismo biológico.

Considerar la dimensión de género en el análisis social ha permitido comprender la especificidad de las mujeres, cómo son y cómo se articulan mutuamente todos los sistemas de opresión: género, clase, raza o edad, y cómo en un momento determinado funcionan para mantener la subordinación de las mujeres.

Interpretar desde un enfoque de género los cambios que se pueden alcanzar por medio de la participación de las mujeres en los movimientos sociales, permite descubrir que éstos tienen más potencialidades de las imaginadas y que no pueden explicarse sólo por cuestiones económicas y políticas. Nos hace reconocer como aportes principales, aparte de las reivindicaciones ligadas con la transformación de la ciudad, de la organización social y del Estado, también las que se encuentran asociadas con la vida cotidiana y que pueden cambiar la situación de subordinación de las mujeres.¹

En México, la lucha urbana de las mujeres es una oportunidad para percibir la interrelación de estas dimensiones, por ser sobre todo las mujeres pobres quienes sostienen esa lucha. Por otro lado, este proyecto es un estudio de casos basado en fuentes orales, por considerar: *a*) que la riqueza que proporciona cada una de las historias de vida de las mujeres participantes es insustituible (las historias de vida permiten captar su visión de la realidad, así como con-

¹ Mi interés por el tema de los cambios y cuestionamientos en las prácticas, actitudes y discursos en las mujeres surge a partir del trabajo que realicé con diez grupos de mujeres de colonias populares de la ciudad de Xalapa, de 1983 a 1985. Durante dos años estuve en contacto con ellas; realicé observaciones y obtuve información directa sobre sus actitudes, opiniones y comportamientos, que me sugirieron y señalaron la posibilidad de cambios graduales y continuos en situaciones en que las mujeres están en contacto con otras mujeres, con mayor información y con agentes externos a su grupo.

tribuir a la reconstrucción del sentido de la acción y de la interpretación que de ella hacen las mujeres); como afirman Raczynski y Serrano (1986), el relato de cada una de las mujeres es un mundo en sí mismo; y *b*) porque estudiar un número limitado de casos permite conocer de manera más detallada y profunda aspectos de la vida cotidiana de las mujeres y de su participación en las organizaciones, que nos acercan a la subjetividad que guía y da sentido a su identidad de género.

MOVIMIENTOS URBANOS Y MUJERES

Así como se puede observar una multiplicación de movimientos sociales en América Latina durante la pasada década, que surgen o se renuevan a raíz y como alternativa a la crisis económica de la zona, a las dictaduras militares y regímenes autoritarios, a la falta de democracia y a la escasa respuesta de los estados para atender las necesidades sociales de las mayorías, también se puede detectar que en ellos participan en gran número las mujeres que se han constituido en importantes protagonistas sociales.

Su participación en movimientos sociales es cada día mayor en este contexto de crecimiento concentrado, excluyente, desigual y marginador. Estas características se han agudizado en los últimos años con la crisis socioeconómica, reforzando las desigualdades sociales de clase, etnia y género que han dado lugar a una progresiva protesta social de las mujeres y a su incorporación en diferentes organizaciones que luchan por encontrar alternativas de solución a sus problemas y una vida digna.

Los movimientos de mujeres en los países del área latinoamericana se han desarrollado de manera diferente, asumiendo rasgos propios, priorizando reivindicaciones y organizándose en diversas modalidades. Así, cuando el estado se caracteriza por no poder ofrecer adecuadas condiciones de vida a la población, los movimientos de mujeres se organizan principalmente en torno a la problemática de la supervivencia, sumando a sus cargas domésticas y extradomésticas una tercera jornada de trabajo. La relación de estos movimientos con el estado es más débil que la de otros movimientos de mujeres con reivindicaciones de género o de dere-

chos humanos, por el carácter de pronta solución de sus demandas y por su vinculación con entidades gubernamentales, eclesiásticas o no gubernamentales con financiamiento condicionado, que los lleva a ser movimientos más fácilmente cooptables o mediatizables.

Los movimientos por la supervivencia en los asentamientos populares son el espacio clásico de participación pública y colectiva de las mujeres pobres de las ciudades en los países latinoamericanos. Las mujeres de las colonias y barrios populares en México tienen una larga tradición de lucha que se inicia desde la formación de los barrios, así como una historia de organización de la vida colectiva.

Desde las primeras etapas de urbanización a principios de siglo, y a pesar de que predominaban las luchas de carácter agrario, surgieron movimientos urbanos en varias ciudades, cuando éstas, en la época posrevolucionaria, empezaron a crecer.

A partir de 1940 se tendió a una urbanización rápida, junto con el proceso de industrialización del país, y a una constante migración a los centros urbanos que trajo consigo profundos cambios en el desarrollo de las ciudades.

A partir de la década de los cincuenta, este crecimiento no fue paralelo al de los servicios públicos y de equipamiento de las ciudades, teniendo como consecuencia que las condiciones de vida, así como el mantenimiento y la reproducción de los sectores más pobres, se desarrollaran deficitariamente y se ampliara la brecha entre las necesidades de las familias y de las colonias y la oferta de bienes y servicios de consumo colectivo por parte del estado. Estos problemas se agudizaron en la década de los sesenta al multiplicarse las colonias populares y los asentamientos "ilegales" con escasez de servicios básicos y viviendas adecuadas. Como lo señalan Perló y Schteingart (1984), a partir de esos años las reivindicaciones y las luchas urbanas de la población trabajadora comenzaron a girar en torno al suelo, la dotación de servicios y los trámites de regularización de la tenencia de la tierra.

La crisis aumentó en los años setenta y se profundizó en la década de los ochenta. Ante esta problemática, muchas mujeres de los sectores populares se vieron obligadas a responder de una manera organizada y participativa, en la medida en que por sus

responsabilidades de género son las encargadas de hacer frente cotidianamente a las necesidades de bienes y servicios de consumo en el medio urbano. Así lo señala Alejandra Massolo (1986: 23): “Nadie duda que sobre las mujeres de la clase trabajadora recae la pesada y complicada tarea de ‘administrar la crisis’ y las políticas de austeridad en el terreno doméstico de cada hogar, para poder lograr el milagro cotidiano de la reproducción de la fuerza de trabajo y la sobrevivencia familiar.” Por ello, las principales protagonistas de los movimientos por la supervivencia y el mejoramiento de las condiciones de vida alrededor de la reproducción social son las mujeres de los sectores populares. En todas las marchas y protestas del movimiento popular urbano, su asistencia es constante; se puede decir que ellas son el eje articulador de dicho movimiento y que su presencia ha sido determinante en la consecución y logro de sus objetivos.

La pobreza, entonces, ha llevado a las mujeres a desarrollar estrategias de supervivencia, y a la par que se agudiza la pauperización, más mujeres se organizan en torno a distintas prácticas y demandas. Han convertido sus condiciones de vida en objeto de lucha y en formas de participación social y política.

Con base en el estudio de esas múltiples y variadas experiencias, se ha visto la necesidad de replantear el enfoque de análisis de la vida cotidiana, ámbito en el que surgen múltiples reivindicaciones sociales, así como acciones colectivas y formas de organización, y de descubrir en ella las potencialidades de cuestionamiento y ruptura del orden y las concepciones establecidos.

Se ha identificado al género como un aspecto que imprime un carácter diferente a la participación de las mujeres en los movimientos sociales, y se ha observado que las mujeres realizan aprendizajes cuando se integran en una nueva manera de estar en el mundo público colectivo. Propongo así la hipótesis de que el protagonismo femenino en las luchas populares urbanas puede contribuir a una redefinición de sus actuaciones y discursos de género tradicionales. Por ello, considero importante analizar qué sentido tiene para las mujeres su participación en organizaciones sociales que luchan por la supervivencia como aspecto significativo en la confirmación, en el cuestionamiento o en la redefinición de su actuación y discurso genéricos.

ESCENARIO

Para entender el contexto territorial (ciudad) y particular (organización social) en que se desarrolla la participación de las mujeres de la UCISV-VER, se presenta un panorama de éstos.

Xalapa

La ciudad de Xalapa ocupa, después de la ciudad de Veracruz, el segundo lugar en concentración demográfica, (Plan de Ordenamiento Urbano, 1987); esto se debe a que la ciudad está considerada como un espacio concentrador de servicios públicos federales, estatales y municipales, de comercio y de servicios educativos de importancia regional, que sirven a 20% de la población estatal, lo cual propicia que Xalapa sea un punto de atracción de flujos de migración.

En 1990, la población del municipio de Xalapa estaba compuesta por 288 454 habitantes: 153 918 mujeres y 134 356 hombres. De aquéllos, 214 976 eran mayores de 12 años; 97 327 eran hombres y 117 649 mujeres, de las cuales 12 434 vivían como solteras (incluidas las mujeres con hijos sin ninguna relación permanente), separadas, divorciadas y viudas, por lo que pueden considerarse como jefas de familia.

En la última década, el crecimiento demográfico de la ciudad no ha correspondido al crecimiento económico de la misma, lo que ha traído un deterioro en la calidad de la vida urbana en su conjunto.

Por otro lado, en la medida en que han bajado los precios de los productos agrícolas, fundamentalmente el café, producto principal de la zona, ha aumentado la migración del campo a la ciudad; ello ha traído una sobreoferta de mano de obra, factor que, aunado a las consecuencias de la crisis económica, ha motivado que las condiciones de trabajo hayan empeorado, haya crecido el desempleo y hayan disminuido los ingresos de la población asalariada.

A pesar de que el municipio de Xalapa tiene un alto presupuesto de ingreso en relación con los otros municipios y esté considerado con un índice de bienestar social alto, las desigualdades socioeconómicas son profundas.

Según el último censo, la PEA del municipio de Xalapa era de 99 486 personas, de las cuales 96 933 estaban ocupadas; de éstas, 34 595 eran mujeres; la población inactiva eran 112 288 personas, de las cuales 80 556 eran mujeres.

En cuanto a la actividad laboral en la ciudad, según el Plan de Ordenamiento Urbano, la mayor parte de la población estaba compuesta por fuerza de trabajo predominantemente no calificada un gran número de migrantes que se habían integrado en los procesos productivos urbanos, o bien que subsistían mediante actividades informales, asentados en las colonias periféricas.

Este último tipo de asentamiento se desarrolló en la pasada década de una manera acelerada. Las colonias de nueva creación se ubicaron en terrenos privados o públicos no habitados, como la reserva territorial, sobre todo de tipo ejidal, por lo que en muchos casos, dadas las características topográficas, se dificulta la urbanización y la introducción de servicios públicos básicos. Por otro lado, al ser terrenos invadidos, representan un problema político, ya que sus habitantes se agrupan en organizaciones de colonos, o se integran en las ya existentes, para luchar por la regularización de los terrenos y demandar viviendas e infraestructura urbana.

Las proyecciones del Plan sobre la problemática de la vivienda, los servicios básicos y el equipamiento urbano, que preveían un aumento de las deficiencias y carencias, ocasionando mayor miseria en la periferia, se han cumplido.

Unión de colonos, inquilinos y solicitantes de vivienda de Veracruz (UCISV-VER): un poco de historia

En el contexto de la agudización de la crisis mexicana, surgió en la ciudad de Xalapa, en el año de 1984, la UCISV-VER, que se planteaba como “una organización popular que lucha por mejorar las condiciones de vida de los pobladores pobres de la ciudad” (UCISV-VER, 1990: 8).

El inicio de sus actividades se desarrolló en la colonia Ferrer Guardia, de la ciudad de Xalapa. Esta colonia se encuentra ubicada en las inmediaciones de la Unidad de Humanidades de la Universidad Veracruzana, de donde surgieron sus principales líderes

pertenecientes a un grupo de investigación sobre la problemática urbana; en estas instalaciones se llevaron a cabo las primeras reuniones de la organización, a principios de 1984. Desde esa época, las mujeres han sido las sustentadoras de la UCISV-VER.

Al principio, la demanda fundamental que planteaban era la vivienda. La escasez de lotes urbanos y de servicios en los nuevos asentamientos de la periferia de la ciudad se fue agravando conforme aumentaba la población y la mancha urbana de Xalapa; estos hechos, aunados a las altas rentas de la vivienda, fueron la situación que se propuso resolver la Unión y lo que motivó a los colonos a integrarse en sus filas.

Durante el primer año y medio, las personas, básicamente mujeres, que se sumaron a la organización aportaron su cooperación económica para adquirir un predio en el ejido Luz del Barrio, donde instalaron la primera colonia: Primera Unidad UCISV-VER, con el apoyo técnico del Taller de Urbanismo Alternativo (formado por profesores y alumnos universitarios). En 1986 se llevó a cabo su primer congreso, en el que acordaron integrarse en la Coordinadora del Movimiento Urbano y Popular (Conamup).

También ese año lucharon por dos demandas específicas, aparte de la vivienda: la obtención de tortilla subsidiada (tortibonos) y la distribución de útiles escolares entre las familias de la organización. Así, fueron logrando presencia en diversas colonias populares de la ciudad y aumentaron sus demandas de bienes y servicios públicos.

A fines de 1986 y durante 1987, ocurrieron algunas divisiones en las bases de la UCISV-VER; algunos habitantes de la colonia Dolores Hidalgo se separaron de la organización para unirse al PRI. Pero también se ampliaron sus ejes de lucha: contra la planta nucleoelectrica de Laguna Verde, contra el Pacto de Solidaridad Económica, y por mejores condiciones ecológicas, sin dejar de lado su lucha por lotes y viviendas (UCISV-VER, 1990: 13).

El año 1988 fue de numerosas actividades y movilizaciones de la Unión. Las principales acciones colectivas fueron la ocupación y el reparto de lotes urbanos abandonados o desocupados, sobre todo en la colonia Revolución y en la reserva territorial; la ocupación de oficinas gubernamentales, el bloqueo de calles y carreteras, así como numerosos mítines y marchas. También continuaron

las negociaciones con diversas instituciones centrales y municipales para obtener diferentes productos subsidiados y la regularización de los terrenos. Por medio de las acciones realizadas, de los distintos conflictos que enfrentó la UCISV-VER ese año y de la solución dada a las demandas, se puede decir que la Unión logró entonces mantener una presencia fuerte en el ámbito social, que le abrió las puertas de varias dependencias y le proporcionó un diálogo constante con instancias gubernamentales. Las principales protagonistas de estas acciones fueron las mujeres de las colonias donde la UCISV-VER tenía presencia.

También en 1988 se reestructuró la organización; surgió una dirección colectiva y se conformaron cuatro comisiones de trabajo: salud, técnica, abasto y política, formadas todas con representantes de las bases de diferentes colonias donde la Unión tenía presencia. Cada comisión estableció reuniones semanales para determinar las tareas que había que desempeñar y evaluar logros obtenidos. A su vez, los integrantes de las bases realizaban sus propias reuniones semanales en las colonias.

Las elecciones presidenciales y municipales de 1988 influyeron en la UCISV-VER. Surgida como una organización social independiente, no había participado de manera directa en actividades partidistas; sin embargo, sus integrantes decidieron que la lucha electoral representaba la posibilidad de lograr representatividad en puestos de elección popular, y se sumaron al movimiento "neocardenista". Así, postularon a doña Eduarda Campos, Doña Lala, una de las primeras integrantes de la Unión, para diputada federal, en una coalición formada con el Partido Popular Socialista. También impulsaron la candidatura del dirigente sindical del Inmecafé para presidente municipal de Xalapa. Por otra parte, un grupo de militantes rompió con la Unión, vinculándose directamente con el PRD con a otra organización, como el Foro Cívico de Xalapa.

En 1989, durante el mes de abril, la UCISV-VER intentó invadir lotes y terrenos de la colonia y ejido Casablanca, del municipio de Xalapa, para recordar un aniversario más de la muerte de Emiliano Zapata, acción que calificaron de recuperación de tierras. Ante este hecho, los propietarios de lotes de diversas colonias populares, agrupados en la Coalición Independiente de Colonos, el Comité

Prodefensa de Lotes de la Colonia Revolución y la Unión de Propietarios de Lotes y Viviendas, solicitaron la intervención del gobierno del estado para impedir la ocupación de tierras, obteniendo su apoyo.

Sin embargo, por medio de este tipo de acciones, la organización fue obteniendo el reconocimiento de una fuerza social con peso, con lo que logró que el gobierno le entregara y regularizara terrenos en diversas colonias.

Ese año la Unión empezó a estrechar lazos con agrupaciones populares de otras regiones del estado: las zonas de Coatzacoalcos-Minatitlán, Cosautlán de Carvajal, Francisco Sarabia y Martínez de la Torre. Asimismo, formalizó alianzas con organizaciones campesinas de la Huasteca, como la Organización Campesina Popular Independiente de la Huasteca Veracruzana (OCPIHV) y la Organización Campesina Popular de la Sierra de Huayacocotla. Participó también en las elecciones para diputados, en alianza con el Partido de la Revolución Democrática (PRD), con lo que obtuvo una diputación local, de las tres que le correspondieron a ese partido.

En 1990, participó en el segundo encuentro del Frente Continental de Organizaciones Comunes (FCOC), y se integró en la Asamblea Nacional del Movimiento Urbano Popular (Anamup).

Ese mismo año, la Unión fundó su Centro de Información Documental e Investigación Urbana (CIDIU), con la finalidad de contar con documentación sobre la problemática urbana y promover investigaciones sobre el tema, así como apoyar la elaboración y el seguimiento de proyectos de trabajo de las comisiones de la organización y mantener un espacio de discusión amplia con la sociedad civil.

En el año 1990 se realizaron cambios en los modos de actuación. Así, los dirigentes de la Unión declararon: "La UCISV-VER ya no recurrirá más a las invasiones, las marchas y la toma de edificios; eso era antes; ahora estamos atravesando una etapa de consolidación, de hacer todo por la vía legal y jurídica, a pesar de que el PRI ha utilizado grupos de choque para incitarnos a la violencia" (*El Sol Veracruzano*, 29 de enero de 1990).

En 1991, la Unión modificó sus propuestas de acción y de trabajo, entrando en un periodo de consolidación, elaboración y

consecución de proyectos alternativos, de reestructuración y mejoramiento de sus instancias de organización. Fue un periodo en el que se consolidó el trabajo de las comisiones; para ello, estrechó relaciones con personas que laboraban en el área de investigación y trabajo comunitario pertenecientes a diversas organizaciones o grupos independientes. Afirmó lazos con el PRD, apoyó el trabajo electoral y logró, por medio de la vía plurinominal, una diputación federal.

El año de 1992 significó una etapa de reflujó y reconstitución; sus integrantes no fueron tan numerosos como en otros; sus actividades estuvieron encaminadas a reelaborar estrategias de trabajo en las diversas comisiones, y parte de su esfuerzo lo dedicaron a tareas partidistas.

Sin embargo, en esta nueva etapa las mujeres tampoco tuvieron un papel preponderante en los puestos de mando y decisión, ni una mayor relación con los dirigentes de la organización; ellas reconocen esta situación y manifiestan su inconformidad, señalando incluso que han pensado retirarse de la organización por "desilusión".

LA COMISIÓN DE ABASTO

La mayoría de las mujeres entrevistadas para este proyecto pertenecen a la Comisión de Abasto de la organización o están vinculadas a ella. En 1986, la organización realizó su primer congreso; allí, entre otras decisiones, se propuso ampliar los ejes de lucha y las demandas, y no sólo considerar las relacionadas con el suelo y la vivienda, sino también con el abasto de artículos de primera necesidad.

En consecuencia, iniciaron gestiones ante la delegación estatal de Conasupo para obtener canastas básicas subsidiadas, para incorporar a las familias de la organización al Programa Maíz-tortilla, o tortibonos, y después, para conseguir útiles escolares subsidiados. Al no recibir una respuesta favorable a sus demandas, decidieron tomar las instalaciones de la delegación estatal de la Conasupo, lo que representó la primera acción-movilización de la UCISV-VER, a principios de septiembre de 1986.

En 1987 surgió la Comisión de Abasto como la primera comisión sectorial consolidada que impulsó diferentes proyectos en el periodo comprendido entre 1987 y 1989.

En enero de 1987 se inició el Programa Maíz-tortilla en todo el país, y un par de semanas después los seis grupos de solicitantes de vivienda que existían fueron tomados en cuenta como beneficiarios. Posteriormente se entregó a la organización un mayor número de solicitudes, lo que permitió que los familiares pudieran recibir también el beneficio del tortibono y se acercaran a la organización más colonos, hasta llegar a formarse alrededor de entre 10 y 15 bases en diferentes colonias.

En cada colonia se nombraron responsables de los tortibonos, que realizaban una reunión de coordinación semanal, a la que asistían alrededor de 70 u 80 personas, con un promedio de tres representantes por colonia; en ese momento la organización llegó a tener presencia en 30 colonias en la ciudad de Xalapa, aproximadamente.

La Comisión de Abasto, que después tomó el nombre de Colupa (Comisión de Lucha por el Abasto), fijaba los ritmos de trabajo de la UCISV-VER; en ella participaban, y participan, básicamente mujeres, quienes formaron y coordinaron esta comisión. Ellas han pasado por un periodo de formación y capacitación para salir después a desempeñar un papel destacado de dirección en sus colonias y en otras actividades de la Unión.

Cuando las necesidades de los demandantes de la organización rebasaron el acceso a los tortibonos, la Colupa decidió tocar puertas en el DIF municipal y en el DIF estatal para satisfacer otras demandas, y empezó a recibir alimentos subsidiados: leche, queso, despensas, natillas, dulces.

A partir de 1988, cuando las instituciones limitaron la participación de las organizaciones y de los mismos beneficiarios en el programa de tortibonos y recortaron el padrón de beneficiarios, se dieron cambios en el programa central de trabajo de la Comisión de Abasto. Como consecuencia, disminuyó el número de bases de la organización, y, aunque el eje del trabajo central de la Comisión de Abasto sigue siendo la obtención de alimentos subsidiados, la lucha ya no es por incorporarse al programa como beneficiarios del mismo, sino por mantenerse en él.

Paralelamente a la lucha por los alimentos subsidiados, en la Colupa se fueron desarrollando otros programas de trabajo, como es el caso de los huertos y el proyecto alternativo de abasto. En 1987, la comisión trabajó para un proyecto de centro de abasto popular, que recibió apoyo gubernamental. Este proyecto consistió en organizar un almacén o centro de acopio que distribuía productos básicos por medio de puntos de venta o tiendas populares en las colonias; primero, por medio de despensas, y posteriormente, mediante la venta libre de productos. Se llegaron a tener 25 centros de distribución en Xalapa, de los cuales seis eran tiendas, y el resto, casas de familias de la Unión. Este programa funcionó alrededor de un año y desapareció por problemas administrativos, al descapitalizarse el centro y, según señalan algunas mujeres, por problemas de corrupción.

El proyecto de los huertos se inició con asesoría del DIF municipal; pero no prosperó, pues la institución quiso trabajar directamente con las colonias sin pasar por el canal de la organización, por lo que nunca llegaron a consolidarse los grupos de trabajo de los huertos, a excepción de uno en la colonia Progreso, que hasta la fecha sigue trabajando en instalaciones pertenecientes al DIF.

También en 1987, por medio de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos y del mismo DIF, se obtuvieron pollos y conejos para granjas, proyecto que no obtuvo buenos resultados. Se iniciaron gestiones, en 1988, para realizar otros programas, como es el caso de las lecherías populares y las Copusi Cocinas Populares y la Unidad de Servicios Integrados que manejaba el DIF. La organización participó en estos programas con una cocina en una comunidad cercana a Juchique de Ferrer y con una lechería en la colonia Revolución-21 de Marzo, que funcionaron por un tiempo.

Durante el periodo de 1990 a 1992, las mujeres integrantes de la Comisión de Abasto se plantearon la necesidad de cambio. Para ello, hicieron visitas a otras organizaciones, para conocer otras experiencias de trabajo; asistieron a cursos de capacitación; fueron a encuentros, buscando transformar las formas y métodos de trabajo interno de la comisión, con la finalidad de hacerlo más participativo, más formativo e iniciar proyectos de trabajo diferentes.

En ese periodo se mantuvo el programa alimentario del DIF, que contemplaba la entrega de minsa (harina de maíz preparada para elaborar tortillas) y frijol; a los encargados y encargadas del programa en las colonias se les impartió un curso de contabilidad y administración básicas. Fue el fin de las grandes marchas, pero las mujeres realizaron algunas acciones directas, como la ocupación de tortillerías, dirigidas por Súper Ama de Casa, personaje que representaba a una integrante de la comisión, o “la marcha de la tijeras”, cuando aumentaron los recortes de alimentos subsidiados.

También entonces las mujeres se relacionaron con el Frente por el Derecho a la Alimentación y empezaron a obtener más información sobre el tema. Se relacionaron con las comunidades eclesiales de base para conocer su experiencia y los talleres que impartían, como el de germinados, nutrición y hongo seta.

A partir de ese periodo de formación, reflexión, sensibilización de la gente de las colonias y capacitación en 1993, la Comisión de Abasto cambió su nombre por el de Comisión de Estrategias de Supervivencia, planteando otras propuestas alternativas en un nuevo plan de trabajo. Así, se propuso la recuperación de la cría de animales domésticos, la utilización de la basura orgánica, la siembra de hortalizas y de árboles frutales y el procesamiento de alimentos, considerado en una primera etapa como un proyecto integral y de autoconsumo. Para ello contaban con la capacitación y asesoría de especialistas.

En esta nueva etapa se discutió la necesidad de que los hombres e hijos(as) de las familias participaran en las actividades del plan de trabajo y no fueran sólo las mujeres las responsables; pero reconocieron que no es sencillo tratar de cambiar la situación de doble o triple jornada de trabajo de las mujeres, ante las necesidades de supervivencia y la cada día más difícil problemática alimentaria, que ha llevado a los niños a ponerse a trabajar y a los hombres a emigrar a otros lugares en busca de trabajo.

La Comisión de Abasto ha tenido gran importancia para el desarrollo de la organización, en la que ha funcionado como motor en etapas muy significativas de la historia de la UCISV-VER, alrededor de la cual se han organizado actividades y acciones fundamentales.

MUJERES: REDEFINICIONES, APRENDIZAJES Y CAMBIOS

Desde el principio del mundo, cuando Dios creó al hombre, dicen los señores que dijo: Dios y hombre; entonces ellos piensan que nada más son ellos aquí los poderosos. (Doña Mica.)

En este apartado expongo algunas observaciones sobre las actuaciones y verbalizaciones de algunas mujeres de la UCISV-VER, que no pretenden ser generalizables para otras mujeres de la Unión, ni para otras mujeres que participan en movimientos populares urbanos, sino dar a conocer algunos casos que aporten datos para el análisis de su identidad genérica.

Para este trabajo de investigación se entrevistaron a ocho mujeres con edades entre los 39 y los 70 años de edad. Tienen entre uno a siete hijos; cinco son originarias del norte del estado, dos de Xalapa y una del puerto de Veracruz. De ellas, tres son casadas; tres, separadas, y dos, madres solteras. Tienen diversos grados de escolaridad: dos analfabetas, tres con algunos años de primaria, dos con primaria completa y una con secundaria completa. Actualmente, todas, menos una, trabajan: tres de tiempo completo en la Unión, una haciendo tortillas, una en la cría de animales domésticos y dos como trabajadoras domésticas. Desarrollan distintos trabajos en la Unión: dos son coordinadoras de comisión, dos son representantes de base, y cuatro, integrantes de base. Han permanecido con diferentes tiempos en la organización: tres, ocho años; tres, siete años, y dos, seis. Las entrevistas se llevaron a cabo en sus casas, durante tres o cuatro sesiones.

De acuerdo con sus testimonios y con las observaciones realizadas en las reuniones semanales de la Comisión de Abasto y de la base de la colonia 21 de Marzo-Revolución, se puede destacar lo siguiente:

Participan más las mujeres maduras con hijos de edad mediana y las mayores, así como un número elevado de madres solteras o mujeres separadas, jefas de familia.

Aunque los miembros de la organización son mayoritariamente mujeres, la dirección está compuesta sólo por hombres, y la Comisión de Abasto está compuesta casi exclusivamente por muje-

res. Por ello, pocas mujeres participan en la toma de decisiones y en la definición de objetivos y estrategias de lucha de la Unión en su conjunto.

De las mujeres entrevistadas, aquellas que manejan mayor información cuestionan el dominio masculino en los puestos directivos, y aunque reconocen su propia necesidad de preparación, piensan que las mujeres deberían participar más en la dirección. Se observa un mayor grado de discusión y planteamiento de propuestas de trabajo en las mujeres de las reuniones de representantes de las colonias que en las de reuniones de base.

Las representantes de colonias y las coordinadoras son elegidas entre las mujeres con más años en la organización. Utilizan un lenguaje más "técnico" que las mujeres integrantes de las bases; participan más en la toma de decisiones, en la elaboración de estrategias de lucha, y manifiestan sus desacuerdos a los dirigentes de la organización.

Todas señalan que su participación las ha relacionado con asesores externos y vinculado a cursos y talleres, lo que les ha dado nuevos recursos de interés y preocupación en diferentes esferas, como ecología, nutrición, política, derechos humanos, técnicas de construcción, salud. Hablan de los aprendizajes y conocimientos que han adquirido en tanto que integrantes de la UCISV-VER, como uno de los factores que las han llevado a continuar participando.

Mencionan entre los principales aprendizajes: haber perdido el miedo a ejercer derechos ciudadanos como votar y enfrentarse a funcionarios; haber tomado conciencia de las causas de sus problemas; saber cómo encontrar solución a algunas de sus necesidades; entender más de política; no dejarse engañar; tener más valor; saber que todos tienen derecho a vivir mejor porque todos son iguales; expresar lo que no les gusta; defenderse y no dejar que sus parejas, ni nadie, pisoteen su dignidad.

Reconocen su experiencia en diversas actividades: interpelar a los funcionarios; buscar resultados a sus gestiones; asumir la coordinación de programas en sus colonias; el trato directo con la gente, como una motivación a su participación y un continuo proceso de formación.

Indican que han aprendido que no todos los problemas se resuelven a base de negociaciones con el gobierno, por lo que han seguido también el camino de construir sus propias alternativas.

Coinciden en que la búsqueda de soluciones a sus necesidades de vivienda, servicios y alimentación fue el impulso para entrar en la organización, pero que en ese proceso de lucha, aunque de manera tangencial, han discutido sobre su situación de subordinación, si bien no se ha dado lugar dentro de la UCISV-VER a una instancia propia para analizar la situación de las mujeres.

Explican, en parte, su permanencia, después de resueltas las necesidades inmediatas, porque se da en ella un punto permanente de encuentro con otras mujeres, y sienten el apoyo colectivo; además de encontrar en las actividades que desarrollan en la organización “una razón de vivir diferente”, “una parte de mi vida”.

Reconocen la importancia de luchar colectivamente para lograr soluciones a sus problemas en las colonias, ante la falta de dotación de servicios por parte del estado.

Manifiestan que, por su participación, muchas de las mujeres de la organización siguen teniendo enfrentamientos con sus hijos y compañeros, y en ocasiones con vecinos o conocidos, por no cumplir con “su deber de mujeres” y andar de “revoltosas”, enfrentamientos que también han tenido con los funcionarios públicos. En este aspecto, algunas de las mujeres dan más prioridad a los asuntos familiares que a los de la organización, y otras hablan de contradicciones entre su papel de madres-esposas y su papel de participantes, aunque por otro lado manifiestan las satisfacciones que tienen al participar, como el hecho defender a compañeras que “aún no saben” y de compartir con otros sus conocimientos e información. Señalan la importancia de sentirse pertenecientes a un colectivo, desde el cual hablan de las “otras” mujeres, fuera de la organización.

Piensan que las decisiones de separarse de la pareja, de salir adelante solas con los hijos, de trabajar fuera de su casa, y otras que podrían tomar independientemente, se han visto reforzadas de forma positiva por la Unión, donde se sienten apoyadas por las compañeras al colectivizar sus experiencias, encontrando semejanzas en sus problemas y alternativas de solución.

Criticando y reprobando la irresponsabilidad y falta de cooperación de los hombres en la atención a los hijos y los quehaceres domésticos, aunque mantienen opiniones tradicionales en la concepción de las labores que hombres y mujeres deben realizar en el ámbito doméstico. Algunas indican el trabajo extradoméstico como una actividad esencial y necesaria en sus vidas, que les ha dado libertad e independencia y de la cual ya no podrían prescindir; pero otras anotan que les representa una doble jornada de trabajo y mayor dificultad para atender su vida doméstica.

Han confrontado sus ideas sobre temas que les conciernen, como el maltrato de las mujeres, el machismo, la igualdad entre hombres y mujeres, el derecho de las mujeres a educarse, la autoridad familiar, la prostitución, etcétera, con las ideas de otras mujeres de la organización y con agentes externos; esto ha llevado a algunas de ellas a asumir nuevas ideas, y a otras, a revisar sus propios conceptos, pero manteniendo aspectos tradicionales.

Las mujeres opinan que no “cuidar” la virginidad, la decisión de no tener hijos, o tener hijos sin casarse, o vivir en pareja, no casarse, usar anticonceptivos, abortar en ciertos casos, rehacer su vida después de una separación, son ahora posibilidades y decisiones que les corresponden a ellas y a sus hijas. Creen que se han dado cambios favorables en la vida de las mujeres de ahora, aunque las mayores hablan de que antes las respetaban más.

Reconocen la presencia de las mujeres como motor de la lucha urbana, y la explican por el hecho de ser ellas las que enfrentan diariamente los problemas domésticos de comida, casa y falta de servicios, y porque son más conscientes que los hombres de lo que quieren para ellas y sus familias.

Algunas admiten que otras mujeres más radicales, o feministas, pueden considerar que no han realizado cambios sustanciales en sus actividades y comportamientos tradicionales, pero afirman que son ellas, con base en su propia experiencia y en la de sus compañeras, quienes tienen que definir el alcance de sus transformaciones y opciones de cambio. Considero que las mujeres que participan han ido recorriendo, de manera diferente y en diversos grados, un camino de redefiniciones, aprendizajes y cambios como colonas-ciudadanas-mujeres, por medio de la lucha popular urbana.

CONSIDERACIONES FINALES

Una cuestión fundamental para el análisis de los resultados encontrados fue el señalamiento que Dolores Juliano hace respecto a los estudios sociales:

podemos ver que éstos parten de una escala de valores, dentro de la cual todo lo significativo está relacionado con el mundo masculino y por consiguiente no ve —más que como un fondo borroso e informe— la actividad, el esfuerzo o el aporte femenino, salvo que éste se realice en campos considerados importantes [1992: 159].

Por lo tanto, consideré como cambios todos aquellos conceptos y experiencias que las propias mujeres expresaron como tales y no sólo lo que yo evaluaba; es decir, todas las transformaciones y cambios que las mujeres participantes señalaron, tanto en el campo del discurso y el mundo simbólico, como en el de las actuaciones y el mundo real cotidiano.

Hasta este avance de la investigación, detecté cambios (que no son iguales para todas las mujeres de la Unión, ni todas los han realizado de la misma manera), que se han dado en dos niveles:

a) El de la vida práctica: los cambios relacionados con su papel genérico y su vida doméstica; y los vinculados al papel del compromiso en actividades ciudadanas.

b) El del discurso: actitudes, reflexiones, cuestionamientos y propuestas sobre la vida de las mujeres.

Los cambios y cuestionamientos realizados por las mujeres participantes parecen variar de acuerdo con dos tipos de factores: los particulares, que responderían a las características individuales de las mujeres; y los generales, de acuerdo con las características de la organización.

Cada historia de vida imprime matices, tonalidades, ángulos y perspectivas diversas a la vivencia de participación de las mujeres en una organización urbano-popular. El origen, la vida afectiva, la familia, la vida de pareja, los hijos, la religión, la historia de trabajo, los estudios, la relación con otras mujeres, con diferentes grupos sociales, van modelando sus vidas de una manera única, que las lleva a actuar y a responder en formas diferentes.

Así, también sus prácticas y discursos de género parecen estar relacionados con el tipo de organización en que participan y con el papel que desempeñan en ella, las actividades desarrolladas y los años de permanencia, las relaciones y las redes de solidaridad que establecen, el modo de intercambio y apropiación de la información y de acceso a los conocimientos que poseen, el vínculo con las mujeres de otros grupos y organizaciones. Por ejemplo, en el caso de la UCISV-VER, aunque es una organización que pretende tener una estructura horizontal, no se ve alentada por igual la participación de todas las mujeres integrantes, ya que su dirección masculina no ha roto con las formas acostumbradas de autoridad vertical.

Por eso las mujeres han llegado a distintos niveles de cuestionamiento y ruptura con su modelo de identidad genérica, así como de construcción de alguna alternativa a la misma. La participación de las mujeres parece presentarse según diferentes formas y niveles; de manera sintética y esquemática, serían:

a) Unas mujeres enfocan solamente la demanda inmediata, adoptando una actitud pasiva, sin intentar probar una solución propia o alternativa.

b) Otras mujeres toman una actitud más dinámica, participando en prácticas autogestionarias, aunque no cuestionan su situación genérica.

c) Hay mujeres que durante su proceso de participación han incorporado a sus reivindicaciones las referidas a su problemática de género en la sociedad, si bien todavía de una manera secundaria.

En los dos primeros niveles, las mujeres participan con los límites que les impone su función tradicional de reproductoras. Como lo señala Elizabeth Jelin, “el activador de esta participación es la exigencia al Estado de seguridades para la consolidación del lote, de la unidad doméstica y de la familia, que no conlleva necesariamente una orientación hacia el campo social ni tiene un objetivo político definido” (1987: 17). En el tercer nivel, aunque las mujeres igualmente se organizan a partir de la necesidad de mejorar las condiciones de vida, motivadas por ser responsables de la reproducción doméstica, a lo largo del proceso de lucha adoptan otras actuaciones sociales, buscando nuevos espacios e intereses de participación social; cuestionan las relaciones genéricas, y de esta manera vuelven complejas sus prácticas cotidianas.

Durante el proceso por el que pasan estas últimas mujeres, salen de su horizonte de comportamientos habituales y se encuentran de una nueva manera en espacios públicos y colectivos en los que se produce una serie de intercambios de experiencias individuales. En esos espacios pueden experimentar nuevas relaciones sociales y políticas, que les permiten revisar las situaciones particulares en las que viven. Como advierte Virginia Vargas, esto las lleva “a generar un proceso personal y colectivo a partir del cual las carencias materiales han ido dando paso a la posibilidad de canalizar otras carencias asociadas con una búsqueda de identidad sociocultural” (1987: 84). Es decir, que si bien las mujeres participan en función de las exigencias de la supervivencia, a lo largo del proceso amplían su ámbito de acción y problematizando los papeles tradicionalmente femeninos. Estas mujeres se encuentran inscritas en un proceso a largo plazo, como todos los que significan transformación y cambio, que las ha llevado a una etapa de contradicciones, propia no sólo de ellas, sino de todas las mujeres que enfrentan un proceso de reorganización en sus vidas a partir de nuevas experiencias.

Respecto a la interpretación de la participación de las mujeres en el movimiento urbano popular y en otros movimientos, se ha dado una discusión acerca de sus significados e impactos en el papel y la identidad genérica femenina. Algunas(os) autoras(es) la visualizan como una extensión y reforzamiento del comportamiento y actitudes tradicionales de las mujeres; otras(os) como un medio para realizar aprendizajes que lleven a las mujeres a cuestionar y redefinirlos.

En este sentido, es útil retomar la observación que hace Beatriz Cuenya (1991: 26-29) sobre las líneas de interpretación de la participación de las mujeres en la gestión de servicios públicos. La autora señala que hay dos tendencias en los estudios. Una, desarrollada más por investigadoras inglesas, que interpreta la lucha de las mujeres como una extensión de su papel de madres y esposas, sin adquirir la dimensión de la gestión política que los hombres realizan en sus actividades comunitarias; esta situación implica, en consecuencia, una aceptación tácita de la división sexual del trabajo por parte de las mujeres.

Por otro lado, una interpretación desarrollada más en América Latina, considera que las luchas de las mujeres son una reacción a la crisis social y económica que las ha impulsado a participar en procesos autogestionarios y reivindicativos ligados con el consumo y la reproducción familiar, que se valoran positivamente porque promueven la solidaridad, la cooperación horizontal, las prácticas democráticas y los derechos humanos, produciendo aprendizajes que resuelven necesidades prácticas, pero que también despiertan la conciencia de las mujeres respecto a sus intereses estratégicos de género.

En este sentido, concuerdo con la observación que hace la autora mencionada: si bien la participación de las mujeres en las luchas colectivas expresa su situación de marginación social y de sometimiento de género, puede significar también el rompimiento con esa situación. Su salida a lo colectivo y público, que reafirma sus responsabilidades de género, las pone en contradicción al mismo tiempo con esa situación, pues significa no sólo un encuentro con las(los) otras(os), sino sobre todo un encuentro consigo mismas.

En mi caso de estudio, al ver a las mujeres (aparte de entregarse a una jornada de trabajo doméstico y extradoméstico) correr a las reuniones semanales, desplazarse de sus colonias al lugar de sesión, coordinar reuniones, participar en ellas regularmente, proponer proyectos, realizar las tareas asignadas, “tirar” volantes, asistir a cursos de capacitación electoral, votar, hablar de ya no tener miedo, realizar cierres de tortillerías, bloqueos de caminos, ocupaciones de oficinas, participar en diferentes comisiones —y por lo tanto diferentes reuniones semanales— “para estar enteradas de todo” y “porque me gusta aprender”, asistir a los actos de protesta —marchas, mítines, plantones—, “negociar” con las autoridades y funcionarios, dejar a los hijos, enfrentar problemas con su pareja, asistir solas a reuniones en otras ciudades y estados, movilizarse en búsqueda de financiamiento y compartir los conocimientos con sus compañeras y defenderlas, uno concluye que éstos son comportamientos y experiencias diferentes de las tradicionalmente concebidas para las mujeres de colonias populares. Hay que pensar que les han significado nuevos aprendizajes y cambios que van más allá de ser una mera extensión de lo doméstico.

Si bien es cierto que las mujeres han partido de su condición de madres-esposas-amas de casa responsables de la esfera doméstica para encontrar respuesta a sus múltiples necesidades cotidianas, la presencia colectiva en el mundo de la sociedad civil, política, institucional, les ha permitido cuestionar, en algunos casos, y reconstruir, en otros, sus concepciones sobre su identidad de mujeres en los planos personales, afectivos, emocionales, así como civiles, culturales y políticos.

Pensar que las mujeres participantes “deberían” tener otros cambios —como cuestionar totalmente el matrimonio, la maternidad, el deber ser en el hogar y la división sexual de las tareas domésticas—, y encontrar que no los hacen, o que no todas los llevan a cabo de la misma manera, no significa que las mujeres no hayan realizado cuestionamientos o redefiniciones, aunque en algunas sólo los encontremos en el discurso, como sucede también con otros sectores de mujeres.

Es evidente que aún no cuentan con todos los medios para transformar las relaciones jerárquicas entre hombres y mujeres y lograr una mayor autonomía personal; que el papel de la mujer en la familia sigue estando en gran medida restringido al modelo que la obliga a ser la principal responsable del funcionamiento de la unidad doméstica, aun cuando se cuente, en algunos casos, con la colaboración de los otros miembros; y que pocas han llegado a identificarse como mujeres a partir de sus propios intereses, deseos y necesidades, y no sólo a partir de las necesidades de otros; que siguen, y seguirán, manifestando contradicciones y conflictos sociales y afectivos, al tratar de abandonar un modelo asignado, de construir un modelo alternativo de identidad genérica y de llevar a cabo simultáneamente actividades de participación social y domésticas. También es cierto que no todas las mujeres pueden resolver los conflictos derivados de su participación y reducen sus actividades en la organización o se retiran de ella por la presión familiar y social; y la UCISV-VER, como otras organizaciones del movimiento urbano popular, no ha logrado construir una relación igualitaria entre los hombres y las mujeres que la integran, ni asumir dentro de sus reivindicaciones las de género.

Por otro lado, como propone Juliano (1992), las mujeres actúan como cualquier otro grupo subalterno, no marginado: como

sujetos activos en el campo de las relaciones sociales, aprovechan las coyunturas para hacer valer sus desacuerdos y llevar adelante sus demandas y reivindicaciones, aunque sea de manera defensiva, sin enfrentarse con la estructura de poder. Es decir, las mujeres de sectores populares pueden descubrir reivindicaciones de género, en ocasiones latentes o fragmentadas, desde el ámbito doméstico, y al entrar en un proceso de participación colectiva que se sitúa en el mundo público, político o de la sociedad civil, las formulan, las vuelven complejas o las amplían.

Por ello, creo que la incorporación de las mujeres a nuevas acciones colectivas y públicas que se originan en los problemas de terrenos y vivienda, de servicios públicos, de equipamiento urbano, de abasto, etcétera, las vincula con otros ámbitos, las acerca a otras reivindicaciones, las lleva a innovar estrategias de resistencia y les otorga otros conocimientos que van incidiendo, con diferentes ritmos y niveles, en el cuestionamiento y transformación de su subordinación y desigualdad, encontrando nuevas representaciones en el imaginario de su identidad, así como modificaciones en sus comportamientos cotidianos en tanto personas mujeres.

Por ello considero, en relación con la hipótesis planteada inicialmente, que la participación de las mujeres en las luchas populares urbanas sí puede contribuir a una redefinición de sus actuaciones y discursos de género tradicionales; que, si bien no es un proceso que se da en todas las mujeres que llegan a organizaciones del movimiento popular urbano, ni en el mismo nivel ni grado, sí se realiza en mujeres integrantes de este movimiento. Así, también es necesario aclarar que no considero esta participación como el factor único que lleva a las mujeres, a realizar estos cuestionamientos y cambios; otros factores externos pueden ser significativos, así como los particulares de cada una de las mujeres. Por ello, encontré diferentes experiencias y posiciones de las mujeres, no sólo dentro de la organización, sino también en sus unidades domésticas. En este sentido, la investigación prosigue con mujeres colonas que no participan en alguna organización del movimiento popular urbano, para tener la posibilidad de contrastar las experiencias y las aproximaciones a las que hasta aquí llegué.

BIBLIOGRAFÍA

- Blondet, Cecilia, "Muchas vidas construyendo una identidad: las mujeres pobladoras de un barrio limeño", en Elizabeth Jelin (comp.), *Ciudadanía e identidad femenina: las mujeres de los movimientos sociales latinoamericanos*, Ginebra, UNRISD, 1987.
- Brugada, Clara, *Las mujeres en la lucha urbana y el Estado*, México, EMAS, 1986 (Cuadernos para la mujer, serie Pensamiento y Luchas, núm. 9).
- Caldeira, Teresa, "Mujeres, cotidianidad y política", en Elizabeth Jelin (comp.), *Ciudadanía e identidad femenina: las mujeres de los movimientos sociales latinoamericanos*, Ginebra, UNRISD, 1987.
- Cuenya, Beatriz, "Participación de la mujer en la gestión barrial. Significados y orientaciones para la planificación de los servicios habitacionales", en María del Carmen Feijoo e Hilda María Herzer (comps.), *Las mujeres y la vida de las ciudades*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano-IIED-América Latina, 1991 (Col. Estudios Políticos y Sociales).
- Jelin, Elizabeth (comp.), *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*, Ginebra, UNRISD, 1987.
- Juliano, Dolores, *El juego de las astucias. Mujer y construcción de modelos sociales alternativos*, Madrid, Ed. Horas y Horas, 1992 (Col. Cuadernos Inacabados, núm. 11).
- Massolo, Alejandra, "Las mujeres en los movimientos sociales urbanos de la ciudad de México", *Iztapalapa*, núm. 9, México, junio-diciembre, 1983.
- , "La mujer callada, jamás será escuchada", EMAS, México, 1986 (Cuadernos para la mujer, Pensamiento y Luchas, núm. 9).
- , "Participación e identidad de la mujer en la tercera jornada", en Jennifer Cooper et al. (comps.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, t. II, México, UNAM-Porrúa, 1989.
- , "De la tierra a los tortibonos: la lucha urbana de las mujeres en la ciudad de México", en María del Carmen Feijoo, Hilda María Herzer (comps.), *Las mujeres y la vida de las ciudades*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano-IIED-América Latina, 1991 (Col. Estudios Políticos y Sociales).
- , "Mientras crecía, crecíamos. La lucha urbana", *Fem*, núm. 78, México, 1989.
- , "Mujer y vivienda popular", en Martha Schteingart (coord.), *Espacio y vivienda en la ciudad de México*, México, El Colegio de México, 1991.
- Perló, Manuel, y Martha Schteingart, "Movimientos sociales urbanos en México. Algunas reflexiones en torno a la relación: procesos sociales urbanos-respuesta de los sectores populares", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, México, octubre-diciembre, 1984.
- Raczynsky, Dagmar, y Claudia Serrano, *Vivir la pobreza. Testimonio de mujeres*, Santiago de Chile, PISPAL-CIEPLAN, 1986.

- Riquer Fernández, Florinda, y Mercedes Charles Creel, *Las mujeres del Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur (MPPCS): un discurso sobre sí mismas*, tesis, México, Universidad Iberoamericana, 1989.
- Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, *Programa de Ordenamiento de la Zona Conurbada Xalapa-Banderilla*, Xalapa, 1987.
- Thompson, Paul, *La voz del pasado*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1978.
- UCISV-VER, *Un movimiento que crece*, México, UCISV-VER, agosto, 1990.
- UCISV-VER-CENVI, *Plan parcial de mejoramiento urbano de las colonias populares de la periferia de Xalapa*, México, Ediciones de CENVI, 1991.
- Vargas, Virginia, "Movimientos de mujeres en América Latina: un reto para el análisis y para la acción", *ISIS Internacional*, vol. IX, núm. 9, Santiago de Chile, junio, 1987.
- Vilanova, Mercedes (comp.), *El poder en la sociedad. Historia y fuente oral*, Barcelona, Antoni Bosch Editor, 1986.

LOS MEDIOS Y LOS MODOS

Participación política y acción colectiva de las mujeres

se terminó de imprimir en junio de 1994 en los

talleres de Corporación Industrial Gráfica, S.A. de C.V.,

Cerro Tres Marías No. 354, C.P. 04200, México Distrito Federal, Tel. 544 73 40.

Se imprimieron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Formación y tipografía: Programa de Autoedición de El Colegio de México.

La edición estuvo al cuidado del Departamento de Publicaciones de

El Colegio de México.

Programa

Interdisciplinario

de Estudios

de la Mujer

Los artículos que integran este libro muestran las inquietudes por destacar la visibilidad pública y el protagonismo de las mujeres en diversos escenarios de la vida social y política de México. Lilia Venegas y Dalia Barrera se refieren a mujeres de sectores populares en Ciudad Juárez, Chihuahua, votantes del Partido Acción Nacional, comprometidas en la defensa del voto a causa del fraude electoral. Miguel Ángel Ramírez rescata del olvido y de la omisión una singular creación femenina de organización y resistencia comunitaria: el Frente de Solidaridad Femenil Cananense, en Sonora. Esperanza Tuñón analiza y reflexiona sobre las redes, líneas de acción e identidad genérica de mujeres organizadas en la ciudad de México. María Eugenia Guadarrama presenta el caso de una organización del movimiento urbano popular en Xalapa, Veracruz, contribuyendo a enriquecer la discusión alrededor de las posibilidades de cambio que puedan realizar las mujeres, según sus niveles y condiciones de participación.

Las autoras, el autor y las mujeres que aparecen en los estudios expresan las aspiraciones por la transformación democrática de la sociedad civil y el sistema político de México, cuyos beneficios y logros no serán únicamente para las mujeres, sino para todos los habitantes e instituciones del país.



EL COLEGIO DE MÉXICO

